Margaret Hacklename & Teresa Ortíz-Tagle



SENMONTU

EDICIÓN COMPLETA

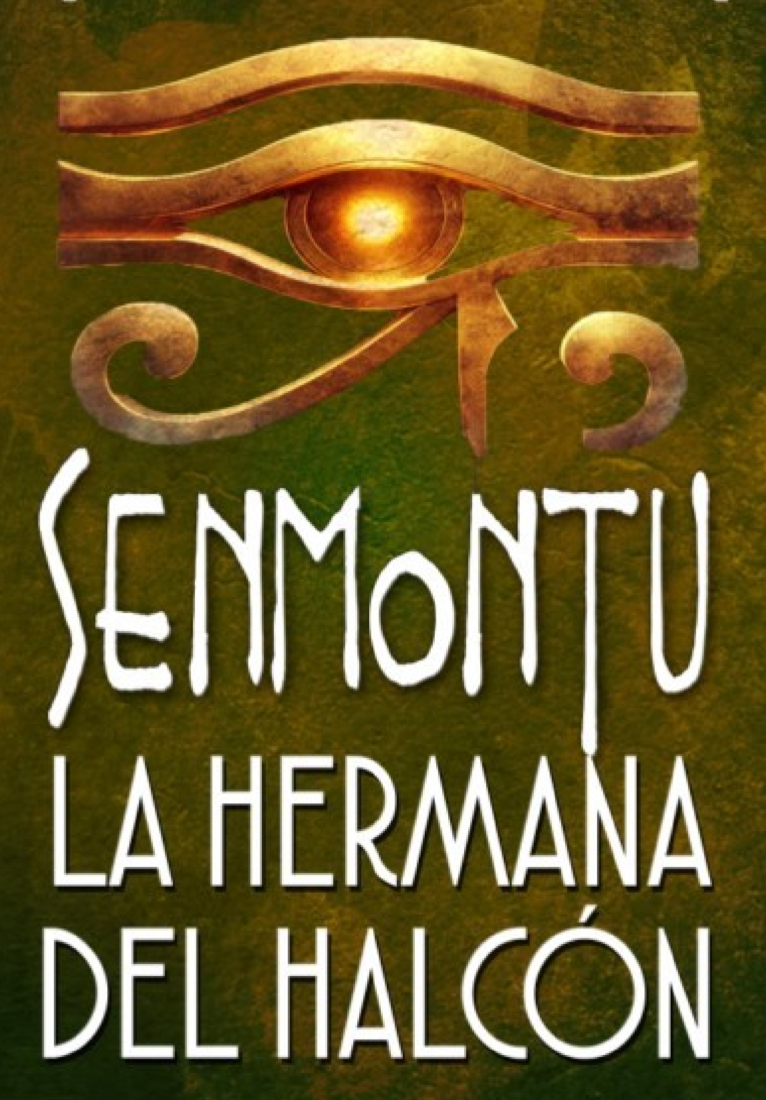
Este libro contiene :

SENMONTU

LA HERMANA DEL HALCÓN

SENMONTU

Y LA BESTIA QUE HABITA EN LA SOMBRA


Margaret Hacklename & Teresa Ortíz-Tagle
SENMONTU
LA HERMANA
DEL HALCÓN

MARGARET HACKLENAME / TERESA ORTIZ-TAGLE

SENMONTU

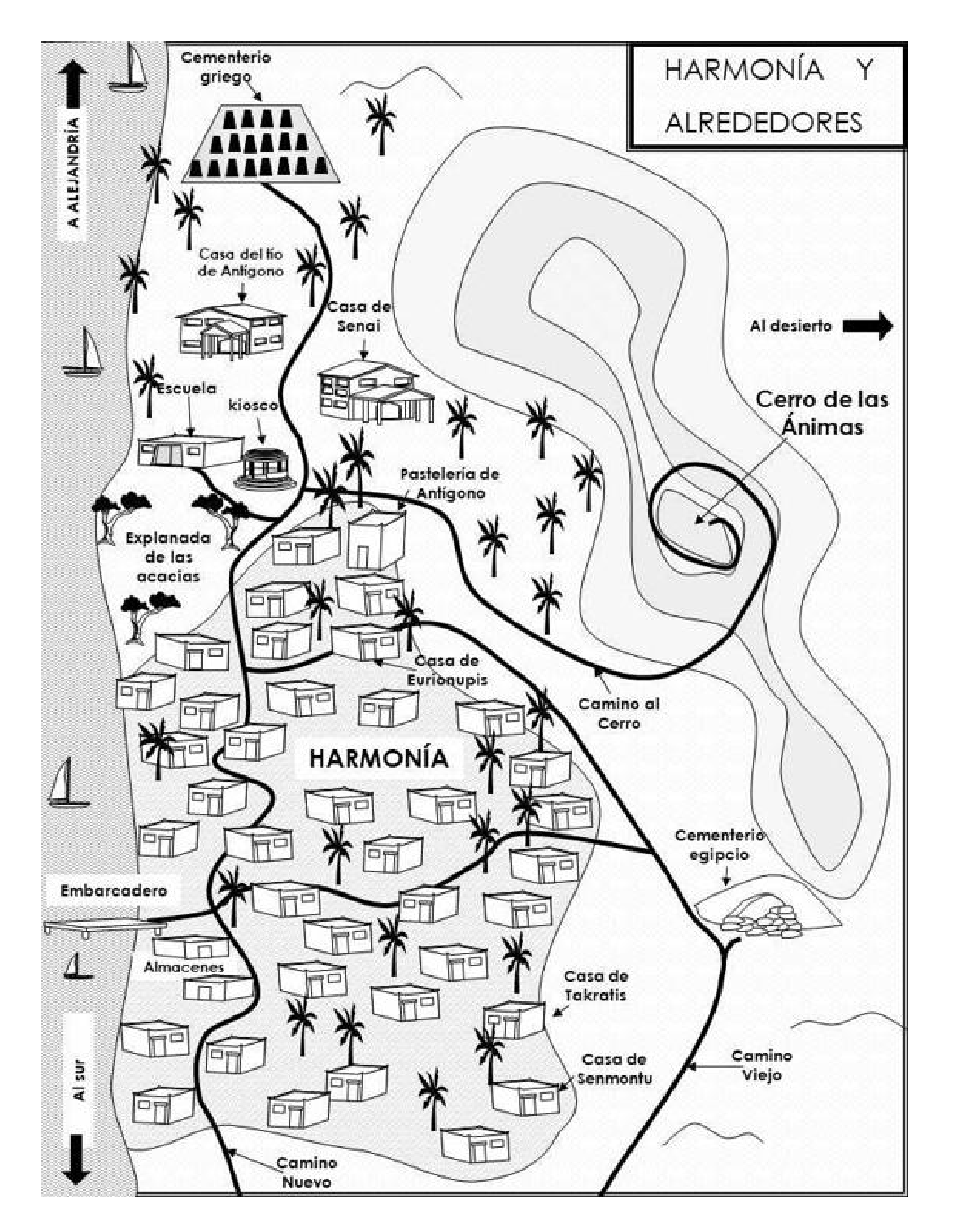
LA HERMANA DEL HALCóN



DRAMATIS PERSONAE

En el presente
- COLLINGTON, Howard: Arqueólogo famoso. Experto en el Egipto Ptolemaico.
- COLLINGTON, Rafel: Joven muchacho, hijo de Howard.

En el pasado
- AHMES: Madre de Takratis. Esposa de Djaw.
- ANTÍGONO: Hijo del pastelero más importante de la ciudad de Harmonía, también llamado Antígono.
- AZOR DE LA NOCHE: Ave, similar al halcón, al servicio del mago Oscuro.
- APOLONIA: madre de Senmontu, Neotera y Maakheru. Esposa de Dryton.
- ARISTÓN: Estafador y charlatán de feria.
- BYTAN: Abuelo de Senmontu, Maakheru y Neotera. Padre de Dryton.
- CLITO: Padre de Senai.
- DJEHUTI: Escriba en la ciudad de Alejandría.
- DJAW: Padre de Takratis. Esposo de Ahmes.
- DRYTON: Padre de Senmontu, Maakheru y Neotera. Hijo de Bytan. Esposo de Apolonia.
- EURIONUPIS: Joven de Harmonía. Está casi ciego debido a una enfermedad.
- JENTAMENTIU: Policía local (astynomo) en Alejandría.
- MAAKHERU: Hermano de Senmontu y Neotera. Hijo de Apolonia y Dryton. Nieto de Bytan.
- MASHA: Esclavo de Bytan. Querido por toda la familia.
- NEOTERA: Hermana de Senmontu y Maakheru. Hija de Apolonia y Dryton. Nieta de Bytan.
- OSCURO: famoso mago.
- PETAMENOFIS O PETÁMENOS: Maestro de Senmontu, Takratis, Antígono, Senai y otros niños del pueblo.
- SENAI: Hija de Clito. Compañera de clase de Senmontu en la escuela de Petámenos.
- SENMONTU: Joven egipcia de trece años, protagonista de esta novela. Hermana de Neotera y Maakheru. Hija de Apolonia y Dryton. Nieta de Bytan.
- SEJMET: Muñeca en forma de leona. La preferida de Senmontu. Comparte nombre con la esposa de uno de los responsables de la compañía fluvial que organiza los viajes entre Harmonía y Alejandría.
- TAKRATIS: Mejor amiga de Senmontu.


HARMONÍA Y ALREDEDORES
A ALEJANDRÍA
Cementerio griego
Casa del tío de Antígono
Casa de Senai
Escuela
kiosco
Pastelería de Antígono
Explanada de las acacias
Al desierto
Cerro de las Ánimas
Casa de Eurionupis
Camino al Cerro
HARMONÍA
Cementerio egipcio
Embarcadero
Almacenes
Casa de Takratis
Casa de Senmontu
Camino Viejo
Al sur
Camino Nuevo

LIBRO 1



UNA JOVEN EGIPCIA RODEADA DE MISTERIOS

EGIPTO, AÑO 2024

(Memorias de Rafel Collington)

La noche que casi pierdo la vida, abandoné la tienda de mi padre justo cuando los colores del ocaso empezaban a teñir el horizonte de tonos anaranjados. Más allá, la excavación se desplegaba como una gran herida en la tierra. Una imponente máquina excavadora, con su pala metálica, arrancaba mordiscos del suelo, mientras varios operarios, vestidos con ropas polvorientas, supervisaban y retiraban escombros cuidadosamente.

Mi padre, después de años de estudio y búsqueda, estaba a punto de descubrir lo que creía que era la primera tumba de un conjunto funerario de gran importancia. Nos hallábamos cerca de El Cairo, en el monte Mokattam, cuyas cumbres se elevaban como gigantes dormidos, sus siluetas recortadas contra el cielo, con crestas y valles que, según decían las leyendas, ocultaban secretos de tiempos inmemoriales.

—Hoy es el día —me dijo con una mirada brillante—. Siento algo especial en el aire, como una electricidad.

—Espero que tengas razón, papá.

Su intuición no le falló. Pronto, la maquinaria reveló la entrada superior de lo que parecía ser una tumba ptolemaica. Estas tumbas, típicas de la época en que Grecia y Egipto se entrelazaron cultural y políticamente, solían tener inscripciones en griego y egipcio, y presentaban una fusión de estilos arquitectónicos y decorativos. Su hallazgo podría arrojar luz sobre un período de la historia que aún esconde muchos misterios.

Observé a los trabajadores un rato desde mi atalaya. Howard Collington, mi padre, era un torbellino de energía. Gesticulaba ampliamente, señalando zonas de interés y estableciendo prioridades. Daba instrucciones en un inglés fluido y un egipcio rudimentario que había ido perfeccionando con los años. Los trabajadores, por su parte, asentían, comprendiendo la esencia de sus palabras, y se disponían a excavar de forma manual, con delicadeza y precisión. Cada brochazo,

cada retirada de tierra se hacía con el respeto y la cautela que merecía un descubrimiento que podría cambiar la comprensión de una era.

Me alejé, algo aburrido. Ser arqueólogo es algo fascinante... básicamente para un arqueólogo. Para el resto de los humanos es algo aburridísimo. Esa es la verdad. Hablamos de pasar horas y horas excavando el suelo, asándose bajo el implacable sol egipcio, y sí, raspar con meticulosidad trozos minúsculos de tierra con brochas que parecen diseñadas para pintar miniaturas. Y eso sin mencionar otras tareas, pues hay que categorizar cada fragmento encontrado, dibujar cuidadosamente piezas de una vasija para intentar reconstruirla más tarde, etiquetar y registrar cada pequeño descubrimiento y, por supuesto, el tedioso proceso de documentación y redacción de informes.

En definitiva, este tipo de trabajo está diseñado para personas como el gran Howard Collington, el renombrado doctor en Arqueología que había escrito numerosos artículos en revistas especializadas, descubierto varios sitios de interés y dado conferencias por todo el mundo. Sin embargo, para su hijo Rafel (yo mismo), aquello era el colmo del aburrimiento.

Con una sensación de desgana, me adentré en un sendero que serpenteaba lejos del ajetreo del campamento, alejándome de las montañas y adentrándome en el vasto desierto. El camino me llevó a una amplia explanada, una vasta extensión plana, donde los troncos petrificados de antiguos árboles yacían diseminados, testimonio mudo de un oasis que alguna vez floreció allí cerca. Buscando un poco de sombra bajo uno de esos troncos, saqué un libro que había sido de mi madre: "Harry Potter y la piedra filosofal". Puede que no fuera una elección muy original, pero al menos me proporcionó una fugaz distracción. Aunque no por mucho tiempo.

Una vez terminado un capítulo, me levanté y decidí explorar un poco más. Las dunas doradas se extendían hasta donde alcanzaba la vista, intercaladas por formaciones rocosas que parecían esculpidas por el viento. En el horizonte, pude divisar una hilera de palmeras, lo que indicaba la presencia de algún manantial. No quería alejarme demasiado, pero cada paso me daba una nueva perspectiva de aquel

paisaje majestuoso y desolado. En ese silencio del desierto, encontré una paz que el bullicio del campamento no podía ofrecer.

No sé si he explicado que soy algo patoso. Creo que eso me lo había callado. Aunque lo cierto es que soy más despistado que patoso. A menudo voy pensando en varias cosas a la vez y ante cualquier obstáculo mis piernas no saben cómo reaccionar. Me he roto dos veces la muñeca derecha y he tenido tres esguinces en cada pie. Esas son mis heridas de guerra. No es que esté muy orgulloso.

Mientras la oscuridad caía, el paisaje adquirió tonos azulados y las sombras se alargaron, creando figuras y formas en el suelo que, combinadas con mi habitual forma descuidada de caminar, no ayudaban en absoluto. Avanzaba absorto, sin prestar atención, cerca de una montaña que mi padre me había dicho que antiguamente se conocía como El Cerro de las Ánimas, un lugar que había descartado para sus excavaciones. Sin darme cuenta, pisé un borde inestable del sendero, probablemente erosionado por las lluvias recientes. Lo siguiente que supe es que perdí el equilibrio y caí.

Mis manos se rasparon con la arena y las piedrecillas mientras intentaba aferrarme a algo, pero la pendiente era demasiado pronunciada. Rodé cuesta abajo, sintiendo cómo el mundo giraba a mi alrededor en un torbellino de arena y piedras. Mientras caía, cada giro parecía eterno. Mi cabeza estuvo a punto de estrellarse contra una gran roca. Abrí los ojos justo a tiempo, viendo la superficie rugosa a solo un centímetro de mi cara. Retrocedí instintivamente, asustado, pero eso me hizo perder de nuevo el equilibrio.

La tierra se desplazó bajo mis pies, deslizándose como si fuera agua. Y ahí, parcialmente cubierto por el sedimento, vi algo que brillaba débilmente bajo el reflejo de la luna, una inscripción en Griego Koiné (lo que hablaban en Egipto en el siglo II Antes de Cristo; aparte de egipcio, claro).

Con esfuerzo, limpié la arena que la cubría y leí: "Que Anubis y Hathor protejan a Senmontu".

Una sonrisa apareció en mi rostro, a pesar del dolor y el miedo que había sentido momentos antes. Recordé las lecciones de lenguas antiguas que mi padre insistía en darme. Al final iba a resultar que

aprender aquellas tonterías valía la pena y hasta servía de algo en la vida.

Releí la inscripción. Me fascinaba aquel nombre femenino: Senmontu.

—Es un nombre precioso —dije en voz alta.

Sentí una rara conexión con aquella inscripción que acababa de descubrir y decidí que no le diría nada sobre mi hallazgo a mi padre. Él ya tenía su excavación y sus tumbas. No necesitaba que yo le molestara con aquel pequeño descubrimiento.

Cojeando, con la ropa hecha jirones, regresé al campamento. Poco podía imaginar que mi decisión acababa de poner en marcha un engranaje de causas y efectos inimaginables.

Porque acababa de comenzar la mayor aventura de toda mi vida.

1

SENMONTU NO QUIERE SER GRIEGA

(Año 158 Antes de Cristo)

Amanecía en la tierra de Egipto. Campos inundados, un río interminable que lo atravesaba de sur a norte y un desierto ardiente y rocoso, al este y al oeste, rodeándolo con su abrazo de arena.

En el región del Muro Blanco, cerca de la ciudad de Menfis, unos campesinos habían levantado un siglo atrás una pequeña aldea a la que llamaron Harmonía. No era gran cosa, pero todos amaban aquel lugar, hermoso y fértil, pues lo consideraban un regalo de los dioses. Y quien más lo amaba en este mundo era una jovencita de trece años llamada Senmontu. Ella podía entender la maravilla que se escondía en un acto tan sencillo como pasear por la tierra limosa del embarcadero; ella podía sentir la caricia del viento de Harmonía en sus cabellos cuando corría por el camino viejo hacia el colegio; ella se sentía unida a los labradores que avanzaban a su lado en dirección a sus huertos con su bolsa de semillas y su arado; ella era capaz de ver la luz que se esconde en todas las cosas.

Porque Senmontu era especial. Tenía extraños poderes que aún permanecían en su mayor parte ocultos hasta para ella, y había nacido con un destino grabado en su frente. Su destino era librar al mundo de la más terrible de todas las amenazas: la bestia que habita en la sombra. Pero de todo eso, de amenazas y monstruos en la sombra, Senmontu nada sabía por el momento, y dormía a pierna suelta, ignorante de que quien está destinado a grandes cosas, también está destinado a labrarse poderosos enemigos.

En la mañana en que comienza nuestra historia, Senmontu se levantó de la estera en la que dormía a las seis en punto, con el vago recuerdo de haber soñado precisamente con un monstruo terrible que la esperaba agazapado en las sombras, escondido en su fortaleza

afilando un hacha de carnicero. Meneó la cabeza, intentando alejar de su mente todas aquellas imágenes. De rodillas, rezó largo tiempo a Hathor, la diosa de la belleza, y también a Montu, su patrono personal y antiguo dios halcón entre los egipcios de tiempos atrás, en un pasado remoto. De hecho, el nombre de Senmontu significaba “la preferida o la hermana de Montu”, en resumen “la hermana del halcón”; y así se sentía ella, la última que creía y que confiaba todavía en los antiguos dioses egipcios y la última a la que estos cubrían con sus favores y su protección.

Porque en el Egipto en el que tenía que vivir Senmontu todos querían ser griegos y olvidar que habían nacido egipcios, que “eran” egipcios. Los griegos, desde que Alejandro Magno conquistara la mayor parte del mundo conocido (Egipto incluido), se habían hecho los dueños de los destinos de todos aquellos pueblos conquistados y se habían embarcado en la poco noble tarea de convertir a sus súbditos en griegos aún más griegos que ellos mismos. Así, Ptolomeo IV, el actual Faraón, era en realidad el bisnieto del general Ptolomeo, uno de los soldados de confianza de Alejandro Magno, y por tanto tan griego como el propio Alejandro y todos sus demás generales.

Y no era fácil querer seguir siendo egipcio en aquel mundo pensado por y para los invasores griegos.

No, no era nada sencillo ser una niña en el Egipto de los falsos faraones griegos. De verdad. Lo cierto es que Senmontu pensaba que tenía demasiadas obligaciones. Por un lado, debía acudir a la escuela, es decir, a la casa de un viejo escriba y profesor retirado, a aprender todas esas cosas que los mayores le decían que necesitaba aprender. Aunque podría haber tenido peor suerte y que sus padres la hubieran enviado a un *Pedagogo*, que era el maestro de la escuela donde iban los niños que debían aprender a ser griegos y a olvidar que habían nacido egipcios; si bien, cuando habías nacido niña, como Senmontu, lo más fácil era que los mayores decidieran que una mujer no necesitaba cultura, que los dioses le habían dado un torno de alfarero en la barriga para tener bebés, y que eso de tener bebés ya justificaba tu existencia lo bastante como para negarte todo lo demás. Pero a Senmontu todo esto no le parecía nada bien.

Porque el colegio no era sino la primera de las obligaciones de una niña como Senmontu en la tierra de Egipto. También tenía, por si fuera poco, que ayudar a su madre en la casa y, a menudo, también en los campos. Lavar la ropa, cocer el pan en el gran horno de la cocina, limpiarlo todo, atender a su hermano pequeño, cuidar que los pájaros no picoteasen las vides, que las ratas no se colaran en los sembrados, que el ganado no traspasase la cerca...

Las tareas que le encomendaban los mayores nunca tenían fin y, además, Senmontu era dolorosamente consciente de que debía realizarlas con una enorme sonrisa en la boca, una sonrisa de niña buena y hacendosa, porque si no, se inclinarían a preguntarle qué le pasaba, por qué no era feliz cuando, después de todo, tenía la gran suerte de haber nacido en la Tierra Negra de Egipto, el mejor de los mundos posibles. Un asco, pensaba Senmontu, que tenía la desgracia de llamarse también Nicarion, un nombre bien feo si os fijáis. Y esto pasaba porque en Egipto todos tenían dos nombres: uno egipcio, que es el que todos usaban en la vida diaria, y uno griego para las cosas legales con los jefazos de la capital, en Alejandría, a los que les gustaba que la gente tuviera un nombre bien extranjero para parecer tan extranjeros como ellos. Y es que los griegos dominan todo el mundo conocido y si no eres griego, o al menos medio griego, es como si no fueses nada.

Por eso, la madre de Senmontu, Apolonia, aunque tenía un nombre egipcio como todo el mundo, lo mantenía en secreto y nunca se lo había dicho a nadie, porque su familia llevaba ya más de 150 años en el Egipto de los faraones Ptolomeos y quería que la consideraran completamente griega, sin la mancha de un poco de sangre egipcia. "Ser griego es un signo de respetabilidad", decía siempre, aunque a Senmontu le parecía otra cosa, pero no sabía qué palabras usar para describir lo que le parecía esa respetabilidad y prefería no pensar demasiado en ello por si se le ocurría una palabra fea que preferiría no pronunciar.

La hermana mayor de Senmontu, que estaba casada y vivía la mayor parte del año en Alejandría con los jefazos griegos y su marido griego Filipo, también usaba solo su nombre extranjero, y como

también se llamaba Apolonia era conocida como Apolonia "Neotera", o sea, Apolonia "la joven". Al final, todos habían decidido llamarla sencillamente Neotera.

Su abuelo Bytan, sin embargo, solo usaba su nombre egipcio y decía a propios y extraños que no tenía nombre griego. Senmontu, de mayor, estaba decidida a ser como él y se había prometido a sí misma que nunca permitiría que ni en los contratos o donde fuera la llamaran Nicarion, porque ella se llamaba tan solo Senmontu, la hermana del halcón.

Maakheru era el más pequeño de la casa. También tenía un nombre griego, por supuesto, pero como aún no había cumplido seis años y ni siquiera iba a la escuela, nadie se acordaba bien de cuál le pusieron. Senmontu había decidido olvidarlo, porque así su hermanito tendría también solo ese nombre: Maakheru, "el amado de los dioses".

De hecho, dado que tenía ya casi seis años, como ya se ha dicho, debería llevar ya más de dos acudiendo a la escuela, pero como siempre estaba enfermo, lo tenían en casa, al cuidado de Senmontu la mayor parte del tiempo. Todos estaban convencidos de que muy pronto se recuperaría y acabaría haciéndose un hombre de provecho. El abuelo Bytan siempre decía que si él muriera, la desgracia caería sobre la familia porque Maakheru era el único varón, y ya sabéis todo eso de que las mujeres solo valen para tener bebés, que su barriga es un torno de alfarero… en fin, la cantinela de siempre. Aunque el abuelo le caía muy bien a Senmontu, lo cierto es que, como era un hombre muy anciano, no podía evitar estar un poco chapado a la antigua (o eso pensaba ella, aunque erraba acerca de las verdaderas motivaciones de su abuelo).

Los griegos que les rodeaban, que eran aún más tradicionales que los egipcios en el tema de la mujer, pensaban lo mismo. La muerte de Maakheru era lo peor que les podía pasar. Una casa en la que no viviera un hombre joven era una desgracia. Porque las mujeres, como es bien sabido, no pueden valerse por ellas mismas.

Senmontu, pensando todavía en todas estas cosas, bostezó con gran estruendo y después arrastró los pies hasta la cocina, donde cogió de una vasija un puñado de higos para irlos mordisqueando camino

del colegio.

—¡Malditos griegos! ¡Malditas normas! ¡Malditas obligaciones! —dijo en voz alta, escupiendo pedazos de fruta en todas direcciones.

2

EL ABUELO BYTAN

(Año 158 Antes de Cristo)

La casa estaba en silencio. Senmontu no consiguió encontrar a Apolonia, su madre. Tampoco vio a Maakheru, su hermanito, quien supuso debía estar todavía en cama, recuperándose de su mal. No quería despertarlo por nada del mundo. Cerca ya de la puerta de la calle, Senmontu casi tropezó con Bytan, su querido abuelo. Al reconocerlo, se inclinó para darle un afectuoso y cálido abrazo.

Bytan era un hombre corpulento y bastante ajado, de al menos setenta años, según decían todos. Tenía una mirada triste que siempre llevaba consigo, como un pesado lastre. Senmontu lo quería mucho, tal vez porque siempre parecía triste, lo que la entristecía a ella, o quizás porque la mimaba y cada día le regalaba una figurilla de madera.

De hecho, Bytan pasaba todo el día tallando esas figurillas con sus temblorosas manos y nunca abandonaba esa labor. Afirmaba que esas figuras les salvarían la vida a todos tarde o temprano. En casa, muchos creían que los años le habían afectado un poco el juicio y, por ello, tenía esas ideas tan peculiares. Todos, excepto Senmontu, quien creía que si su abuelo dedicaba tanto tiempo a tallar madera, debía tener sus razones. Siempre pedía a su madre y hermanos que dejaran en paz al anciano, asegurando que "él sabía lo que hacía".

Frente a la casa, Bytan había montado un pequeño puesto donde ofrecía a los transeúntes las figuras que no necesitaba. Siempre aconsejaba comprar todas las que pudieran si valoraban sus vidas, pues solo estas podrían salvarlos en el día final. Naturalmente, en Harmonía, muchos consideraban que el viejo estaba un poco loco.

Aquella mañana, Bytan estaba trabajando la madera con un

cuchillo herrumbroso, sentado en un taburete del recibidor, junto al altar de los dioses, de donde manaban espirales de humo sin fin. En sus manos acababa de cobrar vida la figura de un alfarero, un anciano encorvado sobre su torno, modelando arcilla con su mano derecha, mientras con la izquierda presionaba el pedal que daba vida a su máquina de sueños. Era la imagen tradicional de Khnum, el dios que da forma a los hombres a partir de la Tierra Negra de Egipto desde el otro mundo.

—¿Es para mí, abuelito? —preguntó con voz muy dulce Senmontu, aunque sabía de sobra que Bytan tallaba para ella otro tipo de imágenes: flores, aves maravillosas y retratos de ella misma o del pequeño Maakheru, principalmente.

—Oh, no, mi niña —suspiró el anciano, tratando de componer una sonrisa en su rostro de ojos tristes y melancólicos—. Para ti tengo preparada una cosa especial, una figura de la divina Hathor, a la que oí que antes rezabas. La he imaginado vestida del lino más fino, larga de brazos y pálida de piel, con la cabeza de una vaca, como se la ve en los grabados. Te va a gustar mucho, estoy seguro.

—Yo también estoy segura, mi viejito —dijo Senmontu, a modo de despedida, al tiempo que daba al anciano un beso en la frente.

Bytan ronroneó como un gato.

—Gracias, mi querida niña.

Cuando Senmontu ya estaba subiendo los escalones camino de la puerta de entrada a la casa, la voz de su abuelo resonó a su espalda.

—Ten cuidado, pequeña, ellos siempre vigilan.

La joven se volvió, pero desde donde se hallaba, casi en la entrada de la vivienda, ya solo podía distinguir una de las piernas del anciano y aquellas manos rápidas, nerviosas, levantando astillas de madera a su alrededor.

—¿De qué me estás hablando?

—De los que vigilan, de esos malvados. Ellos vendrán pronto por mí, por nosotros. Querrán destruirnos, como hacen siempre. Debemos estar preparados. Espero haber tallado bastantes figuras para hacerles frente. Solo ellas pueden salvarnos.

Senmontu frunció el entrecejo y a punto estaba de bajar de nuevo las escaleras para hablar con su abuelo y decirle que no se preocupase, que todo iría bien y esos que vigilaban, fueran quienes fuesen, no conseguirían molestarles, pero no tuvo oportunidad. En la puerta de casa esperaba ya Takratis, que le hizo una seña con la mano. Senmontu le devolvió el saludo y volviendo la cabeza le gritó al viejo Bytan:

—Muy bien, abuelito, ya hablaremos cuando venga del colegio. ¿De acuerdo? ¡Hasta luego!

3

¿QUÉ PUEDE JUSTIFICAR TANTO SUFRIMIENTO?

(Año 158 Antes de Cristo)

Senmontu y Takratis iban de la mano por el viejo camino que llevaba a la escuela, rodeando el antiguo cementerio egipcio y pasando cerca del Cerro de las Ánimas, una montaña que en el pueblo todos consideraban maldita y que les causaba mucho miedo. Ambas niñas tenían trece años. Senmontu, por su parte, parecía más madura para su edad, con sus ojos verdes y largos cabellos castaños; era tan hermosa que parecía una princesa salida de un cuento infantil. Takratis, en cambio, era bajita y rechoncha, con incisivos prominentes para una boca pequeña, recordando a un conejo, aunque un conejo inusualmente poco agraciado y con sobrepeso. Físicamente eran opuestas, como el día y la noche, pero esto jamás fue un obstáculo para su amistad. Después de todo, eran las únicas jóvenes en la escuela que mantenían sus nombres egipcios y que se enorgullecían de sus raíces, y este lazo era más fuerte que cualquier diferencia superficial entre ellas.

En una curva del camino vieron que se alzaba una cabaña modesta compuesta por dos o tres habitaciones, donde una familia humilde debía acomodarse. No poseía siquiera una pequeña terraza para mirar el amanecer desde su sencillez, pero sí contaba con un altar para agradecer a los dioses por las bendiciones que les otorgaban. De repente, la puerta se abrió y un joven emergió con la cabeza baja y los hombros hundidos. Los consejos de su madre aún resonaban detrás de él:

—Eurionupis, ten cuidado con el viento, con las ramas y las piedras que hay por el suelo, con el calor y aún más con el frío. Si tropiezas no intentes levantarte solo. Pide ayuda a las gentes del pueblo si comienzas a encontrarte mal. ¿Cómo te encuentras ahora?

¿Quieres que te acompañe?

—Ya lo hemos hablado, mamá. Déjame ir, por favor. Lo prometiste.

Senmontu reprimió un grito y señaló a Takratis a ese niño que avanzaba a pocos pasos delante de ellas. Y es que Eurionupis caminaba entre temblores, aquejado de más enfermedades de las que nadie podría reconocer. Su rostro estaba desfigurado; sus párpados hinchados, con las carnes vueltas del revés, le habían dejado en la antesala de la penumbra; y caminaba a tientas, arrastrando unas extremidades sin fuerza mientras en voz baja musitaba sus ruegos a las mismas divinidades que mucho tiempo atrás le habían abandonado.

En la diestra, con gesto decidido, aferraba una hermosa muñeca de madera de enebro, una lindura a la que no le faltaba su camita ni su parasol por si gusta de regalarse con largos paseos por el estanque de sus sueños. Bien podríamos imaginarlo por la noche, casi completamente ciego, esforzándose por soldar las articulaciones de su pequeña obra de arte, tiñendo pacientemente de rojo a negro sus cabellos con una rama encendida para crear la ilusión de unas mechas largas y onduladas. Pero, ¿acaso no ensombrecían las yemas de los dedos de Eurionupis un sinfín de quemaduras? Nada pudo detenerle, ni el fuego quemando su joven piel; no, su determinación era demasiado grande.

Pero ahora sufría, se lamentaba, paso a paso, resignado, encomendándose a las sordas deidades. Senmontu inmediatamente sintió simpatía por ese joven muchacho al que la fortuna había dado la espalda, ese joven muchacho que, como su abuelo, tallaba sin descanso seres fabulosos, nacidos en su imaginación, sobre la hermosa madera del enebro. Senmontu estaba segura de que, de conocerlo un poco mejor, podría haberlo cogido de la mano para guiar su camino y compartir con él todo aquel dolor.

—Mi hijo Horus está en llamas en la desierta llanura —gimió Eurionupis.

Alguien le había explicado al muchacho un encantamiento para mitigar la comezón que le abrasaba las manos y este lo repetía

una y otra vez mientras caminaba:

—Mi hijo Horus está en llamas en la desierta llanura —repitió —. Allí no hay agua, ni estoy yo a su lado para apaciguarle. Llevaré agua del Gran Río Nilo para apagar sus heridas. Pero es tan grande el dolor...

Senmontu y Takratis se dieron cuenta por fin de que cada paso era para el niño una tortura, y se sorprendieron avanzando junto a él, como si fueran parte del dolor de Eurionupis, como un caminante más. "¿A dónde irá? ¿Qué es tan importante que justifique tanto sufrimiento?", pensaban ambas.

—Yo soy el invisible en medio del resplandor del sol —dijo el niño, prosiguiendo el encantamiento—. Yo entro en el fuego. Yo vengo del fuego. El ardor del sol no me atraviesa. Tú no me has quemado. Mío es el cuchillo que corta lo que está en manos de Toth...

A la sombra de un árbol de persea, un barbero prodigaba sus cuidados a un nutrido grupo de vecinos. Eurionupis atravesó dubitativo el laberinto de taburetes que conducían hasta el tronco, haciendo oídos sordos a las burlas calladas y las miradas de soslayo. Se detuvo un momento para secar el sudor de su frente y siguió su camino entre plazas, avenidas, angostas callejuelas y exuberantes palmerales. Pronto acabaría la villa. Las últimas casas, las más nobles, aparecían junto a un repecho donde cobraban vida de nuevo las pistas de tierra.

—Yo soy el que no cede ante ninguna magia, que no se quema en la llama, que no se moja en el agua. Yo soy... —entonaba todavía Eurionupis.

Al fin llegó el muchacho a su destino, que resultó ser el mismo que el de Senmontu y Takratis: la única escuela del pueblo. El niño se había detenido junto a una puerta de ébano macizo que enmarcaba un gigantesco letrero: *Petamenofis, Escuela de Método y Estilo.*

Eurionupis se encontraba incómodo en la espera y paseaba de derecha a izquierda su ansiedad, entre murmullos que las dos amigas no conseguían desentrañar y entre rezos sofocados por alguna punzada de dolor. Entretanto, otros caminantes llegaron al lugar, la mayoría padres que acudían con sus hijos, ya fuera a traerlos o a

recogerlos. También había nobles descendiendo de lujosos carruajes. Se formó un corro y la conversación pronto comenzó a animarse. En el interior, todo seguía igual; las puertas aún no se habían abierto y la áspera travesía del conocimiento aún no había concluido para unos ni empezado para los siguientes. Si uno ponía atención, podía fácilmente imaginar los bastonazos en los lomos de ese alumno torpe y lento que nunca termina sus dictados y los suspiros, la tensión y hasta el morboso deleite de sus compañeros. Pero la espera tocó a su fin y la vieja puerta se abrió para dar paso a un grupo de niños que avanzaban atontados, pues abandonaban la claridad de una elevada instrucción por el crepúsculo de la vida cotidiana junto a sus familias.

Una joven acababa de llegar a lomos de un burro. Se trataba de una chiquilla de catorce años que iba a la misma clase que Senmontu. Tenía un rostro torpe y cuadrado de campesina, pero no debemos olvidar que el pobre Eurionupis estaba medio ciego. Con el compendio del saber, el rollo Kemit bajo el brazo, buscaba algo con la mirada, pero no halló sino a Eurionupis con los labios babeando de satisfacción.

—He hecho esto para ti, Senai… porque tú… porque yo… porque eres la más bonita.

Senai le miró con un asco indescriptible. Se inclinó hacia adelante como si fuera a vomitar y no se le cayó la muñeca de las manos porque el criado que acababa de traerla al colegio en un asno de montura dorada la cogió de la cintura. La joven estaba pálida y no hizo el menor gesto. Se diría que había muerto de la impresión. Pero entonces señaló con repugnancia a Eurionupis y musitó unas palabras al oído de su padre, que en ese momento descabalgaba de su montura. Este se volvió sonriendo a Eurionupis, pero el niño se hallaba ya en el paraíso a la diestra de Osiris y nada percibía salvo su propia ensoñación. Senai echó a correr y desapareció tras los portones de la escuela de Petamenofis.

Senmontu y Takratis oyeron murmurar al niño:

—Se ha ido en un instante. ¡Claro!, me ha salido una muñeca tan hermosa que está impaciente por jugar con ella.

Y eso fue todo. Esta era la causa que justificaba tan terrible

padecimiento. Senmontu meneó la cabeza y avanzó sin prisas con Takratis más allá de los portones, que se cerraron tras ellas. Más allá de los batientes de ébano y cobre, les alcanzó la voz de Eurionupis, que gemía un hechizo de amor.

—Dadle la sangre de Osiris, la sangre que entregó a la madre Isis para que conciba el amor en su corazón a cualquier hora del día y de la noche, sin desfallecer ni un solo momento. Dadle la sangre de Eurionupis, nacido de Unas, para que haga beber de esta copa a Senai, nacida de Clito. Y que conciba el amor en su corazón. Y que Senai busque a Eurionupis como Isis buscó a Osiris en el lejano Keben. Y que enloquezca, que se sienta inflamada por él, y que experimente una llama ardiendo en su alma durante su ausencia.

Cuando Eurionupis se alejaba de la escuela, de regreso a su casa, los lugareños le señalaron con el dedo. Hacían de él burla y escarnio sin fin. “Mesed-su-Khnum”, repetían, “El odiado de Khnum”, como si el decrépito dios alfarero, que era quien había modelado a todos los hombres (incluido aquel pobre muchacho), ahogara la rabia de su inmortalidad en el cuerpo apedazado de Eurionupis. Tal vez así fuera. Tal vez la naturaleza de las cosas sea oscura y malvada siempre, y nosotros nos esforcemos en vano por volverlas del derecho.

4

LA ESCUELA CAMBIA DE NOMBRE

(Año 158 Antes de Cristo)

—¡Despierta, Nicarion!

Senmontu estaba inclinada sobre su tablilla, en la que trataba de dibujar el rostro de su hermano Maakheru, pálido y sonriente, con la boca muy abierta y los ojos alargados, como almendras. En sus dibujos o en las tallas de su abuelo, el pequeño Maakheru era un niño sano, un niño que juega y ríe, que salta y nada en las aguas del río Nilo; sin embargo, en el mundo real, su hermanito estaba siempre en cama, tosiendo su mal, chillando de dolor, luchando contra unos demonios que los médicos decían que se lo estaban comiendo por dentro.

—¡Nicarion!

Takratis le dio un manotazo, tratando de advertirla, y Senmontu abandonó su tarea. Cuando levantó la vista, vio el rostro congestionado de su maestro Petamenofis, que la estaba señalando con su vara, temblando de rabia.

—¿Es que no me oías, Nicarion?

Senmontu tardó un instante en comprender que era a ella a quien se dirigía aquel tonto de Petamenofis. Sí, la estaba llamando por su nombre griego: Nicarion. Un nombre bien feo, eso es lo que era. El nombre de una desconocida, de una niña griega, y ella era una niña egipcia. Solo eso y precisamente eso.

—Yo me llamo Senmontu, señor maestro.

Petamenofis era un hombre moreno, muy alto y desgarbado; tenía unos enormes brazos con los que casi podía tocar el techo sin ponerse de puntillas siquiera, y unas piernas también muy largas y torcidas, como si siempre estuviera a punto de caerse. Takratis le llamaba "El Araña", porque parecía que sus extremidades fueran las

largas patas de un insecto, y siempre iba de aquí para allá, vigilando a sus alumnos, respirando pesadamente a su alrededor, como si de un momento a otro fuera a envolverlos en una tela de esas blancas y viscosas que segregan los arácnidos.

—¿Qué dices, maldita mocosa?

El Araña levantó su vara como si fuese a descargarla sobre la cabeza de Senmontu, pero en el último momento rectificó y la estrelló con gran estruendo contra su pupitre. El bastón se quebró, saltando detrás de la joven, hecho pedazos.

—Nunca escuchas, Nicarion. Si lo hicieras, si no llevaras un buen rato ya dibujando tonterías, sabrías de qué estaba hablando y entonces no me vendrías con eso de que te llamas Senmontu. A ver…

Una larga y sudorosa mano se inclinó sobre Senmontu y la cogió de la mejilla derecha, estirando dolorosamente.

—A ver, muchachita, ¿de qué estábamos hablando?

Senmontu intentó alejarse de su captor, pero solo consiguió que su mejilla se estirase todavía más, y finalmente respondió, casi a voz en grito.

—No lo sé, señor maestro.

El Araña soltó a su presa y se alejó hacia el centro del aula haciendo grandes aspavientos.

—No lo sé, no sé nada, soy tonta, señor maestro —gemía el maestro, con la voz impostada, tratando de imitar a su alumna.

Ahora todos los niños, excepto Takratis, se reían de ella.

—Soy egipcia, soy Senmontu —prosiguió su burla el cruel Petamenofis—. No me llamo Nicarion, señor maestro. Yo no sé quién es Nicarion. Tal vez una pariente suya, ¿no, señor maestro?

Un niño que se sentaba delante de Senmontu soltó una larga carcajada y se volvió para sacarle la lengua.

—¡Egipcia! —le susurró con repugnancia, creyendo que era un insulto.

No se daba cuenta de que él mismo también era, después de todo, un egipcio, un hijo del río Nilo. El niño, llamado Antígono, era hijo del pastelero más importante de la ciudad de Harmonía. Parecía haber heredado de su padre una desmedida afición por los dulces,

bollos y tartas, que devoraba a todas horas con avidez, como si fuese la última cosa que le quedase por hacer en este mundo. Petamenofis hizo una señal a Antígono para que se callara. Luego prosiguió:

—Si me hubieras escuchado, Nicarion, en lugar de hacer dibujitos en tu tablilla de madera, sabrías que en esta escuela se avecinan cambios… grandes cambios. Habrías sabido que las viejas tablillas egipcias de madera y yeso, como esa en la que escribes, van a desaparecer. En su lugar, introduciremos modernas tablillas griegas recubiertas no de yeso, sino de cera. Y tendremos nuevos lápices de marfil con los que podremos dibujar y borrar simultáneamente. ¡Un gran avance técnico! Sí, Nicarion, nuestra escuela ha descansado demasiado tiempo sobre los laureles de un pasado egipcio que ya pocos recuerdan y que a casi nadie le importa, excepto a un par de chiquillas atolondradas.

Antígono se giró nuevamente para sacar la lengua tanto a Senmontu como a Takratis.

—Egipcias —murmuró, saboreando cada sílaba como si fuera un insulto.

Antígono pareció reflexionar largo rato sobre su próxima ofensa; se rascó la cabeza, buscando algo original. No lo halló. Entonces dijo:

—Atolondradas —sin tener idea del significado de la palabra.

Petamenofis se irguió como un arácnido listo para atacar. Dio un pescozón a Antígono, que lanzó un gritito y se colocó bien en su pupitre.

—Ahora disfrutaréis de tres días de vacaciones debido a las Fiestas de Dionisos —anunció el maestro—. Soy tan generoso que no os asignaré deberes. Pero, cuando esta escuela reabra sus puertas tras las celebraciones, ya no se llamará “Petamenofis, Escuela de Método y Estilo”, sino “Pedagogo Petámenos, Escuela Griega para Niños Griegos”. Asimismo, reemplazaremos el libro de texto que usábamos, el libro Kemit de la sabiduría, por modernos textos ptolemaicos. A partir de ese momento, nadie en esta aula podrá usar su nombre egipcio ni lucir amuletos ni representaciones de deidades egipcias. ¿Me he explicado con claridad, Nicarion?

Senmontu levantó la mirada y sostuvo la del Araña sin titubear. Quería decirle que Petámenos no tenía sentido, que no podía transformar burdamente en griego su nombre egipcio; pero guardó silencio, temerosa de avergonzar a su familia y preocupada de que su madre, Apolonia, recibiese una queja por la "mala conducta" de su hija en la escuela. Ya había recibido demasiadas. Optó por bajar la vista, esperando que la tormenta pasara. Sin embargo, el Araña no parecía dispuesto a dejarla en paz y reiteró:

—¿He sido claro, Nicarion?

Hubo una pausa.

—¿O acaso no lo he sido?

Se sentía acorralada. Petamenofis no la dejaría tranquila hasta que admitiera que ahora debía usar un nombre griego, Nicarion, y que ya no podría utilizar su verdadero nombre egipcio. Buscó desesperadamente una salida, algo que pudiera distraer la atención de su maestro, pero se dio cuenta de que tenía que enfrentarlo o resignarse a ser llamada Nicarion por siempre. No veía una salida.

No la había. Así que se resignó e hizo lo único que podía hacer.

—Yo me llamo Senmontu, señor maestro. No sé quién es esa Nicarion. Tal vez una pariente suya, ¿no, señor maestro?

5

ESE HOMBRE DABA MIEDO

(Año 158 Antes de Cristo)

Afuera, el calor en la calle era sofocante. Los estudiantes, aguardando a que sus padres vinieran a buscarlos, se refugiaban en la sombra de un kiosco, un pequeño pabellón de madera que se alzaba, parecido a una capilla, en uno de los extremos de la plaza.

Senmontu se masajeó la mano derecha, enrojecida y con marcas debido a los golpes propinados por Petámenos con una vara griega. Esta, según él, había sido reservada para ocasiones especiales y no se rompía tan fácilmente como las varas egipcias que solía utilizar. A pesar de la dura reprimenda, los gritos y las amenazas, Petámenos no logró que Senmontu admitiese que se llamaba Nicarion.

—El Araña mencionó que visitará a tu madre para hablar sobre tu comportamiento en clase —comentó Takratis, mirando a su amiga con una mezcla de orgullo y admiración.

—Dudo que lo haga. Es todo palabrería. Pero si quiere hacerlo, que lo haga —respondió Senmontu, restándole importancia.

—Yo, en tu caso, habría admitido llamarme incluso Alejandro Magno para que ese monstruo dejara de lastimarme.

—Realmente, no me dolió tanto —dijo Senmontu, mintiendo y reprimiendo una lágrima que amenazaba con aparecer.

En ese momento, la altiva y arrogante Senai pasó junto a ellas. Deliberadamente, dio un codazo a Senmontu y extendió su mano para llamar a su criado, un anciano con pronunciada cojera y un rostro sereno y amable. Apareció llevando de la mano al burro de montura dorada que Senai usaba para trasladarse a la escuela y regresar.

—Ayúdame a montar, imbécil —le dijo Senai a su sirviente.

Más allá del camino, disimulado detrás de una acacia (pues

precisamente aquella zona era conocida como La Explanada de las Acacias), Senmontu descubrió a Eurionupis, el pobre muchacho de rostro desfigurado que por la mañana entregó una linda muñequita de madera a Senai, sin saber hasta qué punto ella le detestaba solo por estar enfermo e incapacitado.

—Me has hecho daño al dejarme sobre el animal, idiota —comentó entonces la malvada niña a su criado.

Entonces, ella también reparó en Eurionupis, que la observaba arrobado detrás de una gruesa rama, imaginando que estaba emocionada por su regalo, tan emocionada que ni siquiera tenía fuerzas para venir a agradecérselo. Senai, por el contrario, no veía más que a un monstruo asqueroso que le había regalado una muñeca fea y asquerosa, una muñeca deforme… como su creador. Asqueada, arrojó la figura de enebro al suelo, quebrándose su lecho y su parasol. Estos quedaron en una zanja, a merced del viento, que se llevó los fragmentos consigo hacia las alturas.

—Vámonos ya, cojo holgazán. Aquí ya no hay nada que hacer —ladró Senai.

El sirviente asintió, pero antes de cumplir la orden de su ama, se inclinó renqueante sobre la zanja y recuperó la muñeca, que solo estaba algo sucia de tierra, y la guardó en un costal que colgaba de la grupa de la montura de Senai.

—¿Qué demonios haces, maldito imbécil? ¿Cómo se te ocurre recoger esa porquería? ¿Quién te crees que eres? —la interrogó esta, con los puños crispados, como si fuera a golpearle.

—El amo Clito, su padre, me advirtió que usted haría esto, señorita, y me advirtió también que me azotaría si permitía que a la muñeca la pasase nada. Me dijo que era usted muy mala y muy poco piadosa y que luego, ante de irse a dormir, hablaría con usted.

Senai estaba tan rabiosa que se mordió los labios hasta hacerse sangre, pero al cabo, pensando acaso en el castigo de su padre, se volvió hacia su sirviente y le espetó:

—Haz lo que quieras, pues, pero llévame a casa de una maldita vez.

Cuando el burro se alejaba ya por la vereda, Eurionupis

abandonó su escondite en la Explanada de las Acacias y avanzó a tientas hasta el centro de la plaza, donde estaban Senmontu y Takratis. Le oyeron murmurar:

—¿No es hermoso? Le ha dado la muñeca a su criado para que la guarde en un lugar seguro. La tiene en tanta estima que no podía permitir que se perdiera o que se ensuciara en el trayecto a su casa. Oh, gracias, divino Amón, por escuchar mis ruegos.

Y entonces, Antígono salió corriendo de la escuela de Petámenos, antes Petamenofis, y al ver al muchacho se puso a dar vueltas a su alrededor, mientras le hacía burla y canturreaba:

—¡Monstruo, feo… feo monstruo sin ojos y sin cara!

Y después de repetir esta estrofa diez o doce veces, mientras hurgaba en su magra inteligencia buscando alguna frase nueva y punzante con la que escarbar en el dolor de Eurionupis, tal vez un nuevo insulto aún más hiriente y que moviera a su audiencia a la risa, le escupió:

—Egipcio… lo que eres es un egipcio.

Después de lanzarle una piedra, que rebotó en el suelo a los pies de Eurionupis, echó a correr Antígono hacia la pastelería de su familia, que no estaba demasiado lejos de la escuela, siendo de esta forma uno de los pocos niños que no necesitaban que vinieran a llevarle o a traerle sus padres.

—Ya está otra vez ese Antígono tirando piedras a la gente —dijo Senmontu.

—Como siempre —dijo Takratis—. Un día le hará daño a alguien.

Poco después, cabizbajas, las dos niñas comenzaron a desandar el camino que recorrieron por la mañana desde sus casas para acudir ante el infame Petamenofis, contentas de tener tres días de fiesta y de no tener que volver en ese tiempo a aquella escuela “para niños griegos”. A ellas no les venía a buscar ningún sirviente, sus familias eran demasiado pobres para permitirse el lujo de mandar a alguien y perder un par de horas de trabajo útil en los campos. A veces, Masha, el criado personal de su abuelo Bytan, venía a buscar a Senmontu, pero últimamente estaba muy ocupado en las tareas de la casa, que

Apolonia, su madre, no dejaba de encomendarle. Senmontu quería mucho a aquel gigante negro que compró su abuelo años atrás, cuando era un joven muchacho recién capturado en Nubia, después de que su pueblo perdiera una guerra con Egipto. El negro Masha había crecido con Senmontu desde que ella era un bebé, y esta le consideraba más que un sirviente, un amigo, y más que un amigo, casi como un hermano mayor.

—¡Mira a ese hombre!

Senmontu, perdida en sus ensoñaciones, despertó de pronto cuando Takratis la zarandeó, mientras señalaba a un desconocido que acababa de pasar a su lado y ahora superaba a Eurionupis, siguiendo el desvío que acababan de tomar Senai y su criado. Pero Senmontu solo consiguió ver al extraño de espaldas, avanzando a toda prisa, como si hubiera algo importantísimo en juego, o le persiguieran todos los demonios del mundo inferior.

—¿Qué sucede, Takratis?

—Ese hombre. Tendrías que haberle visto la cara. Tenía una expresión extraña. Daba miedo.

—Bah, exageras. A ti te da miedo cualquier cosa.

—Que no, que tenía unos ojos muy fijos y… no sé explicarlo. Se me ha puesto la piel de gallina solo con verle —y añadió, pensativa —. El caso es que su cara me suena de algo, pero no recuerdo de qué.

Senmontu siguió con la mirada al extraño y no distinguió nada especial en él, salvo que iba casi desnudo, como un campesino, vistiendo tan solo un taparrabos de piel de leopardo. Un momento, eso sí que era raro. Un hombre casi desnudo llevando como única prenda una tan rara y valiosa como aquella. Una prenda de piel de leopardo valía muchos dracmas de oro. Además, Senmontu recordó de pronto que solo los sacerdotes del Egipto antiguo vestían así; y hacía ya mucho tiempo, dos siglos al menos. ¿Quién sería ese hombre? ¿Qué estaría buscando allí, en Harmonía, un lugar alejado de las grandes ciudades y de las intrigas de los poderosos?

—Ese hombre daba miedo —insistió Takratis.

Y de pronto Senmontu reparó en algo verdaderamente importante: aquel hombre no tenía luz a su alrededor. No tenía la luz

que todos tienen. Su abuelo le dijo que si alguna vez veía a alguien sin luz le avisase sin falta. Se lo repitió muchas veces, insistiéndole en lo importante que era que ella lo recordara. Nunca en su vida vio Senmontu a su abuelo tan preocupado como entonces. Senmontu cogió a su amiga de la mano y le animó a seguirla a toda prisa por entre los campos y las acequias, atajando para ganar tiempo.

—¿Qué pasa, Senmontu?

—Ese hombre no tiene luz. Tengo que decírselo a mi abuelo.

—¿Luz? ¿De qué luz hablas? —gimoteó Takratis, intentando liberarse de la presa con que su amiga había atrapado su brazo.

—Rápido, Takratis, no te detengas, porque creo que no es solo de la luz de la que debemos estar preocupadas.

Y es que ante Senmontu acababa de revelársele un último misterio. Aquel hombre, por la forma en que había entrado en la pista de tierra, caminando desde el oeste, solo podía venir de un sitio: el Cerro de las Ánimas. ¿Y quién demonios podía venir de un lugar muerto, donde no había ni una sola casa en muchos estadios a la redonda, un lugar donde ni los buitres se atrevían a permanecer demasiado tiempo? ¿Quién demonios podría haber bajado de aquella montaña y, sobre todo, por qué?

—¡Vamos, para un momento y explícame qué pasa! —gimoteó de nuevo Takratis, aunque en vano.

Porque Senmontu seguía tirando de ella con fuerza, mientras echaba un último vistazo de reojo a aquella colina endemoniada, y juntas atravesaron a toda prisa mojones y cercados, huertos y jardines, mientras el sol, muy lentamente, se iba hundiendo en el horizonte.

LIBRO 2



UDJI
LOS QUE VIGILAN

EGIPTO, AÑO 2024

(Memorias de Rafel Collington)

Desperté. Abrí los ojos de golpe y miré en derredor. Estaba solo en la tienda de mi padre con el sudor perlando mi frente, envuelto en las sábanas. El calor sofocante del desierto había penetrado la lona, pero eso no era lo que me inquietaba.

Apreté mis ojos tratando de retener las imágenes que se desvanecían rápidamente de mi mente. Había soñado con ella, con Senmontu. Su rostro, aunque era el de una desconocida, me resultaba familiar, como si alguna vez en otra vida hubiera sido alguien importante para mí.

El sonido del batir de alas resonaba constantemente de fondo en mi cabeza, un zumbido que parecía acompañar cada imagen que había visto en mis sueños. Por momentos, me había sentido ligero, casi como si estuviera volando, arrastrado por ese rítmico y envolvente sonido.

Tomé una profunda bocanada de aire, tratando de calmarme. Me senté y alcancé la botella de agua que había dejado junto a mi cama la noche anterior. Mientras bebía, sentía la fría sensación del líquido deslizarse por mi garganta reseca.

Me cuestionaba si lo que había experimentado había sido una simple ensoñación, fruto de mi cansancio y de las historias que mi padre me había contado de niño o si, de alguna forma, había tenido un atisbo del pasado, un viaje a través del tiempo impulsado por el descubrimiento de aquella extraña inscripción en el Cerro de las Ánimas.

Sacudí la cabeza, tratando de alejar esos pensamientos. Pero una cosa era cierta: Senmontu, de alguna forma, había dejado una marca en mí, y estaba decidido a descubrir más sobre ella.

Aquella mañana, la excavación de mi padre en el monte Mokattam no avanzaba según lo esperado. Al parecer, un conjunto de rocas sedimentarias compactas bloqueaba la entrada de la tumba que

habían descubierto el día anterior. Estas formaciones, resultado de años de compresión y erosión, requerían herramientas y técnicas especiales para ser removidas sin dañar posibles artefactos antiguos en el proceso.

Howard, mi padre, estaba claramente frustrado. Su semblante mostraba exasperación y, en un tono más alto de lo habitual, se dirigía a sus colaboradores y a los trabajadores egipcios, dándoles instrucciones y, en ocasiones, mostrando su descontento por el lento progreso. Bajo la presión del hallazgo arqueológico y las expectativas, el normalmente calmado y reflexivo arqueólogo se transformaba en una figura más imponente y demandante.

Pese a ello, su amor paternal nunca disminuía. Al ver que me acercaba al área de excavación, se apartó de la conmoción y caminó hacia mí con una sonrisa forzada.

—¿Ya estás mejor, Rafel?

—¿Mejor?

—Has tenido una noche agitada, ¿no lo recuerdas? Te levantabas inquieto, murmurabas sobre figuras de madera, hombres sin luz y otras cosas sin sentido. Te retorcías en las sábanas y dejabas escapar gemidos de incomodidad. Te he estado velando toda la noche, intentando calmarte.

—No tengo ningún recuerdo de ello. Lamento haberte causado problemas.

—No es ningún problema, hijo. Cuando uno decide ser padre, se compromete a estar presente en los buenos y malos momentos. Lo esencial es que te encuentres bien ahora.

—Estoy bien —respondí, aunque la verdad era que me sentía dolorido y un poco desconcertado.

—Entonces, eso es lo que importa —afirmó con un guiño, intentando levantar mi ánimo.

Decidí plantearle entonces una cuestión que me estaba dando vueltas en la cabeza.

—Papá, ¿existía realmente la magia en el Antiguo Egipto?

—¿A qué te refieres exactamente?

—Me pregunto si había personas que pudieran hacer cosas

verdaderamente milagrosas. No me refiero a un espectáculo de magia, sino a algo auténtico, real.

—La magia, si la entendemos en términos de hechizos sobrenaturales y poderes místicos, no es real, hijo. Tanto los magos de la antigüedad como los actuales son prestidigitadores que ejecutan trucos. Los pueblos antiguos tenían una profunda conexión con la naturaleza y el cosmos. Es habitual encontrar en culturas pasadas lo que llamamos "pensamiento mágico". Esto se refiere a una forma de razonamiento donde se creen posibles causas sobrenaturales para los eventos del mundo. Es una forma de interpretar la realidad a través de mitos, rituales y simbolismos. No es magia en el sentido literal, sino una manera de comprender y relacionarse con el universo.

Observé a mi padre con un deje de tristeza. No era la respuesta que esperaba.

—Pero en mis sueños he experimentado cosas del pasado. Siento como si alguien con un poder especial me hubiera transportado atrás en el tiempo.

La sonrisa escéptica que cruzó el rostro de mi padre me hirió. Sin embargo, notó mi decepción y su expresión se suavizó.

—En las antiguas creencias, muchos no diferenciaban entre lo que llamamos magia y religión. Había magos y sacerdotes que realizaban rituales. Pero puedo asegurarte de que, aunque estas personas tuvieran un estatus especial y fueran respetadas, nadie poseyó jamás el poder de viajar en el tiempo ni nada parecido. Y si alguien, por increíble que parezca, tuvo ese poder en el pasado, lleva muerto miles de años.

Mi padre rio con cariño, me dio un beso en la frente y revolvió mis cabellos.

—Nunca dejes de soñar, Rafel —me dijo, y volvió a sus labores en la excavación.

Sus palabras, aunque llenas de sabiduría, no lograron tranquilizarme. Especialmente porque me di cuenta de que al volverse su rostro se transformó y reflejó una profunda preocupación. Hurgó en uno de sus bolsillos, sacó su cartera y contempló una foto. Maldijo entre dientes y se alejó.

Decidí entonces regresar al lugar donde había tropezado con la inscripción el día anterior. Me armé con una pala desmontable, convencido de que podría hacer un gran descubrimiento por mi cuenta. De pronto, lo de ser arqueólogo ya no me parecía el colmo del aburrimiento.

Teniendo en cuenta mi innata torpeza y facilidad para perderme en toda situación y lugar, probablemente es fácil de anticipar lo que sucedió: no pude encontrar el sitio. El monte Mokattam es vasto y, aunque había memorizado (o creía haberlo hecho) el sendero que me llevó allí el día anterior, parecía estar constantemente caminando en círculos.

Haciendo un esfuerzo, intenté recordar con aún más precisión mis pasos. Recorrí el sendero con detalle, pasando por la curva donde un antiguo tronco petrificado yacía olvidado, por el área abierta donde los restos de un viejo oasis se mostraban como fantasmas del pasado. Sin embargo, incluso cuando estuve seguro de que estaba en el punto exacto, no vi rastro de la inscripción. La arena, movida por el viento, había cubierto la grieta en la que me había caído, borrando cualquier indicio de mi presencia o del lugar donde me había caído.

A escasos metros de donde pensaba que debía encontrarse la inscripción, me di cuenta de que estaba perdido. Era la cuarta vez que creía haber hallado el lugar: en todas me confundí. La frustración me superó.

—¡Maldita sea! —chillé.

Comenzaba a anochecer y decidí volver al campamento. No deseaba perderme en la oscuridad… de nuevo. Además, el pensamiento de volver a parecer un tonto, sobre todo ante mí mismo, era insoportable.

Apenas cené y no me atreví a conversar con mi padre de nada más que de banalidades. Decidí no sacar a colación lo que hablamos por la mañana. No quería volver a ver aquella mueca ligeramente irónica que descubrí en su rostro cuando le hablé de la magia.

Me fui pronto a la cama. Mientras me acostaba en mi catre, el desaliento me invadía. Pensé que había perdido cualquier conexión con Senmontu. Estaba seguro de que nunca sabría qué sucedió con su

familia, con Bytan y sus misteriosas figuras, o con aquel enigmático desconocido “que no tenía luz", significase lo que significase tal cosa. Pero lo que más me dolía era pensar que nunca descubriría cuál fue el destino de "la hermana del halcón", esa joven de otro tiempo que estaba comenzando a obsesionarme.

—Te he perdido, Senmontu —dije justo antes de que el sueño me venciera.

Por suerte, estaba completamente equivocado.

6

UN SECRETO EN LA FAMILIA

(Año 158 Antes de Cristo)

Senmontu sabía algo que muchos ignoraban: Todos los hombres y todas las mujeres poseen una luz que los envuelve.

Esa es la verdad. Una luz tenue, un aura burbujeante y dúctil; un haz blanco, amarillo pálido o de un escarlata tan desvaído que se difumina al andar, dejando a su paso mágicas teselas carmesí.

Todos los hombres y todas las mujeres la poseen, pero no todos los hombres y todas las mujeres intuyen que existe ese íntimo secreto, pensaba Senmontu, y acaso muy pocos supieran la verdad de la luz de alrededor. Tal vez muy pocos, demasiado pocos.

Durante mucho tiempo, cuando era una niña pequeña, había esperado paciente a que alguien hablase por fin del tema de la luz que todos llevamos con nosotros. Al principio había pensado que se trataba de una suerte de tabú, de una cosa prohibida de la que no se debe hablar, como del propio sexo o de la sangre que mana una vez al mes por entre las piernas de las mujeres; pero una noche, escondida tras un arcón mientras su hermana Neotera y una amiga se probaban vestidos y ensayaban frente al espejo posturas coquetas para atraer a sus jóvenes pretendientes, entre interminables monólogos acerca de esencias de olor y de cosméticos milagrosos... aquella noche, Senmontu había terminado por comprender que no hablaban de ello porque no sabían que existía, y porque si lo supieran, y pudieran ver bajo el influjo de aquella aura resplandeciente qué aspecto tenían sus rostros embadurnados de aceite de almendras, sus labios pintados de rosa y su cabello peinado hacia atrás a la moda de la corte, con ese estúpido y ornamentado recogido que se hacían con una tira de tela... en fin, si pudieran verse, seguro que no perderían tanto tiempo frente

a sus finos espejos de cobre.

Senmontu había terminado por aceptar, a regañadientes, que nadie más que ella veía el resplandor. Y ella detestaba saber cosas que no pudiera compartir, pues intuía que los adultos detestan las cosas que no ven o que no entienden (y aún menos que les hablen de ellas). Estaba segura de que todo conocimiento que no pudiera compartirse ni ser entendido por otros era necesariamente un problema. Un grave problema.

Cuando sucedió todo aquello, Senmontu era una niña de nueve años recién cumplidos, una niña que correteaba incansable por la casa de sus padres y miraba con sus grandes ojos verdes el aura de sus inquilinos, y acertaba a comprender que era mucho más que un rastro de su energía vital, del hálito de vida del que hablan los libros de los antiguos, sino la expresión de la naturaleza de esa energía misma, de la naturaleza intrínseca de su portador, de la personalidad que se esconde tras las máscaras que llevan los adultos para confundirse unos con otros.

Así, la luz de su madre, Apolonia, era de un blanco triste y apagado, una línea gruesa y a menudo opaca, un marco inmóvil que contenía a una mujer casada y con dos hijos, una mujer de treinta y cinco años, una mujer con muchas responsabilidades: casa, descendencia, servidumbre y alimentación. Las cuatro grandes dimensiones de la vida, según Apolonia.

Senmontu veía poco a su hermana mayor, Neotera, pues era la única que se había independizado y vivía fuera del hogar familiar, en la capital griega de Egipto, si bien se había comprado hacía poco una mansión en la misma ciudad que ellos, Harmonía, y en el mismo margen del río Nilo, el oriental, y a escasas dos granjas de distancia. Pero rara vez estaba en ella.

Lo cierto es que a la pequeña Senmontu no le gustaba demasiado su hermana mayor y no lamentaba verla tan de tarde en tarde, o que esta siempre tuviese una excusa para postergar ir a ver a su familia. Neotera era la reina de su casa y una extraña en la casa de su madre. Sus razones y sus razonamientos eran tan mezquinos y tan reducidos que Senmontu no hubiese necesitado ver la luz que llevaba

alrededor para saber de qué pasta estaba hecha su hermanita.

Y, sin embargo, la amaba tanto o más que al pequeño Maakheru o que a su misma madre, porque Neotera era sangre de su propia sangre, y porque aparentaba estar tan segura de sí misma, de su amante esposo y de su propio universo de cuatro dimensiones, que seguramente necesitaba más amor y más comprensión que ninguno de ellos.

Tan solo su abuelo, Bytan, era capaz, como ella, de ver la luz que tienen alrededor las personas. Lo descubrió un día que paseaba por los jardines de su casa, siguiendo a ciegas el interminable olor de los frutales. Senmontu estaba triste aquel día; de hecho, llevaba triste ya varias semanas. Su padre, Dryton, no daba señales de vida y nadie sabía nada de él desde que había salido hacia Alejandría para ocuparse de unos negocios de los que nadie había oído hablar. La noticia de su desaparición había caído como un jarro de agua fría sobre toda la familia, incluida Neotera, habitualmente tan distante e indiferente a todo, y que además por aquellas fechas estaba a punto de celebrar el tercer aniversario de su boda con el griego Filipo. A causa de ello, se hallaba pasando unos días en Harmonía, preparando una gran fiesta.

Cerca del estanque encontró Senmontu al abuelo. Hacía ya casi tres meses desde que Dryton se perdiera en Alejandría. El viejo estaba sentado en el tronco de un árbol, como era su costumbre, labrando una de sus figurillas de madera. Frente a ambos, las aguas del estanque titilaban, arrastrando en su vaivén a los nenúfares blancos y los lotos azules que se habían posado perezosos en su superficie.

—Hoy se te ve muy bien, abuelito —dijo Senmontu, con voz todavía de pesadumbre.

—Oh, sí…, ya estoy mejor. Tengo buen aspecto, ¿no es verdad? También ha mejorado la luz que me envuelve, esa luz de alrededor, ¿no te parece? —repuso sonriente Bytan mientras sopesaba la figurilla que tenía entre las manos, esta vez un labriego con uno de sus aperos en la mano derecha y la izquierda extendida, acaso para lanzar sus semillas sobre la Tierra Negra de Egipto.

—Claro, por supuesto. Tu luz casi brilla como antes.

Senmontu se llevó una mano a la boca, sorprendida. El anciano había descubierto su secreto. Ella se lo había dicho sin más. De hecho, su abuelo le había tendido una trampa bien sencilla y ella había caído de cuatro patas como una tonta. Pero bueno, tampoco pasaba nada; aquello no era nada malo. ¿O sí?

—Así que tú también la ves —dijo entonces Bytan, haciendo saltar con su cuchillo una larga astilla de madera que se retorció blandamente en el aire antes de caer al suelo—. Hace tiempo que lo sospechaba.

—Sí que la veo, aunque había terminado por pensar que solo yo podía hacerlo.

Bytan se echó a reír.

—Oh, no; en realidad es un viejo don de la familia. Tu padre también lo heredó, aunque no le gustaba hablar de ello. Ninguno de sus hermanos, que por desgracia murieron todos de niños, lo había heredado. De la misma forma, ninguno de tus otros hermanos lo posee. Mi propia abuela decía que solo lo heredaba el más fuerte de cada generación. Tal vez estuviera en lo cierto.

En el Egipto de los reyes griegos y en todo el mundo antiguo, había una elevada tasa de mortalidad infantil. De hecho, antes de nacer el pequeño Maakheru, su madre, Apolonia, había tenido varios abortos y otros hermanitos habían muerto en la cuna, con pocos días o semanas de vida. Senmontu, casi sin quererlo, pensó en aquellos pequeñines y luego pensó en Maakheru, su hermanito, siempre tan enfermo, y se puso aún más triste.

—Yo no quiero ser la más fuerte, ni tampoco ver esa luz de alrededor, abuelito. Lo daría todo porque Maakheru sanara y se hiciera más fuerte que yo o que cualquiera en Harmonía.

—No debes desear algo demasiado intensamente —la reconvino su abuelo—. Los dioses, egipcios o griegos, da igual lo que te expliquen tus maestros, se solazan viéndonos sufrir a nosotros, los mortales. Si deseas algo con mucha fuerza, es bien posible que se apresten a arrebatártelo.

—Eso no es justo —dijo Senmontu.

—Pocas cosas lo son en esta vida —reconoció Bytan.

De pronto, sin previo aviso, el anciano arrojó hacia Senmontu la figura del labriego en la que llevaba horas trabajando. La talla de madera pasó volando sobre la cabeza de la joven e hizo una larga curva en el aire antes de comenzar su descenso hacia las aguas del estanque, que quedaban a su espalda.

—¿Qué haces, abuelito?

Senmontu no podía entender que su abuelo sacrificase aquella figura tan bonita y la arrojase a las aguas, máxime cuando se había esforzado tanto en que sus formas redondeadas naciesen de la madera. No tenía sentido. Así que, casi sin quererlo, se volvió rápidamente y antes de que la figura del labriego se hundiese entre los nenúfares, la detuvo en el aire con la fuerza de su mente. Le costó mucho hacerlo y un hililllo de sudor no tardó en caer por su frente, mientras intentaba en vano alejar la escultura hacia la orilla. Ella estaba acostumbrada a hacer volar a Sejmet, su marioneta en forma de leona, que era mucho menos pesada y, además, era una forma conocida que podía recrear fácilmente en su imaginación y hacer remontar el vuelo sin apenas dificultad. Pero aquella figura de madera… ah, eso era algo muy distinto. Tal vez fracasase. De hecho, ya apenas sí podía sostenerla en el aire.

—Vaya, vaya. Así que también heredaste eso —dijo Bytan con inquietud, casi avergonzado de haber obligado a la joven a mostrar de nuevo sus habilidades.

El labriego salió entonces despedido a toda velocidad del estanque hacia las manos del anciano, que lo asió al vuelo con un movimiento rápido, casi invisible a los ojos del espectador.

—No debes ser tan impulsiva ni permitir que los demás descubran tan fácilmente como yo lo hice esos secretos tuyos, esas habilidades especiales —prosiguió el anciano, removiendo la espalda sobre el tronco del árbol, buscando una postura más cómoda—. Y si pese a todo te ves forzada a usar tus poderes, aprende alguna artimaña como la que has visto, procura que no te descubran. Los magos están bien vistos en nuestra sociedad. Pero las mujeres magas no tanto. Ya lo sabes.

Senmontu estaba boquiabierta. No había nada que pudiese

añadir u objetar a lo que acababa de decir su abuelo. Después de todo, solo era una niña, y todas aquellas facultades suyas, que ella hasta ese momento creía únicas, de pronto resultaban una herencia de su familia, y Bytan era más diestro en todas ellas de lo que acaso ella nunca llegaría a ser en la vida.

—No pongas esa cara, Senmontu —dijo el anciano con siniestra convicción—. Si te sirve de consuelo te diré que yo no fui capaz de detener un objeto en movimiento como has hecho tú hasta pasada la treintena. Y mi niña lo ha hecho con solo trece años. Pero claro, la hermana del halcón ha nacido para hacer grandes cosas, eso siempre lo hemos sabido todos.

Se había levantado algo de viento y el viejo decidió abandonar su tarea, dejando al labriego que terminaba de tallar sobre el tronco del árbol. Entonces, cogiendo de la mano a su joven nieta, le preguntó si le apetecía que fueran hasta el centro de la ciudad, a la pastelería de Antígono, a comprar unos dulces rellenos de miel para ambos.

—¡Claro que sí! —chilló Senmontu, olvidando lo abatida que se hallaba hacía un momento.

—Pero debes prometerme algo —le dijo entonces su abuelo, con el gesto súbitamente transformado. Y cogió a Senmontu por los hombros y la atrajo hacia sí, apretando muy fuerte, hasta hacerle daño. La joven miró a los ojos de su abuelo y advirtió un terror profundo y una ira aún más profunda que le traspasaban. Senmontu supo que a ella, de haber sido el objeto de todo aquel odio, este la hubiera despedazado hasta que no quedara nada de cierta pequeña niña egipcia que nunca se iba a resignar a ser una niña griega.

—Claro. Lo que tú quieras, abuelo.

Bytan la miró de nuevo con aquellos ojos fieros, inyectados en sangre.

—Prométeme que si un día ves a un hombre sin la luz, vendrás corriendo a verme, no importa dónde estés ni cuán lejos estés: vendrás corriendo como si tu vida te fuera en ello, porque acaso... la vida de todos nos vaya en ello si esa desgracia sucede. Tu padre no me escuchó, nunca me escuchaba, y estoy seguro de que ellos lo encontraron. Ahora nos estarán buscando a nosotros. No te quepa la



menor duda.

7

NADIE ESTÁ A SALVO

(Año 158 Antes de Cristo)

Senmontu recordaba perfectamente las palabras de su abuelo. Se le habían quedado grabadas a fuego. Y por eso que, después de ver a aquel forastero vestido con un taparrabos de leopardo, aquel forastero sin luz de alrededor, Senmontu echó a correr como alma que lleva el diablo, a través de los campos, con su amiga Takratis cogida de la mano.

Cuando llegaron a la casa de su amiga, Senmontu se marchó sin despedirse siquiera del padre de esta, del buen Djaw, que la saludó desde los sembrados. Senmontu continuó a la carrera hasta la casa de su madre, que la vio entrar por la cocina, gimiendo con la voz entrecortada por el esfuerzo.

—¿Dónde está el abuelo?

Apolonia la miró y meneó la cabeza, como censurando a esa chiquilla impetuosa que nunca sabe lo que hace y siempre tiene prisa por hacerlo todo, o todo lo contrario, se ha levantado perezosa y no tiene ganas de hacer nada.

—Bytan salió hace un par de horas a pasear por las afueras del pueblo. No creo que tarde.

El nubio Masha estaba de pie, al lado de Apolonia, y entre ambos pelaban guisantes para un guiso de pescado para la cena. El gigante negro observó a la pequeña ama con una sonrisa en los labios. Él la tuvo en sus brazos de recién nacida y, para Masha, nunca dejaría de ser un bebé gritón que mueve sus manitas al compás de sus sueños, buceando por primera vez en un mundo donde todo está por descubrir. El nubio daría la vida por su pequeña ama, y por ella se enfrentaría a todos los demonios del mundo inferior.

“Senmontu siempre necesitaría a su buen Masha junto a ella”,

pensaba.

De hecho, el nubio esperaba pacientemente el día en que la joven se casase para pedirle a Bytan, su auténtico dueño legalmente, una dispensa y marchar a vivir con Senmontu para protegerla y guardarla de todo mal hasta que le faltasen las fuerzas o los dioses tuviesen a bien llevárselo a la Otra Orilla de la Vida.

—Parece preocupada, pequeña ama. ¿Quiere un poco de agua o alguna otra cosa? Siéntese a recuperar fuerzas, que pronto volverá el amo Bytan.

Senmontu negó con la cabeza.

—No puedo. Lo que acaba de pasar es demasiado importante. ¿No sabéis por dónde exactamente fue a pasear? ¿Por el embarcadero? ¿Por el linde del desierto?

—Como si tu abuelo le explicase a alguien lo que tiene pensado hacer. Bueno es ese —repuso Apolonia.

—Pero debo saber, mamá…

—Siéntate, Senmontu… y obedece. Ya te he dicho que Bytan debe estar al llegar.

Apolonia era una mujer muy hermosa, morena, de ojos negros, con una figura todavía esbelta, generosa de formas. Se jactaba de ser una buena ama de casa y, en su día, de haber sido una buena esposa para Dryton. Desde que Dryton había desaparecido (¡cinco meses ya!), no habían sido pocos los pretendientes que llamaron a su puerta, pero a todos los había rechazado cortésmente y con firmeza.

"No tengo la cabeza ahora más que para mis hijos", decía a menudo, pero lo cierto es que en su corazón pervivía la presencia de Dryton, el padre de Senmontu. Había sido un buen marido, un hombre fuerte, trabajador, dulce y cariñoso, al que no estaba dispuesta a olvidar. Apolonia veía en Senmontu todas las virtudes y defectos de su difunto esposo, lo que hacía que la amarla aún más. Sin embargo, cada vez que la veía, y aún más cuando debía reñirla, su corazón se llenaba de un dolor profundo y sombrío, que nunca conseguía disipar completamente.

—Por favor, Senmontu, pronto oscurecerá. No querrás vagar sola por las calles y los sembrados, buscando a ciegas, sin saber qué

puedes encontrarte.

—Yo puedo acompañarla —intervino el nubio, ampliando aún más su sonrisa.

—Tú calla, Masha. Por favor, no alientes más las locuras de mi hija.

Senmontu frunció el ceño y pataleó sobre el suelo de la cocina.

—¡Mamá! ¡Te he dicho que es muy importante!

—¿Qué demonios es tan importante que justifique todo ese sofoco que llevas encima o la búsqueda de tu abuelo, cuando bien sabes que regresa siempre antes de que se ponga el sol y ya casi es la hora?

—No puedo decírtelo. No lo entenderías.

—¿Cómo que no puedes…?

Apolonia se levantó de su taburete y dejó una vaina de guisantes en la mesa, como si fuera a abandonar su trabajo para acercarse a Senmontu. Instintivamente, la joven retrocedió.

—Es que es una cosa que solo nos interesa a mí y al abuelo. Pero es algo muy importante, algo secreto pero muy importante.

Un sonido se escuchó a su espalda, un carraspeo. Senmontu se volvió justo a tiempo para distinguir la figura encorvada de Bytan, que atravesaba en ese instante la puerta de la cocina apoyándose en su cayado. Echó un vistazo a sus tres inquilinos con mirada torva.

—A ver qué es eso tan importante, Senmontu.

—El hombre sin luz. El hombre está aquí. Lo he visto en la ciudad —dijo Senmontu, hablando atropelladamente, presa del nerviosismo, recordando su promesa y lo importante que le pareció entonces que, para su abuelo, era aquella historia.

Bytan se acercó un poco más a su nieta y puso una mano en su mejilla, tratando de calmarla.

—Vamos a ver. ¿Estás segura? Tal vez era un hombre preocupado, con una luz apagada, triste, como las nuestras cuando tu padre desapareció.

—No, no tenía luz alguna. Estoy completamente segura.

Bytan entornó los ojos, como si estuviese concentrándose en un recuerdo lejano.

—¿Y recuerdas cómo vestía ese hombre, Senmontu? ¿Acaso de una forma particular, diferente de los demás?

—Claro que sí, abuelito. Iba casi desnudo, no llevaba más que un taparrabos de leopardo. Y me extrañó. ¿Quién iba a vestir así en estos días?

Los ojos de Bytan volvieron a colmarse de una furia devoradora, como meses atrás, mientras hablaban de aquel asunto. Senmontu los vio inyectarse en sangre. Detrás de ellos, Apolonia, visiblemente contrariada, interrumpió su conversación con una voz que casi era un alarido:

—¡Hombres sin luz y hombres con luz! ¡Gente vestida con taparrabos de piel de leopardo! ¿De qué demonios estáis hablando? ¿Me quiere alguien explicar lo que sucede? ¿Acaso queréis volverme loca y…?

La voz de Apolonia se detuvo cuando vio la terrible mirada de hostilidad de su suegro y luego vio elevarse su bastón, que este descargó con furia sobre la mesa de la cocina, llevándose por delante el cuenco con los guisantes pelados y varios platos y cubiertos, que cayeron tintineantes al suelo.

—Eso ya no importa. Las explicaciones, para luego. Solo una cosa debe preocuparnos ahora. Los Que Vigilan han llegado. Ya nadie está a salvo.

8

EL UDJI

(Año 158 Antes de Cristo)

El Udji, El Que Vigila, llegó a Harmonía por la mañana, con los primeros rayos del sol naciendo en el horizonte. Se sentía extraño, aturdido, enfadado… no sabía qué nombre dar a la sensación que le embargaba, pero sabía que las cosas no marchaban bien. Nada en absoluto.

Sin embargo, todo eso era lo de menos, y debía seguir camino sin volver la vista atrás. Su misión era una y no podía desviarse ni un ápice de su cometido. Debía hallar a Jeper, el traidor infame que había robado a su señor, El Que Habita Entre Las Sombras. El Udji sabía que la única forma de hallar a su enemigo era seguir unas figuras de madera que Jeper estaría tallando a todas horas, porque pensaba que, en la hora final, podrían salvarle de la muerte y de la ira de la bestia. El sirviente de la sombra no entendía la razón que impulsaba a Jeper a creer que aquellas figuras le valdrían de algo si El Que Habita Entre Las Sombras daba con él. Pero el caso es que aquellas figuras eran especiales y fáciles de reconocer, y a través de ellas daría con Jeper y recuperaría la Llave de las Puertas del Inframundo.

El Udji, El Que Vigila, había caminado pues, día y noche, siguiendo los dictados de El Que Habita Entre Las Sombras, su amo y señor. El monstruo que a todos gobierna le había indicado a quién debía hallar y cómo hallarlo, y luego le había exigido que recuperase la Llave que una vez fue robada. Solo eso era verdaderamente importante: recuperar la Llave que ese ingrato de Jeper, antiguo Custodio de las Puertas, le arrebató a su Señor.

—El infame Jeper, el ladrón, se habrá cambiado de nombre y estará tallando unas figuras de madera; las tallará sin descanso,

pensando que así podrá librarse en su última hora del destino que merece —dijo El Que Habita Entre Las Sombras.

Luego señaló a su sirviente, El Udji, con un dedo acusador.

El Que Vigila, El Udji, se inclinó en una reverencia. Su Señor era una momia andante, un monstruo que pasaba de los cuatro codos de altura, un cadáver que conservaba las costuras por donde los embalsamadores habían extraído sus humores y sus entrañas, un engendro de la naturaleza que gobernaba su pequeño mundo de podredumbre y desolación con mano de hierro. Oliendo a muerte y hediendo a eternidad, El Que Habita Entre Las Sombras le había ordenado destruir a Jeper, el traidor infame, y recuperar lo que había sido robado.

—Ese Jeper una vez fue mi hombre de confianza y ahora es mi mayor enemigo. Cree, el muy estúpido, que solo con esas figuras podrá salvarse de mi ira —dijo la bestia de la sombra, soltando una vaharada fétida—. Son unas figuras especiales, unas figuras mágicas. Te diré cómo reconocerlas. Encuentra las tallas de madera y encontrarás al hombre, aunque ahora con toda seguridad no se hará llamar Jeper. Y cuando encuentres al hombre, encontrarás la Llave que me fue robada —añadió su Señor.

Y por ello, el Udji había caminado sin descanso siguiendo la línea del desierto, entrando en ciudad tras ciudad, en pueblo tras pueblo, por pequeño que fuera, buscando unas figuras de madera y a su escultor… un hombre que una vez se llamó Jeper, un ladrón que ha sustraído algo muy valioso para aquel por el que los Udji viven y mueren, la bestia que habita en la sombra.

Hay otros como él, otros que vigilan, buscando al traidor por el norte y por el sur, por el este y por el oeste; nadie en la tierra de Egipto tendrá descanso hasta que El Que Habita Entre Las Sombras recupere lo que es suyo.

Hacía unas horas, poco después del mediodía, el Udji había ascendido al Cerro de las Ánimas, con el sol casi en su cenit, cayendo abrasador sobre su cabeza, sus hombros, su espalda. Un Udji solo podía vestir con un taparrabos de piel de leopardo, pues ellos eran hombres puros en su maldad, cuya esencia no podía ser mancillada

con la vestimenta de los mortales. Sin embargo, en esta hora, el Udji desearía un pañuelo de lino para proteger del sol su cabeza o una buena camisa para proteger su torso. Pero hasta eso le estaba prohibido; su única posesión era una daga en cuya empuñadura brillaba el ojo de Seth; eso y un hermoso bastón con empuñadura de marfil que le servía de apoyo en su largo caminar por la tierra de Egipto. Agotado por el esfuerzo, el Udji se tumbó a dormir a un lado del camino, sobre un manto de hierba fresca.

Al despertar, prosiguió su tarea y buscó al malvado Jeper durante otras tres horas interminables a pleno sol, pero no consiguió dar con él; no vio una sola talla de madera semejante a las que El Que Habita Entre Las Sombras le había enseñado a reconocer. De nuevo, debería proseguir la ruta del desierto y buscar otra ciudad donde continuar sus pesquisas.

Pero aquella mañana, sin saber por qué, algo empezaba a despertar dentro de su cabeza. Un recuerdo se removía en su interior y le decía que él no era en verdad un Udji, sino alguna otra cosa: un hombre de verdad, un ser vivo con voluntad propia y libre albedrío. Pero no, él ya no era eso; lo fue una vez, cuando estaba vivo. Hoy era un esclavo de la sombra.

Sintió un murmullo en sus oídos y un vacío en el estómago; quizás fuera hambre. Pero no había nada qué comer. Una fuente en el camino sació su sed. Todavía hambriento, siguió sin rumbo por la calzada polvorienta.

Harmonía era un pueblo como cualquier otro. El Udji se sentía agotado, pues llevaba ya muchas horas caminando por el margen del desierto, utilizando los senderos secretos que solo conocían los sirvientes de la sombra y que permitían atravesar a pie Egipto mucho más rápido de lo que lo haría ningún otro viajero, a menos que fuese en barco, naturalmente.

Un pueblo cualquiera, la misma gente humilde de siempre y ni rastro del infame Jeper. Entonces, de pronto, algo llamó su atención y se detuvo, contemplando la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Los chiquillos estaban de pie al final del recodo de aquel sendero por el que llevaba horas caminando. Vio al niño deforme

escondido detrás de la acacia, a las dos niñas refugiadas a la sombra del quiosco y al viejo esclavo cojo que recogía una talla de madera del suelo. El anciano guardó entonces la figura en una bolsa de tela que acarreaba un burro con montura de oro y pedrerías. Sobre cuyos lomos cabalgaba una niña malcriada, insultando una y otra vez a su sirviente mientras avanzaban por el camino.

Senai se alejaba camino abajo con su esclavo y, entretanto, un forastero, un Udji, les miraba pensativo.

Una talla de madera, pensaba el Udji, una figura labrada por unas manos expertas. Tal vez fuera lo que había estado tanto tiempo buscando. El Udji, haciendo caso omiso al niño deforme y al resto de los chiquillos que salían de la escuela, aceleró el paso y echó a andar tras el burro de la montura dorada, a una distancia prudente, por temor a ser descubierto.

Entre unas zarzas, el Udji halló un amuleto: un hermoso pedestal de jaspe y cornalina con la efigie de Seth, el dios rojo del desierto y de las tempestades, sonriendo apacible mientras sostenía su cetro con ambas manos. ¿Quién dejaría olvidada una cosa semejante? No, era una señal. El terrible Seth, el enemigo de la luz, quería indicarle el camino a seguir. No en vano aquel dios era el predilecto de El Que Habita Entre Las Sombras, su Señor.

El Udji oía la voz de Seth dentro de su cabeza, como en sueños. Y aquella voz era también la voz de la bestia que habita en la sombra, trasfigurada en el Señor del mal y de la tempestad. Él le ordenaba seguir a la joven hasta donde quiera que se escondiese. Le ordenaba no desfallecer, concluir la tarea y encontrar por fin una pista que le condujese al infame Jeper, el ladrón.

Caía la tarde cuando el Udji abandonó las últimas casas habitadas y solo la yerma inmensidad del desierto y los polvorientos senderos del camino nuevo se extendían ante sus ojos. Entonces volvió a él la voz del Divino Seth, sintió su mano en la frente, dándole fuerzas ahora que estas flaqueaban; y entonces el Udji perdió la conciencia de sí mismo.

El joven pájaro gorjea en su nido porque tú le has dado el Aliento de Vida. Cogió fuerzas para salir del huevo y a cuatro

patas escapó de su prisión.

El Divino Seth le hablaba, le apremiaba para que siguiese las huellas del burro de montura dorada, al que ya había perdido de vista entre el polvo del camino. Pero Seth le enseñó a reconocer sus pisadas entre otras muchas. No le daba un instante de tregua y el Udji se arrastraba hasta la extenuación bajo el sol del atardecer.

Llegó a aquel muro de adobe cuando ya anochecía. El Divino Seth le conminó a saltar la tapia, le instó a guardar silencio, a caminar despacio, a cruzar como una sombra almacenes y barracones.

Cuando le ordenó detenerse y pudo al fin tumbarse en el suelo, el Udji se volvió de cara a las estrellas y casi rompió a llorar, porque el corazón se le salía por el pecho, latiendo sin cesar para alimentar sus cansados miembros, repartiendo sus fluidos por todos los rincones de su pobre organismo: consumido, exhausto, completamente roto y hecho jirones como su propia alma inmortal.

"¡Silencio!", clamó una voz desde su interior.

—Estoy furiosa... ese monstruo... nunca aceptaré...

Era como un siseo. Muy cerca. No era la voz de la bestia, El Que Habita Entre Las Sombras, su Señor, ni tampoco la voz del Divino Seth. Esos dos se habían marchado. Nunca estaban demasiado tiempo en un mismo lugar, forjando un mismo engaño. Las sienes del Udji ya no latían de desesperación. Aguzó el oído.

"Están aquí mismo", se dijo.

Y se arrastró a gatas hasta la ventana, encogido entre las parras, desde donde las voces de Senai y su padre Clito se tornaron claras y precisas.

—Hija mía, debes ser compasiva, pues está escrito en el Libro de las Puertas...

—¡Pero papá!, ¿no ves que ese monstruo de Eurionupis busca para mí sus mismas lacras?, ¿que desea a su lado alguien como él, deforme y espantoso?, ¿que es un acto de magia con el que quiere convertirme en un ser repulsivo y...?

El hombre se esforzaba por disimular una sonrisa.

—Senai, eso que tienes en las manos no es más que la muñeca que han cincelado las manos de un pobre niño enfermo. Piensa, si

acaso, en las muchas lágrimas que le habrá costado recrearla para ti.

La joven estaba roja de ira.

—Yo no le pedí que me regalase nada. Si hace meses que no le veo y tiene prohibida la entrada a la Escuela de Petamenofis, porque asusta a los otros niños y nos distrae de nuestras ocupaciones. Ese engendro estaba muy bien en su cabaña esperando la muerte y no tenía que...

—¡Senai! ¡Cállate!

—¡No me voy a callar! Y respecto a esa muñeca asquerosa que me ha hecho, ahora mismo voy a destruirla, pues...

—¡No lo harás! Escribirás una misiva agradeciendo a Eurionupis su presente o no te dejaré ir con el aya a comer higos y no te bañarás en el estanque hasta que acabe la estación.

Unos pasos tras el seto, a su izquierda. El Udji se encogió sobre sí mismo, abandonando la vigilancia de la casa, y entonces vio que tenía compañía. Era un viejo renqueante con gorra de lana, que se paseaba con gesto inquisitivo, como buscando algo. El Udji, tumbado en el suelo, se confundió con el entorno y se hizo uno con sus amigas las parras, que le prestaron sus troncos sinuosos y sus vástagos largos y enredados. El guardián inspeccionaba ahora puertas, cerrojos, tapias y avenidas con la pasión ahogada del trabajo diario que nada reporta. Finalmente, se sentó en un macizo de flores y se quedó amodorrado, mirando la luna durante un lapso interminable. Pasó una sirvienta y el viejo se incorporó, persiguiéndola con la mirada y luego con paso lento y dubitativo. Desaparecieron ambos más allá de los setos. Luego, pasó otra sirvienta y tras ella un joven embutido en un grueso manto. Se alejaron entre risas. Un tercer sirviente atravesó corriendo el parterre, dio dos vueltas, frenó en seco y volvió por donde había venido. Una lechuza ululó en la noche.

El Udji esperó un buen rato hasta que decidió que habían terminado por fin las visitas y vagabundeos en el populoso jardín de la niña malcriada y su padre. Las luces habían ido desvaneciéndose de todas las estancias. Senai y su padre hacía tiempo que se habían marchado a sus habitaciones. Por fin, había llegado la calma. A tientas, el Udji se abrió paso hasta el estanque y espió las formas que

aparecían y se desvanecían como sombras en la seguridad de la mansión. No tardó en elaborar un plan. La distribución de la vivienda era simple y previsible. Fachada al oeste, dos plantas, dos terrazas, un patio trasero. Nada podía salir mal.

El Que Habita Entre Las Sombras no necesitaba ya hacerle oír su voz. Sus designios eran también los designios de su servidor, el Udji, aquel que siempre vigila.

9

NUEVOS AMIGOS

(Año 158 Antes de Cristo)

Todos duermen. Una corta carrera; trepar por el balcón; otro salto. Ya está hecho. Al Udji le guiaba una furia confusa, la ceguera del que ha sufrido mucho y se resiste a seguir sufriendo, y exhausto siega en su entorno el manantial de toda forma de felicidad, de la propia y de la ajena.

Furtivamente, buscó las habitaciones de su enemiga. No le iba a resultar fácil. En la planta superior no halló gran cosa: un gran salón para las recepciones y el cuarto de aseo de los señores. Bajó las escaleras con el corazón desconcertado, intentando dirimir dónde podrían estar las habitaciones de los artesanos, dónde los silos, dónde la cocina y dónde las habitaciones de la servidumbre y de los amos. Se perdía una y otra vez; tras un estrecho pasillo emergía otro igual, con idéntica columna lotiforme, con idéntico haz de luz plateada penetrando fugazmente por los tragaluces superiores. No se atrevió a abrir ninguna puerta para no delatarse y no halló señal alguna que pudiera servirle de indicación. Pero el Udji se sabía predestinado y ni un segundo pensó en desatender su designio.

El batiente se abrió cuando llegó a la altura de aquella última estancia de la planta baja. La puerta se abrió ante él como si una fuerza maligna la empujase desde dentro. Otra vez la bestia que habita en la sombra estaba guiando sus pasos. Allí estaba su víctima. Ya no debía buscar más.

El Udji se asomó a la habitación, vigilante, temblando de emoción.

El aya de Senai, su criada personal, dormía a pierna suelta junto al umbral. El Udji se inclinó sobre la anciana y esta despertó de

pronto, abriendo los ojos. Pero no tuvo tiempo de emitir el menor sonido. La mano derecha del Udji se cerró sobre su bastón y lo descargó con fuerza sobre el cráneo de la anciana, y esta se estremeció, arqueándose, mientras la náusea de la muerte en vida la poseía con su maléfico poder. Porque aquel que es atacado por un Udji y perece en sus manos, no muere completamente: puede ser reanimado para convertirse por siempre en otro Udji, un ser ni vivo ni difunto, un sirviente de la sombra.

—Ahora descansa, vieja —le susurró a la anciana su verdugo, y la dejó caer lánguida y exangüe sobre el enlosado.

La muñeca estaba tirada en el suelo, rota, golpeada y sucia de tierra. Senai había desobedecido a su padre y destruido el presente del pequeño Eurionupis. Ahora, Senai dormía tumbada de espaldas, indefensa, en su estera. El Udji le puso la mano en la boca y la arrancó del lecho. Con una daga en su cuello, la conminó al silencio.

—¿Me harás el favor de no gritar, niña malcriada?

Senai le miró con los ojos desorbitados por el terror, pero asintió una y otra vez, incontrolablemente.

—Bien, ahora vas a hacer lo que yo te diga. ¿Estás de acuerdo?

Senai volvió a asentir, y el Udji alejó la daga de su tierna garganta.

—Estupendo, niña malcriada. Me parece que vamos a ser buenos amigos.

El Udji encendió una lámpara de aceite y le dijo a Senai lo que tenía que hacer. La joven tardó más de una hora en dejar la muñeca tal y como se la habían entregado. Cuando terminó, se volvió hacia su captor y dijo, en voz muy baja:

—Ya está, señor, ¿puedo volverme ya a mi cama?

El Udji no contestó. Arrebató la talla de las manos de la joven y fue recorriendo con sus dedos cada forma, cada imperfección de la figura. Ninguno de los signos secretos que su amo le indicó que se hallarían en las obras de Jeper se encontraba en la representación que ahora tenía entre sus manos. No, aquella figura no había sido tallada por el traidor; sin embargo, algo le decía que debía seguir indagando un poco más, que aquella talla estaba, de alguna manera, relacionada

con su enemigo. El estilo, la forma de tallar, era demasiado similar a la de Jeper el infame. El Udji podía sentir que estaba cerca, cada vez más cerca de su objetivo.

—¿Cómo conseguiste esta figura, niña malcriada?

—Me la dio un chico del pueblo, un chico deforme... con la cara comida por la enfermedad —tartamudeó Senai—. Se llama Eurionupis.

Eurionupis, el niño deforme que vio horas atrás en el sendero, junto a los chiquillos que abandonaban la escuela. Una vez más, el Udji estaba de suerte: no sería difícil seguir el rastro de un ser desfigurado como aquel. Todos debían conocerle en Harmonía. El Udji soltó una carcajada, pensando que muy pronto el pequeño Eurionupis estaría en sus manos y, a través de él, hallaría sin duda al traidor que había venido a buscar.

Senai, al ver que su captor se carcajeaba, empezó ella también a reír sin saber por qué, pero dejó de hacerlo cuando el Udji se volvió, observándola con expresión grave.

—Creo que has sido una niña muy mala y descortés; estoy seguro de que ni siquiera le has escrito una carta de agradecimiento al bueno de Eurionupis. ¿No es verdad?

—No, señor; pero lo haré si es eso lo que queréis.

El Udji no añadió nada más. Se limitó a desplegar un rollo de papiro en el escritorio, el plumier con los cálamos y también el tintero. Como los jóvenes son muy descuidados, roció él mismo unas gotas de agua en honor a Imhotep para que impregnase el escrito de claridad en el ejercicio de la palabra. Al cabo, el Udji dictó a Senai lo que debía ser escrito:

Tu amiga Senai a su amigo Eurionupis.

¿Cómo va tu vida? ¿Estás bien? Yo me encuentro bien, gracias a los dioses.

Una cosa: quería agradecerte tu presente, que me ha llenado de deleite, haciéndome estallar en gozosos gritos, pues su hermosura y delicadeza no tienen igual para mi corazón.

Otra cosa: ¿qué tal tu salud? Hace mucho que no te veo en privado, los dos solos, y mi alma languidece. ¿Cuándo volveré a

verte? He pensado que podríamos vernos dentro de unos días, cuando terminen las Fiestas de Dionisos. Tal vez junto al viejo embarcadero, a última hora de la noche, si te parece bien.

Y una última cosa: Tengo tu muñeca conmigo y me parecen pocas estas líneas de agradecimiento. Espero verte pronto.

¡Que tu Ka perdure por un millón de años!

Senai saluda a su amigo Eurionupis y le desea Vida, Salud, Fuerza, y el favor de Osiris, rey de los dioses.

—Ya nadie escribe de esta manera, señor —le dijo entonces la niña malcriada—. Así es como escribían los antiguos egipcios; ahora no se usan tanto el papiro ni estos viejos instrumentos, y las cosas se dicen de otra forma, más a la griega.

—Vaya, no me digas, pequeña.

—Así es, señor. Tal vez prefiere que la reescriba con mejores modales, como hace la gente refinada de Alejandría —dijo Senai entre temblores.

—¿Parezco yo un hombre refinado, niña? —rio el Udji—. No, gracias, así está bien.

—De acuerdo, señor.

Senai releyó la carta e hizo una mueca.

—¿De verdad tendré que reunirme con ese monstruo deforme de Eurionupis dentro de unos días? —se lamentó.

—Tú harás lo que yo diga, mocosa. Podríamos reunirnos con él mañana mismo, pero antes debo reclutar a otros Udji, otros como yo. Jeper, mi enemigo, está cerca y no debo menospreciar sus habilidades. Al fin y al cabo, una vez engañó a la bestia de la sombra en persona.

Senai asintió, aunque no tenía ni idea de a qué demonios se refería. La joven, aterrorizada, no le quitaba ojo a su captor. El Udji distinguía en el rostro de la chiquilla una mueca de espanto que le resultaba insoportable. Podía oír sin dificultad alguna lo que el corazón de aquella mocosa sentía y pensaba. Cada aleteo de su nariz, cada aliento, a cada instante: "¿Qué más va a pedirme este hombre terrible?", se decía seguramente; "¿Se marchará alguna vez? ¿Me dejará en paz? ¿Todo esto que me pasa es una pesadilla?". El Udji no

soportaba esas dos gotas de sudor infantil que ensuciaban su frente a la altura de una trenza de sus cabellos. Así que la cogió en volandas y la zarandeó hasta que Senai se echó a llorar.

—Yo no soy un hombre. Soy un Udji y los mismos dioses me aborrecen. Vengo en nombre de "El Que Habita Entre Las Sombras" para guiarte por el camino recto.

Unos pasos por el pasillo, seguidos del repiqueteo sordo de una pierna mal formada, trajeron a la memoria de ambos el feo rostro y la cojera del guardián de la casa. Recreándose en su andar parsimonioso una vez más y por última vez, llegó a la habitación de Senai al cabo de una eternidad de respiraciones contenidas. El Udji casi había perdido los nervios para entonces.

—Señorita Senai —dijo el guardián—, es muy tarde para tener la luz encendida y andar riéndose como una loca; cuando su padre lo sepa, se va a enfadar.

El anciano asomó la cabeza. Miró a su derecha y luego a su izquierda. Reaccionó tarde. La daga del Udji le hizo un corte limpio y profundo en la garganta, pero el guardián era un hombre fuerte, fiel a sus señores. Con un esfuerzo supremo, se agarró en un desesperado forcejeo al brazo de su agresor y lo retorció en su caída, mientras con su mano libre sacaba su propia daga e hincaba la hoja en las entrañas del monstruo.

Un instante después, el guardián yacía en el suelo, presa de los estertores de la muerte, en medio de un gran charco de sangre. La joven soltó un chillido. El Udji se volvió y le tapó la boca. El mango de la daga sobresalía del vientre del asesino, que sonreía. Finalmente, le guiñó un ojo a la joven. Senai, loca de terror, mordió la palma de su agresor y este acabó por abofetearla. La sangre del criado muerto llegaba ya a los pies descalzos de ambos. Senai pataleaba aterrorizada y el Udji le apretó el cuello para que callase. Finalmente, tosiendo y respirando con dificultad, Senai consiguió serenarse.

El Udji volvió la cabeza.

¡Alguien se mueve arriba! Tranquilo, es el viento. ¡Algo se mueve detrás de mí! Tranquilo, es una fantasía. Todos duermen apaciblemente. No hay peligro.

No, nadie les había oído. Todo era fruto de su imaginación.

—Dime, niña malcriada, ¿quieres morir y convertirte en uno de nosotros, en uno de los que vigilamos? ¿O quieres vivir y ayudarme en mi misión desde este mundo?

El Udji arrancó la daga de su vientre y quedó al descubierto un haz de telas viejas, carcomidas por el tiempo, y unos huesos roídos por las ratas y los gusanos. Su corazón, sus pulmones, sus entrañas, no eran sino un amasijo de músculo maloliente y putrefacto. De aquella negra oquedad, en lugar de sangre, comenzó a manar un reguero de arena roja del desierto.

—Yo… solo quiero serviros, seáis quien seáis —balbuceó Senai, mirando el interior de su enemigo con los ojos muy abiertos, mientras una horrible pestilencia a podredumbre y muerte le golpeaba el rostro, como un puñetazo en medio de la mandíbula.

El Udji volvió a carcajearse.

—Desde que te vi por primera vez, hace unas horas, a lomos de tu burro, mi niña malcriada, supe que pronto íbamos a ser muy buenos amigos.

LIBRO 3



EL QUE HABITA ENTRE LAS SOMBRAS

EGIPTO, AÑO 2024

(Memorias de Rafel Collington)

—Papá, leí el otro día en una revista de las tuyas algo sobre los "Udji". Pero no puedo encontrar referencias detalladas sobre ellos en tus libros. Llevo horas buscando. ¿Qué sabes de ellos?

Mi padre levantó la vista y sonrió. Vio la curiosidad en mi mirada. Era muy poco habitual (casi un milagro) que yo me interesase por aquellos temas. Todo lo que había aprendido hasta ahora había sido por obligación. El que me interesase por su campo de trabajo le pareció algo tan maravilloso que ni siquiera me preguntó la causa de mi interés. El que quisiese saber más ya era para él suficiente.

—Ah, los Udji. Esa es una de las partes más fascinantes y misteriosas de la mitología egipcia. Son entidades que incluso para los expertos más eruditos siguen siendo un enigma.

Me senté, intrigado.

—¿Qué son exactamente?

—Se les llama "Los que vigilan". No está claro qué es lo que vigilan o por qué lo hacen. Es curioso, porque a veces se les describe como entidades benefactoras y otras veces como malvados destructores. No hay una única interpretación de su naturaleza.

Fruncí el ceño.

—Eso suena contradictorio.

—Así es. Muchas leyendas antiguas lo son. Sucede a menudo en mitología. No queda nadie vivo que nos pueda explicar aquellos detalles que no entendemos.

—Claro.

Mi padre carraspeó y añadió:

—Algunas historias cuentan que ayudan en ciertos ritos funerarios, pero otras veces son descritos como entidades temibles. Es como si fueran el "coco". Una especie de advertencia que los padres usaban para asustar a sus hijos. "Si te portas mal o no te comes la cena vendrá un Udji a buscarte".

Esbocé una tímida sonrisa. Pero había una cosa que había

dicho que me resultaba interesante.

—Entonces, están relacionados con los ritos funerarios. ¿De qué forma?

—Ahí reside otro misterio. Se sabe que están vinculados de alguna manera a la vida tras la muerte, pero no se entiende su función exacta. Podría ser que protegieran a los difuntos en su viaje al Más Allá o tal vez estuvieran allí para asegurarse de que se llevaran a cabo las ceremonias correctamente. La verdad es que no lo sabemos.

—Parece extraño que exista tal ambigüedad en algo tan crucial como los ritos funerarios en la cultura egipcia.

Mi padre se encogió de hombros.

—Eso es lo que hace que la historia del Antiguo Egipto sea tan fascinante. Aunque hemos descubierto y aprendido mucho, todavía hay infinidad de secretos esperando ser resueltos.

Cuando terminó nuestra conversación, salí de la tienda. Aquel nuevo misterio hacía que tuviese más ganas de encontrar la inscripción que hablaba de Senmontu. El hallazgo que había hecho era algo mío, solo mío. No quería investigarlo por afán de protagonismo o notoriedad. Yo no era mi padre, no quería ser un gran arqueólogo, no quería pasarme el día regateando hasta el último dólar con los benefactores de nuestra expedición, no quería tener un millón de responsabilidades y decenas de hombres bajo mi mando.

Entonces, ¿por qué quería descubrir qué se ocultaba bajo las arenas del desierto? Creo que mis sueños, mis visiones del pasado, eran un aviso. Aquel asunto me pertenecía. Rafel era quien debía solucionarlo. Nadie más.

Pero para desvelar el enigma debía hallar de nuevo la inscripción. Aquel era el punto de partida. Así que decidí hacer un mapa basándome en lo que recordaba del camino que había tomado y las señales que había identificado en mi entorno.

Si bien parecía una tarea sencilla, fue todo un desafío. El paisaje egipcio, aunque bellísimo, es repetitivo y engañoso. Sin embargo, con la determinación de quien sabe que tiene algo importante entre manos, me dispuse a reconstruir el camino. Recordé cada roca familiar, la dirección del sol y las sombras que se

proyectaban. Intenté evocar cada detalle: la brisa, el crujir de la arena bajo mis botas, las marcas en el suelo.

La elaboración del mapa tomó tiempo. En ocasiones, tuve que volver sobre mis pasos para corregir errores, revisando y rehaciendo trazos conforme mi memoria me iba dando más detalles. Dibujé las formaciones rocosas que recordaba, los árboles solitarios que había pasado y cualquier otro punto de referencia que me pareciera útil.

Con el mapa en mano, comencé a sentirme más seguro. La emoción crecía con cada paso, siguiendo cada línea y referencia que había trazado, parándome de vez en cuando para asegurarme de estar en el camino correcto. Y finalmente, después de lo que me parecieron horas interminables bajo el sol, lo conseguí. Tuve que excavar apenas un par de palmos de tierra y la inscripción apareció bajo mis pies.

Con renovado entusiasmo, me dispuse a investigar más a fondo. Me sentía eufórico y me puse a trabajar como loco. Comencé a dar paletadas alrededor de la inscripción, cuidadosamente, tratando de no dañar lo que pudiera haber debajo.

Las horas pasaron y el trabajo comenzó a cobrar su precio. El sudor goteaba por mi frente y la espalda me dolía, pero al fin, mi esfuerzo rindió frutos. Mi pala chocó con algo sólido. Era la punta de un obelisco. No podía creerlo. Estos monolitos solían erigirse como piedras conmemorativas, a menudo en honor a los faraones o deidades, y era raro encontrar uno en tumbas privadas.

Mientras limpiaba la arena acumulada, pude descifrar algunas inscripciones. Hablaban del sacrificio, la necesidad de hacer lo que es correcto para el bien de la comunidad, y cómo el sol, representado por el dios Ra, era testigo de estos actos. Recordé que los obeliscos eran como dedos apuntando al cielo, conectando la tierra con los dioses. Aquellas inscripciones sugerían que, en tiempos antiguos, alguien o algunos habían tomado decisiones difíciles, quizás sacrificando sus deseos personales o incluso sus vidas por el bienestar de su pueblo.

La tarde estaba cayendo cuando detuve mi trabajo y marqué bien en el mapa el lugar exacto de mi hallazgo. No quería repetir errores pasados.

Finalmente regresé al campamento, agotado pero emocionado por mi descubrimiento. Sin embargo, al llegar, noté que las cosas no

iban bien en la excavación de mi padre. Me acerqué y observé que Howard había encontrado una cámara subterránea. No era una tumba regular. Era algo diferente, y eso complicaba las cosas. Porque la cámara estaba parcialmente derrumbada y las piedras obstruían el paso.

Mi padre y su equipo discutían sobre cómo proceder sin dañar lo que pudiera estar adentro. Las cámaras como aquella a menudo contenían artefactos de valor incalculable y cualquier error podría destruir siglos de historia.

Me acerqué para entender lo que estaba sucediendo.

—Deberíamos intentar excavar desde el otro lado —sugirió Ahmed, uno de los arqueólogos más experimentados del grupo—. Si abrimos otro acceso, quizás podamos evitar el derrumbe completo de la cámara.

Mi padre frunció el ceño, pensativo.

—Eso podría funcionar, pero también corremos el riesgo de dañar algo valioso que no podamos ver desde aquí.

Mientras consideraban esa opción, Fátima, la ingeniera del equipo, intervino:

—Tenemos acceso a maquinaria especializada que puede levantar esas piedras con precisión. Si somos cuidadosos, podríamos despejar la entrada sin causar daños adicionales.

Howard la miró, claramente preocupado.

—Sí, pero esas máquinas causan vibraciones. Y si hay algo frágil dentro, podríamos perderlo para siempre. Hagamos lo que hagamos, nos enfrentamos a un riesgo inaceptable.

Yusuf, un joven arqueólogo, sugirió con entusiasmo:

—Podríamos utilizar cámaras pequeñas para inspeccionar el interior antes de tomar una decisión. Así tendríamos una idea clara de lo que nos enfrentamos.

Mi padre suspiró, mirando la entrada obstruida.

—Es una posibilidad. Pero cada segundo que pasa, ese derrumbe podría empeorar. Es una decisión difícil.

Se notaba que estaba frustrado, tratando de equilibrar la urgencia de la situación con el cuidado y la precisión que requería el

trabajo arqueológico.

Decidí no intervenir, dado mi estado de agotamiento y la complejidad del problema que enfrentaban. Mi padre ya me explicaría lo que había decidido. Siempre lo hacía y yo, a menudo, me aburría mucho. No me gustaban los detalles técnicos.

Caminé hacia nuestra tienda. El interior era una amalgama de orden y caos. Estantes repletos de herramientas arqueológicas y frascos de muestras se alineaban en un lado, mientras que en el otro, un par de camas portátiles descansaban, invitando al reposo. El centro de la tienda estaba ocupado por una mesa desvencijada con mapas, notas y una lámpara de aceite.

Mientras caminaba distraídamente hacia mi cama, tropecé con uno de los estantes de muestras. Mis reflejos no fueron suficientes y terminé cayendo de lleno sobre mi cama, levantando una nube de polvo alrededor.

Entre mi sorpresa y el cansancio que se apoderaba de mí, apenas logré balbucear:

—Senmontu, ¿volveré a verte en mis sueños?

Mis párpados se sintieron pesados, y antes de que pudiera procesar completamente lo que había ocurrido, me sumergí en un profundo sueño.

10

EL CERRO DE LAS ÁNIMAS

(Año 158 Antes de Cristo)

El enfado del abuelo Bytan, la forma en que golpeó la mesa de la cocina con su bastón y su anuncio de que nadie estaba a salvo, causaron, como es lógico, un gran revuelo en la casa.

—Dices que hay unos hombres que nos vigilan. ¿Por qué? ¿Nos quieren hacer algún mal? —inquirió Apolonia, mirando fijamente a su suegro con la expresión demudada.

—No exactamente —reveló Bytan, después de un instante de reflexión—. En realidad quieren un objeto que tengo en mi poder. Mientras no lo recuperen, nos buscarán hasta los confines de la tierra.

—Pues dáselo —dijo Apolonia, muy seria, buscando una solución práctica y sencilla a un asunto que no tenía una solución práctica ni sencilla en absoluto.

—No es tan fácil, Apolonia —dijo Bytan, bajando los ojos, olvidando el arrebato de furia que acababa de tener lugar.

—¿No?

—No. Si se lo entrego, todos moriremos.

—¿Qué?

—Todo el mundo, Apolonia, no solo nosotros. Hablo de los ciudadanos de Harmonía, de Egipto entero y hasta de los Nueve Arcos; animales, aves y hasta peces… Todo desaparecerá.

Apolonia iba a abrir la boca, pero la siguiente frase quedaría eternamente en suspenso, sin ser pronunciada. Una mujer entró a la carrera en la cocina y la cogió del brazo, mientras gritaba:

—¡Señora! El pequeño Maakheru vuelve a sangrar… pero esta vez por la boca, por la nariz y por las orejas. ¡Venga, rápido!

Un paño ensangrentado cambió de manos, Apolonia mojó uno nuevo en el agua de un cubo. Todavía inclinada sobre el recipiente,

concluyó:

—Sea toda esa historia real o imaginaria, Bytan, soluciónala pronto; en esta casa tenemos demasiadas responsabilidades ya para preocuparnos por aquellos que dices que nos vigilan. No quiero volver a oír hablar de este asunto. Nunca más.

La madre de Senmontu se volvió, dándole la espalda a su suegro, y corrió tras la mujer, cruzando la puerta de la cocina, dando por terminada la conversación. El negro Masha salió inmediatamente a la calle, seguramente en busca del médico, quien hace días pronunció ya las terribles palabras: "Ésta es una enfermedad contra la que no lucharé". El pequeño Maakheru estaba, tal vez inevitablemente, destinado a reunirse con su padre Dryton en la Otra Orilla de la Vida, si es que este realmente había muerto en Alejandría y no solo desaparecido en sus calles sin dejar rastro.

—¿Quién es esa mujer? —inquirió Senmontu, desviando la mirada hacia su abuelo.

—Es una sanadora del pueblo —dijo Bytan—. Vino esta mañana con el médico, ambos llamados por tu madre para examinar a Maakheru. Tu hermano está cada vez peor.

—Abuelo... Esto no es justo. ¡No es justo!

Bytan abrazó a su nieta, y ella lloró convulsa mientras se aferraba al anciano. Sabía que si intentaba ir tras su madre y entrar en las habitaciones del enfermo, los criados la echarían sin contemplaciones. Senmontu era lo suficientemente mayor para cuidar del niño cuando estaba sano o convaleciente, dirían, pero demasiado pequeña para restañar sus heridas o enfrentarse a ese terrible mal que le consumía por dentro.

—Abuelo... dime que Maakheru no va a morir.

Senmontu intuía que las horas se le acababan a su pobre hermanito de apenas seis años. El pequeño había sido su compañero de juegos, aunque torpe y endeble, hasta que ya no pudo mantenerse en pie. Luego tuvo que contentarse con esperarla durante horas tumbado en la cama y, a su regreso, preguntar por el azul del cielo, por el olor de la hierba, por el viento que sopla entre los árboles y te hace retroceder un paso, como un beso frío, un remolino de caricias

que se esfuma en un instante. Y quería saber quiénes habían ido a jugar, y podía describir los rostros de los amigos de Senmontu mejor que ella, que acababa de pasar la tarde a su lado; y los imaginaba chapoteando en el Gran Río Nilo, corriendo entre las vides, y cada sendero que habían recorrido parecía alegrarle el corazón. Nunca se lamentaba de aquel cuerpo que era su prisión y del cual ya no podría liberarse. Y solía decir:

—Un día volveré a levantarme. Estoy seguro. Y mamá cocinará un pastel de higos, y el abuelo Bytan cantará esas viejas canciones que ya nadie recuerda. Cuando estemos saciados, haremos una carrera desde la nueva panadería hasta casa, y correré mucho más rápido que tú, aunque sea solo por una vez, o quizás me dejes ganar, como me prometiste.

Senmontu asentía, y llegaba a autoconvencerse, como él lo hacía, porque lo quería de regreso a su lado, sano y feliz.

Pero los dioses tenían sus propios designios, y en ellos no había espacio para el pequeño Maakheru.

Los habitantes de la casa lo sabían: Maakheru estaba condenado. Senmontu lloró aferrada al anciano Bytan. La cuestión de aquellos hombres que vigilaban perdía relevancia, y fue olvidada por un momento. Avanzaron juntos por el jardín, entre las vides, compartiendo lágrimas por Maakheru. Porque él jamás viviría para enfrentarse al monstruo que acecha en las sombras, esa criatura que juró venganza contra Bytan y su linaje. Su amenaza pendía sobre la familia como un buitre al acecho, esperando el momento adecuado para atacar.

—Abuelo —intervino Senmontu, como si recordara algo—, antes olvidé mencionarte que ese hombre me pareció que llegaba al pueblo desde el Cerro de las Ánimas. Pero eso no tiene sentido, allí no hay nada y nadie podría llegar a Harmonía por esa vía sin cruzar el desierto. Además, no llevaba ningún odre de agua, solo su taparrabos. Debo estar confundida.

Bytan meneó la cabeza y respondió con voz temblorosa:

—No te equivocas, querida. Lo que me cuentas confirma nuestras sospechas. Ese hombre es, sin duda, un Udji, uno de los

vigilantes. Recuerda bien ese nombre. Y sí, el Cerro de las Ánimas está intrínsecamente relacionado con ellos. Es un lugar maldito, no lo olvides.

—Un Udji... —repitió Senmontu, ensayando la pronunciación de ese término desconocido.

—Exacto, un siervo de la oscuridad. Me desprecian, me llaman Jeper el Infame, Jeper el Ladrón.

—¿Jeper, abuelo? ¿No te has llamado siempre Bytan?

—¿Qué importa un nombre? Fui quien soy cuando me llamaban Jeper y sigo siéndolo bajo el nombre de Bytan. Y eso lo conocen bien esas criaturas sombrías que nos observan desde el Cerro de las Ánimas.

Mientras el anciano y su nieta caminaban de la mano por los jardines, camino del estanque, volvieron la vista involuntariamente al oeste y, a lo lejos, vieron la sombra del Cerro de las Ánimas. Se elevaba solitario y majestuoso. Aunque a primera vista podía parecer una simple montaña, sus contornos revelaban una silueta sutilmente espectral, como si la propia roca estuviese esculpida por manos etéreas de dioses y espíritus antiguos.

Durante el amanecer, el cerro se iluminaba con tonos dorados que reflejaban los primeros rayos del sol, y al atardecer, se vestía con un manto púrpura y carmesí, recordando a todos los antiguos relatos de los tiempos de los faraones.

No había vegetación que osara crecer en sus superficies; ni siquiera las plantas más resistentes del desierto intentaban colonizar aquel monte místico. Las arenas que lo circundaban parecían no atreverse a acercarse demasiado, como si respetaran un pacto ancestral.

Las leyendas que circulaban entre los habitantes de Harmonía contaban que el cerro era el último vestigio de un tiempo en que los dioses y mortales convivían en la tierra. Decían que bajo sus rocas se hallaban entradas a laberintos subterráneos, donde reposaban espíritus y secretos milenarios. El nombre de "Las Ánimas" no era en vano; muchos afirmaban haber escuchado susurros o haber visto sombras errantes en las noches de luna llena.

Los ancianos contaban historias sobre aquellos que, impulsados por la curiosidad o la desesperación, se aventuraban a escalar el cerro. Muchos nunca regresaban, y los que lo hacían, volvían con la mirada perdida y el alma marcada, como si hubieran visto más allá de los velos de la realidad.

Aquel Cerro maldito se derramaba sobre la ciudad de Harmonía, como una señal de mal augurio, una muda advertencia de la muerte y la devastación que muy pronto les alcanzaría a todos.

11

LA VERDAD SOBRE DRYTON

(Año 158 Antes de Cristo)

Una hora después, Bytan estaba sentado con Senmontu, como era su costumbre, en el tronco de un viejo árbol tallando una figura de madera. Se encontraban frente al estanque que presidía los jardines. La muchacha miraba de reojo la siniestra figura de aquella casa de dos plantas, enorme y sombría, desde donde los gritos de Maakheru emergían intermitentes, ora un aullido, ora un ulular cansado, como de bestia malherida, al límite de sus fuerzas.

—Ayer, justo después de volver de la escuela, fui a ver a Maakheru. Su luz casi se había desvanecido, como si alguien hubiese puesto un velo entre esta y mis ojos —dijo la joven, cerrando sus propios ojos, tratando de imaginar que nada de aquello estaba de verdad sucediendo.

—Maakheru se marcha, es verdad. La luz de alrededor, su aura, el hálito de vida del que hablaban los antiguos egipcios… todo desaparece. Debemos estar preparados para despedirnos de él —asintió Bytan con el semblante compungido, a punto de volver a echarse a llorar.

—Yo no quiero estar preparada, abuelito.

—Y, sin embargo, habremos de estarlo, pues esa no es sino la primera de una larga serie de pruebas que los dioses quieren poner ante nosotros. Es nuestro destino.

Senmontu volvió la cabeza, desafiando con la mirada al anciano.

—Las otras pruebas de las que hablas… ¿son esos hombres que dices que vigilan?

—Ellos son solo una prueba más. Es su amo, el maligno, El Que

Habita Entre Las Sombras, al que debemos temer, pero él no vendrá a nosotros hasta que sus sirvientes nos hayan encontrado. Y lo peor es que nunca podríamos vencerle si él viene a nuestro encuentro. Por eso solo aspiro a una victoria parcial, a engañarle en la muerte como él me engañó a mí en vida. Tal vez si tallo las suficientes figurillas, entonces…

—¿El Que Habita Entre Las Sombras, dices? —chilló Senmontu, sobrecogida y estupefacta—. Hace un tiempo que sueño algo… tal vez sea ese ser. En mi sueño, estamos en una gran sala de paredes blancas y él afila un hacha y me amenaza con ella. Pero no puede alcanzarme. Es un mentiroso. A veces tiene el rostro del Faraón.

—Así es —reconoció Bytan—. Todos los que tenemos el don en la familia soñamos con él. Es la forma que tiene de escudriñarnos. Yo, durante muchos años, he conseguido esquivar su búsqueda. Nunca entraba en la mansión inacabada, ni pasaba por las salas de paredes blancas y procuraba no caer en el foso donde moran las serpientes y los babuinos gigantes. Me quedaba en la puerta hasta que el sueño acababa o yo despertaba con la llegada del amanecer.

—Yo nunca he visto esos monstruos que dices, ni ese foso, ni ninguna de esas otras cosas terribles —dijo Senmontu, estremeciéndose.

—Ya los verás. El poder de El Que Habita Entre Las Sombras te hará tomar muchas decisiones equivocadas. Solo recuerda lo que nuestros antepasados dejaron escrito en el Libro de los Muertos, esa guía para atravesar el mundo del más allá, y sus trampas se desharán en tus manos. Hasta El Que Habita Entre Las Sombras tiene que respetar las normas que rigen la Otra Orilla de la Vida. ¡Maldito sea un millón de veces!

Bytan hincó su daga en la figura en la que estaba trabajando. Lo hizo con tanta determinación y fuerza que le arrancó de cuajo parte del brazo derecho, el cual salió despedido y quedó a los pies del anciano, que detuvo su tarea para recogerlo del suelo.

—Son tantas las cosas que tengo que explicarte, Senmontu, y tan poco el tiempo…

—Empieza, abuelo, con lo que sea. Yo aprendo rápido.

Bytan sonrió, una sonrisa triste y velada por el dolor y la duda.

—Claro que sí, pero solo eres una niña, y algunas de las cosas que debes saber no las creerías. Solo las creerás cuando las veas, y entonces será demasiado tarde.

—Yo creeré en lo que me digas.

—No estés tan segura; en la casa bien dicen todos que me falta un tornillo.

—No todos, abuelo. Yo no pienso así. Masha tampoco.

Senmontu extendió una mano y apretó bien fuerte el antebrazo derecho de su abuelo, como si quisiera darle ánimos. Bytan sonrió nuevamente.

—Tu padre, Dryton, dijo lo mismo que tú, pero cuando supo la verdad no quiso creerme, se volvió como loco y partió en el primer barco hacia Alejandría, hacia la morada de El Que Habita Entre Las Sombras.

—Así que por eso se marchó… —dijo Senmontu, que de pronto lo entendía todo.

—Y un día encontró lo que andaba buscando —prosiguió Bytan —. Allí, la bestia de la sombra le capturó o le dio muerte, tenlo por seguro, aunque antes le interrogaría a fondo, y por la confesión de Dryton supieron que yo aún estaba vivo y que la llave que les robé aún obraba en mi poder. Pero no les dijo todo, de lo contrario ya habrían caído sobre nosotros. No saben el lugar exacto donde nos escondemos. Así que ahora están buscándonos, a ti y a mí, mi pequeña niña. No tendremos paz de ahora en adelante.

—Pensaba que papá estaba en Alejandría por unos negocios. Solo eso. Al menos quería creerlo.

—No seas ingenua, pequeña. Tú misma sabías que algo andaba mal —repuso Bytan.

—No lo sé. No lo pensé —Senmontu tenía los ojos brillantes, pero no era esta vez el llanto el que estaba acudiendo desde el interior, sino la rabia, el odio, la sed de venganza contra aquellos miserables que le habían arrebatado a Dryton, su amado padre. —Dices que mi padre fue al encuentro de ese ser malvado, el amo de los Udji… —dijo por fin Senmontu, tras una pausa.

—Sí, el monstruo que ves en tus sueños, El Que Habita Entre Las Sombras —le recordó el anciano.

—Dices que tú tienes algo, una llave… que ese ser desea recuperar —continuó Senmontu.

—Así es, pequeña.

—Lo que no entiendo es qué tienen que ver con todo ello esas figuras de madera que tallas a todas horas, ni por qué dices que yo estoy en peligro o por qué mi padre se volvió loco al saber todo aquello que ahora no quieres contarme.

Se hizo el silencio. Bytan bajó la vista y contempló la figura que acababa de desmembrar. Era un panadero, un panadero al que ahora le faltaba parte de un brazo. Pocas hogazas de pan podría hornear un manco: tendría que buscarle otro oficio o pegar con cuidado las dos partes. De lo contrario, aquella figura no tendría razón de ser en este mundo ni en cualquier otro.

—Estás en peligro, mi pequeña, porque tú también puedes ver el aura, esa luz de alrededor que envuelve a los seres vivos. Tú, Senmontu, puedes reconocer a los Udji, a los que vigilan, con solo mirarlos en la distancia, porque ellos no están vivos aunque a simple vista parezcan uno más entre nosotros. Del resto no puedo hablarte. No lo creerías, ya te lo he dicho. Tendrás que verlo con tus propios ojos para poder creer. No quiero que te pase como a tu padre. Así que, poco a poco, uno a uno, habré de mostrarte estos misterios.

—De acuerdo, abuelo, pero esos Udji, y ese monstruo que habita en las sombras, todos me las pagarán.

—Ojalá sea así, Senmontu, pero bien podrías darte por satisfecha si, como yo, consigues que te den por muerta y vives el resto de tu vida en paz.

Al final del jardín, siguiendo la línea de los árboles de persea, una sombra iba avanzando a tientas, como si temiese caer enredada en alguna raíz o como si apenas pudiera conducirse con la luz incompleta del final del atardecer. Senmontu no tardó en discernir el rostro terriblemente masacrado del muchacho, la piel en carne viva, los rasgos apenas una caricatura del joven seguramente apuesto que podría haber sido.

—Ah, mira, Senmontu… —dijo Bytan, incorporándose—, este es Eurionupis, mi aprendiz.

El niño alargó una mano y se inclinó, ensayando una reverencia.

—Le conozco —dijo la joven—; hoy me tropecé con él camino de la escuela de ese memo de Petámenos.

—No llames memo a tu maestro, Senmontu —la reconvino su abuelo.

Eurionupis, que se había puesto rojo cuando le recordaron su excursión de la mañana para entregar una muñeca a su enamorada, dijo:

—No te vi, Senmontu —y añadió, inclinando un poco más su espalda—, si bien no son demasiadas las cosas que los dioses me permiten ver.

—No hace falta que te postres de hinojos ante mí, muchacho —ladró Senmontu al ver cómo se encorvaba—. No soy una princesa; con saludarme ya había bastante.

—Oh, todas las mujeres sois unas princesas —sentenció Eurionupis.

Senmontu ahogó una mueca de sorna. “Todas menos Senai, tu enamorada”, estuvo a punto de decir, pero calló a tiempo. Bytan dio al muchacho una palmada amistosa en la espalda.

—Nos ha salido un galán este Eurionupis. Venga, muchacho, vamos a mi tenderete, que hay mucho que hacer.

—Quiero tallar una flor para Senai. ¿Me enseñaréis a tallar una flor de loto, maestro? —tartamudeó el muchacho.

—Claro que sí, una flor y todo el estanque donde crecen, si es necesario. Pero no tengas prisa. Las prisas y el arte nunca van de la mano. Además, hoy estoy triste y preocupado por la suerte de mi nieto Maakheru. Hoy hay menos prisa aún que de costumbre. No es nuestro tiempo el que se acaba.

—Lo que digáis, maestro.

Senmontu contempló a su abuelo y a Eurionupis alejarse camino del tenderete que Bytan se había construido delante de la casa y que hacía años venía utilizando como estudio personal y punto de

venta de sus figurillas. Allí tenía su cofre con las figuras de madera ya terminadas, sus herramientas y algunos diseños y dibujos de los que se valía para componer las imágenes más complejas. Su joven aprendiz daba saltos de alegría, feliz ante la perspectiva de obsequiar a aquella joven malvada con otro regalo que no merecía y que seguramente no le causaría sino repulsión.

—Hasta luego, abuelo. Hasta luego, Eurionupis.

Y la muchacha se dio la vuelta y regresó a casa, en medio de los gruñidos de dolor, cada vez más débiles y exhaustos, del pequeño Maakheru. Senmontu avanzó con el corazón deshecho, pensando en aquella criatura que un día apenas cupo entre sus brazos, en aquel pobre chiquillo que vino al mundo para morir sin tiempo para convertirse en hombre. ¡Era tan pequeñín! ¡Tan hermoso! Ahora los dioses querían llevárselo antes de su hora, querían arrastrarlo a la Otra Orilla, al lugar del descanso eterno; y eso, pensaba Senmontu, no decía nada a favor de los dioses.

Nada en absoluto.

12

LOS VIEJOS CONJUROS YA NO FUNCIONAN

(Año 158 Antes de Cristo)

El médico y los sirvientes habían dejado a solas a una madre con su hijo. Apolonia, inclinada sobre el cuerpo yaciente de su pequeño, solo había permitido que el nubio Masha la acompañase en el ritual para asistirla.

—Todos empezamos de la misma manera —gimió Apolonia—, ¿no es cierto? Sollozando, llenos de miedos e inseguridades, regurgitados sin piedad ni remisión a un universo de luces y sombras, de verdades a medias y mentiras completas devoradoras. Tú, Maakheru, hijo mío, no emprendiste tu viaje de distinta forma.

Y entonces empezó a bailar.

—Mi pequeño nació el tercer Día Más Allá del Año, el mismo que vio nacer al mismísimo Seth, dios de los muertos, del desierto y de las tormentas —gimió dando un salto—. ¿Acaso no quedó ya sellado su destino desde aquel primer momento?

Con un vestido diáfano que se pegaba a su cuerpo, Apolonia siguió moviéndose como enloquecida. Las telas, del color del mar al atardecer, se agitaban alrededor de su figura mientras danzaba.

—Cuentan que su comadrona, Nejbeti, la de los recios pulgares, asió su cabeza con sus dulces garras de buitre y le trajo al mundo de los vivos. La ayudante de Nejbeti, que sujetaba el cuerpo exhausto de la parturienta a la Silla del Nacimiento, estalló en chillidos de horror tan pronto como las primeras gotas de sangre ensuciaron el suelo y cayó desplomada.

Apolonia dio otro salto. Sus pies descalzos apenas rozaban el suelo, deslizándose con una gracia y ligereza que hacían que pareciera como si estuviera flotando.

—Al despertar, la mujer afirmó que había visto con toda nitidez el contorno de una bestia con cuerpo de león y cabeza de gavilán, una bestia inmunda del desierto que acechaba para devorar al recién nacido. También dijo que después de perder el conocimiento había presenciado en dura pugna al monstruo con el pequeño Bes, el dios protector del hogar, aparecido en defensa de los suyos. Cuando se le preguntó cómo había acabado el combate no pudo dar respuesta segura, pero parecía angustiada, pues recobró el sentido con el Bes, el Enano, retrocediendo malherido, su cola de leopardo desgarrada y ardiendo.

Apolonia no sabía cuántos dieron crédito a esta fábula, tal vez muchos, pues todos sabemos que a la gente le encanta creer en estas cosas, pero sea como fuere, no tardaron en circular otros chismes de similar calado, y se dijo que los lloros de Maakheru hacían "Mbiiii" en lugar de "Hiiii", lo cual es terrible, o que sus gemidos eran como los del abeto, lo que ya es nefasto. Acaso para calmar los temores de las gentes se escuchó por fin la noticia de que se le había hecho tragar nada más nacer un trozo de placenta empapado en leche, y que lo había vomitado a las pocas horas. Así que todos suspiraron aliviados y dieron por cierto que moriría antes de la próxima estación.

Pero Apolonia había padecido ya dos abortos y la muerte prematura de otros tantos frutos de su vientre, y no estaba dispuesta a que los malos augurios le arrebataran a su hijo. Ella, tan griega en su vida pública, en privado creía todavía en la magia del antiguo Egipto, y con el crepúsculo repetía Palabras de Poder inclinada sobre una esfera áurea cubierta de granos de amatista. Ningún obstáculo le apartaría de aquella criatura que bebió una vez de su seno el fluido eterno y resurrector, el líquido que da la vida; ¿qué importaban unas pocas letanías o unos hechizos? Su mano benefactora ganaba energía para los jóvenes miembros de su hijo, y en el cuello de Maakheru, un amuleto de la Grande, de la diosa hipopótamo Taurt, daba fe de su pacto con las fuerzas benéficas del Más Allá.

Todo esto pensaba Apolonia mientras bailaba para salvar a su hijo. Su cabello oscuro estaba recogido en un intrincado moño, dejaba al descubierto su cuello y sus hombros. Una diadema reposaba en su

frente, centelleando con cada giro y movimiento.

—¡Taurt salva a mi hijo! ¡Salva a mi hijo!

Maakheru despertó en la noche, desvelado por la escena dantesca de su madre blandiendo alucinada un largo bastón en forma de serpiente, mientras danzaba sinuosamente, acompañada por el negro Masha, entre alaridos para ahuyentar a los Demonios Errantes Que Miran Desde El Contrario, esos monstruos con el tronco vuelto del revés, viajeros del viento, que acechan a los niños en sus lechos para insuflarles la enfermedad.

El pequeño volvió a desmayarse, abrumado de culpas y de recelos, de sortilegios, maleficios y de cantos de predestinación; a la sombra de su árbol predilecto, el sicómoro, junto al umbral de casa, hastiado de sol por el día y de estrellas por la noche, su alma pugnaba por expandirse, por salir de la prisión de prisiones que es la vida, del cautiverio oscuro de los compromisos y del estigma de la insalvable servidumbre que planea sobre los humildes. Si pudiera resistir un poco más, y volviera la cabeza hacia la ventana, con la mirada perdida en el horizonte, contemplaría a su ave predilecta, la oropéndola, perdiéndose graciosa hacia los cañaverales, y entendería acaso que por fuerza debía haber algo más que el mundo de los hombres, que aquella pequeña aldea de provincias, que ese pequeño y ordenado universo, y que abandonarlo no es en verdad una cosa terrible, sino un tránsito desgarrador y solitario, pero un tránsito necesario, al fin y al cabo.

Maakheru, entre gritos propios y ajenos, entre un dolor terrible que azotaba sus pobres miembros, entre las interminables invocaciones de su madre, entre el abrazo del negro Masha, que murmuraba sortilegios en una lengua desconocida…; Maakheru agonizaba lentamente, y su historia vendrá pronto a apagarse.

Aunque no todo está perdido. Senmontu es capaz de cualquier cosa, hasta de devolver la vida a los muertos. Tal vez todos vuelvan a ser felices y Maakheru pueda ser un niño feliz, sano y perfecto. Sin embargo, para ello, la joven maga deberá engañar a la bestia que habita en las sombras y emular el triunfo que sobre ella logró su abuelo Bytan.

¿Logrará Senmontu conseguirlo? El tiempo lo dirá.

13

UNA MARIONETA

(Año 158 Antes de Cristo)

Senmontu se durmió abrazada a su marioneta, la dulce Sejmet. Era esta una hermosa muñeca de madera y trapo con la forma de una leona muy vieja y muy sabia, de grandes y deshilachadas fauces que bastaban para defender a su ama de cualquiera que tuviese el valor de atacarla en sueños. Al menos, eso pensaban ambas.

Pero aquella noche, Senmontu tuvo de nuevo aquella pesadilla en la que se enfrentaba a El Que Habita Entre Las Sombras. Sin embargo, era el mismo sueño y a la vez un sueño distinto, como una continuación del anterior, o como si esta vez lo viese todo con unos nuevos ojos, desde otra perspectiva que le permitiera tener acceso a algunos detalles que antes le pasaron desapercibidos.

Todo comenzaba con Senmontu en medio de una plaza desierta, rodeada de una niebla densa como nunca antes pudo imaginar, y un viento ululante y desapacible; a Senmontu le embargaba en aquel momento una terrible sensación de soledad.

De pronto, ante ella se aparecía un edificio misterioso bailando en la tiniebla. Era enorme, solitario como la misma muerte, mezcla de todos los estilos egipcios, asiáticos y hasta griegos. Se hallaba ante una fantasía alucinante e imposible, garabato mutilado e informe; podía haber sido de cualquier época y era, sin embargo, intemporal.

En el centro de la fachada se escondía una pequeña puerta. Senmontu se acercaba hasta ella y llamaba con los nudillos. Los batientes se abrieron con un chirrido y la invitaron a pasar; Senmontu avanzó con cautela, atravesando una sala vacía, de techos altos y paredes blancas. No tuvo miedo. Ella era Senmontu, la hermana del halcón, y en el sueño era tan valiente y decidida como en la vida real.

En la siguiente sala le esperaba su enemigo. De cuatro codos de

altura, extremadamente delgado y a la vez con los miembros hinchados, tumefactos, los rasgos cadavéricos a pedazos, como cosidos por un artesano torpe y sin escrúpulos. Oliendo a muerte y hediendo a eternidad, El Que Habita Entre Las Sombras era ya incapaz de recordar cuándo fue solo un hombre y caminaba libremente por el mundo de los vivos.

—No te temo —dijo Senmontu, sobreponiéndose al espanto de contemplarlo por vez primera.

Pero El Que Habita Entre Las Sombras parecía no escucharla. Afilaba en silencio sobre una estaca su instrumento de trabajo mientras observaba su rostro reflejándose en la hoja. Se trataba de una enorme hacha de carnicero que su enemigo esgrimió por fin y cambió de manos, demostrando hábito en su uso y no poca destreza.

Pero Senmontu reconoció la farsa sin esfuerzo. Aunque llevaba la barba trenzada como si fuera un dios, no conseguiría engañarla. Solo era un hombre asustado y no un asesino despiadado; tal vez un hombre de otro tiempo, de otro lugar, es cierto, pero solo un hombre, al fin y al cabo.

—Este es el final del camino, Senmontu —dijo el asesino—. Ahora acabaré contigo.

Pero Senmontu tampoco tenía miedo esta vez; tuvo miedo en el pasado ya demasiadas veces: miedo a perder a su padre, miedo a que no regresase de aquella maldita ciudad de Alejandría, miedo a que su hermanito Maakheru se marchase para siempre. Pero nunca más. Si el monstruo quería hacerle daño, encontraría en ella toda la resistencia de su cuerpo frágil de trece años y toda la determinación de una joven dispuesta a vivir a cualquier precio. Únicamente esperaba el momento en que la bestia levantase su hacha purificadora, si se atrevía de verdad. Tragó saliva. Ya le parecía sentir aquellos dientes de hierro clavándose en su piel.

—¡Aquí estoy, bestia del Inframundo! —gritó Senmontu, levantando amenazante su puño derecho.

Él levantó entonces a su vez el hacha, pero no descargó su arma sobre ella. La bestia no podía verla. Tenía las cuencas vacías, como si le hubiesen arrancado los ojos de las órbitas. Senmontu

comprendió súbitamente que todo aquel espectáculo era solo otro engaño más de su enemigo, que este, desde donde hoy se ocultaba, no podía ni verla ni alcanzarla con su hacha de carnicero, que trataba de confundirla para que le revelase dónde se hallaba y así poder mandar a sus esbirros tras ella.

—Un día regresarás a mi morada y yo te mandaré gustoso a la Otra Orilla de la Vida —dijo El Que Habita Entre Las Sombras—, pero aún no ha llegado tu hora y debes regresar para cumplir con tu destino.

Senmontu abrió la boca para protestar. Quería que todo acabase de una vez, que se dirimiese por fin quién de los dos era el más fuerte. Para eso había venido, no para seguir persiguiéndose el uno al otro, como el gato y el ratón, tanto en el mundo de los vivos como en el mundo de los sueños y de los difuntos. Pero El Que Habita Entre Las Sombras la conminó al silencio acercándose a los labios una falange huesuda y mortecina. De su mesa de trabajo recogió una máscara negra que imitaba las facciones de un perro y cubrió con ella su rostro.

—Yo soy Itenpu, el que habita en la montaña. Tengo muchos nombres y tras ellos me perderás el rastro. Así que en vano luchas contra mis apetencias. No enfrentes al destino y el destino no te enfrentará.

Senmontu se precipitó a su encuentro. Si conseguía aferrarse a él, quizás le obligase a luchar. Entonces ella intentaría arrebatarle el arma para hincársela al demonio en el corazón. Pero la muchacha fue demasiado lenta y previsible. Una fuerza desconocida la arrojó hacia atrás y las formas se desvanecieron.

Pero antes de perder el conocimiento, Senmontu pudo ver que la máscara de su enemigo se resquebrajaba y que tras ella aparecía el rostro de una mujer. Solo lo vio una fracción de segundo, pero supo que la conocía. Ella era… era…

El sueño se desvaneció. No tuvo fuerzas para pensar en aquel enigma. ¿Su enemigo era un hombre o una mujer? ¿O ambas cosas?

¿Quién era aquel ser que se hacía llamar El Que Habita Entre Las Sombras?

Senmontu durmió apaciblemente el resto de la noche, en un sueño sin sueños, con tan solo el invisible bogar de las olas a su alrededor, como si las aguas de un cálido y lejano mar la abrazasen. Acaso era la voz de su padre, de Dryton, que desde el recuerdo, cantaba una vieja tonadilla que compuso para ella, una que hablaba de hermosas flores de nenúfar y de lotos perfumados, de colegiales traviesos, juegos, puestas de sol y aromas penetrantes a pastel de higos. Tal vez los bellos recuerdos del pasado podrían, más que ninguna otra cosa, enfrentarse y derrotar a las pesadillas que tejían, desde las sombras, los fantasmas del presente.

LIBRO 4



DESTINO A ALEJANDRÍA

EGIPTO, AÑO 2024

(Memorias de Rafel Collington)

Desperté de pronto, completamente recargado, decidido, como si el sueño me hubiera otorgado un bálsamo que sanara la fatiga del día anterior. Egipto parecía guardar más secretos de los que podía imaginar, y la curiosidad por descubrirlos me llenaba de una energía inusitada.

Con mi pala desmontable en mano, continué desenterrando en torno al obelisco. La punta que había descubierto el día anterior era solo una pequeña muestra de lo que me esperaba. Mientras más tierra retiraba, la magnitud y detalles de aquella estructura milenaria se iban haciendo más evidentes. Los grabados en el obelisco contaban historias de reyes, batallas y rituales sagrados, pero también de amor, familia y legado. Las inscripciones parecían centrarse en el sacrificio de los antiguos egipcios, su devoción a los dioses y su determinación por mantener viva su herencia.

A medida que avanzaba en mi trabajo, algo a un lado del obelisco atrajo mi atención. Poco a poco, a medida que retiraba la arena y el polvo acumulado durante siglos, comenzó a revelarse un mural. Los colores, aunque desvanecidos por el tiempo, mostraban un rico panorama de la vida en el antiguo Egipto. Figuras humanas adornadas con joyas y finos ropajes, animales como halcones, hipopótamos y gatos, todos representados con un detalle sorprendente.

Lo que realmente me cautivó fueron los jeroglíficos que rodeaban estas imágenes. Indicaban claramente la existencia de una tumba o un mausoleo cercano. El mural parecía contar la historia de una familia de alto linaje. Pude identificar al patriarca, con un tocado distintivo y rodeado de sus hijos. Las mujeres de la familia, representadas con elegancia y gracia, sostenían símbolos de fertilidad y protección.

Mientras descifraba los jeroglíficos, uno en particular llamó mi atención. Representaba a un halcón sobrevolando un río, un símbolo

que tradicionalmente se asocia con Horus, el dios del cielo. Sin embargo, este no era un simple halcón; llevaba consigo un Ankh, símbolo de la vida.

La combinación de imágenes y jeroglíficos me dejó pensando. ¿Podría estar cerca de la tumba de alguien de la familia de Senmontu? ¿o de la propia Senmontu? ¿Estaba este mural conectado de alguna manera con los sueños que había tenido? Mientras estas preguntas rondaban en mi cabeza, decidí que, al día siguiente, exploraría aún más el área alrededor del mural, esperando descubrir el mausoleo o tumba que parecía prometer. Por ahora, era momento de documentar mis hallazgos y descansar, preparándome para otro día de descubrimientos.

No quería agotarme. No quería que mi padre notase que estaba trabajando en mi propia excavación. Debía ser cauto.

Al regresar a la tienda descubrí sorprendido que mi padre ya estaba en ella. Normalmente no llegaba hasta después de la puesta de sol. Pero aquel día había terminado mucho antes.

—¿Papá? —dije.

Pero él no me escuchó. Sostenía con delicadeza una vieja fotografía. En ella se veía a una mujer, con rasgos suaves y una mirada penetrante.

—¿Quién es ella? —pregunté con curiosidad.

Howard me miró, sus ojos se encontraron con los míos por un breve segundo, y parecía que estuviera a punto de decir algo. Pero no lo hizo. Simplemente guardó la foto en su cartera y cambió de tema.

—Hemos tenido problemas en la excavación —comentó con un tono de preocupación.

Antes de que pudiera indagar más sobre la foto o sus problemas, un fuerte viento empezó a soplar. En cuestión de minutos, el cielo se oscureció y la claridad del día se vio reemplazada por una tormenta de arena. Nubes de polvo golpeaban la tienda con fuerza, creando un sonido ensordecedor. El paisaje se transformó por completo, ocultando todo a la vista.

El viento siseaba y rugía mientras arrastraba consigo montones de arena que oscurecían todo a su paso. Se podía sentir la electricidad

en el aire, una sensación cargada de estática que te hacía sentir que estabas en medio de algo poderoso y primordial. Finas partículas de polvo y tierra penetraban en cualquier rendija, haciendo casi imposible ver más allá de unos pocos metros. Todo lo que había a nuestro alrededor estaba siendo engullido por la feroz tormenta.

Nos refugiamos en la tienda, asegurando cada entrada y tratando de proteger nuestros equipos e investigaciones. Las horas que siguieron se hicieron eternas. El sonido de la arena azotando la lona era constante y los gritos ocasionales de los miembros del equipo intentando comunicarse eran apenas audibles. La preocupación crecía con cada minuto que pasaba.

Cuando finalmente la tormenta se calmó y el silencio regresó, el paisaje había cambiado por completo. La excavación estaba cubierta por una gruesa capa de arena, y la tarea de limpiar y asegurar lo que habíamos descubierto antes de la tormenta parecía monumental. El rostro de mi padre reflejaba la preocupación y el cansancio, pero también una determinación inquebrantable.

—Más problemas —dijo entonces—. Es como si los dioses no quisieran que desenterrásemos esas tumbas.

—No creerás en maldiciones o cosas así —repuse.

Mi padre se encogió de hombros.

—Llevo en Egipto muchos años. No creo en nada, ni en magia ni en supersticiones. Ya lo sabes. Pero he visto demasiadas cosas. Así que he aprendido a ser cauto y a no dar nada por hecho. En este país todo es posible.

Me senté en una silla. Tomé un libro de un estante.

—¿Qué diferencia hay entre un hombre cauto y otro supersticioso?

Mi padre se sentó a mi lado. Me di cuenta de que no era tan racional como aparentaba ser, que también creía en la magia y en los poderes ocultos que habitaban Egipto. Pero que me ocultaba aquella parte de sí mismo por razones desconocidas. Howard miró entonces el libro que yo ojeaba, un ensayo sobre los hallazgos de la tumba de Tutankamón.

—No lo sé. Cuando encuentre la respuesta te lo haré saber.

Sonreí. Me di cuenta de que, en ese preciso instante, mi padre necesitaba mi apoyo.

—Todo saldrá bien, papá. En este lugar encontraremos cosas increíbles. Creo que incluso más de las que imaginas.

Estreché su mano e hicimos nuestro saludo secreto, el que hacíamos cuando yo era un niño pequeño, hincando los pulgares en la palma del otro para acabar cogiéndonos de los dedos y entrelazándolos.

—Ojalá tengas razón, Rafel. Ojalá los dioses te oigan.

14

UN MENSAJE INESPERADO

(Año 158 Antes de Cristo)

Senmontu despreciaba las festividades griegas, y todavía más el que hubieran sido adoptadas en la ciudad de Harmonía desde hacía pocos años. Históricamente, las Fiestas del Valle, puramente egipcias, eran las más celebradas en el pueblo. Pero las cosas habían cambiado y, ahora, estaban de moda los espectáculos extranjeros, las exhibiciones gimnásticas, las carreras de caballos y los concursos poéticos en lengua ática. La festividad preferida de los vecinos de Harmonía era la que ensalzaba a Dionisos, dios del vino y de la fecundidad, y amigo de los excesos y de las grandes borracheras. Actividades que sus discípulos seguían al pie de la letra con gran placer y devoción, trasladándose una vez al año hasta Alejandría para practicarlas durante varios días. Se decía que, durante esas fiestas, la ciudad se convertía en un hervidero de celebrantes bulliciosos, desfiles y competiciones atléticas.

Las fiestas en honor a Dionisos habían comenzado horas atrás, con la puesta de sol, pues, entre los griegos, la primera hora de un nuevo día era la que llegaba justo después del anochecer del anterior. Senmontu era incapaz de entender cómo era posible tal cosa, pero hacía mucho que había dejado de preguntarse por qué los griegos actuaban como lo hacían. Para ella, lo importante era que, durante tres días, no tendría clases y quedaría liberada de su maestro y de su "Escuela Griega para Niños Griegos".

Cuando Senmontu se despertó aquella mañana, muchos de sus vecinos ya iban camino del embarcadero, vestidos con sus mejores galas, rumbo a la gran Alejandría. Se decía que, ese año, el Faraón reuniría a los mejores artistas del país, a los atletas más destacados, magos, prestidigitadores, danzarinas y bufones. ¡Las competiciones y

concursos de las fiestas de Dionisos serían recordados por mucho tiempo! Eso se decían los unos a los otros, avanzando cogidos del brazo, charlando sobre las maravillas que les esperaban en la capital.

El nubio Masha entró a su habitación y la encontró todavía en su estera, desperezándose:

—¿Qué quieres, viejo amigo? —dijo Senmontu, aún medio adormilada.

—Tu madre y el abuelo me han dicho que debes vestirte. Nos vamos a la capital con los demás.

Senmontu abrió mucho los ojos, súbitamente alerta.

—Soy egipcia, no griega. Lo sabes bien. No me importan las fiestas de Dionisos. Jamás he ido a un hipódromo a ver esas carreras de las que tanto hablan y no pienso hacerlo este año...

—No se trata de las fiestas, pequeña ama —le interrumpió Masha—. Ha llegado una tablilla de tu padre. Dice que te espera en Alejandría.

Senmontu no esperó a escuchar más y atravesó la casa rápidamente. Abajo, en las cocinas, encontró a su madre sosteniendo un pedazo rectangular de arcilla. Apolonia apenas levantó la vista cuando su hija entró en la estancia. Suspiró.

—Tu padre dice que está bien —comentó—. Te pide que vayas a Alejandría tan pronto como te sea posible. Te espera a ti sola en la posada de siempre. Imagino que sabes a cuál se refiere, ¿verdad?

—Claro que sí —respondió Senmontu—. La posada del Perro y el Gavilán.

—Pues deberías darte prisa. Los peregrinos están a punto de embarcar para los juegos de Dionisos.

Apolonia tenía el rostro enrojecido y los labios le temblaban, como si acabara de tener una discusión. Senmontu la miró a los ojos y ella los desvió.

—¿Y el abuelo? —preguntó Senmontu, presintiendo que algo no iba bien.

Su madre soltó un suspiro exasperado.

—Se ha alterado cuando ha llegado el mensaje. Decía insensateces, como siempre, cuestionando si realmente era la escritura

de tu padre en la tablilla, que si era una trampa de aquellos que nos acechan, que por qué Dryton no había dado señales de vida en cinco meses y de repente… En fin, ya sabes. Discutimos. Al final, salió molesto y se fue a dar un paseo.

—En parte tiene razón, mamá. Es muy extraño.

Senmontu extendió una mano y su madre asintió, pasándole la tablilla.

—Lo sé, hija. Pero yo no puedo acompañarte: debo cuidar de tu hermanito: y Bytan está demasiado viejo para un viaje así. Masha te acompañará, si así lo deseas. Pero si al final decides no ir, lo entenderé. Sin embargo, necesito saber qué le ha pasado a tu padre. Tengo tantas dudas y miedo que creo que me volveré loca si no me explican...

Apolonia no terminó la frase y simplemente observó a Senmontu con expresión preocupada mientras ella leía y releía el mensaje de Dryton.

—Iré —afirmó la joven—. Yo también necesito saber qué le ha sucedido.

15

EL VIAJE A ALEJANDRÍA

(Año 158 Antes de Cristo)

En el embarcadero de Harmonía, muchas naves estaban amarradas. La mayoría eran viejos bajeles, mil veces remendados y repletos de grietas y refuerzos. Las flotas más modernas y relucientes servían en los muelles de las grandes ciudades, donde el dinero y los negocios florecían; mientras que a un pequeño lugar como Harmonía, los armadores solían destinar solo aquellos barcos que todavía mantenían la capacidad de flotar.

Senmontu rápidamente hizo su elección. De todas las embarcaciones, solo una capturó realmente su atención: el barco más viejo de todos. Un marinero mencionó que había estado surcando las aguas durante siglos, de manera infatigable. Aunque le resultaba difícil de creer, no cabía duda de que la embarcación tenía el encanto de una nave de leyenda. Sus tablones carcomidos y sus velas zurcidas mil veces eran testigos de sus años en el mar. A muchos les parecía un milagro que aún estuviera a flote. Sin embargo, cuando Senmontu vio el nombre de la nave pintado en el casco, su decisión fue irrevocable: ¡viajarían a Alejandría en ese barco o no viajarían en absoluto!

La nave llevaba el nombre de "Montu Victorioso", precisamente el dios protector de la joven. Convencida de que era un buen presagio, subió al Castillo de Proa. Allí encontró una camareta adornada con la imagen tradicional de Montu, el dios de la guerra, representado como un hombre con cabeza de halcón que lleva sobre la frente el disco solar rodeado por dos altas plumas y dos serpientes, sosteniendo en sus manos un arco y un hacha.

Masha trató de convencer a Senmontu para que eligiera una embarcación más segura. Esto de acuerdo el mismo del capitán del barco. Tras recibir el pago por el viaje, insistió repetidamente en que

aquel no era el lugar adecuado para una pequeña dama. Sin embargo, Senmontu, con determinación, hizo caso omiso a todas las súplicas.

Poco tiempo después, "Montu Victorioso" zarpó al frente de una caravana de barcos que se dirigían hacia el norte. Algunos incluso iban más allá de Alejandría, rumbo al océano que los egipcios denominaban el "Gran Verde" y los griegos, simplemente, el "Gran Mar".

El timonel guiaba la nave bajo el manto silencioso de la noche. Tras una señal del "hombre-sonda", realizó un leve viraje hacia la izquierda, una corrección casi imperceptible que, no obstante, permitió que la embarcación aumentara su velocidad y se deslizara con un movimiento suave un poco más allá, en silencio, sola, bañada por el abrazo de Hapi, el río Nilo.

Tras ella, ocultas en la bruma, las demás embarcaciones seguían la estela de la líder, buscando su posición en un convoy compuesto por esquifes, bajos barcos Keben y otros tantos tipos distintos, avanzando juntos como si fueran granos de arena del desierto unidos por el viento.

Senmontu notó que los otros pasajeros cuchicheaban entre sí, preguntándose qué hacía una joven como ella viajando sola, erguida en el Castillo de Proa. Ignoraban, por supuesto, que Masha la observaba cuidadosamente desde la camareta central, junto al resto de los viajeros.

Lo que tampoco sabían era que Senmontu había viajado sola por el río Nilo en muchas otras ocasiones, desde que era apenas una niña. Su padre, Dryton, había visitado con frecuencia la capital en los últimos años, sin proporcionar jamás una razón lo suficientemente clara para sus desplazamientos. "Estoy atendiendo algunos asuntos", solía decir. Y si alguien se aventuraba a preguntar más detalles, Dryton siempre hallaba la manera de desviar la conversación. Durante sus estancias en la grandiosa Alejandría, la capital de los faraones Ptolomeos, Dryton solo permitía que su adorada hija, Senmontu, fuese a verle. De hecho, no era raro que pasara semanas en Alejandría sin enviar noticias. Y luego, de repente, una tablilla con un mensaje de Dryton llegaba por correo, indicándole a Senmontu que se reuniera

con él, por ejemplo, al cabo de tres días. Ella, siempre obediente, tomaba algo de ropa de su baúl y se dirigía al encuentro con su padre.

Aquello sucedió en numerosas ocasiones, al menos una docena de veces. Entre los ocho y los trece años, Senmontu viajó sola a Alejandría y nunca enfrentó inconvenientes. En aquellos tiempos no era extraño que los niños viajasen solos, aunque era muy peligroso y debían extremarse las precauciones. Pero ella era una joven valiente y resuelta, así que nunca tuvo miedo.

Una vez en la capital, Dryton simplemente la llevaba de un sitio a otro: parques, templos, fiestas, tabernas, espectáculos, barrios enteros. Juntos, padre e hija, deambulaban y reían ante cualquier anécdota. Sin embargo, Senmontu tenía un único deber, que Dryton enfatizó desde el principio: “Si ves algo inusual, algo fuera de lugar, algo que te sorprenda... avísame inmediatamente, hija mía. Es crucial. Nuestras vidas dependen de ello”.

Pero Senmontu nunca comprendió qué debía buscar, y nunca observó nada verdaderamente atípico. Con el tiempo, cesó de buscar cualquier cosa que informar a su padre; incluso llegó a pensar que aquellos viajes eran simplemente excusas para pasar tiempo juntos.

Le agradaba esa idea, aunque nunca estuvo completamente segura de ella.

Ahora, entendía que Dryton buscaba a los Udji y, por ende, a su líder, El Que Habita Entre Las Sombras. Ahora lo entendía y apreciaba que su padre hubiera confiado en ella para una tarea tan crucial. Lo extrañaba y anhelaba reencontrarse con él, esperando escucharle decir: “Todo está bien, mi pequeña. He estado ausente mucho tiempo, pero ahora regresamos a casa”. Eso era todo lo que deseaba, y esperaba no ser demasiado ambiciosa en su deseo. Porque esta vez su padre no había tardado tres semanas en mandar una tablilla sino cinco meses. Por fuerza debía haber pasado algo grave. ¿El qué? Tal vez lo averiguara en Alejandría.

Al cabo de casi un día entero de travesía, con el nuevo amanecer, la flotilla de barcos arribó a un muelle fastuoso, engalanado con toda suerte de raros objetos preciosos, estatuas y efigies de oro y de plata, y fabulosos objetos tachonados de piedras preciosas. Los

viajeros lanzaron una exclamación de asombro. ¡Estaban por fin en Alejandría, la capital de Egipto y acaso del mundo entero! Los marineros detuvieron la marcha de la embarcación. Entonces, Masha fue a avisar a su pequeña ama, que aún seguía sentada y meditabunda en la proa de Montu Victorioso. Como ella no pareció reconocerlo, la sacudió con ternura hasta que esta se dio la vuelta en su estera y lo miró con ojos vidriosos.

—¿Qué sucede? —dijo la joven.

—¿Dormías o pensabas? —dijo el nubio.

—Ambas cosas —reconoció Senmontu.

Masha se echó a reír.

—Bueno, no importa, pequeña ama. Llegamos por fin a la Gran Alejandría.

16

NEOTERA

(Año 158 Antes de Cristo)

La capital del imperio le pareció al nubio una ciudad grande y ruidosa, donde todos tenían prisa y ninguna cara parecía sonreír, como si se les hubiera olvidado. Las calles olían a pescado, a desperdicios y a los guisos de las amas de casa. Los hombres te miraban con desconfianza, con la mano apoyada en su puñal. Los altos muros de los edificios escondían a las gentes tras atalayas de adobe. Nadie conocía a su vecino. Los ojos del populacho se antojaban tristes y melancólicos, especialmente los de aquellos que habían vagado alguna vez por el desierto, en el Egipto medio o en el sur, o por los muchos caminos que atravesaban el Doble País, con el sol como único compañero y los pies sucios de arena.

“Las grandes ciudades son prisiones donde los hombres languidecen”, pensaba el nubio.

Y sus pensamientos se veían reforzados por las cosas que iba viendo. Barrios exclusivos para los griegos, barrios separados para los egipcios y para los judíos. Pequeñas casas desde donde la gente te miraba desconfiada tras sus ventanucos protegidos por sombrías persianas. Grandes palacios fríos y sin vida, blancas fachadas, estatuas de dioses extranjeros en el cruce de las calles, largas avenidas de tristes cipreses, calles y más calles organizadas simétricamente, en cruz, como si los griegos no tuvieran espacio en su corazón más que para estructuras ordenadas, como si se refugiaran en el equilibrio y en la perfección aparente de sus monumentos del desorden y la espontaneidad de la vida.

Aquella era la ciudad más bella pero a la vez más desangelada que nunca hubiera visto.

Definitivamente, a Masha no le gustó Alejandría, la joven capital del viejo Egipto. Y no le gustó tampoco la fonda donde fueron a preguntar por Dryton, ni el nombre de la misma (el Perro y el Gavilán) que sin saber por qué se le antojó ominoso, de mal agüero. Tampoco le gustaron las miradas suspicaces de la dueña cuando se presentaron aquel negro inmenso y una jovencita de trece años, de semblante terco y ojeroso.

—Es mi sirviente —dijo Senmontu, que había advertido el gesto de la dueña.

Pero esta se encogió de hombros. Miraba recelosa a todo el mundo. Era su deber. Además, todos lo hacían en Alejandría.

Y Masha empezó a añorar su pequeña aldea al otro lado del Gran Río, las pequeñas casas que la formaban, su propiedad, los jardines, los campos… la hacienda que Apolonia y Dryton habían levantado con el sudor y el esfuerzo de todos durante tantos años. Masha añoraba Harmonía y hubiese deseado no haber pisado nunca aquella ciudad maldita.

—Hemos venido buscando a mi padre. Dejó orden de venir a recogerle a este lugar —dijo Senmontu.

Pero en la pensión del Perro y el Gavilán nada sabían de Dryton. De hecho, hacía meses que no lo veían y la dueña reveló que había tirado sus cosas días antes.

—No pensé que nadie viniera a preguntar por él después de tanto tiempo —reconoció.

Luego les miró a ambos con suspicacia, pensando si acaso aquellos dos desconocidos no habrían venido a pedirle cuentas por aquellas ropas viejas que había lanzado a la basura.

—No había nada de valor —argumentó la mujer, torciendo el gesto.

—Eso no nos importa —le indicó Senmontu—. Solo buscamos a mi padre.

La dueña de la fonda se encogió de hombros por segunda vez.

—Pues en eso no puedo ayudaros.

Como tampoco pudo ayudarles Neotera, la hermana mayor de Senmontu, que pasaba casi todo el año en Alejandría y que no podía

faltar, como era lógico, durante los juegos en honor a Dionisos.

Neotera, después de darles la bienvenida en la verja de entrada de la casa, les había llevado a una sala de visitas junto al peristilo o patio central de la vivienda, donde escuchó muy seria el relato de la búsqueda infructuosa que habían llevado a cabo. A Dryton parecía que se lo había tragado la tierra.

—Oh, estoy muy contenta de volver a verte, hermanita —dijo la muchacha, cogiendo de los carrillos a Senmontu y dándole en ellos un sonoro beso. Parecía no haber escuchado su explicación de que su padre seguía desaparecido o bien no le importaba en absoluto.

Así que Senmontu insistió en la historia de la desaparición de Dryton, que incluso temían que la tablilla fuese falsa, y le preguntó a su hermana si en todos los meses anteriores no había pedido a las autoridades de Alejandría que lo buscasen. Neotera se echó a reír tontamente, mientras con un gesto teatral e indolente se llevaba a la boca una copa de vino mezclada con agua.

—Un asunto terrible ese de la desaparición de nuestro padre, ¿no es verdad? Yo creo que está por ahí, con sus negocios secretos… —volvió a reír—. Yo no me preocuparía.

—¿No te preocuparías tras cinco meses de ausencia? —dijo Senmontu.

—Claro que no. A veces Filipo se queda mucho tiempo por ahí, inspeccionando nuestras tierras en el sur. ¡Ya sabes, los egipcios son tan vagos! Hay que estar siempre encima de ellos para que hagan sus tareas apropiadamente.

—Tú eres egipcia, hermana mayor.

Neotera se tapó la boca, como si acabara de oír una blasfemia tan terrible que no pudiese dar crédito a sus oídos.

—No digas eso delante de los criados. Pueden murmurar.

Masha, de pie en un rincón, detrás de su pequeña ama, meneó la cabeza. *¡Ah, aquellos egipcios que querían ser griegos! Menuda tontería*.

El nubio miró alrededor y advirtió que la casa de Neotera era muy amplia, con un gran patio central muy decorado y rodeado de columnas, en torno al cual se alineaban el resto de las habitaciones. No faltaban establos, almacenes ni habitaciones para la servidumbre,

aparte de los lujosos dormitorios de los señores de la casa. Muy pocos podían soñar siquiera con tener un hogar como aquel, ni siquiera en la Gran Alejandría. Neotera, además, era una mujer joven y hermosa, tal vez demasiado maquillada, con los ojos negros y la boca roja. Vestía una túnica abierta y demasiado escotada, que dejaba a la vista la mayor parte de sus atributos y llevaba el típico moño adornado con alfileres de oro, propio de las mujeres griegas acomodadas. Sí, Neotera lo tenía todo… pero no estaba contenta, ella deseaba un imposible. Ella quería ser griega.

Así, cuando Senmontu le hizo un resumen de los muchos problemas que habían tenido para acceder desde el barrio de Rakhotis, donde vivían los egipcios, al Barrio Real o del Brucheium, donde vivían los griegos, incluida también Neotera por haberse casado con el griego Filipo, la joven esposa se echó a reír.

—Son cosas que pasan. A nosotros, los griegos, nos gusta que haya un orden en las cosas. Los egipcios en su lugar, nosotros en el nuestro.

—Te vuelvo a repetir que tú no eres griega —le señaló Senmontu—. Fíjate. Si yo soy egipcia, y las gentes me tratan como tal, ¿cómo puedes ser tú griega siendo mi hermana?

Pero Neotera negó vehementemente con la cabeza.

—Yo era egipcia, pero ya no lo soy. Ahora es como si hubiese nacido de nuevo. Y ya basta. No quiero volver a hablar de este tema. Te vas a alojar con tu esclavo en mi casa y me debes un respeto.

—Masha no es un esclavo —le recordó Senmontu—. En público hay que tratarlo como tal porque si no la gente no lo entendería. Pero en casa es uno más, uno más de la familia.

—Tú siempre llevando la contraria. No creas que me he olvidado de que traías loca a nuestra madre —Neotera miraba a Senmontu con cara de hermana mayor sabelotodo—. Pero si esperas que este nubio se siente a comer con nosotras, vas muy errada. Ese Masha tuyo comerá en la cocina, con el resto de esclavos y de servidumbre.

La velada acabó, naturalmente, con Senmontu comiendo en la cocina junto a los esclavos, la servidumbre… y, por supuesto, su

amigo Masha. Neotera estaba furiosa ante la insolencia de "aquella mocosa malcriada que había venido a su propia casa a desafiarla". Pero para el nubio, Senmontu no había hecho más que demostrar una vez más que su corazón era puro como la joya más brillante y su determinación, inquebrantable como el hierro forjado.

Un corazón y una determinación, como es lógico, completamente egipcios

17

LAS FIESTAS DE DIONISOS

(Año 158 Antes de Cristo)

Al día siguiente, sin embargo, las desavenencias entre las dos hermanas parecían olvidadas y Neotera vino muy de mañana a buscar a sus invitados con la noticia de que aquel era el día más importante de las fiestas de Dionisos, el día del desfile del Dios y de las carreras en el Hipódromo.

Senmontu y Masha se vistieron a toda prisa, pero con desgana; una emoción que el nubio sabía disimular mejor que la joven, quien bostezaba a cada explicación de su hermana acerca de las maravillas que les esperaban aquel día en Alejandría.

Finalmente, sin embargo, Senmontu decidió acompañar a Neotera a los juegos. No porque tuviese el menor interés en ellos, sino porque albergaba la esperanza de ver a su padre en medio de todo aquel gentío. Lo cierto era que si su padre aún se hallaba en la ciudad, era muy probable que acudiese como todo el mundo a las fiestas de Dionisos.

—¿No viene Filipo, tu esposo? —le preguntó Senmontu a su hermana cuando ya traspasaban la verja de la casa, con Masha pisándoles los talones como un buen perro guardián.

—Oh, él está inspeccionando no sé qué negocio en Tebas —dijo Neotera, riendo tontamente como era su costumbre. Pero su rostro se había ensombrecido y su sonrisa convertido en una contorsión de labios apretados.

—No le ves mucho, ¿verdad? —preguntó Senmontu, poniendo una mano en la de su hermana.

—¡Qué más da! —la joven esposa se deshizo del roce de su hermana como si sus dedos quemaran. De hecho, odiaba siquiera la idea de que aquella niña pequeña pudiera tenerle lástima a ella, toda

una señora griega con su gran casa y sus muchos criados—. Al fin y al cabo, nadie ve mucho a su marido. Ellos siempre están tan ocupados con… lo que sea, sus cosas. Ya sabes.

—Claro, claro… —concedió Senmontu, que sintió como propio el dolor de su hermana, tan sola en medio de aquella gente extraña que la veía como a una egipcia por más que intentara convertirse en una más.

—¡Mira! ¡Ahí, en ese carro, va el propio Dionisos! —exclamó de pronto Neotera, feliz por poder cambiar de tema.

En efecto, por la Vía Longitudinal, la principal de las avenidas de Alejandría, avanzaba un largo cortejo encabezado por la estatua del Dios, que no era sino una reproducción a tamaño natural de un hombre musculoso de mediana edad, sonriendo interminablemente, vestido con una piel moteada que llevaba echada sobre un hombro, y unas sandalias rojas. En una de sus manos se veía una copa de vino, lista para refrescarse con él la garganta. No en vano, el vino era, para los griegos, "el regalo de Dionisos".

Tras él marchaba una larga hilera de muchachos portando antorchas y, tras ellos, otra larga fila de muchachas cargando cántaros de ofrendas. Pero eso era solo el comienzo, pues detrás de ellos iban varios centenares de jinetes, grupos de músicos con címbalos y panderetas, y finalmente una larga columna de bueyes, uno de los animales fetiche del dios.

—No entiendo las costumbres de estos griegos —le confesó Senmontu a su hermana, cuando ambas habían echado ya a andar tras el cortejo.

—Los dioses son dioses, sean egipcios o griegos —repuso Neotera—. ¿Qué diferencia ves en lo esencial entre estas celebraciones en honor a Dionisos y las fiestas egipcias?

—Tal vez ninguna —reconoció Senmontu—. Pero el caso es que, como yo soy egipcia, me siento extraña entre toda esta gente.

—Bah, tonterías.

En ese momento se unió al séquito del Dios un grupo de muchachas con la cabeza adornada con muñecos que parecían serpientes. ¿Un gesto hacia la población egipcia? Porque aquellos

muñecos trataban sin duda de emular el "Uraeus", el adorno de las coronas faraónicas en forma de la diosa cobra Uadjet.

Senmontu comprendió entonces que debía hacer un esfuerzo por entender lo que sucedía en su país. Escondida en su condición de egipcia, estaba tan limitada como los griegos, encerrados en sus privilegios y en sus barrios “solo para griegos”. De pronto, tomó la determinación de aprender todo lo que pudiera sobre lo que sucedía a su alrededor, por mucho que en el fondo lo detestase.

—Háblame más del Faraón, de las cosas que suceden en Alejandría, Neotera —dijo, con una voz que era más un ruego.

—Ah, muy bien —su hermana pareció satisfecha de poder ilustrar a la pequeña Senmontu—. Bien, ya sabes, el Faraón es Ptolomeo Filopator, el cuarto de los Faraones con ese nombre.

—Ya. Eso he oído.

La comitiva se detuvo de pronto para proceder con el sacrificio de un carnero. Cuando su sangre ya teñía el enlosado de la Vía Longitudinal, un grupo de jóvenes disfrazados de macho cabrío, con orejas de cabra pero con cola de caballo, llegaron de todas partes y se pusieron a danzar como locos, haciendo giros y contorsiones imposibles.

—Pues el Faraón —prosiguió Neotera— ha gobernado la tierra de Egipto desde hace doce años. Pero, en realidad, mentiría si dijese que el Faraón verdaderamente gobierna nuestro país. No; quien gobierna, manda y administra es su favorito, un tal Agatocles, quien tiene sometida la fuerza y el espíritu del Faraón a través de su hermana Agatoclea. Ahora el Faraón es un hombre entregado a fiestas y desenfrenos sin fin en compañía de Agatoclea, y ha dejado el país en manos de ese Agatocles, que no es sino un timador que ama el dinero y el poder y odia a todos los egipcios.

—¿De verdad? —dijo Senmontu, sorprendida por las palabras de su hermana.

—Puedo ser superficial pero no tonta, hermanita —rio Neotera, mientras miraba a su alrededor por si alguien había escuchado las palabras que había dicho sobre el Faraón y su favorito—. Si quiero ser griega es porque debo serlo, no porque quiera serlo sin más.

—Eso que dices es muy triste.

—La vida es muy triste, Senmontu.

—Pero durante muchos siglos —objetó la joven, testaruda—, los egipcios hemos tenido nuestras propias leyes, y aunque fuimos conquistados por los griegos en la época de Alejandro Magno, seguimos manteniendo nuestras leyes y nuestros jueces. Así, los griegos acudían cuando tenían un problema a unos tribunales llamados *chrematistai*, y los egipcios a otros llamados *laokritai*. Éramos dos pueblos separados, y así, los egipcios, por mucho que fuéramos esclavos de los griegos, manteníamos la ilusión de la libertad, la ilusión de que las cosas seguían siendo como siempre habían sido en la Tierra Negra de nuestros antepasados.

—Todo eso ha acabado con Agatocles, hermanita. Es un ser malvado, y no quiere que los esclavos se sientan más que tristes y desvalidos en su esclavitud. Pretende abolir todas las antiguas leyes egipcias y medir a todas las gentes por el mismo rasero, el de las leyes griegas, unas leyes donde los egipcios no son iguales sino ciudadanos de segunda clase. Este asunto es particularmente terrible para las mujeres, pues nosotras en las leyes egipcias son iguales a los hombres en derechos y deberes. Pero en las leyes griegas somos hasta la muerte menores de edad, nunca llegamos a ser más que niñas pequeñas a ojos de la ley. De esta forma, la mujer egipcia, ayer una igual, hoy es esclava entre los esclavos. Por eso yo quiero ser una mujer griega. Prefiero ser lo que soy, sin más, a perder lo que antes tenía y sentirme desgraciada como muchas.

Neotera, viendo que el carnero era retirado del altar del sacrificio y que los hombres disfrazados de macho cabrío llegaban a su altura cantando a voz en grito las excelencias de su Dios, decidió que era el momento de parecer de nuevo la más tonta de las mujeres y se puso a saltar de alegría mientras batía palmas. Pero aunque el rostro de su hermana pareció por un momento convertirse en una más de la multitud hasta disolverse por completo en ella, Senmontu comprendió que ya nunca podría volver a mirar a Neotera con los mismos ojos.

—Pobre Neotera —dijo, pero al momento rectificó, dándose cuenta de su error, y añadió—: Pobre Senmontu, pobres mujeres… y

hombres de Egipto.

18

EL HIPÓDROMO

(Año 158 Antes de Cristo)

El Hipódromo estaba casi lleno. Las dos hermanas hacía rato que esperaban sentadas en mullidos almohadones mientras en la arena se terminaban los preparativos para los juegos. Para acomodar a los espectadores, el arquitecto había aprovechado una colina baja y colocado allí las graderías principales. Al lado contrario se había levantado una pared de tierra para ubicar una segunda gradería, y ambas tribunas vibraban por la tensión de espera. A ratos, se elevaban desde la multitud vivas y vítores hacia la persona del Faraón y, en general, se respiraba un ambiente de euforia y hasta de borrachera, pues muchos eran los que gritaban ya en estado de embriaguez, una conducta que se consideraba socialmente aceptable en las fiestas de Dionisos por su condición de patrón de las vides y, en particular, de los deliciosos caldos que a partir de sus frutos se destilan.

—Senmontu, las carreras son un espectáculo maravilloso —le dijo al oído Neotera.

Masha se había sentado algunas gradas por debajo de ellas, entre criados y extranjeros de baja condición social. Cada cierto tiempo, sin embargo, se volvía para comprobar que su pequeña ama seguía bien, y solo entonces sonreía.

Una conversación casual llamó entonces la atención de Senmontu. Una grada por encima de ellas, había dos hombres muy apuestos que vestían un raro manto púrpura, cota de cuero y sombrero de ala ancha.

—Estos malditos egeos —dijo el primero—, no saben cómo montar una celebración a Dionisos como es debido. Si Alejandro levantase la cabeza, volvería a meterse en su tumba otra vez.

Y entonces rieron ambos de forma estentórea.

—¿Quiénes son esos? ¿Quiénes son los egeos de los que se ríen? ¿Acaso egeo no es otra forma de decir griego? —quiso saber Senmontu, dándole un codazo disimulado a su hermana para llamar su atención.

Neotera se volvió y, al descubrir a los dos hombres, se sonrojó y bajó la cabeza como si hubiese visto al Faraón en persona. Senmontu comprendió que su hermana admiraba a aquellos caballeros, fueran quienes fuesen.

—Mira, has llamado la atención de esa dama egea, ¿o será cretense? Creo que tienes un buen rato asegurado con ella —dijo el primero de los soldados.

—No me hagas reír. Yo no perdería el tiempo con una muchacha de sangre aguada, por mucho que sean hoy las fiestas de Dionisos —repuso el otro.

Neotera seguía con las mejillas encendidas, y los comentarios de los dos hombres no hacían precisamente por rebajar el rubor de su cara.

—No entiendo nada —reconoció Senmontu—. Los cretenses son también griegos, ¿no? ¿Por qué se burlan de ellos como si fueran inferiores?

—¡Psst! —silbó entonces Neotera—. Habla en voz baja, por Dios, ignorante. ¿No ves que son macedonios?

En ese momento, en el estadio, comenzaban las carreras de caballos. Los competidores se habían colocado en la línea de salida y esperaban tan solo la orden de comenzar. El público gemía de expectación y los aurigas, a lomos de sus carros, estaban tiesos como palos, listos para emprender una loca aventura que les conduciría a la fama o les devolvería al anonimato. Y entonces se elevó al cielo un águila de bronce por medio de un raro mecanismo. Esa era la señal de que daba comienzo a la carrera.

—¿Macedonios?

—Sí, macedonios, Senmontu, y además soldados del Faraón, de la caballería probablemente.

—¿Los macedonios son mejores que los griegos? —quiso saber Senmontu, todavía incapaz de entender a su hermana.

Neotera resopló con todas sus fuerzas. Las cuadrigas estaban ya tomando la primera curva; entonces, la caja de un carro se rompió y el conductor salió despedido mientras sus caballos huían aterrorizados.

—Pues claro, ¿en qué mundo vives? Los macedonios son griegos de la misma región que vio nacer a Alejandro Magno y son los mejores de entre nosotros, mejores que los egeos de Atenas, como yo y mi esposo, o que los cretenses, o que cualquier otro griego.

—Pero sin embargo, son todos griegos, ¿no? —dijo Senmontu.

—Claro, pero eso no significa nada. Son macedonios, y solo los macedonios pueden aspirar a los más altos cargos de la corte. El propio Faraón es macedonio.

Neotera la miraba como si fuese la criatura más ignorante de la tierra.

—Tratas de decirme —concluyó Senmontu— que muchos egipcios como tú queréis ser o aparentar ser griegos, pero que los griegos sueñan con ser o aparentar ser macedonios. ¿No es eso?

—Como siempre, no entiendes nada y sacas las cosas de contexto —dijo Neotera, volviendo la cabeza hacia el estadio, donde las cuadrigas estaban ya enfilando hacia la meta.

Entonces añadió:

—Porque lo que debes entender es que un macedonio…

Pero Neotera, cuando quiso proseguir la conversación con su hermana, descubrió que estaba sola, pues Senmontu estaba descendiendo la gradería en medio de las quejas de los espectadores, que encontraban de muy mal gusto y peor educación abandonar tu asiento al principio de los juegos y, peor aún, en medio de la primera carrera de carros.

—Vamos, hombretón.

Cuando Masha escuchó la voz de su niña, dio un bote en su asiento.

—¿Sucede algo, pequeña ama?

—Nada, solo que nos vamos. Si vuelvo a oír una palabra más sobre griegos, macedonios o cretenses, creo que me volveré loca del todo… si no lo estaba ya antes.

Masha sonrió. Compartía completamente la forma de pensar de

la joven. Abajo, en el estadio, la primera cuadriga alcanzó la estatua de Hipodamia, que marcaba la llegada a la meta. La gente se levantó de sus asientos y prorrumpió en aullidos de satisfacción.

—¿Y dónde vamos? —quiso saber el nubio, intentando levantar la voz por encima de los chillidos de la multitud.

—De vuelta a casa, a Harmonía. Aquí no encontraremos a mi padre. Ha sido una equivocación venir. Nos tendieron una trampa, ahora estoy segura. Solo me gustaría saber quién y por qué.

—Sí, claro. Yo también querría saberlo.

El nubio parecía preocupado y, mientras bajaban de grada en grada, no dejaba de mirar a derecha y a izquierda, como si temiese que alguien fuera a saltar de entre las sombras.

—¿Sucede algo? —quiso saber Senmontu.

—No, de momento —reconoció el nubio—. Pero si alguien nos ha hecho venir hasta aquí con la excusa de la falsa tablilla de tu padre…. Bueno, hasta ahora todo ha sido muy fácil, pero me pregunto si podremos salir de Alejandría con la misma facilidad con la que entramos.

LIBRO 5



LOS PLANES DEL SEÑOR OSCURO

EGIPTO, AÑO 2024

(Memorias de Rafel Collington)

Aquella noche tuve un sueño en el que me encontré volando alto como un halcón sobre el vasto desierto egipcio. Bajo mis alas, las majestuosas pirámides se alzaban como gigantes de piedra, testigos silenciosos de un tiempo lejano. Las ciudades antiguas, los templos y los ríos brillaban con la luz dorada del atardecer, mientras el Nilo serpenteaba como una cinta azul brillante a través del paisaje.

Desperté de golpe, el resplandor de la mañana se filtraba por la entrada de la tienda. Mi corazón aún latía con la emoción de mi sueño. Me dirigí a la mesa donde estaba dispuesto el desayuno. Mi padre ya estaba allí, con una taza de té en sus manos y mirando fijamente una foto que tenía delante.

Con curiosidad, me acerqué y vi la imagen de una mujer hermosa con una mirada profunda y serena. Era la misma foto que había visto en su cartera la noche anterior.

—¿Es mamá? —pregunté tímidamente, con la esperanza de que, por una vez, me contara algo sobre ella.

Howard levantó la mirada hacia mí, sus ojos llenos de una tristeza insondable. Durante un segundo, pareció estar luchando contra un aluvión de emociones antes de responder con un suspiro.

—Ella... ella…

No continuó, y la pesadez en el aire se volvió casi palpable. Lo había intentado muchas veces antes, tratando de descubrir más sobre la mujer que me había dado la vida, pero siempre me encontraba con un muro de silencio de su parte.

—A menudo te veo mirando esa foto cuando estás triste o cuando algo va mal en el trabajo —comenté, tratando de entenderlo —. ¿Por qué nunca me has mostrado una foto de ella? ¿Por qué no hay fotos de ella en casa? ¿Por qué no me explicas lo que pasó?

Mi padre desvió la mirada, claramente angustiado, y no dijo nada. La tensión entre nosotros se intensificó. Pero, conocía ese rostro,

esa mirada distante que aparecía siempre que el tema de mi madre surgía. Sabía que no obtendría más respuestas por el momento.

Regresamos a nuestro desayuno en silencio. El aroma del pan fresco y el té caliente llenaba el aire, pero nada podía disipar la melancolía que nos dominaba. Esa foto, y los secretos que ocultaba, permanecían como un enigma sin resolver entre nosotros.

Poco después, salimos al exterior. La tormenta de arena había sido implacable con la excavación. La magnitud del daño era evidente. Las estructuras temporales que se habían erigido estaban desgarradas y tumbadas. Montones de arena habían cubierto gran parte de nuestras herramientas y descubrimientos anteriores, borrando horas y horas de esfuerzo meticuloso. El aire todavía estaba cargado de polvo, haciendo que cada respiración fuera un recordatorio de la furia de la naturaleza que habíamos presenciado.

—Los dioses no nos quieren en el Monte Mokattam —dijo uno de los trabajadores egipcios.

El Monte Mokattam estaba situado al sureste de El Cairo, la capital del Egipto moderno, y a una cierta distancia del río Nilo. Hasta aquel momento se había considerado poco probable que hubiera actividad humana en las cercanías del monte durante la época de los faraones ptolemaicos. Heliópolis y Memphis, ambas cercanas, eran las principales áreas urbanas en esa época. Mokattam, debido a su geografía y ubicación, no parecía el lugar propicio para una gran ciudad o asentamiento importante.

Pero mi padre no estaba de acuerdo y por eso había organizado aquella gran expedición. Había invertido no solo muchos esfuerzos, sino su prestigio y su fortuna personal. No se iba a echar atrás por una tormenta, por grande que fuese.

Así que Howard, con una mirada de determinación mezclada con cansancio, comenzó a dar instrucciones al equipo para empezar las labores de limpieza y recuperación.

Aprovechando el caos, decidí escabullirme y regresar a mi sitio de excavación personal, esperando que la tormenta no hubiera arrasado también mi descubrimiento.

Afortunadamente, el área alrededor del obelisco y el mural

estaba en gran medida intacta, aunque cubierta por una fina capa de arena. Inspirado por las imágenes del mural que había hallado el día anterior, tomé la decisión de dirigir mis esfuerzos hacia el lado derecho del obelisco. Mi pala desmontable y yo trabajamos sin descanso, cada golpe en el suelo impulsado por una mezcla de curiosidad y esperanza.

Tras unas horas, encontré lo que parecía ser un escalón de piedra. Con renovada energía, despejé más y más arena hasta que revelé una serie de escalones que descendían hacia una puerta de piedra. Con cuidado, empujé la puerta y se abrió con un quejido sordo, revelando una sala subterránea sumida en la oscuridad.

Venía preparado. En mi mochila había dos linternas. Tomé una y bajé. El haz de luz reveló un tesoro inesperado. La sala estaba repleta de objetos de todo tipo: jarrones pintados con imágenes de la vida cotidiana, joyas de oro y piedras preciosas, estatuillas de dioses y diosas, y objetos cotidianos como peines y espejos. Un cáliz de oro estaba rodeado por un círculo de pequeñas figuras humanas de bronce. En otra esquina, un cetro estaba colocado junto a los restos de un papiro destruido por el paso de los siglos.

Entre los numerosos artefactos de la sala, un objeto en particular atrajo mi atención. Era un pequeño medallón de bronce, con un diseño intrincado de remolinos y figuras. Lo que me sorprendió fue la inscripción grabada en él. En medio de símbolos y jeroglíficos que aún no podía descifrar completamente, se destacaban claramente las palabras que, en griego koiné, decían "Ἀλεξάνδρεια", la antigua denominación para Alejandría. Era intrigante que un objeto de este lugar hiciera referencia a esa gran ciudad del norte de Egipto, conocida por su famosa biblioteca y su faro. La conexión entre este objeto y Alejandría prometía revelar una historia fascinante.

Mi corazón latía con emoción al darme cuenta de que había tropezado con lo que parecía ser una cámara ritual o un lugar de reunión de una familia importante del antiguo Egipto. El pasado cobraba vida ante mis ojos, y no podía esperar para descubrir sus secretos.

—Me voy acercando, Senmontu —dije en voz alta—. Espérame


que ya llego.

19

EL ESCRIBA DJEHUTI

(Año 158 Antes de Cristo)

En el barrio de Rakhotis, en una casa de dos plantas, exenta de lujos y comodidades innecesarias pero amplia y bien comunicada, vivía el escriba Djehuti. Era un profesional bien considerado en Uaset. A pesar de que había pocos escribas de verdadero renombre en Alejandría, todos sabían que nadie era mejor que Djehuti dibujando con finura y exquisitez los signos en el papiro, nadie más hábil con su plumier y sus cálamos. Por eso nunca le faltaba trabajo y vivía holgadamente.

Aquella noche, tal vez para celebrar las fiestas de Dionisos, el buen Djehuti había llevado a su casa a un antiguo amigo y le había ofrecido vino especiado del Delta del Nilo, lo mejor de lo mejor. Los dos habían bebido y hablado del pasado hasta que el sol comenzó a declinar. Fue entonces cuando Djehuti empezó a sentirse mal, un poco mareado. Apenas le había comentado a su amigo que tal vez debiera retirarse a sus habitaciones cuando cayó al suelo, fulminado.

Un infarto, dictaminaron los médicos. Así de fácil y de súbitamente terminó la vida del escriba Djehuti a la temprana edad de treinta y seis años.

Pero, ¿de verdad había acabado la vida de aquel hombre? Tal vez no, porque a las pocas horas despertó de lo que le pareció ser un largo y extraño sueño.

—Abre los ojos, Djehuti.

El antiguo escriba yacía acurrucado en una estera, perdido entre suaves mantas, almohadones y plumas de avestruz. El cráneo rapado, de mediana estatura, aunque bien proporcionado. Rostro enérgico, campesino. Manos blandas, poco acostumbradas al trabajo físico. Hizo amago de incorporarse cuando oyó aquella voz

desconocida llamándole por su nombre, pero solo pudo hacerlo a medias, torpe y dolorido, quedando postrado de rodillas.

—Abre los ojos, Djehuti.

El joven balanceó su cuerpo a un lado y luego al otro, a punto de caer al suelo, engullido por aquel escurridizo universo que no dejaba de dar vueltas. Pensó en la noche de placeres y excesos que se había regalado junto a su amigo y unas jarras de vino, y que ahora le tenían sumido en aquella miserable situación de ruina mental y deterioro físico. Eso explicaría su presencia allí, convertido en un títere de gestos dormidos y tardos.

—Abre los ojos, Djehuti.

Djehuti obedeció al fin, y contempló al mismísimo Faraón, el Dios Bueno, Vida, Salud y Fuerza, deslumbrante con su falda corta plisada, su delantal y su camisa de lino; en sus manos el flagelo y el cetro Uas; en su cabeza, la corona blanca y roja, símbolo de la unión entre el Alto y el Bajo País de Egipto.

—Heme aquí. Haré lo que me mandes, mi señor… —dijo el escriba, temblando de emoción ante aquel honor inesperado y, de alguna forma, inexplicable.

—Te he llamado, Djehuti, para que me sirvas. Te he llamado porque te necesito y solo tú puedes ayudarme; porque solo en ti puedo confiar, como un anciano se apoya en su cayado.

—Es un honor que no merezco —balbució Djehuti.

—Yo decido quién merece y quién no merece tal honor. Y tú eres el hombre que quiero.

Se hizo el silencio. Un silencio cargado de preguntas aún sin respuesta. El Faraón extendió un brazo dorado hacia el este y señaló a lo lejos.

—Necesito que me ayudes en una misión especial. Algo que solo tú puedes conseguir.

No había más que decir. Djehuti inclinó la cabeza y dejó caer sus brazos a los costados.

—Soy vuestro siervo.

Djehuti dio su palabra de servir para siempre al Faraón y, de pronto, se rompió el hechizo. El Gran Rey había desaparecido, como

engullido por un espejismo, y con él se habían esfumado las suaves mantas, almohadones y plumas de avestruz sobre las que reposaban ambos. En su lugar, el escriba se vio en el suelo de una habitación desconocida, una habitación vacía y desnuda, frente a "El Que Habita Entre Las Sombras". Una momia, un cadáver enorme, de más de cuatro codos de alto, un monstruo que llevaba más de dos mil años descomponiéndose pero que nunca acababa del todo de hacerlo. Una masa de carne en movimiento adornada con gusanos e inmundicia que colgaban de las vendas de su sudario, y que odiaba a todos y a cada uno de los hombres de este mundo, fueran egipcios o griegos, porque eso, a él, en verdad le daba lo mismo. La bestia de la sombra quería acabar con todos ellos, sin distinción de raza, género o cuna.

—Recuerda que has prometido servirme, Djehuti.

—Pero yo... yo le prometí al Faraón que... —dijo el escriba, incapaz de comprender lo que le estaba sucediendo y pensando, sin duda, que debía tratarse de una pesadilla.

No lo era, porque frente a él se hallaba un ser maléfico que soñaba con destruir el mundo entero, los mares y los océanos, toda la vida y todo lo que no está vivo, hombres, mujeres, niños, árboles, casas, palacios, montañas, valles, animales... todo. "El Que Habita Entre Las Sombras" quería ver el universo extinguido para poder reconstruirlo a su antojo.

Pero no podía hacerlo. Aunque conocía un sortilegio mágico que podría devastar Egipto, los Nueve Arcos y hasta todo el universo que aún está por descubrir y permanece ignoto hasta para los navegantes griegos, para hacerlo debía atravesar las Puertas del Inframundo, dos grandes portones de hierro de los que cuelgan intrincados relieves de un color rojo sangre y extraños símbolos venidos del futuro y, a la vez, del pasado.

Y la bestia de la sombra no puede abrir esos portones porque Jeper, antaño su ayudante y mano derecha, se llevó hace ya veinte años las llaves que abrían esas Puertas llamadas del Inframundo. Detrás de esos dos batientes se encuentra un universo paralelo, un lugar donde El Que Habita Entre Las Sombras podría decir su sortilegio y encerrar en su puño al universo de los hombres. Pero

ahora esos dos batientes están cerrados, las puertas no pueden abrirse y la bestia está presa en sus propias maquinaciones.

El Que Habita Entre Las Sombras sigue buscando esas llaves a pesar de que hace mucho tiempo que le fueron robadas. De cuando en cuando, despierta a un muerto recién enterrado y lo convierte en su sirviente, en una momia a su servicio. Despertar a los muertos es solo uno de sus muchos poderes y, cuando lo utiliza, es siempre para mandar al pobre cadáver por la Tierra Negra de Egipto buscando a Jeper, aunque hasta ahora nadie ha podido dar con aquel que lo traicionó, impidiéndole cumplir con su plan de destruir el universo.

Y precisamente para eso acaba de apresar el alma del escriba Djehuti, porque este acababa de morir y era una presa fácil para la bestia de la sombra.

—Lo prometiste, Djehuti. Prometiste servirme —bramó entonces dando un salto en dirección hacia su víctima.

—¡No, yo no te prometí nada! —gimió Djehuti, retrocediendo asustado.

La bestia sonrió en una mueca de colmillos interminables.

—Da igual lo que digas. Ahora eres mío, Djehuti. Son míos tus recuerdos, tu alma, tu vida después de la muerte. Todo lo que queda de ti es mío para el resto de la eternidad.

Y Djehuti soltó un terrible aullido de dolor mientras lo perdía todo a manos de su asesino y sentía cómo unas manos invisibles le arrancaban la piel a tiras desde dentro. Pero nadie podía escucharle, naturalmente, porque el escriba Djehuti llevaba ya varias horas muerto y había ido a caer directamente en los infiernos o, como prefieren decir los egipcios, en el Lago de Fuego.

Djehuti ya no era Djehuti. Ahora era solamente un Udji.

20

LA ESTELA DE GRANITO

(Año 158 Antes de Cristo)

Hacía tres horas que el Udji había despertado en Alejandría, sin recordar nada de su vida anterior, sin saber quién había sido antes de renacer para servir a la bestia de la sombra, sin recordar que una vez fue Djehuti. Despertó de pronto en el barrio de Rakhotis, no muy lejos del Estadio Deportivo. Solo tenía clara una cosa: su misión, capturar a Jeper y recuperar las Llaves de las Puertas del Inframundo.

Todavía adormilado, tomó un camino cualquiera, rumbo a la gran avenida llamada Longitudinal o de Canopus, una larga vía de más de treinta estadios de largo, franqueada por columnatas de mármol y grandes estatuas en los cruces de las calles, donde los dioses griegos y los egipcios se entremezclaban en apretado desorden: Osiris, Isis, Hermes, Serapis, Ares o Apolo. Más tarde abandonó la Avenida Longitudinal y decidió adentrarse de nuevo por el barrio de Rakhotis, pensando que las gentes de los suburbios, de los distritos más humildes, quizá habrían oído hablar de un viejo tallador de figuras de madera, se llamase o no Jeper el infame. Poco a poco, casi sin darse cuenta, alcanzó el Parque Oriental y luego el Serapeum, el gran templo en honor a Serapis, el dios patrono de Alejandría, que había sido creado por los faraones extranjeros mezclando atributos de dioses griegos y egipcios, a fin de conseguir una deidad que agradase a todos y que, a la hora de la verdad, no terminaba de gustar a nadie.

Entonces vio a la joven, plantada con expresión aturdida delante de una estela de granito que acababan de colocar a la entrada del Parque Oriental. Era toda una belleza de cabellos castaños y ojos verdes alargados como almendras. El Udji, sin saber cómo ni por qué, se sintió atraído hacia aquella muchacha de una forma irresistible y

creyó que acaso su presencia tendría algo que ver con la sagrada misión de capturar a Jeper el infame. Djehuti, en vida, fue un hombre perspicaz, intuitivo y, de alguna forma, su nuevo yo había heredado parte de lo que una vez fue y ahora había abandonado al convertirse en sirviente de la sombra.

Por ello, sin pensarlo dos veces, el Udji se encaminó hacia el Parque Oriental y hacia aquella extraña estela de granito, que rezaba:

> En este día dieciséis del mes *hyperberetaeus,* durante el decimosegundo año del reinado del Faraón y señor del país, Ptolomeo IV Filopator, hijo de Ptolomeo III, el Dios Bienhechor, y de Berenice, se hace saber que, por la presente, la mujer deja de tener los mismos derechos y deberes que el hombre en esta nuestra tierra de Egipto. Todo esto se hace a consecuencia de la progresiva derogación y sustitución de las viejas leyes egipcias por las mejores y más avanzadas leyes griegas. Por tanto, de forma definitiva y sin posibilidad de reclamación a la magistratura:
>
> La mujer no podrá poseer propiedades, casas, fincas, mansiones, tierras o cualquier otro bien que pueda ser registrado.
>
> La mujer no podrá recibir bienes en testamento ni testar, dejando sus bienes, ya que no puede poseerlos en forma alguna, como se ha dicho.
>
> La mujer no podrá alquilar una vivienda ni pagar alquiler por la vivienda que venga utilizando. De no haber un tutor legal, un hombre debidamente acreditado, que se haga cargo de los pagos antes mencionados, el arrendatario tendrá derecho a expulsar a sus inquilinos sin necesidad de aviso previo.
>
> La mujer no podrá comprar ningún bien, objeto, artefacto, obra de arte, etc., cuya posesión deba registrarse. Únicamente podrá comprar bienes perecederos, alimentos, artículos de limpieza y similares, cuyo fin sea su uso en el seno del hogar y cuyo precio sea inferior a cinco dracmas de bronce, o bien un dracma de plata. La mujer no podrá utilizar en ningún caso dracmas de oro.
>
> La mujer no podrá prestar dinero, ni grano, ni tierras, ni ningún otro bien.
>
> La mujer no podrá cobrar una retribución por su trabajo. Si ella trabajase, será solo con permiso escrito de su hombre o tutor, y será este el que cobre la suma total a la que asciendan sus servicios.
>
> Queda pues establecido que, en adelante, la mujer no podrá realizar ninguna de las antedichas tareas sin la presencia de ese tutor, que a efectos legales llamaremos Kyrios.
>
> Todo lo anterior lo ha dispuesto nuestro buen y sabio Faraón en defensa de la propia mujer, que, como es bien sabido, es un ser ingenuo e incapaz que, sin la ayuda de un tutor masculino, camina por la vida desamparada, a merced de estafadores y de gente deshonesta. Es pues, al efecto de ayudar a la mujer, que todas estas normas han sido redactadas y convertidas en ley de la sagrada tierra de Egipto.
>
> Y así queda escrito en este día dieciséis del mes hyperberetaeus, durante el decimosegundo año del reinado del Faraón y señor del país Ptolomeo IV Filopator, que ojalá viva eternamente, por los siglos de los siglos.

Cuando terminó la lectura, el Udji comprendió que aquel edicto cincelado sobre piedra cambiaba el destino de las mujeres en la Tierra Negra de Egipto. No podía saber, por supuesto, que el sufrimiento que en adelante padecerían las féminas sería olvidado por la historia, que aquel momento de derrota y esclavitud apenas sería una nota al margen en los libros.

No. Al Udji, como a los historiadores del futuro, aquello le tenía sin cuidado. Solo podía pensar en Senmontu. Así que se colocó disimuladamente detrás de la joven, quien releía una y otra vez cada símbolo, como si no pudiera creer lo que estaba viendo, y murmuraba en voz baja, escandalizada. El Udji sonrió. Aquella pobre e ingenua muchacha no era rival para él; la engañaría, la perseguiría, la haría pedazos si fuera preciso, pero, al final, conseguiría sacarle hasta el último de sus secretos y la obligaría a mostrarle el escondite de Jeper, el ladrón. Estaba condenada de antemano a caer en sus garras y desaparecer.

21

ES LA LEY DEL FARAÓN

(Año 158 Antes de Cristo)

Senmontu se frotó varias veces los ojos, incapaz de creer lo que estaba leyendo sobre aquel muro de granito.

—Por el pelo amarillo de Ptah, ¿qué es esto? —dijo, rechinando los dientes, como si estuviese masticando un buen pedazo de carne y esta se resistiese a ser triturada dentro de su mandíbula.

Masha, a su lado, se encogió de hombros.

—Es la ley del Faraón, Senmontu.

El nubio, casi veinte años mayor que ella, la miró sin poder disimular una media sonrisa. Era un hombre de gesto solemne y a menudo meditabundo, nacido muy al sur de Egipto, entre las fronteras de los reinos del Kush y Meroe. Su piel era negra como el carbón y su estatura muy superior a la media, de tal suerte que pasaba por ser, a ojos de las mujeres, un individuo particularmente apuesto. Con los años, se había vuelto un hombre sosegado y nunca se encolerizaba por nada, ni siquiera por injusticias tan manifiestas como aquella de la estela, pero añoraba la rebeldía y la loca osadía de su juventud. En una palabra, añoraba todo lo que era Senmontu: locuaz, irreflexiva, noble, todavía ingenua muchas veces, sí, pero capaz de obrar y revolverse contra la tiranía en nombre de la verdad como solo un alma pura es capaz de hacer.

—Pues es una ley de lo más injusta, Masha.

—Las leyes que dictan los poderosos suelen ser injustas, pequeña ama. Yo, que fui tomado como esclavo siendo un niño, lo sé mejor que nadie. Mi pueblo fue derrotado por el tuyo en batalla y allí se decidió mi suerte —dijo el nubio.

—Claro, amigo mío. Pero todos sabemos que las guerras producen muchas desgracias y, de alguna forma, las aceptamos. Pero

esto de aquí, esto es algo muy diferente. Nos encontramos con unos gobernantes que se vuelven contra su propio pueblo, contra la mitad al menos de su pueblo. Precisamente de cosas como esta me prevenía hace un rato Neotera. Me dijo que la mano derecha del Faraón, un tal Agatocles, está resuelto a acabar con el más diminuto vestigio de las antiguas leyes egipcias. Y claro, van a comenzar con la diferencia más evidente, la situación jurídica de las mujeres. Parece que las leyes egipcias nos daban demasiados derechos y ese Agatocles nos los quiere quitar a toda costa.

Senmontu soltó un bufido y volvió la cabeza. Mucha gente, la mayoría mujeres, comenzaba a agolparse ya en torno a la estela de piedra, murmurando escandalizadas. Al final de los jardines, justo donde terminaban los árboles frutales, había un policía de barrio, un *astynomo*, apoyado en un muro de adobe. Se hurgaba la nariz, mientras contemplaba distraído el bullicio de gentes, el tránsito alocado de los ciudadanos de Alejandría camino del Puerto del Lago, el más meridional de los puertos de la gran capital del reino.

Senmontu acudió a la carrera hacia aquel lugar, seguida a poca distancia por Masha, que resoplaba y maldecía bajo un sol de justicia, ese sol tan propio de la tierra de Egipto.

—Oiga, señor *astynomo* —dijo por fin Senmontu con toda la amabilidad de la que pudo echar mano, pero también con no poca rabia y determinación—. ¿Me puede decir qué dice en esa estela de ahí? ¿Acaso los dioses se han vuelto locos y una serpiente de cien codos de largo se ha tragado el buen juicio del Faraón?

El *astynomo* Jentamentiu dio un respingo, como despertando de un sueño, y miró a su interlocutora con una mezcla de sorpresa y preocupación. Por un momento, pensó que se trataba de alguna de esas damas estiradas de la corte que acudían a él ofendidas por cualquier causa, casi siempre porque se habían dejado robar alguna joya, las muy incautas, mientras paseaban por el Parque Oriental, los jardines del barrio de Rakhotis, donde habitaban los que no eran de sangre griega, y donde precisamente ahora se encontraban.

Pero no, aunque la voz le había sonado, por su tono, por su coraje, por su audacia, la voz de una de aquellas grandes damas

griegas que podían arruinar la carrera de Jentamentiu con tan solo susurrar su nombre en Palacio, lo cierto es que allí no había más que una joven egipcia que le miraba con los ojos inyectados en sangre, con un terrible enfado deformándole el rostro, con un dedo tembloroso que señalaba a la enorme losa de piedra que los artesanos acababan de colocar un par de horas antes a la entrada del parque.

Y el Parque Oriental, justo al lado del Estadio Deportivo y del Serapeum, era la zona que le había sido asignada al *astynomo* Jentamentiu para patrullar aquel día. Vaya mala suerte.

Jentamentiu, que no era precisamente un hombre muy despierto, reflexionó antes de hablar. Aquella mocosa era solo una niña maleducada (no una gran dama de la corte), y no de muy buena familia, a juzgar por su vestido, que ni siquiera era de lino o de una tela de primera calidad.

No, pensó Jentamentiu, *esta mocosa no va a hablarme como si yo fuera un inferior.*

No, esta mocosa es solo una joven cualquiera y yo soy un representante de la sagrada ley de Egipto.

—A ver, pequeña niña —dijo Jentamentiu con ironía—, ¿qué te sucede?

—Esa… esa losa —tartamudeó Senmontu—, ¿ha leído lo que dice? ¿Es una broma acaso? ¿Se están riendo de mí?

El *astynomo* dirigió a la joven desconocida una mirada de superioridad.

—Vamos, pequeña niña, ¿crees que el Faraón se gastaría una cantidad generosa de dinero del erario público y contrataría a los mejores artesanos para reírse de ti? Piénsalo bien. Eso que dices no tiene el menor sentido.

—¿Sentido? ¡Nada de todo esto tiene el menor sentido! Porque esa estela, esa estela dice que las mujeres no… —jadeó Senmontu, incapaz de añadir nada más, haciendo rechinar los dientes de tal forma que Masha, que llegaba en ese momento dando grandes zancadas, pensó que la dentadura terminaría por estallar dentro de la boca de la muchacha.

—Vamos, joven ama, cálmese. No va a ninguna parte por ese

camino.

Fue entonces cuando Jentamentiu reparó en el nubio. Era un hombre enorme, de al menos cuatro Codos de alto; un hombre fornido, musculoso como muy pocos que hubiera visto: un hombre de aspecto imponente y a la vez refinado. El *astynomo*, que no era tonto, no tardó en darse cuenta de que el hombre calzaba unas hermosas sandalias de piel y que su cabello, que se lo había dejado largo seguramente hasta los hombros, lo llevaba ahora peinado a la griega, cayendo el pelo hacia atrás sobre la sien y orejas, completando todo el conjunto con un vistoso recogido atado con una fina tira del mejor lino.

Y aquel hombre había llamado a la mocosa "joven ama".

Así pues, Jentamentiu, que, como se ha dicho, no era tonto, aunque acaso sí un poco tardo, lento a la hora de hilvanar sus razonamientos, tuvo que interrogarse sobre la posibilidad de que aquella "mocosa" sí fuese después de todo una gran dama, o la hija de un noble señor que acabaría susurrando en el Palacio, en el lugar y momento equivocados, el nombre de Jentamentiu. Y este terminaría injustamente sus días en alguna guarnición de frontera, en medio del desierto, maldiciendo el día en que una niña malcriada vino a preguntarle por lo que decía o dejaba de decir aquella estela que franqueaba el paso en el Parque Oriental del barrio de Rakhotis.

Lo que no sabía el *astynomo* Jentamentiu, por supuesto, es que Masha era un esclavo de una pobre hacienda campesina y que la causa de aquel atuendo tan exquisito era la insistencia de Neotera en que si se llevaban a un esclavo al Hipódromo, este debía ir vestido a la última para poder pavonearse delante de sus amigas, muchas también hermosas jóvenes egipcias casadas con nuevos ricos de origen griego. Con Senmontu, sin embargo, no había tenido tanta suerte, y esta había insistido en llevar un sencillo vestido sin demasiadas pretensiones.

—A ver, no nos pongamos nerviosos, adorable muchacha —dijo Jentamentiu, dulcificando su gesto y dedicando a Senmontu la mejor de sus sonrisas—. Vayamos hasta allá y veamos qué dice el Faraón en esa estela. Thot, dios de la sabiduría, velará por nosotros y sin duda habrá de indicarnos la forma de resolver este malentendido.

—Eso está mejor —ladró Senmontu, satisfecha del cambio de actitud del funcionario.

Los tres se dirigieron hacia la estela del Faraón, en torno a la cual, distinguió sin esfuerzo el *astynomo*, extrañado, había ya al menos un centenar de personas, casi todas mujeres.

Y eso preocupó por un instante a Jentamentiu. Pero, como ya se ha dicho, aquel pobre hombre no era muy rápido a la hora de hilvanar sus razonamientos.

Poco después, una multitud vociferante se había congregado en torno a la entrada principal del parque, y Jentamentiu había aprendido ya a lamentar el día en que una niña maleducada vino a preguntarle por lo que decía o dejaba de decir aquella maldita estela.

—¿No tenemos derechos? ¿No podemos tener propiedades, ni utilizar dracmas de oro, ni cobrar nuestro sueldo por el trabajo que desempeñamos? ¿Qué somos, esclavos? ¿Menos que esclavos, tal vez? —gemía una mujer de larga peluca rubia ante las narices de Jentamentiu.

—Yo, yo, señora… solo soy un policía de barrio —repuso este —. Mi deber es cuidar que los barrenderos tengan limpias las calles, poner unas pocas multas y ayudara a organizar unas fiestas que sean del agrado de todos. Nada sé de las razones del Faraón ni de los compromisos de los poderosos. Yo tan solo estaba apoyado en la pared, patrullando este parque y…

Otra mujer, alta y rubicunda, con la misma forma redondeada y sinuosa que una gran jarra de vino, se acercó al pobre *astynomo* y lo zarandeó hasta que este casi perdió el equilibrio.

—Yo vivo con mi hijito en el barrio de Canopus. Hace ocho años que pago religiosamente mi alquiler desde que mi marido murió en Libia defendiendo este país y la grandeza del Faraón Ptolomeo. Esa estela dice que debo dejar mi hogar a menos que encuentre un tutor que responda por mí ante la ley —la mujer movió sus carnes atocinadas ante la mirada desvalida de Jentamentiu y se restregó contra su cuerpo menudo hasta casi aplastarlo—. ¿Te parezco tal vez una niña pequeña que necesita de alguien que responda por ella? Eh, maldito haragán, ¿eso te parece?

—Yo, yo, señora, no pienso nada de eso. Yo solo hago cumplir la ley… —tartamudeó el *astynomo*.

—¿Tú harás cumplir la ley? —le interrumpió de nuevo la mujer alta y rubicunda—. ¿Tú vendrás a echarme de mi casa cuando mi casero, como dice esa estela, me tire a la calle como una pordiosera? ¿Tú y cuántos más vendréis a echarme de mi casa?

Jentamentiu recibió un golpe poderoso de las nalgas de su interlocutora y trastabilló, cayendo al suelo pesadamente. Al verlo sobre el enlosado, diminuto e indefenso, la turba se envalentonó aún más y dio un paso al frente, acorralándolo.

—En Harmonía, de donde es mi familia —terció Senmontu, intentando que los gritos airados de la multitud no ahogasen sus palabras—, ahora que falta mi padre somos todas mujeres salvo mi hermanito, que está muy enfermo, y el abuelito Bytan. Cuando se los lleven los dioses a la Otra Orilla, ¿acaso nos quitarán las tierras, el ganado, nuestra casa, todo porque el Faraón quiere acabar con las leyes egipcias y que todos nos convirtamos en griegos?

—¡No lo permitiremos, no lo permitiremos! —chillaban las gentes, estrechando aquel círculo de rabia y desazón en torno al pobre Jentamentiu.

—Por favor, por favor, señoras, por el amor de los dioses de la Divina Tríada de Tebas —gimoteó entonces el *astynomo*, juntando las manos en gesto suplicante—. Les prometo que yo nada sé de todo este asunto. Pusieron esa estela hace unas pocas horas y ni siquiera he recibido comunicación oficial. Como ya he dicho, yo tan solo estaba apoyado en la pared, patrullando este parque y…

—¡Haragán!, ¡más que haragán! —le interrumpió la mujer de la peluca rubia, agarrando al *astynomo* del cuello y arrojándolo como a un muñeco a los brazos de la mujer rubicunda—. ¿Es así como defiendes los intereses de las buenas personas de Alejandría? ¿Es así como haces tu patrulla? ¿Apoyado en la pared rascándote el cogote como un mono?

—¡Y hurgándose la nariz! —añadió Senmontu, echando más leña al fuego.

Masha puso entonces una de sus grandes manazas en el

hombro de Senmontu, reclamando su atención, y esta se volvió para mirarle.

—Joven ama, es mejor que nos vayamos ya. La barcaza nos espera y no habrá más embarcaciones para Harmonía en el día de hoy. Además, todo este asunto ha empezado mal y mucho me temo que acabará peor. Abandonemos este lugar, os lo pido.

Senmontu suspiró.

—No sé, Masha. Esto es tan injusto que…

—Senmontu, sabes bien que nada va a conseguirse hoy, ni tampoco mañana. Este pobre hombre va a ser apaleado mientras el Faraón sigue sentado en su trono dorado, redactando edictos para favorecer a los poderosos e ignorando la voluntad y los deseos de su pueblo. Y por si fuera poco, Ptolomeo ni siquiera es egipcio sino griego, como debes haber estudiado en la escuela. Por eso le importáis tan poco.

—Ya lo sé, Masha, pero…

—Además, joven ama, sabe usted muy bien que todo este embrollo ha comenzado con vuestras preguntas y que ha sido usted quien ha ido a buscar a ese *astynomo*. Si las cosas se tuercen no sería raro que los agentes de la ley vinieran a pedirle cuentas. ¿Acaso queréis disgustar aún más a vuestra madre?

Cuando Masha le hablaba de usted y dejaba de tutearla es que la cosa era grave. Senmontu respiró hondo. Pensó en su pobre madre, en Apolonia, en lo que debía estar sufriendo en ese mismo instante junto a Maakheru. Bajó la cabeza y se dio la vuelta, alejándose de la multitud, de sus gritos y del pobre Jentamentiu, que había conseguido escapar entre las piernas de una de sus captoras y corría ahora como alma que lleva el diablo, campo a través, perseguido por una legión de mujeres enfurecidas.

—Prefiero que me tutees en toda situación y lugar, Masha, no hay razón para que me llames “joven ama” o algo por el estilo. Eres un hombre libre y no tienes que responder ante nadie.

—Después de todo, soy tu esclavo.

—Eso no es verdad —dijo Senmontu, cogiendo la mano del gigante nubio—. Eres, en todo caso, el esclavo de mi abuelo Bytan.

Nadie sabe de tu condición en Alejandría y vienes y vas por el pueblo como un hombre libre. Además, hace tiempo que podrías haber comprado tu libertad o sencillamente pedírsela a mi abuelito. Él no te la habría negado.

—Pero no lo haré —murmuró Masha, en voz muy baja, como si fuese un tema doloroso de recordar.

—No, y ambos sabemos que te han ofrecido muchas veces un puesto fijo al servicio de algún templo. En nuestra comarca todos te conocen y admiran tu capacidad de trabajo. Ni siquiera yo termino de entender por qué no quieres abandonarnos. Tal vez te consideras un miembro más de la familia. Para mí eres como un hermano mayor —reconoció Senmontu, sonrojándose.

—No es solo eso —dijo Masha, tomando la mano de la muchacha—. Yo os amo a todos como si fuerais de mi familia, naturalmente, pero una voz en mi interior me dice que a vuestro lado, y particularmente a tu lado, está mi destino.

Se alejaron Senmontu y Masha cogidos de la mano, camino del puerto, ensimismados en su conversación, sin darse cuenta de que una figura había seguido en secreto todos sus pasos y memorizado hasta la última de sus palabras. Era este un ser condenado, un sirviente de la sombra: el Udji. Aquel que vigila hacía honor a su nombre y no estaba dispuesto a soltar a su presa, pues sentía en su interior que aquella joven formaba parte indisoluble de sí mismo y de su misión. No sabía cómo, no entendía por qué, pero seguiría a aquella joven hasta el confín del universo si fuera preciso. A través de ella encontraría a Jeper, el infame. Estaba seguro, si bien no entendía de dónde nacía esa seguridad, pero tampoco le importaba; el Udji confiaba en sus instintos pues, a falta de recuerdos y de libre albedrío, era lo único que le quedaba en este mundo.

Pero el Udji, absorto a su vez en la caza de Senmontu y Masha, no se había dado cuenta de que no solo era perseguidor sino también perseguido. Mientras los tres (la joven, el nubio y el muerto viviente) avanzaban entre las callejuelas del barrio de Rakhotis, entre diminutas casas de fachadas blancas, un halcón revoloteaba sobre ellos y no perdía detalle de todo lo que acontecía. El halcón era Montu, el dios

de la guerra, y a la vez no lo era. El halcón era un dios pero también una hermosa ave de un plumaje color marrón oscuro veteado por pequeñas manchas rojizas y vientre gris. El halcón albergaba dentro de sí un gran misterio, pero ahora solo importa saber que el halcón temía por Senmontu y trataba de evitar que sus enemigos la destruyesen antes de que fuese lo bastante mayor para hacerles frente. Preocupado por la suerte de la muchacha, de su ahijada, el halcón graznó.

El Udji volvió la cabeza hacia el cielo al oír aquel horrible chillido, pero la luz del sol le cegó y continuó su particular cacería sin detenerse ni por un momento. El halcón, sabiendo que el sirviente de la sombra no le había visto ni albergaba aún ninguna sospecha, remontó el vuelo y planeó un instante sobre la ciudad.

La gran Alejandría quedaba a sus pies, y el halcón veía el conjunto de la urbe como si fuera un sueño demasiado perfecto, o bien una de esas maquetas de madera que algunos artesanos confeccionaban para los poderosos. Mientras el Udji alcanzaba el Paneum o Parque de Pan, una alta colina artificial que dominaba el centro de la ciudad, el ave volvió la vista hacia el norte y vio la isla de Faros, que daba nombre al famoso Faro de Alejandría, una torre octogonal interminable, toda de mármol blanco, que servía de guía a las embarcaciones que, llegando desde el Gran Mar, buscaban el Puerto del Buen Regreso o Eunostos.

La isla de Faros estaba unida a Alejandría a través de un muelle de siete estadios de largo llamado *Heptastadio* en griego, lo cual literalmente significa eso mismo, “siete estadios”. La ciudad entera era una maravilla de la ingeniería, organizada de forma simétrica en torno a dos grandes avenidas, la Vía Longitudinal o de Canopus y la Vía Transversal, que la atravesaban de norte a sur.

Pero para muchos, los faraones griegos incluidos, lo más importante de Alejandría no era que se hubiese convertido en la ciudad más importante del mundo conocido, ni siquiera todas sus maravillas arquitectónicas, palacios, muelles, ricas necrópolis, estatuas, hipódromos o estadios deportivos. Aquello que haría que Alejandría, la ciudad de Alejandro, fuese recordada para siempre, era

el Museo, el palacio de las musas, un conjunto enorme de edificios y pabellones que ocupaban medio Barrio Real o del Bruchium, y cuyo objetivo era servir de residencia y de lugar de estudio para catorce mil estudiantes y para los sabios más grandes de todas las materias que puedan concebirse, de letras o de ciencias, desde las matemáticas a la filosofía.

En el Museo, todo aquel que quisiera aprender o enseñar vivía con holgura a costa del estado, y tenía a su servicio un anexo al propio Museo que era el orgullo de todo Egipto: la Biblioteca. Sí, ni siquiera los egipcios más irreductibles, a los que poco importaban los asuntos de los griegos, y que veían a Alejandría como una ciudad usurpadora, que no pertenecía a su país… ni siquiera ellos podían evitar sentir orgullo cuando hablaban de la Gran Biblioteca de Alejandría. Esta, aunque de hecho formara parte del Museo, era considerada por todos como una unidad independiente, y en ella se albergaba todo el saber del hombre desde el principio de los tiempos en forma de rollos de papiro. Miles, centenares de miles, millones de manuscritos que hacían que la Biblioteca de Alejandría, junto a la de Pérgamo, fueran los dos centros de estudios más importantes del mundo.

Cuando el Udji estaba ya llegando al Puerto del Lago, el destino último de Senmontu y de Masha, el halcón pensó que ya tenía bastante de contemplar la ciudad de Alejandría y decidió pasar a la acción. Esperó hasta que el sirviente de la sombra entró en una calle con apenas tráfico de gentes, una de esas callejuelas en que las tiendas que había en la planta baja de casi todos los edificios estaban cerrando, y los clientes marchaban camino de sus casas. Ya no podía dilatar más el instante de la confrontación, ni permitir que el sirviente de la sombra descubriese la embarcación que iba a tomar su ahijada, así que no tuvo más elección que estirar sus afiladas garras y caer sobre su enemigo.

—¡Ahhhh! —gritó el Udji, sintiendo que unas cuchillas se hincaban en su espalda y cayendo pesadamente de bruces sobre el pavimento.

El sirviente de la sombra se revolvió en el suelo y de un salto se incorporó blandiendo su bastón de marfil en dirección a un rival

cuya identidad aún no conocía. Por un momento, el Udji contempló incrédulo, sin comprender lo que estaba sucediendo, a aquella ave majestuosa agitando sus alas frente a él, cerrándole el paso hacia la calle por la que acaban de girar la joven y su acompañante nubio. ¿Un halcón acababa de atacarle? ¿El ave se había vuelto loca o era un animal amaestrado que algún enemigo de su amo le había enviado para evitar que cumpliese su misión de hallar a Jeper el ladrón?

De pronto, una idea se iluminó en la mente del Udji hasta ocuparla por completo. A menos que aquello fuera una casualidad, y estaba seguro de que no lo era, solo podía haber una explicación: el Udji estaba en el buen camino. Aquella niña tenía de verdad algo que ver con Jeper y con esas Llaves del Inframundo que una vez fueron robadas a su señor. Solo eso explicaba la presencia de aquella bestia amaestrada que le estaba desafiando. ¡Por fin los Udji habían hallado la pista de Jeper! Su amo, El Que Habita Entre Las Sombras, estaría más que satisfecho de que uno de sus sirvientes, después de años de búsqueda estéril, diese con su tesoro. Pero para poder informar a su amo, el Udji tenía primero que sobrevivir, así que, después de tomar una corta carrerilla, el sirviente de la sombra cargó contra aquella insólita bestia alada con grandes alaridos.

Pero no fue mucho más allá. Cuando el sirviente de la sombra avanzaba ya sin control, una figura surgió de la nada en medio de una espiral de humo. Pareció brotar del vacío, como si la humareda lo hubiese hecho nacer en medio de la calle. Se trataba de un hombre delgado que vestía, al igual que el Udji, solo con un taparrabos. Pero los ojos de aquel hombre eran profundos y brillantes, porque guardaban en su interior la sabiduría del Egipto milenario y con solo mirarte eran capaces de dejarte petrificado, incapaz de mover un músculo. Y eso le sucedió al Udji, que detuvo su carrera y quedó paralizado, después de reconocer al recién llegado.

—Señor Oscuro, ¿eres tú? —dijo el Udji, titubeante, sin terminar de comprender la causa de la presencia en aquel momento y lugar del mago más poderoso de la Tierra Negra de Egipto.

—Sí, soy yo, Udji… o mejor debería llamarte Djehuti. ¿Te dice algo ese nombre? Hasta ayer así te hacías llamar. Eras un escriba

famoso en Alejandría. ¿Recuerdas ahora?

El Udji se llevó una mano a la cabeza, como si el peso de hacer memoria fuera demasiado para él.

—Djehuti… dices. Yo… yo no soy ese. Yo… debo recuperar aquello que fue robado a mi señor de las sombras. Yo… debo seguir a esa jovencita y no debo pensar en esas mentiras que me cuentas. ¿Por qué intentas alejarme de mi misión con todas esas mentiras? ¿Por qué?

Las dudas habían desaparecido del rostro del Udji. No importaba cómo se hubiera llamado antes, solo importaba obedecer a El Que Habita Entre Las Sombras.

—Eres un traidor. Te has puesto de parte de los enemigos de la sombra —dijo entonces el Udji—. Me estás distrayendo para que la joven escape… Creo que voy a tener que informar a mi Señor de lo que estás haciendo y…

El mago alzó la mano derecha y un haz de luz atravesó la oscuridad. Luego estalló contra el cuerpo semidesnudo del Udji, lo proyectó hacia atrás, devolviendo al sirviente de la sombra al pavimento, boqueando entre los estertores de una segunda muerte.

El halcón dio un par de vueltas en círculo en torno a su enemigo y, cuando se hubo cerciorado de que no iba a levantarse de nuevo, completó una última elipse y se posó en el hombro del mago.

—Hola, viejo amigo —dijo el Señor Oscuro.

El halcón graznó de nuevo y el mago asintió, como si le comprendiese.

—Tienes razón, Azor de la Noche. Había descubierto a Senmontu. Tendremos que tomar parte en todo esto antes de lo que esperábamos. Pero de momento, seguiremos la evolución de los acontecimientos y no actuaremos a menos que no nos quede más remedio.

El halcón batió sus alas y acercó su pico curvo a la oreja del Señor Oscuro, que asintió como si le estuviese murmurando algo.

—Sí, el Udji está muerto. Se llamaba Djehuti, o al menos una vez se llamó así, y creo que nos agradecería que le hayamos librado de una eternidad sirviendo como esclavo a la bestia de la sombra.

El halcón graznó una vez más y sus plumas se erizaron, como si estuviese terriblemente enojado; al cabo, remontó el vuelo y se perdió en las alturas, perseguido por la mirada atenta del Señor Oscuro.

—No te enfades, amigo —dijo este—. Bien sé que si nos convertimos en asesinos no seremos mejores que El Que Habita Entre Las Sombras. Debemos combatirle con la verdad y la justicia, nunca con el crimen. Pero a veces, es todo tan difícil. Si le hubiese dejado vivir, me hubiera delatado a su amo y estaríamos perdidos. No debe descubrirnos aún, al menos hasta que no nos quede más remedio que desafiarle abiertamente.

“Corriste demasiados riesgos mandando esa tablilla y trayendo a Senmontu hasta Alejandría”, le gritó entonces el halcón en la lengua de las aves, con un último graznido.

—Debía hacerlo, viejo amigo —se disculpó el mago—. Debía verla con mis propios ojos y asistir al poder, aunque latente, que esa niña es capaz de convocar. El Udji se vio atraído sin remedio por ella nada más verla. Hasta él advirtió que esa niña es la elegida. Ah, la dulce Senmontu es nuestra mejor baza, pero también nuestra mayor flaqueza. Podría atraer a todos los monstruos de la sombra con solo su presencia. La ahijada de Montu necesita que le echen una mano, y toda la ayuda que pueda darle tal vez sea poca. Tengo miedo, Azor de la Noche, mucho miedo.

Y dicho esto, el Señor Oscuro se dio la vuelta, chasqueó los dedos y desapareció en una espiral de humo, exactamente de la misma forma en que había llegado. Sonreía, y su sonrisa era la de un viejo que lleva mucho tiempo esperando y que, por fin, ve sus deseos realizarse. *La aventura de Senmontu comienza*, decía su sonrisa. *La aventura de Senmontu comienza y ahora nada ni nadie podrá detener el vendaval que se avecina. Para bien o para mal, esta pesadilla terminará muy pronto y para siempre.*

LIBRO 6



HOMBRES Y MARIONETAS

EGIPTO, AÑO 2024

(Memorias de Rafel Collington)

Aún me hallaba en la sala subterránea bajo el obelisco. Estaba maravillado por aquel descubrimiento. Tanto que no pensaba en el peligro, en que hubiese un desprendimiento y quedara atrapado, en que nadie sabía lo que estaba haciendo o en que no me encontrarían jamás si pasaba un accidente.

No, solo vivía el momento, como hacen los verdaderos aventureros.

Mientras exploraba más a fondo la sala, mis ojos se posaron en una entrada apenas perceptible en una esquina, una suerte de pasadizo estrecho que parecía serpentear más adentro del subsuelo. No era un simple camino excavado, pues las paredes estaban cuidadosamente trabajadas y decoradas. La atmósfera, pese a ser opresiva por la falta de espacio, emanaba una especie de reverencia mística.

Las paredes estaban llenas de inscripciones que, a medida que avanzaba, notaba que se centraban en la travesía del alma después de la muerte. Relataban cómo el alma emprendía el vuelo, atravesando diferentes etapas, enfrentándose a juicios y superando obstáculos para finalmente alcanzar el reino eterno. Los jeroglíficos y las imágenes representaban escenas de aves, probablemente halcones, atravesando paisajes celestiales y terrestres. Cada uno de estos vuelos simbólicos parecía representar diferentes etapas de la travesía del alma.

Lo que me desconcertó al avanzar fue la cantidad de cámaras y nichos que se iban abriendo a lo largo del pasadizo. La arquitectura de las tumbas egipcias solía ser bastante personalizada, diseñada para un individuo específico, usualmente alguien de gran importancia. Sin embargo, aquellas estancias subterráneas tenían una disposición que sugería que la tumba (que no debía andar lejos) estaba destinada a albergar a varios miembros de una misma familia. Esto era bastante inusual. En el antiguo Egipto, si bien era común que las tumbas estuvieran agrupadas en proximidad, especialmente en las necrópolis

reales, cada individuo tenía su propio espacio separado. Una tumba diseñada para albergar a una familia revelaba una visión muy particular sobre la vida, la muerte y el más allá.

Reflexioné sobre aquella familia. ¿Quiénes eran? ¿Serían Senmontu y sus descendientes? ¿Neotera, su esposa e hijos? ¿Apolonia, Bytan o Maakheru? ¿O todos ellos? ¿Acaso había alguna creencia especial asociada a ellos que justificara el descanso conjunto en el más allá? Las inscripciones y los símbolos, al centrarse en la travesía del alma, quizá querían enfatizar la importancia de la unión familiar, incluso después de la muerte. Era evidente que había mucho más por descubrir, y me sentí aún más atraído a desentrañar los misterios de ese pasadizo y de la historia que albergaba.

Un zumbido agudo rompió el silencio, trayéndome de vuelta a la realidad. Miré mi reloj y la alarma me indicó que eran las cinco de la tarde. El tiempo había pasado volando y, si no me daba prisa, correría el riesgo de que cayera la noche y me encontrara solo en ese misterioso, angosto, y posiblemente peligroso lugar. Además, tenía que asegurarme de que mi padre me viera en el campamento para no levantar sospechas. Sabía que él no aprobaría que estuviera excavando en solitario. Iba contra todas las normas, no solo de seguridad, sino también del sentido común. Pero el sentido común y una buena aventura a menudo son conceptos antagónicos.

De cualquier forma, tomé el camino de regreso, tratando de recordar cada giro y cada recoveco para poder retomar mi exploración al día siguiente. Ya casi podía llegar a aquel lugar sin el mapa. Cada vez me sentía más seguro y confiado.

La luz del día comenzaba a ceder ante los primeros destellos del ocaso, pintando el cielo de naranjas y purpuras que se reflejaban en la arena, creando un paisaje casi etéreo.

Al acercarme al campamento, descubrí una actividad frenética. El equipo trabajaba sin descanso, intentando recuperar lo que la naturaleza había desordenado con la terrible tormenta del día anterior.

Mi mirada buscó a mi padre y pronto lo encontré hablando, como siempre, con varios miembros del equipo. Un nuevo

inconveniente acababa de conocerse: las tumbas que excavaban habían sido saqueadas en el pasado, hacía más de mil años. Esto complicaba tremendamente la identificación de los difuntos, ya que muchos objetos y restos habrían sido desplazados o robados.

—Es como si esta excavación estuviera maldita —escuché decir a uno de sus ayudantes—. Primero la tormenta y ahora esto.

Mi padre, aunque evidentemente preocupado, trataba de mantener la calma, dando instrucciones precisas sobre los próximos pasos a seguir. Pero podía percibirse en el ambiente un creciente sentimiento de desesperanza. Cada nuevo hallazgo parecía traer consigo un nuevo problema, un nuevo rompecabezas que resolver.

Procuré mantenerme al margen mientras observaba la situación. En el fondo, sentía una mezcla de culpa y alivio. Culpabilidad porque había descubierto algo potencialmente valioso y aún no lo había compartido con nadie, y alivio porque mi excavación secreta, al menos por ahora, no se había enfrentado a los problemas que asolaban la principal.

El cielo comenzó a oscurecerse un tiempo después. El sol descendía, rozando ya el horizonte. Cada atardecer en Egipto tenía la cualidad de parecer un espejismo, con reflejos dorados que se mezclaban con las sombras alargadas de las dunas.

Me acerqué a mi padre, que estaba parado con la mirada fija en la lejanía, absorto en sus pensamientos. Nos quedamos en silencio, ambos sumidos en nuestras propias reflexiones, compartiendo aquel momento de paz en medio del desorden que había dejado el torbellino de sucesos del día.

Fue él quien rompió el silencio. Abrió su cartera y extrajo la vieja foto que miraba siempre.

—Tu madre… estaba enferma. Por eso no me gusta hablar de ella —confesó con un tono sombrío y vacilante.

—¿Enferma? ¿De qué? —pregunté con urgencia, sorprendido por su confesión.

Howard suspiró, buscando las palabras adecuadas.

—Era una enfermedad del alma, no del cuerpo —respondió, evitando encontrarse con mi mirada.

—¿Qué significa eso, papá? ¿Por qué nunca me has hablado de ello? ¿Por qué no hay ni una foto suya en nuestra casa?

Miró al suelo, visiblemente angustiado. Era una pregunta que ya le había hecho muchas otras veces. Hasta ahora la había esquivado. Pero no podría hacerlo eternamente.

—No es fácil, Rafel. Hay cosas que ni siquiera puedo comprender ni aceptar —dijo con un tono lleno de tristeza—. No quiero que tú te enfrentes a ellas tampoco. No sería justo.

—Pero, querría saber…

—No voy a decir nada más. Ya he dicho demasiado.

—Pero…

—No, Rafel. No insistas.

Sentí una mezcla de frustración y aceptación. Aunque quería respuestas, también podía sentir el profundo dolor que mi padre cargaba. Sin decir nada más, me alejé hacia la tienda.

Aquella noche, el misterio de mi madre se sumó a los misterios del antiguo Egipto que me rodeaban.

22

NADIE PUEDE BURLAR A LA MUERTE

(Año 158 Antes de Cristo)

Masha y Senmontu, aunque habían oído unos graznidos de pájaros y gritos a su espalda, no se detuvieron porque tenían prisa por llegar a su destino: el Puerto del Lago. No tardaron en alcanzarlo y, una vez allí, atravesaron el primer muelle hasta llegar al segundo y luego al tercero. Pronto vieron su barco, Montu Victorioso, amarrado todavía junto a muchos otros, balanceándose serenamente sobre las aguas del Nilo. Montu Victorioso era un barco fluvial al estilo egipcio, un cascarón de madera de líneas onduladas. Poco tenía que ver con los grandes barcos griegos de decenas de remeros y profundo calado, pensados para el mar y no para la navegación río arriba y río abajo. No, Montu Victorioso era un barco de pasajeros, una chalana de esas que llevaban transitando el Nilo desde el principio de los tiempos y que seguramente seguirán haciéndolo por siempre. Sin embargo, una vez, mucho tiempo atrás, había sido una nave moderna y formidable. Y de aquella época dorada le restaban todavía sus dos castillos o camarotes, uno a proa y otro a popa, ostentosamente decorados con la efigie del Divino Montu, al que la nave debía su nombre.

—¿Tú crees en el destino, Masha? —dijo Senmontu con voz distante, como si pensase en voz alta.

Masha sonrió.

—No mucho. He llegado hasta donde estoy forjando mi propio destino. Mi pueblo fue vencido y capturado por las tropas del Faraón. Yo llegué a Alejandría convertido en esclavo. El destino nada tuvo que ver con ello. Si creyera en él, seguiría siendo un esclavo sin un *octodracma* de cobre en los bolsillos y sin un pedazo de pan que llevarme a la boca.

—Los nubios no habéis nacido para ser esclavos —dijo Senmontu, después de una breve pausa—. Así como las mujeres no hemos nacido para ser menos que los hombres. Da lo mismo lo que diga ese maldito Faraón extranjero y su estela de granito; da lo mismo lo que diga la fuerza de la costumbre, los soldados o las guerras que os trajeron hasta aquí como hijos derrotados de vuestro país. El destino existe, aunque acaso el tuyo sea forjarte tu propio destino, Masha. En cuanto a mi propio destino o el destino de la mujer en Egipto que ese Faraón pretende dirigir…

Un grupo de ajados marineros, encogidos, buscando la sombra que su propia embarcación derramaba sobre el muelle, se levantaron y desenrollaron la escalerilla cuando vieron llegar a los primeros pasajeros, entre los que se hallaba Senmontu.

—¿Tu propio destino, joven ama?

—Oh, vamos, Masha. Te he dicho que me tutees incluso cuando tratamos asuntos serios. Y no me llames "joven ama".

El nubio rompió a reír.

—De acuerdo. ¿Qué decías sobre tu propio destino, Senmontu?

La muchacha se asió a la barandilla para no perder pie y comenzó su ascenso a Montu Victorioso. Masha, a su espalda, detuvo su paso para dejar su sitio al siguiente pasajero y contempló a la muchacha ascender por la plataforma con una mezcla de afecto y admiración. Era una joven muy hermosa y con una fuerza interior más grande aún que su belleza.

—¿Mi propio destino? —Senmontu bajó la cabeza, como avergonzada de algo que le había asaltado de pronto desde algún rincón de su memoria—. Una vez soñé que estaba en una gran sala, una sala que contenía en su interior todo el universo conocido, a nuestro país y a los Nueve Arcos de los que hablan los antiguos. No me preguntes cómo era posible. Allí me esperaba el Faraón Ptolomeo, afilando su hacha de verdugo con una gran piedra. Pero era y a la vez no era Ptolomeo. Su rostro se caía, se hacía pedazos, pues era una máscara que ocultaba su verdadera identidad; solo sé que su alma era tan negra que se daba lástima a sí mismo. Y en mi sueño luchábamos hasta el alba, solos en aquella gran sala que contenía el universo

entero, por nuestro destino y por el destino de la tierra de Egipto.

Casi al final de la escalerilla, Senmontu dudó cuando tuvo que saltar al interior del navío. Se volvió una última vez para mirar a su amigo. Masha alargó entonces una de sus grandes manos y se asió a la barandilla, adelantándola y comenzando su ascenso hacia el interior de la nave.

—¿Y quién ganaba? —quiso saber Masha, intentando que el cuerpo esbelto, tal vez demasiado delgado, de Senmontu, no desapareciera de su vista entre la larga columna de pasajeros que ascendían hacia Montu Victorioso.

—Moríamos ambos. Ya estábamos muertos, de hecho, y solo luchábamos por burlar a la muerte. ¿Y sabes qué descubrí, mi buen Masha?

—¡Dime, Senmontu! —gritó el nubio, todavía luchando por abrirse paso entre un mar de pasajeros, casi tan lejos de su amiga que apenas podía verla, y mucho menos oírla.

Senmontu saltó por fin al interior de aquella gran embarcación de madera de cedro pintada de azul que la llevaría de regreso a la aldea de Harmonía, con los suyos. Trató de apartar de su mente aquel viejo sueño, aquella vieja pesadilla, y murmuró, sabiendo que Masha no podría escucharla.

—Descubrí que nadie puede burlar a la muerte.

23

DÉJELA LLORAR

(Año 158 Antes de Cristo)

Cuando Montu Victorioso inició su viaje, apenas una hora más tarde, Senmontu descubrió una figura conocida en el Puerto del Lago, una figura de esbeltos brazos y manos enjoyadas que movía a derecha y a izquierda a modo de despedida. Era su hermana Neotera, vestida de lino más fino y rodeada de una cohorte de esclavos que le ofrecían solícitos desde una sombrilla en forma de tocado para protegerla del sol, hasta un par de sandalias nuevas o un cinturón de oro adornado con piedras de jacinto.

—No sé cómo ha podido encontrarnos —comentó Masha, que seguía mirando a su alrededor, taciturno, temiendo que alguna amenaza fuera a surgir de pronto, de cualquier parte.

—Por lo que he podido ver, para ir al sur el lugar más propicio es el Puerto del Lago —le explicó Senmontu al nubio, asomándose al borde del casco para devolver el saludo a Neotera—. Mi hermana me conoce y cuando me vio marcharme del Hipódromo sin ni siquiera un adiós, debió imaginar que ya me había hartado de esta ciudad y de sus mentiras.

La imagen de Neotera se fue desvaneciendo en la línea del horizonte hasta desaparecer por completo. Senmontu, cabizbaja, no tardó en reunirse en la cabina principal con el resto de los pasajeros y en ocupar su lugar en un rincón, lejos de las miradas curiosas. Esta vez decidió no ocupar, como en la ida, un lugar en el Castillo de Proa, junto a la imagen de Montu. Por una vez, su Dios protector le había resultado esquivo, le había fallado, o al menos eso pensaba ella. El viaje a Alejandría había sido una pérdida de tiempo; aún peor, había sido una farsa. Su padre no la estaba esperando y quizás nunca más volvería a verlo. Tal vez si hubiera sido un poco más insistente y

hubiera acudido a las autoridades… Bah, hubiera sido una pérdida de tiempo mayor si cabe. Dryton era solo un egipcio más en una ciudad de griegos. Nadie la hubiera escuchado.

Ahora, en cualquier caso, todo eso daba lo mismo porque, pensara lo que pensara, estaba de camino de vuelta a su aldea sobre aquella barcaza llamada Montu Victorioso. De su padre, nada se sabía, y ella estaba tan aterrorizada (por mucho que lo disimulase) como aquella primera vez que tuvo que tomar una barca de pasajeros y adentrarse en las oscuras aguas que atravesaban Egipto de sur a norte.

Porque Senmontu siempre recordaría su primer viaje en barca por el río Nilo. Mientras regresaba de Alejandría temiendo por la vida de su padre, la "casi" adolescente Senmontu recordó que fue ella la que una vez, con apenas siete años, se aferró a los brazos de su asiento mientras una chalana como aquella se adentraba en la inmensidad de las aguas y taladraba la oscuridad deslizándose bajo un lienzo tachonado de estrellas.

Se sentó en la última fila del pasaje, casi encogida de pánico y de la dicha más pura, recordando a la pequeña que fue una vez y que, para bien o para mal, se había marchado y nunca regresaría. Aferrada como siempre a su asiento, Senmontu trataba de rememorar ese instante de magia primera, de entusiasmo infantil.

Senmontu amaba las embarcaciones que surcaban las aguas mansas del Nilo, amaba el cielo azul sobre su cabeza, su vastedad, el sentirse suspendida en el tiempo, camino de ninguna parte… inmensamente sola entre la multitud que la acompañaba. Pero ahora, al menos en el recuerdo, Senmontu volvía a tener tan solo esos siete años y aquella barcaza acababa de comenzar su viaje. Una niña asustada y maravillada se hundía en el respaldo mientras la brisa del norte intentaba llevársela en volandas y a todos los pasajeros les alcanzaba, como una bofetada, el crujido de las tablas de madera en un martilleo casi doloroso. Dentro de un instante, un golpe de remos o un soplo de viento en las velas les empujaría hacia delante, muy lejos, detrás de la libertad anhelada.

Y el verdadero viaje comenzaría por fin.

Senmontu, pasado un rato, dejó por un momento sus

ensoñaciones y se atrevió, por fin, a abandonar la camareta del pasaje y a pasearse por aquella nave, enorme y majestuosa, bamboleándose sobre un cántaro de azules y verdes.

El viaje duraba muchas horas, casi un día entero, y Senmontu se lo pasó contemplando el paisaje, yendo de un lugar a otro, descubriendo secretos de los marineros, preguntando el nombre de los peces que la miraban con ojos muy abiertos desde las aguas o intentando discernir qué se escondía allá a lo lejos, donde volvía a empezar la línea de la costa. Al fondo, los seres humanos parecían hormiguitas, casi motas de polvo. Motas, sí, pues los propios edificios eran las hormiguitas y en su puño diminuto cabía toda una ciudad porfiando por materializarse ante sus grandes ojos verdes.

Poco después, Senmontu regresó a la camareta central y a su asiento. Masha roncaba a pierna suelta, descansando por fin sin temor después de aquellas jornadas de búsqueda estéril y de celebraciones en la Gran Alejandría. La propia Senmontu no tardó en dormirse, pensando en su padre, en todo lo que ella lo amaba y en que acaso no volvería a verlo jamás. Aún en sueños, la joven gemía y una lágrima cayó por su mejilla, resbalando lentamente hasta desaparecer entre los pliegues de su ropa, más allá de la barbilla y el cuello. Pero a aquella lágrima la siguieron muchas otras, y una mujer que dormía a su lado se levantó para enjugar aquellas lágrimas. Cuando ya se inclinaba, una mano callosa y arrugada se interpuso en su camino.

—Déjela llorar, señora —dijo una voz remota, como venida desde otro mundo—. Esta niña debe acostumbrarse a sufrir y a perder muchas cosas y muchos seres amados. Si cuando está despierta se disfraza con una máscara de dureza y de seguridad, como si fuese la más fuerte y decidida de las muchachas, bien habremos de dejar que en sueños se desmorone y nos muestre su verdadera naturaleza: que es solo una niña todavía, una pobre y desvalida niña de trece años.

La mujer quiso protestar pero calló al mirar a los ojos de su interlocutor. Aquellos ojos echaban chispas, como si hubiese una lámpara de aceite en su interior y ardiese con una luz tan profunda y resplandeciente que podrían cegar al más valiente entre los valientes. Aturdida, la mujer murmuró una disculpa y regresó a su asiento.

—Buenas noches, señora —dijo el Señor Oscuro, cuando la mujer se hubo alejado finalmente.

El mago esperó una hora a que todos estuvieran dormidos y, cuando estuvo seguro de que nadie miraba, extrajo una redoma y volcó su contenido en la palma de su mano derecha. Luego, con mucho cuidado, se inclinó sobre Senmontu y sopló sobre su mano. Un polvo de vivos colores revoloteó sobre el rostro de la muchacha y al cabo se disipó al ritmo de su respiración. Senmontu, de pronto, dejó de gemir en sueños y soltó un bufido, como si descansase por fin lejos de las pesadillas.

—Recupera fuerzas, dulce niña —murmuró el Señor Oscuro—. Los próximos días serán muy duros, terribles. Ahora debes dormir un poco, porque el destino está a la vuelta de la esquina, a punto de darte alcance. Debes estar preparada para enfrentarte a todos los enemigos que te saldrán al paso.

24

ESA NO ERES TÚ

(Año 158 Antes de Cristo)

Senmontu dormía a pierna suelta en la camareta del pasaje. Había amanecido y volvía a caer la tarde. ¿Cuánto tiempo llevaba durmiendo? ¿Cuántas horas, por el amor de los dioses? ¿Catorce, dieciséis? Debía haber llegado agotada a Montu Victorioso después de aquellos dos días en la capital de Egipto. Solo eso explicaba que se hubiese quedado fuera de juego durante todo ese tiempo.

Miró hacia fuera. El viaje tocaba a su fin, y la embarcación iniciaba las maniobras de atraque. Entonces, Senmontu se desperezó entre dos grandes bostezos y luego se apretujó aún más en su asiento… y cerró los ojos. Recitó entonces un poema que le había enseñado su padre, uno que hablaba de hermosas flores de nenúfar y de lotos perfumados, de colegiales traviesos, juegos, puestas de sol y aromas penetrantes a pastel de higos. La letra, en el presente, en parte la había olvidado, pero la tonadilla seguía vívida en la memoria tras todos aquellos años, y mientras Montu Victorioso la llevaba de vuelta a Harmonía, la Senmontu que ya no era una niña pero ansiaba no haber olvidado lo que ello significaba, se sorprendió con la aparición de aquella tonadilla del pasado reverberando en sus oídos.

Se echó a reír. Eran sus labios los que silbaban y traían al presente fragmentos de todo el amor que ella y su padre habían compartido. Senmontu removió la cabeza, aún con la sonrisa en la boca, y curvó sus labios para volver a silbar aquella vieja tonadilla.

La proa del barco chocó con un golpe seco en el dique y los pasajeros se tambalearon. Ya habían atracado en el puerto.

Senmontu buscó entonces al nubio Masha con la mirada y lo encontró detrás de ella, vigilando, como siempre; protegiéndola, como siempre. Sin decirse una palabra, ambos se levantaron de sus asientos

y comenzaron a descender la escalerilla de madera hasta el embarcadero como en un sueño, sorprendidos por la ausencia de los grandes y refulgentes edificios de Alejandría a los que ya se habían acostumbrado. En su lugar, se encontraron con la cruda pobreza del viejo puerto de Harmonía, que no era más que un desvencijado embarcadero con tablas de madera rotas y carcomidas en algunos puntos. Más allá unos pocos almacenes, un camino de tierra y el desierto. Nada más.

Alguien empujó a la joven desde atrás, alguien apresurado. Gente arrastrando pesados equipajes, ruido de pies corriendo sobre las tablas de madera, gritos de felicidad y reencuentro, el roce de su vestido con el faldellín de un joven apuesto que desaparece escaleras abajo…

Todos hablaban pero parecía que nadie decía nada. Los pasajeros habían tomado un transporte fluvial que les trasladó de un sitio a otro. Una comodidad, una necesidad, y nada más. Solo Senmontu presenció la magia, el milagro. Solo ella cerró los ojos y vio con claridad. El horizonte de estrellas titilantes, las nubes, la caricia del viento en el casco del barco, el canto de las aves, los remolinos de espuma... Todo eso existió solo para Senmontu y luego tuvo que desvanecerse. La magia se manifiesta ante quien la necesita; de lo contrario, se desvanece en ese vasto mar de repeticiones e indiferencia que llamamos el universo real.

Alguien la tomó de la mano y Senmontu sonrió, sin saber a quién ni por qué. Agradeció de manera instintiva aquel contacto humano, aquella caricia. Levantó la cabeza. Descubrió a una mujer de mediana edad vestida con una túnica gris. La estaba esperando. Senmontu poseía una especial sensibilidad para notar esos detalles.

Ambas se saludaron, mirándose directamente a los ojos. Masha avanzó hacia la desconocida con cierta desconfianza. Senmontu le hizo un gesto discreto al nubio para que no se preocupara y se volvió hacia la mujer. Tenía el cabello oscuro, ojos negros y una figura esbelta.

—TTu madre dejo dicho que alguien de la compañía viniese a buscarte en cuanto llegaras. Estaba preocupada por algo de una

tablilla que temía no hubiera escrito tu padre y algo sobre haberte enviado a un lugar peligroso. Creo que fue cosa de tu abuelo, que la había asustado —dijo la mujer, esbozando una media sonrisa.

—¿Mandaste a avisarla de que ya estoy aquí? —preguntó Senmontu.

—Sí, claro. Uno de los marineros se encargó —respondió la mujer, acentuando su sonrisa—. Te llamas Senmontu, ¿verdad? Yo soy Sejmet.

La joven respondió al gesto amable de su interlocutora con una inclinación de cabeza.

—Sí, me llamo Senmontu. Y él es Masha —dijo la muchacha, señalando detrás de ella—. Tuvimos que ir a ver a mi padre a Alejandría. A veces voy sola a visitarlo cuando él me lo pide —balbuceó Senmontu, indecisa sobre si debía dar explicaciones. De todos modos, aquel engaño de la supuesta tablilla era un asunto que no incumbía a nadie fuera de su familia.

—Sería mejor ir a la entrada del embarcadero. Tu madre estará allí esperándonos cuando llegue.

—Claro, Sejmet —asintió Senmontu.

Sejmet. Ese era un bonito nombre. De pequeña, con cinco años recién cumplidos, a Senmontu le habían regalado una marioneta con forma de leona (de piel oscura, casi negra, pecosa, con enormes pezuñas blancas) a la que llamó Sejmet. Era su preferida. Senmontu sabía por sus clases de religión que Sejmet significaba "la poderosa" y que era la diosa de la guerra del antiguo Egipto, una figura formidable e independiente. Mientras descendían por la escalerilla de la nave, le explicó a Sejmet la historia de la marioneta y lo mucho que le gustaba su nombre. La mujer ofreció una sonrisa un tanto forzada y pronunció algunas de esas frases amables que los adultos emplean con niños, aunque no les gusten los niños. Senmontu observó nuevamente a su interlocutora y pensó que en realidad a Sejmet sí le gustaban los niños, pero no se daba cuenta de ello. No era feliz. Cuando las personas no son felices, hay cosas que no perciben o simplemente olvidan. La tristeza, la melancolía y el dolor actúan como un velo que distorsiona la visión. Algunas cosas se ven de manera diferente,

algunas parecen ser otras, y hay cosas que simplemente no se ven cuando uno está sumido en la tristeza.

—¿Por qué no eres feliz, Sejmet?

La mujer se detuvo bruscamente. La miró.

—Te equivocas. Tengo un buen trabajo y mi marido es un hombre importante. Es el dueño de la embarcación que te ha traído desde Alejandría. Y posee una gran flota de barcos de pesca. Nos casamos hace poco. Yo soy muy feliz. ¿Cómo se te ocurrió semejante cosa?

Senmontu cerró los ojos, como había hecho en la barcaza para entender mejor la magia de aquel viaje fabuloso Nilo arriba. Vio a Sejmet en su gran casa de tres plantas (con horno, establos y cuarto de baño propio) y sus muchos sirvientes. Vio que en la segunda planta vivía la servidumbre, en la tercera Sejmet y en la primera vivía su esposo. Vio sillas de lujo de respaldo alto en todas las habitaciones, lechos macizos de madera de enebro con patas labradas, cojines y almohadones suntuosos, mantas de lana, sábanas de lino, arcones ricamente adornados con arabescos y tapices de vivos colores, y mil objetos de raras formas y extrañas aplicaciones. Vio a un hombre sentado a la mesa con Sejmet, vio un cargo muy importante en una compañía fluvial.

Y también vio Senmontu una existencia lánguida y regalada. Pero no vio niños. Nunca habría niños. El marido de Sejmet no podía tenerlos; lo sabía por un matrimonio anterior que ya había fracasado. El marido de Sejmet tampoco quería adoptar. En realidad, nunca querría adoptar y ella lo sabía o empezaba a saberlo. Cuando se casaron, ella pensó que a un hombre de su posición no le sería difícil conseguir a un bebé sano al que sus padres hubieran abandonado. Sucedía a menudo porque muchas familias pasaban hambre. Pero Sejmet se había equivocado. Cada vez que hablaba de la posibilidad de tener descendencia, su esposo le regalaba un nuevo objeto o una joya obscenamente cara, la besaba en una mejilla y se marchaba a la primera planta de la casa, donde estaba prohibido que entraran las mujeres. Sejmet odiaba los besos en la mejilla. Pensar en la humedad de aquellos labios helados empezaba a darle escalofríos.

—Esa no eres tú —dijo Senmontu.

—¿Quién no soy yo?

—La de las joyas caras y los besos húmedos en la mejilla.

Su madre, Apolonia, tardó un buen rato en encontrarla. Había estado dando vueltas por el muelle principal del puerto de Harmonía y comenzaba a preguntarse si sería conveniente consultar a algún guardia cuando las vio, sentadas en un banco de piedra, cogidas de la mano, susurrándose cosas al oído. En realidad, Senmontu hablaba y la mujer escuchaba, asentía. Parecía a punto de romper a llorar.

—¡Dulce Senmontu!

Apolonia abrió ampliamente los brazos. Su “dulce Senmontu” se levantó del banco, se alisó el vestido, dijo una última frase a la mujer y se abalanzó hacia el regazo de su madre. Allí se fundieron en un largo abrazo de risas, cosquillas y olor a perfume de sándalo.

—Te he echado mucho de menos —dijo Senmontu, finalmente, cuando se soltó del abrazo de su madre.

Si alguna vez hubo diferencias entre ellas, había desaparecido.

—Y yo a ti, mi cielo.

Muelle abajo, cogida ahora del brazo de su madre y con Masha acompañándolas en silencio, Senmontu se volvió para saludar a Sejmet, que había empezado a llorar y agitaba una mano temblorosa.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Apolonia.

—Trabaja aquí. Se encargó de mí hasta que llegaste. Creo entender que le pediste hace unos días que te avisara cuando yo regresara de Alejandría.

Apolonia la miró ceñuda, como si desconfiara de algo.

—No la conozco. Hablé con el responsable de la compañía y pagué un extra para que se me avisase en cuanto llegarais de la capital. Pero, ¿de qué hablabais? Pareció afectarle mucho.

Senmontu se encogió de hombros.

—No, no creo, mamá. Solo hablábamos de menudencias: de objetos que no nos hacen felices y de besos, sobre todo de besos. Nada más.

25

VUELTA AL HOGAR

(Año 158 Antes de Cristo)

Se había puesto el sol de pronto, como si la noche hubiera devorado la luz del día con una gran dentellada. Senmontu había regresado a Harmonía, sintiéndose terriblemente sola, sin noticias de su padre y con una profunda sensación de pérdida que le subía como una náusea desde la boca del estómago.

Apolonia, Senmontu y Masha caminaban por el nuevo sendero, recorriendo la corta distancia que separaba el puerto de Harmonía de su hogar. No intercambiaron muchas palabras durante el trayecto. Masha guardaba silencio, acostumbrado como estaba a hacerlo cuando su opinión no era solicitada, y las dos mujeres hacían lo propio porque no querían hablar de sus temores, de esa sensación de pérdida en la boca del estómago que seguramente ambas, en secreto, compartían. Madre e hija sospechaban (sabían) que a Dryton le había ocurrido algo en Alejandría, y ambas temían por él, por su bienestar y por el futuro de la familia. Apolonia ni siquiera había preguntado por su esposo desaparecido ni por lo vivido en Alejandría. Era como si intuyera que todo había salido mal, que todo había sido en vano.

Durante aquel paseo, la silueta del Cerro de las Ánimas, la cumbre más alta e imponente de Harmonía, les servía de guía entre cultivos y antiguos senderos. Senmontu siempre había temido a esa vieja montaña que guardaba secretos tan antiguos y oscuros como la misma muerte. Ni siquiera jugando con sus amigos se acercaba a las faldas de ese ominoso lugar, pues solo pensar en él le erizaba la piel.

—Los buitres revolotean alrededor del Cerro de las Ánimas. Parece que han encontrado a algún animal herido —dijo Senmontu, con un escalofrío.

—Los buitres siempre rondan por allí. En el Cerro de las

Ánimas todo está muerto —contestó Masha, sin levantar la vista del camino.

Senmontu lanzó una última mirada a la montaña y observó su cima sombría, donde esas aves revoloteaban como sombrías mariposas, alejándose de los últimos resquicios de luz en el horizonte, atraídas por el fétido olor de cadáveres hinchados, alimento de aquellas aves carroñeras.

La joven dejó atrás esos oscuros pensamientos con otro estremecimiento.

Y continuaron su camino.

Llegaron a casa cuando ya todos dormían, así que Senmontu no pudo saludar a su abuelo Bytan. Tampoco pudo hacerlo con su hermanito Maakheru, que se acostaba mucho antes que cualquiera de ellos. Masha se retiró a sus habitaciones y las dos mujeres se quedaron en la cocina, comiendo alguna cosa antes de irse a descansar.

Apolonia mencionó un par de veces que era un poco tarde, que mañana sería un día muy largo, con muchas cosas que hacer y muchos lugares a los que ir. Después de todo, era el primer día de colegio tras las vacaciones de la Fiesta de Dionisos. Pero Senmontu se había limitado a asentir, permaneciendo sentada en una silla, sobre su almohadón, delante de un rollo ilustrado que le había obsequiado el abuelo Bytan, esperando que las sugerencias de su madre se tornaran un poco más directas, un poquito más insistentes, para obedecerla finalmente.

—¡Mira qué animal más bonito, mamá! —dijo Senmontu, desenrollando el papiro y señalando un hermoso grabado de un Safer, una antigua bestia mitológica, una especie de gavilán gigante con cola y torso de león.

Apolonia no estaba dispuesta a consentirla en exceso, pero tampoco quería contrariarla. Después de todo, era una niña que tendría que aprender a vivir sin su padre. Dryton le había dicho muchas veces que tal vez un día no regresaría con Senmontu de Alejandría y que, si ese día llegaba, asumiera que estaba muerto. Apolonia nunca quiso indagar sobre lo que Dryton hacía en la capital de Egipto, pues conocía a su marido y estaba segura de una cosa: nada

lo haría renunciar a esa arriesgada misión. Conseguiría lo que había ido a buscar en esa ciudad o perdería la vida en el intento.

—Senmontu, será mejor que te vayas a la cama.

—Está bien, pero antes mira este grabado, mamá.

Apolonia a menudo luchaba consigo misma cuando debía prohibirle algo a la joven o reprenderla por sus calificaciones, que nunca habían sido buenas, o por la manera en que lograba encandilar y enfurecer a los adultos por igual. En los dos últimos años había recibido tantas quejas de madres de alumnos por causa de Senmontu como muestras de agradecimiento. "¿Qué les dices?", le preguntó en cierta ocasión. "Lo que necesitan en el fondo de su corazón", respondió Senmontu. "Solo que algunos no saben lo que necesitan o incluso lo que albergan en lo más profundo de su ser", añadió.

Apolonia odiaba que Senmontu se sentase delante de un adulto e intentase entresacar lo que demonios se hallase dentro de su corazón o su cabeza. Hacía un rato lo había estado haciendo con aquella mujer en el muelle. La muchacha pensaba que les ayudaba a entender el mundo, a entenderse mejor, y acaso era verdad, pero la mayoría de las personas no quería entender nada más que lo que su estrecha visión de la realidad les mostraba y, en cualquier caso, lo último que deseaban era que una mocosa les dijese lo que escondían bien guardado hasta de sí mismos en el fondo de sus pequeñas y temerosas almas.

A veces su hija le daba miedo. No, miedo no era la palabra. Aprensión, incredulidad, temía por ella… lo que fuese, ¡por el amor de los dioses! Senmontu era un ser con enormes potencialidades encerrado en una pequeña y frágil carcasa. Ella tenía el deber y la obligación de protegerla. Eso era todo.

—¿Has visto qué animal más bonito? —insistió Senmontu, señalando el grabado del libro con un dedo tembloroso, terriblemente excitada. Ella amaba profundamente a los animales, pero sobre todo amaba la fantasía, el reino de la ensoñación y cualquier cosa que se saliese de lo normal, de lo real, para acudir a un mundo de fabulaciones e imposibles. En ese terreno se movía Senmontu verdaderamente a sus anchas.

—Es un monstruo —sentenció Apolonia, de mala gana. Miró un reloj de arena que había dispuesto sobre una mesa baja, a la entrada de la cocina. Era muy tarde.

—¿Cómo sabes que es un monstruo y no un animal bueno y dócil? —preguntó la joven.

—Lo sé. Es algo que se ve.

—Yo no lo veo. ¿Dónde está la clave para saber eso?

Apolonia se encogió de hombros. Lo cierto es que todo aquel asunto le traía sin cuidado. Así que eligió no responder.

—¡Es tan bonito! —repitió Senmontu— ¡Mira cómo salta!

Senmontu había terminado por olvidar que había hecho una pregunta y prosiguió la lectura con una sonrisa enorme pintada en la boca, pasando sus pequeños dedos sobre los grabados que representaban a todos y a cada uno de aquellos seres fabulosos.

—Ojalá pudiera estar ahí, con ellos, acercarme y sentir lo que ellos sienten. ¿No sería maravilloso?

Apolonia volvió a levantar la vista hacia su hija.

—¿Podrías hacer eso?

Ahora fue Senmontu la que hizo caso omiso a la pregunta y quedó en silencio como si no hubiera oído nada.

—¿Senmontu?

—¿Sí, mamá?

—¿Podrías hacer eso?

—¿Hacer el qué?

—¿Podrías sentir lo que siente un animal? ¿Podrías hacer lo mismo que haces con la gente cuando les coges de la mano y miras en el fondo de sus corazones? ¿Podrías meterte dentro de un ser que no fuese humano?

La joven se volvió e hincó sus ojos verdes en aquella mujer menuda a la que tanto amaba. Sobre las páginas de su libro, dos grandes y poderosas esfinges guardaban la entrada de la tumba de un gran faraón de los tiempos antiguos, unas hermosas bestias mitad león y mitad hombre, un puente entre el mundo del otro lado y el nuestro.

—¿Meterme dentro de un animal? Venga, mamá. Era solo una forma de hablar. Además, ya nadie podrá ver nunca más una esfinge o

un Safer. Se extinguieron hace mucho.

—No existieron jamás, Senmontu, que no es lo mismo.

—Pues eso —reconoció la muchacha, mirando a su madre con una intensa suspicacia, temiendo que ella también pudiese entrever lo que se escondía dentro de su corazón.

Apolonia le devolvió entonces una mirada de igual intensidad. Ambas se observaron fijamente unos instantes. Fue la madre la que apartó la vista. No estaba segura de que estuviese diciendo la verdad. Senmontu era una niña especial. Había nacido para hacer algo grande en un mundo que agonizaba, de eso siempre estuvo segura. Lo supo desde el primer día, cuando la comadrona le trajo aquel ser diminuto y desamparado envuelto en una manta y le dijo que era su hija. Los labios del recién nacido se curvaron nada más verla en una sonrisa irónica, llena de matices, una sonrisa casi desbordante. Una mueca de adulto, pensó entonces; una declaración de principios, pensaba hoy. Su esposo, Dryton, le trajo entonces un ramo de amapolas y una flor de loto, lo primero porque eran las flores preferidas de Apolonia y lo segundo porque el loto era el símbolo tradicional de la fertilidad y la regeneración.

Fue un parto difícil desde el primer momento: horas postrada en la Silla del Nacimiento, Dryton caminando como un animal enjaulado esperando en la habitación de al lado, una niña rebelde que no quería salir al mundo, las comadronas exhaustas... Aún antes de venir a este mundo, Senmontu era ya Senmontu.

—Es tarde, Dulce Senmontu. Es hora de irse a dormir. No te lo repetiré.

La joven levantó los brazos y se desperezó.

—Claro, mi Dulce Apolonia —dijo risueña— Además, me estaba muriendo de sueño.

La vida en común en aquella casa había sido un concierto de caricias, afectuosos sobrenombres y carcajadas. Dryton y Apolonia habían organizado sus vidas en torno a la de su hija. Mientras ella leía sus libros y jugaba a sus juegos, su padre dormitaba en su silla después de una larga jornada de trabajo en los campos y contestaba a las preguntas de la niña entre cabezada y cabezada. Mientras Apolonia

preparaba la comida en la cocina, Senmontu hacía sus deberes en una mesita adosada, y entonces ella le interrogaba acerca de esa cosa tan liosa llamada aritmética o aquella otra aún peor llamada trigonometría, y su pobre madre trataba de que no se pasase la carne y que la hipotenusa no se le atragantase a ningún coseno despistado.

—Buenas noches, mamá.

Senmontu se acercó a la silla de lectura y estampó un sonoro beso en la mejilla de su madre.

—Ya verás cómo papá aparece de pronto, mañana por la mañana, y nos explica lo que ha sucedido —dijo, en una expresión que era más un deseo que otra cosa.

—Seguro que sí, mi dulce niña —le susurró Apolonia a la pequeña, con la mirada cargada de pesadumbre.

Cuando la joven se fue pasillo abajo, Apolonia estiró una mano y sacó un leño del hogar, disminuyendo la intensidad de la luz que iluminaba aquella estancia. La habitación casi quedó en penumbra.

Entonces, por fin sola, lanzó un profundo suspiro.

26

UN FANTASMA
(Año 158 Antes de Cristo)

Apolonia escuchó un tintineo a su espalda. No hizo caso. Esperaría un momento a que Senmontu se cambiase e iría a arroparla en el lecho. Tal vez quisiera que le contase algún cuento, o que hiciese hablar a alguna de las marionetas que colgaban de las paredes. Seguramente la leona Sejmet, que era su preferida, un felino de grandes fauces abiertas y desgarradas por el tiempo y el uso. Aunque la verdad es que Senmontu había crecido y no exigía ya tan a menudo un cuento o un "espectáculo privado" (así le llamaban ellas a su pequeño teatrillo de marionetas).

No. Lo cierto es que Senmontu era casi una jovencita y se limitaba a preguntarle sobre el trabajo, sobre el costo de la vida (ella intuía los problemas económicos por los que pasaban), o incluso sobre política y sobre aquel maldito Faraón extranjero, que era un tema que a Apolonia nunca le había interesado pero que parecía despertar una extraña fascinación en su hija. Lo cierto es que Apolonia no recordaba haber tenido un gran interés, un apasionamiento visceral, por ninguna cosa en la vida. O tal vez es que apenas podía examinar su pasado, ni a sí misma, fuera del prisma de la maternidad. En realidad, Apolonia no recordaba haber sido "realmente" nada más que la madre de Senmontu, de Maakheru y de Neotera, aparte, claro, de la esposa de Dryton.

—¿Se lo vas a decir? —dijo una voz a sus espaldas, una voz fría, como de ultratumba.

—No sé cómo —dijo Apolonia, suspirando.

—Esa no es una respuesta.

Dryton puso una mano de dedos helados sobre el hombro de su esposa. Apolonia apenas podía adivinar el contorno de su cuerpo junto

al suyo, de pie junto a su sillón; y en la oscuridad, por el rabillo del ojo, apenas podía entrever los rasgos esquivos de aquel hombre al que tanto había amado y que, de alguna forma, todavía amaba: su rostro redondo y perfecto, sus labios carnosos y afilados, sus formas tan conocidas y tan añoradas, sus cabellos dorados…

Y es que el mismo día en que Senmontu se había marchado a Alejandría, Dryton había regresado… o casi regresado. De hecho, aunque su voz era la de siempre, parecía como si su cuerpo hubiera cambiado; a Apolonia le daba la impresión de que era algo más alto, como si no fuera la misma persona, o más bien como si fuera la misma persona en otra carcasa.

—Pronto hará tres noches que te recuperé, tres noches desde la primera vez que te me apareciste. Dime, ¿no eres real? ¿Tal vez el dolor de tu ausencia me ha vuelto loca? —dijo entonces Apolonia, en un hilo de voz.

Él se echó a reír, esa risa rota y cantarina que aún palpitaba con fibras propias en el fondo del corazón de su esposa.

—¿Tres noches ya? Eso es lo de menos, pues ya llevaba muerto un tiempo la primera vez que vine a buscarte. Al menos, eso creo.

—Eras tan joven, Dryton… No puedes haber muerto.

—Digamos, pues, que pronto hará tres días que tienes la certeza de que pasé a la Otra Orilla de la Vida y basta. Es una afirmación mucho más diplomática; ya sabes que la muerte es tan… no sé, tan poco civilizada. Te lo quita todo a cambio de todas esas brumas insondables. Tu existencia pasa a ser algo inacabado a ojos de los que te quieren. Si hubiese vivido cien años más, hubiera muerto igualmente joven. Siempre se muere joven, cariño.

—Tenías treinta y cinco años. Eras objetivamente joven.

—Tú tienes treinta y nueve y eres objetivamente una mujer mayor, una mujer cansada. La edad física es un velo en los ojos del espectador.

Apolonia se levantó de su sillón de lectura y se deshizo de aquella mano que le aferraba entre las sombras.

—Cuando estabas vivo “de verdad” no eras tan dado a enmascararlo todo con palabras. Decías las cosas a la cara. Eso lo

recuerdo bien.

Inmediatamente, Apolonia se arrepintió de lo que había dicho. Se volvió por fin hacia su interlocutor y trató de coger de la mano a su esposo muerto. Él no rechazó el contacto y aquellos dedos helados se apretaron a los suyos. Sin embargo, en el rostro de su hombre asomó por un instante una mueca de dolor.

—Tú misma reconoces que ya no estoy vivo “de verdad”. Todo esto es un error, Apolonia, mi amor. No deberías convocarme de nuevo.

—Yo no te convoco. Intuí tu presencia en la oscuridad y te llamé. ¿Es que has olvidado que eres parte de mí, que eres mi esposo? Tardaste en recordarme pero ahora vuelves a ser mi Dryton. Además, no quería decir que no estuvieras vivo “de verdad”. Era una forma de hablar. Perdóname.

—Por favor, cariño, no intentes arreglarlo. Además, ambos sabemos que no estoy vivo “de verdad” ni de mentira. No estoy vivo en absoluto. No como tú o Senmontu. Pero lo que no te consentiré es que me acuses de no ser sincero, de no decir las cosas a la cara. Tú no tienes derecho a juzgarme. Me encontraste y ni siquiera le has hablado a la niña de mí. Sin la presencia de un hombre en esta casa, un día os desahuciarán de nuestras propiedades y tampoco tienes el valor de sentarte con nuestra hija y reconocer la verdad.

—Tu padre, Bytan, aún está aquí, con nosotros. Y Maakheru, bueno… sigue vivo. Aún no estamos en peligro. Además, ella ya debe saber lo de ese maldito edicto del Faraón que nos ha convertido a las mujeres en poco menos que en esclavas. Senmontu no es tonta. Hablaré con ella pronto.

—¿Cuándo es pronto? ¿Y de qué le hablarás? ¿De mí? ¿De tus problemas económicos?

—Pronto es pronto y le hablaré de ambas cosas.

—Explícale que Bytan está muy enfermo hace años y que los médicos lo desahuciaron hace tiempo, que no le dan ni seis meses de vida. Ella entenderá lo que eso significa. Dile que a Maakheru no le dan ni seis semanas. Os convertiréis en mujeres sin tutor, sin un hombre que os avale y proteja. El Faraón os quitará todo lo que es

vuestro. Ya sabes que Senmontu dirá que ya encontraréis una solución y hasta te dará ánimos. Pero de mí no le hables. No quiero que ella me vea nunca.

Apolonia estrechó bien fuerte la mano de su esposo, pero esta vez fue el hombre el que sacudió el brazo, rehuyendo todo contacto y dándole la espalda.

—Pero, Dryton…

—Yo no soy nada y nada merezco. Pero Senmontu no es tonta. Trátala de una vez como a una persona adulta y dile la verdad, que nadie quiere tratar con una mujer que administra sus bienes, como ahora vas a ser tú en mi ausencia, que nuestras propiedades van a languidecer y pronto nos veremos abocados a la ruina. Ella debe saberlo.

—Lo dices, Dryton, como si fuera culpa mía, y es tuya la culpa. ¿Qué demonios era eso tan importante que debías hacer en Alejandría? ¿Qué era tan importante que te obligaba a arriesgarlo todo? ¿Por qué nos pusiste en peligro? ¿Por qué tuviste que morir, maldito egoísta?

Dryton encajó el golpe sin pestañear, como si llevara esperando aquella frase largo tiempo. Ni siquiera hizo un mal gesto. Sonrió levemente, tal vez aliviado.

—Nadie te echa la culpa, Apolonia, en realidad tienes razón, la culpa es solo mía, pero el caso es que no podrás sacar adelante a nuestra familia en este mundo de hombres. Tendrás que casarte de nuevo.

—¿Casarme? ¿Te has vuelto loco? Ni siquiera te han dado por muerto oficialmente.

—No tardarán.

Los ojos de la mujer se abrían, se cerraban, volvían a abrirse, a cerrarse, estupefactos, y pestañearon varias veces al fin, como si no pudieran creer lo que estaba sucediendo.

—Pero Dryton, ¿te estás oyendo? Creo que has perdido la cabeza. Es eso, has perdido la cabeza. No, espera. Soy yo la que hablo sola y he perdido la cabeza.

—No estás loca, mi amor. Lo he pensado bien. Debes casarte de

nuevo. Es la única solución. Y no he perdido la cabeza sino todo el cuerpo. Estoy muerto, ¿recuerdas?

Apolonia negó dos veces con la cabeza, violentamente.

—No, eso que dices no está bien. No podría desposarme con otro hombre.

—No podría y no está bien son dos cosas muy distintas, amada mía.

—En este caso son ambas cosas, Dryton.

—Tú sabes lo que te conviene, Apolonia, y también lo que conviene a esta familia. Yo no puedo añadir nada más…

—No es tan fácil, Dryton. No puedo hacerlo, ¿es que no lo entiendes? Te equivocas si crees…

De pronto, todo acabó. El fantasma de su marido se esfumó en la noche con un tintineo. Su espectro flotó un instante y se desvaneció al fin con el mismo tintineo que anunció su aparición. Por un momento le pareció que una sombra había abandonado la casa. Apolonia lo buscó inútilmente en la penumbra.

—Lo que no entiendes Dryton, mi amor —musitó a la soledad que la rodeaba—, es que todavía te amo y no soy capaz de aceptar que has muerto. Tal vez por eso te imagino. Tal vez por eso me estoy volviendo loca.

Con paso cansino, Apolonia abandonó alcanzó el pasillo. Allí se encontraba la marioneta de Senmontu, la vieja leona Sejmet. La muñeca, después de hacer una cabriola y flotar mágicamente por el aire, se detuvo frente a ella y luego desandó el camino hasta la habitación de la joven, girando a la derecha más allá de su vista. Apolonia la siguió y entró en ese primer cuarto. Senmontu estaba en la cama, con las sábanas hasta el cuello. La muñeca yacía ahora en su regazo, sobre su pecho todavía infantil.

—Me prometiste que no volverías a hacer eso.

Senmontu frunció los labios.

—Como tardabas, mandé a Sejmet a buscarte.

—Da igual la razón. No lo hagas más.

—¿Por qué, mamá? Es divertido.

—No, no lo es, Senmontu. Y tampoco quiero que vuelvas a

decirle a la gente ninguna cosa rara, como haces cuando te da la gana y hoy volviste a repetir con esa mujer en el embarcadero. Eso no debe volver a suceder.

—No entiendo por qué. Muchos se alegran de haber hablado conmigo y son más felices.

—Y muchos te odian por decirles lo que no quieren oír.

—Esos necesitan todavía más que se lo diga.

Apolonia se inclinó sobre su hija y la besó en la frente. El futuro estaba lleno de oscuras bifurcaciones, de posibilidades y giros que escapaban a su control. Temía tanto por Senmontu que no había ya para ella nada más que ese temor, esa sensación que le aprisionaba el corazón. Todo lo demás era accesorio. Su propia vida, por ejemplo.

—Si me amas, me obedecerás, Senmontu. Si me quieres, harás lo que te pido. Sé una niña normal durante un tiempo. Hazlo por mí. No te pido que lo entiendas. Solo hazlo por mí. Hazlo si me quieres.

El amor es un lazo poderoso, el único lazo. El mismo lazo que había empujado a Apolonia a buscar a Dryton aún en la muerte, impulsó a Senmontu a obedecerla por encima de las emociones, de la seguridad interior de que cuanto hacía era algo bueno, no una cosa que esconder, una cosa fea y malvada.

—Lo haré, mamá. Lo haré a cambio de una cosa.

Apolonia asintió.

—La que quieras.

—Que hable mi marioneta —dijo por fin Senmontu, con lágrimas en los ojos—. Si consigues que la leona Sejmet hable de nuevo como cuando era una niña pequeña, entonces yo olvidaré que sabe volar.

EPÍLOGO:



AÚN QUEDAN MISTERIOS POR RESOLVER

EGIPTO, AÑO 2024

(Memorias de Rafel Collington)

Como cada nuevo día, el sol del desierto se alzaba como un desafío, y yo, armado de determinación, regresaba a la excavación en las inmediaciones del obelisco. Las marcas y señales en el suelo mostraban evidencia de mi trabajo anterior, y con mi pala desmontable en mano, retomé mi tarea.

Avancé con cautela, encontrando inscripciones que a veces parecían apuntar en una dirección, mientras que, metros más adelante, otras contradecían la anterior. Era como un rompecabezas diseñado por mentes de hace milenios, que quizás buscaban proteger algo importante.

No tardé en darme cuenta de que cada paso que daba dentro de aquella antiquísima estructura estaba plagado de retos. En más de una ocasión, mis pasos retumbaron de forma extraña, con una resonancia hueca, indicando que el suelo bajo mis pies era menos firme de lo que parecía. Una vez, un bloque de piedra cedió bajo mi peso, causando un pequeño derrumbe. Afortunadamente, logré apartarme a tiempo. Al respirar aliviado, me pregunté de nuevo si estaba tomando demasiados riesgos. Pero comprendí que era algo necesario. Si avisaba a mi padre su equipo tomaría el control de la excavación y yo no volvería a entrar en ella.

—¿Recuerdas la excavación cerca de Amarna? —susurré para mí mismo mientras limpiaba con cuidado el polvo de una nueva inscripción que había descubierto. Había sido uno de los descubrimientos más emocionantes de aquel año. La promesa de descifrar los secretos de Akhenatón y Nefertiti me había llenado de entusiasmo. Pero, cada vez que intentaba acercarme, mi padre, con esa mirada suya, mezcla de protección y firmeza, me frenaba.

"Todavía no, Rafel", solía decir. "Cuando esté todo seguro y listo, te llevaré".

Pero ese "todavía no" se convirtió en semanas y esas semanas

en meses. Para cuando finalmente me permitió entrar, la excavación estaba casi completa y la emoción del descubrimiento inicial había sido reemplazada por la rutina de catalogar y conservar.

Me senté un momento, apoyando la espalda en la fresca piedra del pasadizo y volví a pensar en el pasado. Era evidente que mi padre solo buscaba mi bienestar. No podía culparlo por eso. Pero esta vez, sentía que el obelisco y todo lo que lo rodeaba era un asunto personal, una misión que necesitaba completar por mí mismo.

Después de todo, ¿no era yo también un arqueólogo? ¿No había dedicado años a aprender, a entender, a descifrar los secretos del pasado? De acuerdo, no se trataba de estudios oficiales, universitarios, pero me había pasado los últimos siete veranos en excavaciones como aquella. Era todo un profesional.

O casi.

Así que, con determinación renovada, decidí mantener mi descubrimiento en secreto. Al menos por ahora. Hasta que pudiera desentrañar, por mí mismo, los misterios que el obelisco y aquel antiguo lugar guardaban. Era mi turno de hacer un descubrimiento, de dejar mi propia marca en la historia de la arqueología. Y estaba decidido a hacerlo.

La tarde se fue desvaneciendo. Regresé a la excavación de mi padre un poco antes de mi hora habitual. Las sombras del campamento se alargaban. Observé desde cierta distancia cómo Howard, con el ceño fruncido, se reunía con el equipo. Podía sentir la tensión en el aire incluso desde donde estaba.

—Esto es un desastre —escuché decir a Ahmed, con su característica voz grave y profunda—. Primero la tormenta, luego los derrumbes y ahora el saqueo.

Fátima agregó:

—Tenemos que seguir reforzando la tumba antes de continuar. Si no, el riesgo es demasiado grande.

Yusuf, siempre lleno de entusiasmo, intervino tratando de aportar un ángulo más positivo:

—Podemos ver esto como una oportunidad. Un reinicio. Quizás podamos enfocar nuestros esfuerzos en otras áreas mientras Fátima y

su equipo se encargan de las reparaciones.

Mi padre suspiró profundamente, pasándose una mano por el rostro cansado.

—Estoy preocupado por el equipo, por todos nosotros. Los trabajadores locales hablan de maldiciones y de que hemos despertado a los antiguos dioses. Eso está afectando a la moral y a nuestra capacidad para trabajar eficientemente.

Fátima asintió.

—He escuchado los rumores también. Y aunque la lógica me dice que son solo supersticiones, no podemos ignorar el efecto que está teniendo en el campamento.

Ahmed miró a mi padre con ojos inquisitivos.

—Howard, ¿qué propones hacer?

—Necesitamos mostrar avances, reforzar la confianza en el equipo. Remar todos en la misma dirección, sin descanso, ser un ejemplo para los trabajadores y no dar pábulo a fantasías ni especulaciones. Aunque nosotros mismos tengamos dudas… que no lo parezca.

Poco después, todos regresaron a sus quehaceres en la excavación. Parecían convencidos, ilusionados, listos para un nuevo día desentrañando los misterios del Antiguo Egipto.

Me alejé, dejando atrás el murmullo de sus voces y los desafíos a los que se enfrentaban. Aunque el campamento estaba sumido en problemas, yo sabía que tenía un as bajo la manga: el obelisco y todo lo que había descubierto alrededor de él. Solo tenía que decidir cuándo y cómo compartirlo.

Pero no sería pronto. Senmontu y yo teníamos aún que andar un largo sendero juntos. Y aquel sendero nos deparaba aún muchas sorpresas, peligros y vueltas de tuerca.

Si hubiese sabido lo que me esperaba, tal vez me habría echado atrás, pero era solo un muchacho por entonces, temerario y un poco estúpido. Pensaba que podría, yo solo, vencer a la bestia que habita en la sombra.

Era un necio y terminaría pagando cara mi osadía.

FIN tomo 1

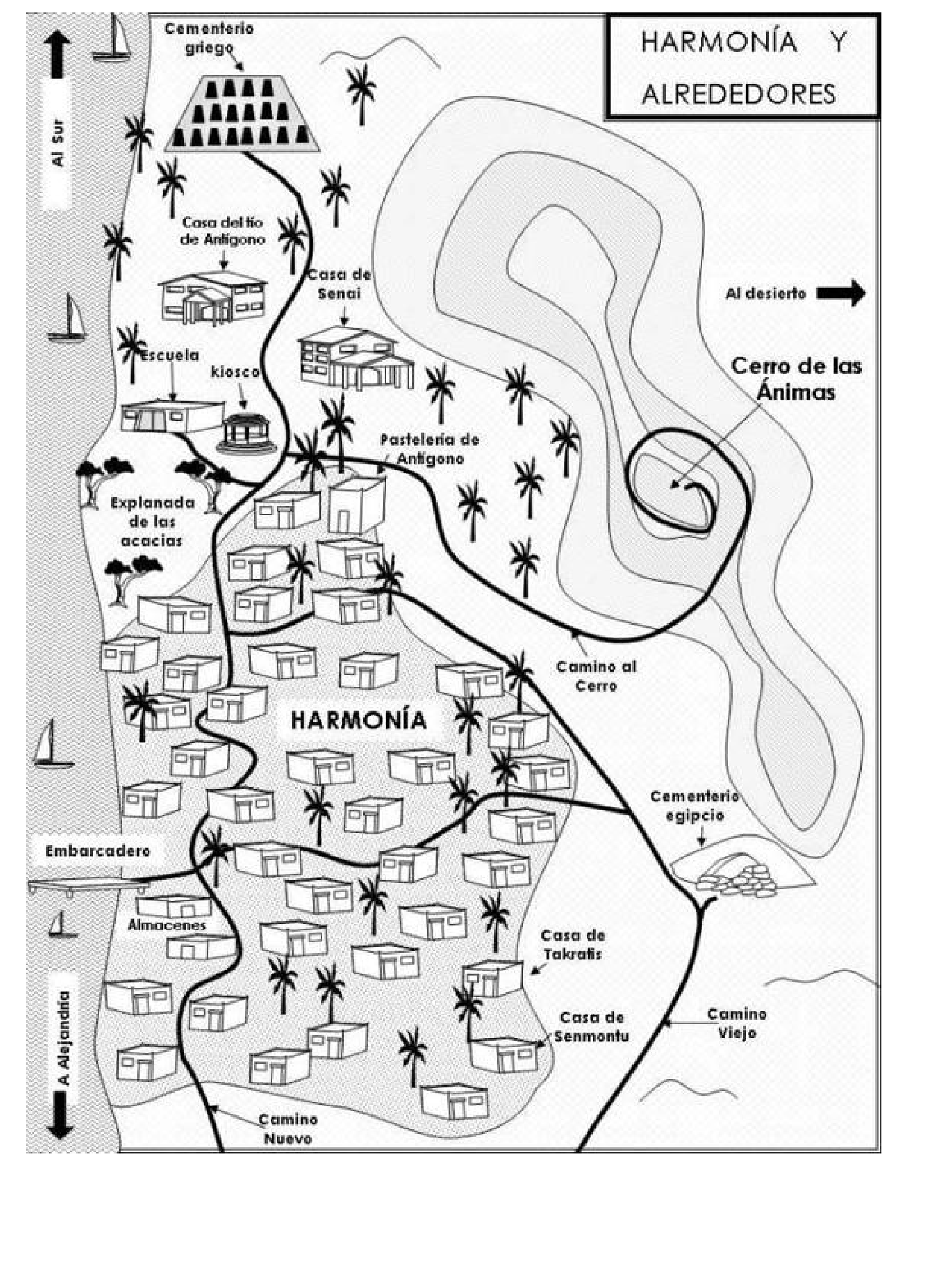
SENMONTU
Y LA BESTIA QUE HABITA EN LA SOMBRA



DRAMATIS PERSONAE

En el presente
- COLLINGTON, Howard: Arqueólogo famoso. Experto en el Egipto Ptolemaico.
- COLLINGTON, Rafel: Joven muchacho, hijo de Howard.
- AHMED, FÁTIMA Y YUSUF: ayudantes de Howard en la excavación.

En el pasado
- AHMES: Madre de Takratis. Esposa de Djaw.
- ANTÍGONO: Hijo del pastelero más importante de la ciudad de Harmonía, también llamado Antígono.
- AZOR DE LA NOCHE: Ave, similar al halcón, al servicio del mago Oscuro.
- APOLONIA: madre de Senmontu, Neotera y Maakheru. Esposa de Dryton.
- ARISTÓN: Estafador y charlatán de feria.
- BYTAN: Abuelo de Senmontu, Maakheru y Neotera. Padre de Dryton.
- CLITO: Padre de Senai.
- DJEHUTI: Escriba en la ciudad de Alejandría.
- DJAW: Padre de Takratis. Esposo de Ahmes.
- DRYTON: Padre de Senmontu, Maakheru y Neotera. Hijo de Bytan. Esposo de Apolonia.
- EURIONUPIS: Joven de Harmonía. Está casi ciego debido a una enfermedad.
- JENTAMENTIU: Policía local (astinomo) en Alejandría.
- MAAKHERU: Hermano de Senmontu y Neotera. Hijo de Apolonia y Dryton. Nieto de Bytan.
- MASHA: Esclavo de Bytan. Querido por toda la familia.
- NEOTERA: Hermana de Senmontu y Maakheru. Hija de Apolonia y Dryton. Nieta de Bytan.
- OSCURO: famoso mago.
- PETAMENOFIS O PETÁMENOS: Maestro de Senmontu, Takratis, Antígono, Senai y otros niños del pueblo.
- SENAI: Hija de Clito. Compañera de clase de Senmontu en la escuela de Petámenos.
- SENMONTU: Joven egipcia de trece años, protagonista de esta novela. Hermana de Neotera y Maakheru. Hija de Apolonia y Dryton. Nieta de Bytan.
- SEJMET: Muñeca en forma de leona. La preferida de Senmontu. Comparte nombre con la esposa de uno de los responsables de la compañía fluvial que organiza los viajes entre Harmonía y Alejandría.
- TAKRATIS: Mejor amiga de Senmontu.


HARMONÍA Y ALREDEDORES
Cementerio griego
Al Sur
Casa del tío de Antígono
Casa de Senai
Al desierto
Escuela
kiosco
Cerro de las Ánimas
Pastelería de Antígono
Explanada de las acacias
Camino al Cerro
HARMONÍA
Cementerio egipcio
Embarcadero
Almacenes
Casa de Takratis
Casa de Senmontu
Camino Viejo
A Alejandría
Camino Nuevo

LIBRO 1



UN HILO DE ESPERANZA

EGIPTO, AÑO 2024

(Memorias de Rafel Collington)

Me llamo Rafel Collington y voy a proseguir mis memorias, la increíble historia de mi viaje al vasto y misterioso Egipto.

Antes de poner pie en estas tierras, me veía a mí mismo simplemente como el hijo de un renombrado arqueólogo, siguiéndole a regañadientes en otro de sus aventureros viajes en busca de antiguos tesoros olvidados. Sin embargo, poco después de mi llegada, me di cuenta de que este viaje sería diferente a cualquier otro.

El Egipto que había estudiado en los libros y visto en documentales pronto cobró vida ante mis ojos, pero también reveló capas de misterio que no estaba preparado para enfrentar. Llegué junto a mi padre, Howard, bajo el brillante sol egipcio con la simple expectativa de descubrir algún nuevo hallazgo arqueológico. Lo que no anticipé fue que también desenterraría conexiones personales y secretos familiares profundamente arraigados en este suelo sagrado.

Los susurros de las arenas no solo hablaban de faraones y dioses, sino también de verdades ocultas que, quizás, hubiera preferido dejar enterradas. Las tierras de Egipto, con sus misterios y maravillas, no solo habían capturado mi curiosidad, sino también mi corazón, llevándome por un camino que nunca habría imaginado

Desde que llegamos a Egipto, las cosas habían sido todo menos predecibles. Mi padre, Howard, se embarcó en una ambiciosa excavación en el monte Mokattam con la esperanza de encontrar una necrópolis de la época de los faraones ptolemaicos. Pero yo, por otro lado, me encontré atrapado en una serie de eventos inusuales… inimaginables.

Todo comenzó con el Cerro de las Ánimas. A diferencia de cualquier otro lugar, había algo misterioso y llamativo en él. Durante una de mis caminatas solitarias, descubrí una inscripción parcialmente enterrada. Un hallazgo fortuito que desencadenó una serie de descubrimientos. No era un simple grabado, era como una ventana a un pasado olvidado, un susurro de historias perdidas en la noche de los tiempos.

A medida que excavaba, los sueños empezaron a inundar mis noches. Visiones de una joven egipcia llamada Senmontu (cuyo nombre significaba “la hermana del halcón”), que parecía estar atravesando desafíos similares a los míos, pero en su propia época. Era como si el tiempo se entrelazara de alguna manera y en mis sueños pudieran conectarse nuestros universos.

Las noches en mi tienda se volvieron una mezcla de realidad y pesadilla. Cada amanecer me traía la resaca de las emociones vividas esos sueños. ¿Eran simplemente sueños? ¿O había algo más en ellos?

La excavación de mi padre, por otro lado, se enfrentaba a múltiples problemas, desde el saqueo de tumbas hasta disputas entre los trabajadores. Pero nada fue tan inquietante como aquella tormenta de arena que amenazó con tragarse todo nuestro esfuerzo. Pero yo, a pesar de todo, tenía los cinco sentidos puestos en mi excavación privada, secreta, en el Cerro de las Ánimas.

Con cada palada que hundía en la tierra, me sentía más conectado con el pasado, más atraído hacia el misterio que se escondía bajo el suelo.

Aunque lo que más me pesaba era el silencio de mi padre sobre nuestra familia, sobre mamá. Cada vez que lo enfrentaba, él evitaba la conversación, ocultando su dolor y perpetuando los secretos.

Una foto de mi madre, que mi padre guardaba celosamente, se convirtió en un enigma para mí. Cada vez que intentaba abordar el tema, su mirada se oscurecía y cambiaba de conversación.

Mientras tanto, mis sueños con Senmontu se volvían cada vez más intensos y claros. La veía en mis visiones nocturnas enfrentándose al Egipto de casi dos milenios atrás. Su vida estaba en ruinas: su padre había desaparecido en circunstancias misteriosas; un edicto del faraón había privado a las mujeres, incluida su madre, de sus derechos; su hermano yacía enfermo y a punto de morir, y su abuelo, que para muchos había perdido la razón, creía que unas simples figuras de madera les salvarían a todos. Senmontu, por lo que podía discernir, parecía poseer habilidades que iban más allá de lo ordinario. Movía objetos con su mente, percibía un halo de luz que rodeaba a los seres y las cosas, y sus acciones insinuaban que podría con el tiempo ser

una maga o algo similar.

El segundo misterio que me desconcertaba era la presencia de los Udji, unos seres enigmáticos que perseguían a Senmontu y a su familia. A estos seres misteriosos se les sumaba una entidad que los lideraba, una figura aún más aterradora que se describía como la bestia que habita en la sombra.

Pero a pesar de todos los desafíos y amenazas que se cernían sobre Senmontu, ella se mantenía firme. Y yo la admiraba por ello, aunque, por más que lo intentaba, no podía explicar completamente todo lo que veía y sentía en estos sueños. Pero una cosa estaba clara: de alguna manera estaban conectados con mi presente, conmigo o con mi familia.

Todo lo anterior (sueños, dudas y premoniciones) se cernía sobre mí como nubes oscuras, esperando liberar una tempestad que podía cambiarlo todo. Pero yo no iba a parar por muchas tempestades que me amenazasen. La única manera de acabar con todo aquello era volver a cerrar los ojos, soñar y descubrir el siguiente fragmento de la existencia pasada de Senmontu. Estaba convencido de que a medida que se desvelaran sus secretos, encontraría la paz y la claridad que tanto anhelaba.

—Enséñame el camino, amiga mía —susurré mientras el sueño comenzaba a invadirme.

Y Senmontu me mostró de nuevo el pasado.

1

UNA VISITA INESPERADA

(Año 158 Antes de Cristo)

Senmontu contempló desde su ventana el amanecer y se desperezó. No tenía ganas de salir de la cama, pero finalmente, con no poco esfuerzo, se levantó de su estera y fue hasta el altar, donde rezó de rodillas a la diosa Hathor y al dios Montu, como todos los días. Más tarde, se aseó, se vistió y ya estaba a punto de bajar al primer piso cuando vio a su marioneta, la leona Sejmet, dando vueltas a la habitación, volando en torno suyo como si tuviera vida propia y, de alguna manera, la desafiase, al menos todo lo que una muñeca con aspecto de leona puede desafiar a una niña de trece años.

—A ver, dime qué te pasa, Sejmet.

Pero la leona no dijo nada. Se limitó a terminar su vuelo enloquecido y caer suavemente en manos de su ama.

—Ya sé que el peligro está muy cerca, Sejmet. Ya sé que debo estar alerta. Sé todo eso y mucho más, pero ahora quiero… debo ser solo una chica más que va al colegio. Hoy no quiero ser otra cosa. No puedo permitirme ser otra cosa. Estoy tan cansada… ¿Puedes entenderlo?

La marioneta se removió entre sus manos como si estuviese de acuerdo con sus razonamientos, como si comprendiese sus palabras.

—Así que ahora voy a guardarte en un baúl y a olvidarme de que sabes volar. Solo por un tiempo, ¿vale? Voy a hacer lo que me pidió mi madre que hiciese. Perdóname. Pronto volveremos a ser amigas y todo volverá a ser como antes.

Senmontu, con gran dolor de su corazón, abrió uno de sus baúles de ropa y guardó a la poderosa leona Sejmet, la gran diosa guerrera de los antiguos egipcios, y que ahora parecía tan solo una muñeca diminuta, encogida entre sus vestidos.

—Un beso, mi pequeña —le susurró Senmontu, mientras cerraba la tapa.

Poco después, según la joven alcanzaba la escalera, camino del piso de abajo, oyó unas voces en la habitación de Apolonia. Se detuvo. Por un momento pensó que su madre todavía seguía con aquellas oraciones extrañas y aquellos bailes dantescos que ella ejecutaba por las noches para aplacar la ira de los dioses contra Maakheru. Pero no, no se trataba de nada de eso. Las voces se elevaron. Senmontu se preguntó quién estaría en la habitación de su madre a aquellas horas y, aunque sabía que hacía mal, aplicó el oído a la puerta. Lo primero que llamó la atención fue un sonido muy agudo, un tintineo, que percutió muy cerca, como el sonido de una campanilla. Luego escuchó la voz de un hombre, clara y nítida:

—El niño se muere, Apolonia. Deja de rezar y afróntalo de una vez.

No era la voz de Masha. Era una voz áspera, rota, familiar pero no del todo familiar. Senmontu pensó que la conocía pero no terminó de situarla.

—No lo haré, maldita sea.

—Debes ser fuerte, mujer.

—¿Fuerte? Me estoy volviendo loca, ya te lo dije ayer. No podré sobrellevar todo este dolor.

—Podrás. Y debes contraer matrimonio como ya te dije para salvar a esta familia. Necesitas un tutor, un hombre que vele por vosotras. De lo contrario, cualquier desalmado podría, amparándose en el decreto del Faraón, intentar robaros todas vuestras propiedades.

—No lo haré.

—¡No seas testaruda!

—Antes llamaré a Neotera y le pediré que mi yerno, Filipo, sea nuestro tutor.

—Pero si siempre has dicho que no te fiabas de tu hija mayor. Ella no es como Senmontu, decías, ella es una mujer débil, engreída, demasiado estirada hasta para la Capital. Estoy recordándote tus propias palabras. Y creo que siempre te fiaste todavía menos de ese tonto de Filipo.

—Me parece que, a estas alturas, no tengo otra solución, esposo mío.

Senmontu dio un paso atrás y siguió retrocediendo, anonadada, hasta dar con la pared a su espalda. Tal vez hizo más ruido del que hubiese querido, pero eso ya no importaba. Sencillamente, no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Esposo? ¿Habría su padre regresado en la noche y…? No, Apolonia habría despertado a todos para contarles la buena nueva. Además, aquella voz no era la de su padre, o no exactamente. Ella misma había pensado que era una voz muy familiar pero sonaba tan rara, distante, como si fuese un eco de su propia voz.

—¿Has oído eso? —dijo la voz de Apolonia.

Un silencio.

—¿Por qué callas? ¿Por qué te escondes, esposo? ¿Hay alguien detrás de la puerta? —dijo Apolonia esta vez, recelosa.

Senmontu echó a correr escaleras abajo y solo alcanzó a escuchar cómo su madre salía de la habitación y llegaba al pasillo. Aquel tintineo, como el sonido de una campanilla agitándose, regresó de nuevo y Senmontu intentó conservar su recuerdo en la memoria, pensando que tal vez sería importante de alguna forma. Apolonia, antes de regresar adentro con su interlocutor, quienquiera que fuese, pronunció unas palabras que resonaron en la mente de Senmontu, todavía reacia a creer en lo que estaba sucediendo:

—A partir de ahora debemos ser más cautos, cariño.

¿Cariño? Senmontu pensó por un momento en la posibilidad de que su madre tuviera un amante, pero desechó la idea inmediatamente, incrédula y asqueada ante tal posibilidad. No podía ser. Así pues, ¿era Dryton, su padre, aquel desconocido?

—Buenos días, hermana del halcón.

Senmontu estaba tan nerviosa y excitada que salió por la puerta de la casa sin reparar en que Bytan le daba los buenos días mientras tallaba sus figuras de madera a la entrada del hogar, como hacía siempre, y ni siquiera se dio cuenta de que había tomado la senda de la escuela por el camino viejo sin acordarse de Takratis. Se hallaba ya en la pista de tierra, a las afueras del pueblo, cuando reparó en su olvido.

—¡Maldita sea! —gimió desconsolada, sin saber qué hacer.

—¡Maldita sea! —repitió, decidiendo de pronto que volvería sobre sus pasos, recogería a Takratis, daría los buenos días a su abuelito y subiría hasta la habitación de su madre, donde le pediría explicaciones. Sin embargo, apesadumbrada, se dio cuenta de que no tendría valor para preguntarle a su madre si Dryton había regresado, si se había vuelto realmente loca y oía voces y hablaba con fantasmas, o si bien ambas, madre e hija, habían perdido la razón a la vez, poniéndose de acuerdo hasta en el día y la hora.

—¡Maldita sea! —gimió por tercera vez.

Y fue entonces cuando se dio cuenta del hombre vestido tan solo con un taparrabos de piel de leopardo. La miraba fijamente mientras descendía por la pista de tierra que conducía Cerro de las Ánimas.

—Hola, pequeña —dijo aquel hombre—. Me gustaría que tuviésemos una charla.

2

OSCURO

(Año 158 Antes de Cristo)

Estaba delante de ella. Era un hombre mayor pero no un anciano todavía; un hombre arrugado, pálido y con los rasgos muy marcados, como si no tuviese apenas carne sobre los huesos y estos luchasen por escapar de su cárcel de músculos y pellejo.

Y aquel hombre sonreía. Senmontu sintió una punzada de miedo, de sorpresa y, al cabo, se sintió más tranquila, como si la sonrisa de aquel hombre tuviera el poder de apaciguar su espíritu. No, aquel hombre era un ser especial, lo presentía, pero, no supo por qué, estaba segura de que no era su enemigo, o al menos no un enemigo inmediato, pues si hubiese querido destruirla lo hubiese hecho sin más, sin necesidad de intercambiar con ella una sola palabra. Al fin y al cabo, ella solo era una niña y él podría vencerla sin esfuerzo si su propósito fuese dañarla.

Además, estaba lo de la luz. Aquel hombre tenía una luz alrededor, tenía un aura negra y brillante a la vez, tan blanca que resultaba cegadora pero a la vez profundamente tenebrosa y siniestra, como si fuese capaz de estar en los dos extremos de la balanza y se suspendiese como un funámbulo entre el bien y el mal.

Aquel hombre no era un Udji pese a vestir como ellos. Entonces, ¿qué demonios era?

—¿Ya estás un poco más tranquila, pequeña? —dijo el desconocido—. Observo complacido que has pasado del miedo a la curiosidad. El miedo es un traidor desleal y la curiosidad nuestra mejor compañera, la primera fuente de todo conocimiento. ¿Ya no me temes, pues? Eso está bien. Muy bien.

—¿Quién eres? —quiso saber entonces Senmontu.

El desconocido se tapó la boca con las manos.

—Eso es un secreto, mi pequeña —sus ojos sonreían—. No te conviene saberlo todavía. Debes saber que tienes terribles enemigos en tu contra pero también amigos o, más bien, aliados, cuya fuerza y determinación no son en modo alguno desdeñables.

—¿Y tú eres uno de esos posibles amigos o aliados?

—Digamos que podría serlo, pequeña —dijo el desconocido, sonriendo de nuevo abiertamente.

—No sé cómo puede ser mi aliado alguien que ni siquiera puede decirme su nombre.

—Como quieras, Senmontu —concedió por fin el desconocido —. Si tienes que llamarme de alguna manera, prefiero que sea el Señor Oscuro; mejor Oscuro, sencillamente.

Senmontu y Oscuro se miraron fijamente un instante y fue la joven la que bajó los ojos, aturdida por el dolor y la ira inconmensurable que había en el fondo de aquellas pupilas.

—Mi abuelo Bytan tiene tu misma mirada. Esa mirada triste del que ha visto todo lo que debe verse.

—No, es la mirada del que ha visto demasiado —dijo Oscuro, suspirando brevemente.

Fue entonces cuando la joven reparó en el perro que acompañaba a su interlocutor. Era un animal enorme, de un pelaje umbrío y nudoso, que babeaba en silencio a los pies del Señor Oscuro dejando entrever unas fauces enormes de colmillos muy afilados. Y, además, aquel animal no tenía aura. Senmontu tragó saliva.

—¿Tu perro es un Udji? —preguntó Senmontu, sintiendo que el miedo regresaba a su corazón.

—¿No lo somos todos? —dijo el hombre.

—No. Nadie es un Udji más que los Udji —dijo Senmontu, sin entender muy bien a qué se refería el Señor Oscuro.

—Solo era una forma de hablar, pequeña. Debes saber que no solo los Udji carecen de aura, de luz alrededor. Tampoco la tiene mi buena Amait, porque ya no está del todo en el mundo de los vivos. Es una buena perra, y no, no es un Udji, sucede tan solo que murió hace mucho y yo la mantengo viva con un encantamiento porque ella es mi amiga. En realidad, mi única amiga. Una vez me salvó la vida y yo la

recompenso con parte de mi energía vital. Yo pierdo fuerza y años de vida a cambio de que ella siga entre nosotros.

—Eso no lo podría hacer cualquiera. Nadie, a decir verdad. Debes ser un mago muy poderoso, Oscuro.

—O tal vez solo un tonto sentimental. Sin embargo, conviene que comencemos a caminar. Takratis pronto llegará por el camino y no queremos que se encuentre con nosotros. Mis palabras son solo para tus oídos. Además, está el asunto de tu madre y Djaw.

—¿Qué asunto es ese? ¿Conoces a mi madre? ¿Y a Djaw? —dijo Senmontu, y luego, reflexionando—. Porque supongo que te refieres a Djaw, el padre de Takratis.

—Sí, ese Djaw. Es el único funcionario que tenéis en esta pequeña ciudad perdida en medio de ninguna parte. Hace unos días le llamaron de la Capital para que solucionase todo el papeleo legal del pueblo. Lo hace habitualmente. Pero esta vez tiene algo para vosotros, para tu madre concretamente.

Se hizo el silencio. Oscuro se mordió los labios.

—¿Me vas a decir lo que es o no? —tartamudeó Senmontu, que comenzaba a estar preocupada con aquel nuevo misterio.

—Han pasado más de cinco meses desde que tu padre, Dryton, desapareció. Ha sido declarado legalmente muerto. A efectos legales, al menos.

—¿Y eso qué importa, Oscuro? Puede regresar mañana y todos esos papeles no valdrán nada.

—Tal vez no. Pero entretanto no hay hombre en tu casa.

Senmontu cerró los puños. ¡El edicto del Faraón! ¡Aquel maldito edicto que dejaba a las mujeres con menos derechos que un esclavo! Una mujer como su madre no podía ni poseer su propia casa sin un mentor, un hombre, que diera la cara por ella. De eso mismo estaba hablando Apolonia en su habitación con aquel extraño hacía un rato.

—Queda el abuelo Bytan.

Oscuro negó con la cabeza.

—¿Un viejo senil que talla figuras de madera que, según él, van a salvar el mundo? Si alguien va contra vosotras, cualquier juez le

declararía incapaz para actuar como tutor.

—¿Y Maakheru? ¿Él…?

Ni Senmontu se atrevió a terminar la frase.

—¿Y Masha? ¿Qué pasa si lo liberamos y ponemos la casa a su nombre? —preguntó Senmontu a la desesperada.

—Muchas mujeres en otras ciudades han liberado a sus esclavos varones para evitar que les quitaran lo que era suyo. Las autoridades ya conocen ese truco.

Senmontu cerró los puños de nuevo, esta vez con tanta fuerza que se clavó las uñas y se hizo sangre. ¡Aquel maldito Faraón Ptolomeo un día se las iba a pagar todas juntas!

—¿Qué podemos hacer, Oscuro?

—Poca cosa, Senmontu —reconoció este—. Estar alerta, tan solo. Creo que eso se te da bien. Debes estar preparada para lo peor y aprender a usar las pocas armas que te dejen tus adversarios.

Senmontu asintió. Se hizo el silencio. Sin darse cuenta se habían desviado del camino principal y sus pasos les estaban llevando al embarcadero. A lo lejos vieron a una chalana arribando a puerto y un grupo de pasajeros descendiendo sin prisas, entre conversaciones y risas. Solo un hombre parecía tener asuntos pendientes y avanzaba entre la multitud, esquivando a unos y a otros, sin disimular su apresuramiento.

—Ahí va Djaw, pequeña —dijo Oscuro, señalando a cierta figura nerviosa que se alejaba ya siguiendo el margen del río, hacia el este, sin perder un instante de su tiempo—. Pronto avisará a tu madre de que Dryton fue declarado oficialmente muerto.

—¿No han sido las autoridades de la Capital muy rápidas a la hora de solucionar este asunto? —dijo de pronto Senmontu, a la que una idea se le acaba de pasar por la cabeza—. Sé de pescadores en el pueblo que han tardado años en ser declarados muertos.

—Como te dije, pequeña, tienes muchos enemigos.

—¿Los Udji? —inquirió Senmontu, temiendo que ya les hubiesen hallado.

—No, este nuevo enemigo en ciernes no es un Udji. Tienes enemigos tanto entre los vivos como entre los muertos.

Los pasajeros se estaban ya dispersando. De entre ellos, vestida con la túnica gris de Hapi, la compañía fluvial que hacía los viajes entre la capital de Egipto y Harmonía, Senmontu descubrió un rostro familiar. Era Sejmet, aquella mujer tan triste que compartía nombre con su marioneta. En esta ocasión, sin embargo, su gesto parecía más enérgico, decidido y estaba claro que se sentía mucho menos infeliz que cuando hablaron la noche anterior.

—Conozco a esa mujer, Oscuro.

—Sí, sin duda —dijo este—. Creo que te ha reconocido y ha abandonado su lugar junto al embarcadero para ir a tu encuentro. ¿Ves cómo te saluda?

Sejmet, en efecto, agitaba una mano y se movía ágilmente esquivando a los últimos pasajeros en dirección a la joven.

—¿No quieres tampoco que ella te vea? —dijo Senmontu, volviéndose hacia su interlocutor.

—Oh, eso no es importante. Ella no es un iniciado en las creencias mágicas. No puede verme a menos que yo se lo permita. Sin embargo, he de irme, pero no sin antes pedirte una última cosa. Algo muy importante.

Senmontu se quedó un momento pensativa. ¿Había dicho que Sejmet no podía verle porque no era un iniciado en la magia? No, debía haberlo dicho en otro sentido o bien lo había entendido mal. Porque ella no era realmente una maga. No aún. ¿O sí? La pequeña apuntó aquel asunto en la memoria para preguntar sobre ello más tarde si tenía oportunidad.

—Dime, Oscuro.

—Te pido que no le digas a nadie ni una sola palabra sobre mí. Esto es algo decisivo y primordial que no debes olvidar nunca. Mi capacidad para ayudarte en el futuro dependerá de que pueda permanecer oculto a ojos de nuestros enemigos. Pero, sobre todo, no debes decirle nada a tu abuelo Bytan.

Senmontu se sorprendió.

—¿Ni siquiera a él?

—Especialmente a él, Senmontu.

—¿Por qué? El abuelo sabe muchas cosas y podría ayudarnos…

—De ninguna manera —le interrumpió Oscuro—. Tu abuelo sabe más de lo que debería, pero eso no significa que lo sepa todo. Él no entendería mi presencia aquí. Si le hablas de mí a él o a cualquiera, no volveré a aparecerme ante ti y perderás a un aliado. Y te puedo asegurar que no estás en situación de perder aliados ni amigos a estas alturas.

Sejmet ya estaba muy cerca, apenas a unos pasos. No podía dudar mucho más tiempo. Sin embargo, Senmontu era reacia a dar una respuesta, pues ella era egipcia y, como tal, tenía un altísimo sentido del honor. Si daba su palabra, jamás la rompería y nadie oiría jamás hablar del Señor Oscuro.

—De acuerdo, lo prometo —dijo Senmontu, finalmente, todavía dudando de si estaba haciendo lo correcto y odiando ya de entrada la posibilidad de ocultarle algo al bueno de Bytan. Y dijo entonces:

—Me pregunto, Oscuro, si no podríamos hacer después de todo una excepción con mi abuelo, pues estoy segura de que…

Pero no pudo añadir nada más porque Sejmet llegó en ese instante a su altura y la estrechó en un afectuoso abrazo. Senmontu miró de reojo hacia el Señor Oscuro, pero ni este ni Amait, su perra, estaban allí. Habían desaparecido.

—¡Senmontu! —dijo Sejmet, alborozada— ¿No viste que te estaba llamando? Te saludaba a lo lejos, pero tú no decías nada, como si no me vieses.

—Es que estaba con un amigo y, bueno, me despedía —dijo Senmontu.

—¿Te despedías de esos dos perritos? —dijo Sejmet— De verdad que eres una muchacha de lo más extraña.

¿Perros? Senmontu tardó un momento en relacionar lo que acababa de decir aquella mujer con la afirmación anterior de Oscuro acerca de que salvo un iniciado en la magia, nadie podía verle.

—¿Viste dos perros, Sejmet?

—Sí, claro —dijo esta, volviéndola a estrechar entre sus brazos —. Una perra viejita muy peluda y un perro negro, de pelo corto y hocico alargado. Tenía una mirada fiera, asesina. Por un momento

temí por ti, pero, bueno, deben ser perros conocidos en el pueblo. ¿No es así?

—Sí, eso era —mintió Senmontu—. Están por ahí en la calle desde que yo era pequeñita. Ya son como de la familia.

Sejmet, todavía con el rostro radiante de felicidad, soltó a la joven de su abrazo de oso y se alejó un paso para mirarla mejor.

—Pero dejemos de hablar de eso. He venido hasta aquí a contarte otra cosa.

—¿Sí, de verdad? —se interesó Senmontu—. Cuéntame.

—Ah, muchachita —dijo entonces Sejmet—, ¡tenía tantas ganas de hablar contigo, de darte las gracias!

—¿Y eso? —preguntó Senmontu, pero Sejmet permaneció en silencio, como si reflexionase.

—¿Vamos, no te hagas de rogar?

—De acuerdo.

Senmontu y Sejmet se echaron a reír finalmente, cómplices.

—La conversación que tuvimos ayer me hizo mucho bien, muchachita —comenzó Sejmet—. Hablé con mi esposo de tú a tú y le dejé las cosas muy claras. Creo que ahora vamos a ser muy felices. Y creo que te lo debo a ti en buena parte.

Senmontu cerró los ojos, buscando en su interior la fuerza para bucear en los recuerdos y las emociones de Sejmet. Y vio a una mujer de mediana edad en su gran casa de tres plantas (con horno, establos y cuarto de baño propio) y sus muchos sirvientes. Vio que en la segunda planta vivía la servidumbre, en la tercera estaban construyendo un cuarto para los niños y en la primera vivían ahora Sejmet y su esposo. Vio las sillas de lujo, los cojines y almohadones suntuosos, las mantas de lana y sábanas de lino, los arcones ricamente adornados con arabescos y los tapices de vivos colores… vio que todo eso había sido vendido para comprar muebles menos costosos y más funcionales. Vio a un hombre sentado a la mesa con Sejmet, vio un cargo muy importante en una compañía fluvial, vio la misma túnica gris que vestía Sejmet. Vio que ahora compartían muchas más cosas, que se amaban y se besaban a escondidas cuando no miraban los criados. Sus besos ya no eran fríos, sino apasionados y cálidos como el mismo sol

del mediodía. Y vio que la pareja iba a ir aquella misma tarde a Alejandría para adoptar a un precioso niño de dos años que acababa de quedar huérfano. Pudo anticipar que su marido ya no le regalaría más adornos y joyas para tenerla satisfecha, sino cosas útiles que podían compartir con su hijito recién llegado, y que también traería juguetes a casa prácticamente todos los días y que los tres jugarían juntos hasta bien entrada la madrugada.

—Ahora todo está bien en el fondo de tu alma —dijo Senmontu, sencillamente, como recalcando un hecho que ambas sabían cierto.

—Al menos, así me siento. Ya no me lamento de todas las cosas malas que a veces suceden e intento solucionarlas. Gracias a ti, hermana del halcón.

—Me alegro de haberte servido de ayuda, Sejmet —dijo entonces Senmontu, sintiendo una gran satisfacción en su interior y comprendiendo que se había equivocado al guardar a su marioneta en el baúl como una cosa fea o sucia, porque en lo que Senmontu era no había nada malo o sucio, y si los dioses le habían concedido tan extraños dones por algo debía ser. Sin duda, como decía su abuelo, ella estaba predestinada para hacer grandes cosas o, al menos, pensaba Senmontu, para intentar hacer cosas bien distintas a aquellas que los demás hacían.

Y Senmontu se prometió que nunca más volvería a avergonzarse de lo que era ni de sus poderes ni de nada en este mundo.

Porque ella era una mujer.

Porque ella era egipcia y no griega.

Porque ella tenía extraños dones con los que podía ayudar a los demás y, esperaba, también a sí misma.

Porque ella era Senmontu, la hermana del halcón.

De pronto, comprendió que llegaba tarde a la escuela con todas aquellas sorpresas y distracciones, así que se despidió de Sejmet con otro abrazo de oso y echó a correr por la pista de tierra. Al final del camino se encontró con Takratis, que le preguntó dónde diantre había ido. Senmontu carraspeó, intentando pensar qué podía decirle a su

amiga sobre aquella extraña mañana que acababa de vivir. Finalmente dijo:

—No he estado en ningún sitio especial, Takratis. Te lo prometo. Paseando por la pista de tierra y dando una vuelta por el embarcadero. Poca cosa más. Me apetecía andar.

Mientras abrían las puertas de la escuela, Senmontu se consoló pensando que, después de todo, aquella media mentirijilla no se alejaba tanto de la verdad. Al menos, eso esperaba, porque odiaba mentir y aún menos a la pobre Takratis, que era para ella la mejor amiga del mundo; así que, acaso como para refrendar este último pensamiento, estampó en la frente de su camarada un sonoro beso.

Ambas rieron de buena gana mientras entraban en clase cogidas de la mano.

3

PETÁMENOS, EL ARAÑA

(Año 158 Antes de Cristo)

—¡Gramática, música, gimnasia y dibujo! —chilló de pronto Petámenos, el Araña, despertando a una clase que daba cabezadas sin apenas prestar atención a su profesor.

Senmontu levantó la vista de su nueva tablilla griega de cera, en la que no se había atrevido aún a dibujar un solo símbolo. Miró a Petámenos con descaro y este la obsequió con una media sonrisa irónica.

—Esos son los principios, querida Nicarion, del saber y la enseñanza griegas. ¿Crees que podrás recordarlos?

Pero Senmontu permaneció en silencio. Aquel mal bicho se obstinaba en llamarla por su nombre griego, y ella jamás daría su brazo a torcer.

—Vaya, vaya… esta muchacha es muy dura de mollera… ¿No creéis, alumnos? No me quiere responder porque no uso su nombre egipcio. Esta niña es una maleducada.

Todos menos Takratis se echaron a reír. Antígono, como era su costumbre, se volvió para mostrar sus carnes atocinadas, sacar una lengua rosa pálida y espetar:

—¡Egipcia! ¡Puerca Egipcia y maleducada!

Petámenos iba arrastrando sus piernas largas y torcidas hacia el otro extremo de la clase, bamboleándose como una araña de verdad, casi como si sus extremidades finísimas de insecto se deslizaran por el enlosado.

—Hoy no ha venido Senai —dijo entonces el maestro, reparando en un pupitre vacío—. ¿Alguien sabe la causa?

Antígono levantó una de sus gordas manazas y la movió nerviosamente de derecha a izquierda, con gran ansiedad.

—Yo lo sé, yo lo sé, señor profesor.

—¿Sí, Antígono? —concedió por fin el maestro, con una mueca de burla. Petámenos despreciaba a los tontos y aquel niño era, sin ninguna duda, el más tonto de la clase.

—El otro día, el primero de las Fiestas de Dionisos, cuando iba hacia el pueblo desde casa de mis tíos… porque estoy allí pasando unos días, ¿sabe? Dice mi padre que estoy gordo y que debo alejarme de la pastelería o explotaré. Es que mi familia hace unos dulces tan ricos que…

—¡Prosigue con lo de Senai, por el amor de los dioses, Antígono! —le interrumpió el profesor.

—Pues eso —continuó el niño, después de tragar saliva—, que iba hacia Harmonía desde casa de mis tíos y pasé por delante de la casa de Clito, el padre de Senai, y sus esclavos estaban por todas partes, registrándolo todo, de aquí para allá. También había allí vecinos alrededor, comentando lo que había pasado.

—¿Y bien, Antígono?

—¿Y bien, señor profesor?

El Araña soltó un bufido.

—Y bien… pedazo de cretino, ¿qué demonios es lo que ha sucedido?

La cara ya de por sí sonrosada de Antígono se volvió de pronto roja como el fuego; chasqueó la lengua, ladeó la cabeza, se mordió los labios… y dijo por fin:

—Hice que mi criado detuviera mi burro y pregunté. Me aseguraron que un ladrón había entrado en la casa por la noche, dando muerte a dos criados y secuestrando durante horas a la propia Senai. Cuando llegué, aún le buscaban los vecinos por los alrededores. Dicen que van a traer a un magistrado o a un policía de verdad desde Alejandría para intentar dar con ese tipo.

—Así pues, ¿no le encontraron?

—Que yo sepa, no, señor profesor.

—¿Sabes si Senai, tu compañera, sufrió algún mal físico, aparte de la privación momentánea de libertad?

—No que yo sepa, señor profesor.

—¿Te dijeron alguna cosa de Clito, su padre? ¿Está bien? ¿El resto de los de la casa están igualmente bien?

—No lo sé, señor profesor.

Petámenos el Araña soltó un segundo bufido.

—¿Sabes algo más en realidad de esta historia, pedazo de memo?

—La verdad es que no, señor profesor.

Un suspiro ahogado acompañó a un tercer y último bufido del Araña. El profesor se detuvo un instante, como pensando en alguna cosa, y luego se volvió hacia la clase.

—Espero que todos vayáis a presentar vuestros respetos a la familia de Senai. Aquel que no lo haga se encontrará con tal cantidad de deberes que deseará haber ido caminando desde aquí hasta el mismísimo Hades. ¿Está claro?

—Sí, señor profesor —cantaron todos los niños a coro, incluidas Senmontu y Takratis.

—Y tú, pedazo de memo —dijo entonces el Araña, dirigiéndose al gordo Antígono—, ya que la casa de tus tíos queda tan cerca de la de Senai, a ver si mañana te quedas un ratito más a preguntar y puedes decirnos más cosas.

—Claro, lo que usted mande, señor profesor.

Senmontu se volvió como distraída y miró el reloj de agua que presidía la clase a su espalda con todo el disimulo del que era capaz. ¡Aún faltaban dos horas! La estancia en la escuela cada día se le hacía más insoportable.

—Vaya, vaya…

Cuando Senmontu volvió a mirar al frente, descubrió la cabeza de Petámenos el Araña, casi a tocar de la suya, observándola fijamente.

—Esta jovencita tiene prisa por dejarnos, ¿eh? Está ocupada con cosas egipcias y no tiene tiempo para cosas griegas, ¿es eso?

La clase volvió a reír. Petámenos añadió:

—No sé, pequeña, estoy muy preocupado por ti, pienso que tal vez no sepas sacar partido de nuestras clases… Ya ves, nosotros tan griegos y tú tan egipcia. Pero yo soy tu maestro, tu pedagogo, y tengo

la obligación de educarte. ¡Ay, qué gran carga recae sobre mis hombros!

Senmontu sabía ya en ese mismo instante que se le venía una buena encima. Petámenos solo actuaba de esa manera, tratando en broma algo serio, cuando iba a descargar su ira sobre ella, o su nueva vara griega… o bien ambas cosas. Pero lo cierto es que le daba igual, estaba preparada para la furia de aquel pobre hombre y para mucho más. Ella, después de todo, era la hermana del halcón, se dijo, intentando darse ánimos a sí misma.

—Las siguientes dos horas, esta clase va a emplearlas en recitar a Homero y en escribir algunos de sus poemas en esa tablilla de cera que te niegas a utilizar. ¡Pero yo no puedo permitir que tú te pases esas dos horas ahí sentada, aburrida! Porque sé que no quieres usar esa tablilla griega. ¿Entiendes ahora mis dudas, mi dolor, Senmontu?

La pequeña cerró los ojos, absolutamente aterrorizada, perdiendo súbitamente todo su aplomo. La había llamado Senmontu, su nombre egipcio y la había separado conscientemente del resto de la clase de niños griegos. Fuera lo que fuese, Petámenos tenía preparado para ella algo que seguro recordaría durante mucho tiempo.

—Entiendo sus dudas, señor profesor —musitó, en un hilo de voz.

—Muy bien, muy bien, niña. Mira, quiero que vayas al final de la clase, junto a ese reloj de agua que tanto te gusta, y te arrodilles con los brazos en cruz hasta que sea la hora de salir. Yo iré hasta allí y pondré sobre tus manos unos rollos de papiro bien pesados a fin de que tu estancia se te haga más llevadera.

La clase se quedó en silencio. Nadie daba crédito a un castigo tan bárbaro.

—Muy bien, señor profesor.

Cuando Senmontu se levantó, Takratis emitió un sonido estrangulado de pena por su amiga. Petámenos la miró con curiosidad.

—Tú, Takratis, nunca me dijiste tu nombre griego, ¿cuál es? No querrás que todos te sigan llamando por ese tonto nombre egipcio que a nadie interesa ya, ¿no es cierto?

Takratis levantó la cabeza y miró a su profesor; con el rabillo

del ojo observó a Senmontu avanzando cabizbaja hacia el reloj de agua. Suspiró. Dijo, finalmente, con una lágrima cayendo por su mejilla:

—Yo no tengo nombre griego, señor profesor.

—¡Por el amor de los dioses! —chilló Petámenos, cerrando los puños—. Acompáñala, maldita sea. Hay rollos bien pesados de papiro para las dos.

Takratis asintió y echó a caminar detrás de su amiga.

—¿Algún voluntario más? —ladró Petámenos, con los brazos en jarras y un gesto sádico que ninguno le había visto jamás.

Todos callaron; solo el tonto de Antígono se volvió y gritó:

—¡Tontas, tontas y puercas egipcias!

Pero calló de pronto al ver la nariz de Petámenos al lado de la suya y percibir el aliento febril de su maestro en la cara.

—¿Te gusta llamar puercas a las niñas, Antígono?

—No, señor profesor —mintió el gordo, temblando de miedo.

—¿Entonces por qué lo haces?

Antígono abrió la boca, temblándole las comisuras de los labios, y la cerró por fin, incapaz de dar una respuesta.

—¿No lo sabes, memo? Pues tienes suerte, te voy a dar dos horas para que pienses una respuesta. Allí, de rodillas, junto al reloj de agua, al ladito de esas dos niñas egipcias, seguro que se te ocurrirá algo.

Cuando Antígono llegó a la altura de donde Takratis y Senmontu, ellas estaban ya arrodilladas, pero no pudieron ignorar la mirada de odio y furia homicida de su compañero; pero esa mirada no iba dirigida a su castigador, a Petámenos el Araña, sino que iba dirigida a ellas.

—Malditas seáis, puercas egipcias… —susurró en voz muy baja —, por vuestra culpa mirad lo que me pasa. Un día me las pagaréis todas juntas.

Al poco tiempo, cuando ya ninguno de los tres se sentía las rodillas, un peso cayó sobre la palma de la mano derecha de Senmontu, e inmediatamente una voz dijo a su espalda:

—Ahí tienes el primer rollo de papiro. Ni más ni menos que la

Odisea de Homero; no puedes negar que me preocupo de tu educación y no descuido a los clásicos, ¿eh, Senmontu, hermana del halcón?

—Yo siempre he preferido a Hordedef, el más grande escritor clásico del Egipto antiguo, señor profesor —repuso Senmontu, a la que en realidad le encantaba la Odisea y la Ilíada y nunca había leído a Hordedef, cuyas obras, la mayor parte perdidas, eran imposibles de encontrar desde hacía siglos.

—¿De verdad, hermana del halcón?

La voz del Araña sonaba cortante como un cuchillo, desafiante, denotando un desprecio y un odio tan grandes que la joven temió que aquel cuchillo cobrase forma y la traspasase.

—Sí, señor profesor. De hecho, si le soy sincera, Homero y todos sus escritores griegos me traen totalmente sin cuidado.

4

UN PAPIRO LLENO DE MENTIRAS

(Año 158 Antes de Cristo)

Aquel día corría un aire helado en la calle. Senmontu y Takratis estaban, como cada tarde, al abrigo del kiosco, a punto de marchar hacia sus casas. Pero hoy tenían las piernas doloridas, las rodillas en carne viva y temblaban de cabeza a los pies cada vez que se atrevían a dar un paso, tan débiles y exhaustas se encontraban.

En la puerta de "Petámenos, Escuela Griega para Niños Griegos", aguardaba un desconcertado Eurionupis con una rosa de madera en la mano, incapaz de reconocer a su amada Senai de entre el mar de rostros juveniles que salían en bandadas por las puertas del colegio. El niño miraba en derredor con sus ojos masacrados, tratando en vano de hallar a aquella malvada que los hados habían querido vestir ante su corazón como la mejor y más perfecta de las jóvenes.

Senmontu contemplaba a Eurionupis dar vueltas delante de la escuela de Petámenos cuando esta cerró por fin, y estaba ya a punto de acercarse a explicarle la causa de la desaparición de Senai, cuando un hombre abordó al niño y le entregó una carta. Senmontu le reconoció al instante; era un mensajero de la casa de Clito, el padre de Senai.

—¿Has visto eso? —dijo Takratis a su lado. Senmontu asintió.

Eurionupis abrió la carta y trató de leerla, pero sus ojos eran incapaces de descifrar los pequeños signos; en realidad, apenas si veía ya formas borrosas con las que intentaba remedar la realidad a partir de sus recuerdos.

Finalmente, Eurionupis descubrió a las dos amigas y se acercó hasta el kiosco demandando ayuda:

—¿Eres tú, Senmontu? —dijo el muchacho, parpadeando, no demasiado seguro.

—Sí, soy yo.

—¿Puedes por favor leerme esta car…?

Senmontu no le dio tiempo a acabar la frase y le arrebató el trozo de papiro de las manos…

Y comenzó a leer en voz alta, aunque sin apenas dar crédito a lo que veía. Le explicó para empezar a Eurionupis que Senai se declaraba su amiga, que le agradecía su presente, la muñeca que le regalara hacía unos días. Casi se le atragantan las palabras cuando leyó el siguiente párrafo:

—"Hace mucho que no te veo en privado, los dos solos, y mi alma languidece. ¿Cuándo volveré a verte? He pensado que podríamos vernos dentro de unos días, cuando terminen las Fiestas de Dionisos. Tal vez junto al viejo embarcadero, a última hora de la noche, si te parece bien" —balbució Senmontu, mientras daba la vuelta a la carta, pensando que acaso se trataba de un error.

Eurionupis escuchaba cada frase arrobado, como si fuera un trinar de pájaros, como si llegase hasta sus oídos la melodiosa voz de la madre Hathor.

—"Senai saluda a su amigo Eurionupis y le desea Vida, Salud, Fuerza y el favor de Osiris, rey de los dioses" —dijo Senmontu cuando terminó de leer la última línea, y luego calló abruptamente, como si no pudiese añadir nada más de cosecha propia, tan anonadada se sentía.

Eurionupis le dio las gracias, maravillado, sin apenas dar crédito a lo que acababa de oír. Recogió el rollo de papiro y se fue por el camino dando saltos de alegría, sin ni siquiera despedirse, presa de una gran agitación. Takratis miró a su amiga y en ambas podía apreciarse un gesto de profunda incredulidad.

—¿Cómo puede cambiar alguien tanto en unos pocos días? —dijo Takratis.

—Yo pensaba que si finalmente le escribía, sería para insultarle —reconoció Senmontu.

—Tal vez lo que le pasó, el secuestro y todo eso, le hayan hecho reflexionar sobre lo mala persona que era —opinó Takratis.

—No creo. La gente rara vez cambia —dijo Senmontu.

—Entonces debe ser cosa de su padre. La habrá obligado.

—Eso debe ser.

—Yo casi ni me lo creo.

—Yo no me lo creo y punto.

Las dos amigas sonrieron y se frotaron sus rodillas magulladas.

—¿Lista para marchar? —preguntó Senmontu.

—¡Lista! —respondió Takratis.

Y juntas, cogidas como siempre de la mano, comenzaron, muy lentamente, entre quejidos, el camino de regreso a casa.

En el cielo, dando vueltas, estaba vigilándolas un gran halcón, una bestia de casi codo y medio de largo, de grandes alas y poderosas garras, que las siguió durante todo el trayecto del colegio hasta casa como si tuviese órdenes de no perderlas de vista. Era un ave de un plumaje color marrón oscuro veteado por pequeñas manchas rojizas y vientre gris. A Senmontu le pareció que era aquella una buena señal, un buen augurio en definitiva, la única cosa que invitaba a la esperanza de cuantas le habían pasado en muchos días. Montu, dios halcón y su patrono personal, quería con aquel gesto demostrarle que, como decía el Señor Oscuro, no estaba completamente sola en su lucha contra sus muchos adversarios.

Finalmente, cuando Senmontu llegó a los jardines de su casa y penetró en esta por las cocinas, el halcón dio una vuelta a la finca, como inspeccionándola, y se posó en una higuera, a la sombra del edificio, justo debajo de la habitación de la joven. Entonces, se encogió sobre sí mismo hasta quedar acurrucado y cerró los ojos, quedando a la espera, vigilante, como si esperase alguna cosa que podía suceder en cualquier momento, alguna cosa, un gran peligro tal vez, que exigía un centinela con dedicación permanente.

Fuera lo que fuese, el halcón estaba en lo cierto: lo peor aún estaba por llegar.

LIBRO 2



UN ESTAFADOR
ENTRA EN ESCENA

EGIPTO, AÑO 2024

(Memorias de Rafel Collington)

Aquella noche mis sueños fueron más intensos que nunca. Pero no solo tuve pesadillas acerca de Senmontu y de la villa de Harmonía. Dentro de las sombras de mi sueño, un cielo nocturno de un Egipto milenario se desplegó ante mí. Las estrellas brillaban con una luminosidad única, y la luna, llena y dorada, iluminaba un paisaje que me resultaba familiar: era el lugar de mi excavación, pero distorsionado por el velo de los sueños.

De repente, vi a mi madre, envuelta en vestiduras etéreas, flotando en el aire, la mujer de la foto, aquella cuyo nombre ni siquiera conocía y solo había vislumbrado fugazmente. No podía recordar sus facciones, así que la imaginaba. Y en mi sueño su rostro resplandecía.

Sus ojos estaban cerrados, pero podía sentir una fuerza interior, una especie de poder que irradiaba de ella. En ese momento, espíritus alados empezaron a rodearla. Eran los Ba de la mitología egipcia, representaciones del alma con cuerpos de pájaro y cabezas humanas. Estas criaturas eran las que acompañaban a los difuntos en su viaje al más allá, y cuyo objetivo era fusionarse con el Ka, la fuerza vital, para lograr la inmortalidad en el otro mundo. Pero en este sueño, parecían más hostiles, revoloteando en torno a mi madre como si quisieran llevársela a alguna parte.

Junto a ellos, una figura oscura emergió. Era imponente, con una aura que parecía absorber toda la luz a su alrededor. Instintivamente supe que se trataba de la bestia que habita en la sombra, aquel ser al que se había enfrentado a Senmontu en mis sueños anteriores. Intuí que aquella figura era el antagonista de las fuerzas del bien, un ser que buscaba alterar el equilibrio entre la vida y la muerte.

Con una voz que resonaba como un eco profundo, la Bestia interrogó a mi madre:

—¿Quién eres tú, mujer, para adentrarte en mi dominio?

Mi madre, con una dignidad que no había visto jamás,

simplemente levantó su mirada y lo observó largamente, como si lo estuviera desafiando sin necesidad de palabras. Podía sentir su fortaleza y determinación. Era evidente que, de alguna manera, ella tenía un propósito en ese lugar y no iba a dejarse intimidar.

Sin previo aviso, fui sacudido por una sensación de caída y me desperté, bañado en sudor. El sueño, con sus enigmáticas visiones y mensajes, me dejó una sensación de intriga y confusión. ¿Qué significado oculto tenía? ¿Y qué conexión había entre ese sueño y mi excavación privada?

Pero no tuve mucho tiempo para pensar en todo ello. Mis ojos todavía estaban tratando de ajustarse a la luz tenue del alba cuando escuché un grito. Después vino un golpe, como un cuerpo chocando contra algo, y luego otro grito. Algo o alguien empujó con fuerza contra mi tienda, zarandeándola. Me levanté de un salto, todavía desorientado por el sueño reciente y los ruidos que rompían el silencio del amanecer.

Salí precipitadamente y me encontré en medio de un caos. Yusuf, el joven ayudante de mi padre, y uno de los trabajadores egipcios estaban enzarzados en una pelea a puñetazos. Polvo y arena se levantaban con cada movimiento brusco, mientras el resto del campamento trataba de separarlos.

—¡Basta! ¡Basta ya! —gritaba Fátima, intentando interponerse entre ellos.

Pero cada vez que alguien intentaba mediar, los contendientes parecían reavivar su furia, lanzando puñetazos con más fuerza. Howard apareció a la carrera y, con la ayuda de Ahmed y otros miembros del equipo, lograron separar a Yusuf y al trabajador.

Ambos estaban agitados, con los rostros rojos y el aliento entrecortado. Podía ver la sangre en los nudillos de Yusuf y un corte en el labio del trabajador.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Howard con voz firme, mirando a ambos.

Yusuf, tratando de recuperar el aliento, respondió:

—¡Este... este hombre dice que la excavación está maldita! ¡Que no deberíamos estar aquí! Y estaba tratando de convencer a sus

compañeros para marcharse y dejarnos solos.

El trabajador, con una mirada desafiante, replicó:

—No soy el único que lo dice ni el único que quiere irse de aquí. Muchos creemos que este lugar está maldito y que todo lo que nos está ocurriendo es una señal de que los antiguos dioses no quieren que mancillemos este lugar.

Ahmed intervino con voz conciliadora:

—Debemos mantenernos unidos, ahora más que nunca. Los que quieran irse que se vayan. Pero los que se queden verán aumentada su paga —Ahmed miró de reojo a mi padre, que asintió—: No podemos dejar que rumores y supersticiones nos dividan.

Mientras el campamento trataba de volver a la normalidad, el incidente me dejó pensando. El ambiente estaba cargado, y comenzaba a creer que tal vez, solo tal vez, había algo de verdad en los rumores. Sin embargo, había algo más en juego para mí: mi propio descubrimiento, algo que no quería compartir con nadie aún.

Caminé entre las tiendas, donde los murmullos de preocupación eran evidentes. Me acerqué a los grupos de trabajadores y hablé con ellos, intentando infundirles ánimos. Eran hombres de confianza que llevaban años a nuestro lado, pues nos habían acompañado en diversas excavaciones. Algunos me conocieron cuanto yo aún era un niño pequeño y me tenían mucho aprecio. Mi presencia sirvió para calmar los ánimos.

Aunque cinco trabajadores optaron por abandonar, el resto, influenciados por mis palabras y la esperanza de un nuevo comienzo (y una paga mejor), decidió quedarse. La sensación de alivio en el campamento era palpable. Mi padre, con mirada cansada pero llena de gratitud, se acercó a mí.

—Te debo una, Rafel —me dijo, con una sonrisa sincera—. Has hecho más hoy por esta gente que lo que yo podría haber logrado en una semana.

Nos sentamos junto al fuego. Miré a mi padre con cariño. A sus 48 años, el gran Howard Collington mostraba signos evidentes de una vida dedicada a la arqueología en los duros entornos del desierto. Medía casi un metro noventa y tenía una constitución atlética y

robusta, moldeada por años de trabajo manual en excavaciones. Su piel había adquirido un tono bronceado a causa de la exposición constante al sol, y las arrugas prematuras alrededor de sus ojos denotaban largas jornadas bajo el calor del desierto. Su cabello, que una vez fue negro azabache, ahora tenía entradas prominentes y muestra mechones de gris, especialmente en las sienes.

Pero allí no estaba Howard, el arqueólogo de renombre, sino mi padre. Y hablamos sobre el pasado, las aventuras compartidas y las que aún nos esperaban. En ese momento, sentí que las barreras que a veces surgían entre nosotros se disolvían, y estábamos conectando de una forma más profunda.

La luna comenzó a ascender, bañando el campamento con su luz plateada. Mi padre y yo, con las sombras danzando a nuestro alrededor, seguimos conversando hasta que el cansancio se apoderó de nosotros.

Aquella noche, aunque el deseo de seguir excavando y descubrir más sobre Senmontu persistía en mí, comprendí el valor incalculable de fortalecer los lazos con mi padre. La excavación podía esperar; lo que habíamos construido esa noche era un pilar fundamental en nuestra relación. Y me di cuenta de que, en cierto sentido, esa conexión era un descubrimiento tan valioso como cualquier tesoro oculto bajo la arena egipcia.

Aunque estaba seguro de que la joven hermana del halcón no estaría de acuerdo conmigo. Porque su historia estaba a punto de empeorar y yo sabía que aquella noche vendría de nuevo a buscarme.

Así fue.

5

ARISTÓN

(Año 158 Antes de Cristo)

Senmontu se acababa de levantar de la siesta y estaba desperezándose. Había salido a la calle entre bostezos, algo envarada y soñolienta, esperando que la luz del sol acabase de despejar sus sentidos. Su madre dormía aún, y como se había pasado la noche y hasta bien entrada la madrugada, con sus letanías y sus rezos, intentando en vano salvar al pequeño Maakheru, la pobre niña se atrevió a conjeturar que Apolonia permanecería en el lecho algunas horas todavía.

—Buenos días —dijo una voz, surgida de alguna parte como por arte de magia.

En esto, y al abrir los ojos, después de un gran bostezo, a Senmontu le cubrió de espanto una delirante alucinación. Ante ella se encontraba plantado un sujeto estrafalario, imposible dirimir en qué punto su aspecto abandonaba la turbia frontera de lo que mueve a risa para perderse en lo sencilla y llanamente grotesco: manto rojo chillón con el que se tapaba el rostro, vestido plisado corto a la altura de las rodillas, cinturón y faja de lino, collar de perlas de nueve vueltas, peluca amarilla rizada, alto, zámbigo, corcovado y barriga prominente.

Senmontu pensó por un momento que acaso hubiera muerto en la noche y ahora se hallaba, por fin, perdida en el otro mundo ante uno de los perversos sirvientes de Seth, el dios del desierto y las tempestades, y dios personal de El Que Habita Entre Las Sombras. Pero la aparición rompió entonces a hablar para sumirla definitivamente en el desconcierto más absoluto:

—Pongo los dioses todos por testigo que jamás tuve ocasión de admirar rostro tan gentil como el vuestro. Hacedme pues el favor,

joven egregia, de presentar los sinceros y enardecidos respetos de este que os contempla a la hermosa dama que tenéis por madre, y que esté sabedora de que vino a consolarla un apuesto y obsequioso adulador; y que se congratule, y que mude su gesto contrito, y que resuenen las cítaras y las arpas, porque no hay lugar para el abatimiento o el llanto cuando está próximo el señor Aristón.

“¿Qué cosa ha dicho este imbécil?”, pensó Senmontu.

Solo le había quedado claro que quería hablar con su madre. Acaso no había dicho nada y Senmontu estaba soñando todavía. Sí, eso era. Estaba aún en su estera durmiendo a pierna suelta y aquel era un espectro más de esos que poblaban sus pesadillas nocturnas.

—¿Me habéis oído, joven egregia? —dijo entonces la aparición—. ¿Acaso no entendéis lo que mis palabras expresan y no os felicitáis de su significado?

“Ya no hay duda”, pensó Senmontu. “Estoy durmiendo todavía y, en sueños, me veo condenada a vagar eternamente y sin descanso, acosada por espectros medio humanos, seres estrafalarios y ridículos”.

Decidió la joven, en cualquier caso, seguir el juego a su interlocutor, pues no tenía nada mejor que hacer y su cabeza no estaba en situación de obrar mayores razonamientos hasta haberse despejado. Le dijo, finalmente:

—Enseguida aviso a mi madre —y dándose cuenta de que había olvidado el nombre del engendro— ¿Cómo has dicho que te llamas?

El bufón retiró el manto de su cara y le mostró sus labios, curvados en una extraña mueca.

—Que la gracia de Zeus sea contigo, joven egregia, pues es cosa bien cierta que mi nombre no es otro que el de señor Aristón, para servir a los dioses y a quien se tercie, pues no hay cosa más elevada que servir al padre Zeus, ni más placentera que servir a los demás, ni más productiva que servirse a uno mismo, por lo que la servidumbre es, en su justa medida, la más deliciosa de las cargas que pueda haber.

Senmontu asintió, aturdida, y fue en busca de Apolonia, dejando que ella se enfrentase a solas con aquel ser nacido de la peor

de las pesadillas, y regresó la joven al lecho, de donde pensó que había errado al deslizarse lejos de su protección.

Ese fue su primer encuentro con el señor Aristón.

6

UN CRUCE DE CAMINOS

(Año 158 Antes de Cristo)

El segundo tropiezo con el fantoche no se hizo esperar, pues aquella misma noche habría de reaparecer, invitado por su madre a una suerte de tentempié previo a la cena, o como queráis llamar a esas reuniones que las gentes organizan para conocerse, con la excusa de una buena comida, o para darse un buen atracón con la excusa de conocerse. Le vieron todos los de la casa llegar a lo lejos, montado en una vieja carreta envuelta en arabescos y símbolos que imitaban lenguas desconocidas, acaso por inventadas, miscelánea de puesto de venta, vivienda, vehículo de transporte y de fugas.

Tras tropezarse en el descenso y alabar el rostro gentil y la lozanía de Apolonia con aquella forma de hablar locuaz y florida que nadie salvo él entendía, Aristón hizo un breve inventario de todas las mercancías, "las más raras y preciosas nunca vistas", que escondía abigarradas en la parte trasera del vehículo, y relató más tarde toda suerte de viajes maravillosos e imposibles, fantasías de una mente enferma y con poca o deformada imaginación, y explicó a sus oyentes su íntima amistad con monarcas y potentados de todos los reinos conocidos, extrañándole a Senmontu que no le fuesen íntimos los espíritus moradores, si los hubiere, del mismísimo Lago de Fuego, allá en el mundo inferior.

Superada la impresión inicial, descubrió la joven que la presencia del señor Aristón no causaba pavor ni desconcierto, que podía apreciarse sin dificultad lo que realmente era: una serpiente, un farsante, un embaucador que pretendía sacar tajada de una acongojada viuda y de su ingenua parentela. Con todas estas cosas presentes, Senmontu le invitó a pasar dentro de la casa.

—Me habéis explicado antes, en vuestra primera visita, que

tenéis en vuestro poder una esencia maravillosa venida de oriente que sin duda podría sanar a mi hijo Maakheru —dijo Apolonia, temblorosos los labios, tratando de convencerse de que aquel hombre podía en verdad hacer milagros.

—En realidad, hermosa señora, he dicho que conocía una fórmula mágica que me había dado el mismo rey de Babilonia, y que bien podría sanar a vuestro hijo y a cualquiera, pues es un bebedizo que sana todo mal, sea cual sea su forma y su naturaleza.

Senmontu, sentada a la mesa, miró a su interlocutor con renovado desprecio. Así que aquel estafador había conseguido ganarse el favor de su madre haciéndola creer que podrá sanar al pequeño Maakheru. Aquel hombre era un ser sin escrúpulos de ninguna clase, un verdadero desalmado.

—Hace varios cientos de años que no hay rey en Babilonia, señor Aristón —terció Senmontu—. Su imperio se derrumbó derrotado por los persas. No entiendo cómo habéis podido conocer entonces a ese hombre que decís.

Aristón lanzó una carcajada.

—Todo hombre poderoso es como un rey, ¿no es así? Aquel del que os hablo tenía un millar de mansiones y estaba cubierto de oro como la estatua de un dios; además, se hacía llamar a sí mismo rey. ¿Quién soy yo para poner en duda su estirpe o prosapia? Nadie, mi niña, nadie.

—Así pues —prosiguió Senmontu—, ese hombre no era rey sino que decía serlo. ¿No lo conocerías acaso en una taberna?

Aristón miró a la joven con unos ojos fríos, calculadores.

—No frecuento esos lugares que decís, joven egregia, mas con gran dolor he de comunicaros que…

—Pero volvamos, si os parece, señor Aristón —le interrumpió ansiosa Apolonia—, al asunto del elixir que puede sanar a mi hijo. Tenéis la fórmula, y necesitáis…

—Necesito, hermosa dama, comprar buena parte de los ingredientes, algunos tan raros y costosos como no podáis imaginar. El gasto resultante, como es de rigor, será fabuloso. Acaso un príncipe no podría pagarlo, pero yo estaría dispuesto a haceros una rebaja en

atención a vuestra deslumbradora belleza y a la luctuosa situación de vuestro hijo pequeño.

—¡Oh, no sabéis cuánto os lo agradecería! —murmuró Apolonia, con una sonrisa.

Como Masha no terminaba de traer ninguno de los manjares que se habían previsto para el tentempié, la anfitriona se disculpó y acudió presurosa a las cocinas, dejando a solas a Senmontu y al señor Aristón.

—Así pues, vuestro oficio es el de charlatán, un embaucador de poca monta, un ladrón de tres al cuarto… —soltó la joven de improviso mientras esperaban.

El señor Aristón se revolvió, lanzando a su adversaria una mirada fría, cargada de furor y desprecio, pero rectificó pronto el gesto, dejando que se relajase la tensión aparecida en sus facciones.

—Quieran los dioses todos del Olimpo concederos vida, joven egregia, y que yo pueda verte con salud; mas con gran dolor he de comunicaros que os equivocáis, pues es cosa bien cierta que me dedico al más digno de los quehaceres, que no es otro que el de viajar de punta a punta del orbe mostrando a las gentes, sin distinción de color, raza o pensamiento, objetos extraños, de esencia y utilidad incognoscibles, que traigo de lejanas e ignotas tierras y de otras culturas, telas preciosas de allende los mares, joyas brillantes como el oro y cuyo precio no alcanza ni un mísero octodracma de cobre. Enseño a las buenas personas que la realidad no es una sino dispar, y que todas las cosas cobran significado si se las contempla desde su contrario. Soy el mostrador de la multiplicidad, el señor de las bagatelas y las maravillas, el viajero exánime por inagotable.

Senmontu le sonrió, advirtiendo que el farsante intentaba cubrir de palabras incomprensibles la debilidad de sus razonamientos, creyéndola acaso una pobre niña idiota.

—¿Y no crees —arguyó Senmontu, hambrienta, mientras partía un pedazo de pan que había quedado en la mesa desde la comida— que has dicho lo mismo que yo había dicho antes, aunque con más adornos y palabras vacías? ¿Qué no son más que dos puntos de vista, dos formas distintas de nombrar la misma cosa? ¿Que para mí todas

esas palabras significan lo mismo que lo que dije que antes, que eres un charlatán y un ladrón?

El señor Aristón sonrió a su vez.

—¿Y qué es toda afirmación o verdad sino un punto de vista?

En esto apareció Apolonia con una cesta de frutas y otros entrantes, por lo que pronto la conversación se desvió hacia el asunto de la enfermedad de Maakheru. El señor Aristón no tardó en conseguir una buena bolsa de monedas, que le entregó Apolonia sin más dilación, y Senmontu pensó que su madre sin duda debía haberse vuelto loca a causa de ver, día tras día, la agonía de su hijo. El señor Aristón, una vez se hubo asegurado su sueldo de estafador, se extendió a partir de aquel momento en la narración de sus muchas hazañas (que él llamaba "notoriedades"), experiencias usuales y cotidianas que él dilataba con descripciones tediosas e interminables o representando lo sucedido por medio de platos, vasos o cualquier otro artilugio que tuviese a mano.

Inexplicablemente, aquel comediante farragoso consiguió ganarse al instante la aprobación de Apolonia, complacida hasta el deleite con sus falsas adulaciones, sus aires pomposos y su ingenio cercano a la estupidez más absoluta.

Y así, pasaron los tres un par de horas conversación; incluso acabaron cenando pato asado. Masha y Bytan no estuvieron presentes, acaso para no tener que compartir la mesa con un ser tan odioso y cargante como el señor Aristón.

Poco después de las nueve de la noche, vino el abuelo a buscar a Senmontu para ir a dar una vuelta juntos por los jardines de la casa, como hacían todos los días después de la cena. Senmontu descubrió que ya era muy tarde y se despidió de Apolonia, que la acompañó a la puerta de la casa. Se dieron un beso en la mejilla y hablaron del tiempo, bastante fresco a aquellas horas, y por fin su madre realizó, quizás sin quererlo, un comentario entre elogioso y admirativo del extraño invitado que habían recibido aquella jornada:

—Creo que el señor Aristón conseguirá salvar de la muerte a tu hermanito. No sé por qué, pero confío en ese hombre.

Senmontu, estupefacta, solo acertó a responder:

—Mamá, ¿no ves que no es más que un pobre charlatán?

Pero Apolonia negó confundida con la cabeza y le explicó, poco a poco, pues no entendía bien lo que significaba:

—No es eso que dices, es el mostrador de la multiplicidad, el señor de las bagatelas y las maravillas, el viajero exánime por inagotable.

—Ni siquiera sabes lo que estás diciendo, mamá.

Apolonia no tuvo inconveniente en darle la razón.

—Puede que no, pero no pienso contrariar a nuestro invitado. Si él quiere describirse así, no soy yo quién para llamarle de otra forma.

—Así pues, sabes que es un charlatán y un estafador —dijo Senmontu, tratando de controlar la rabia y el profundo desprecio que la dominaban—. Espero que no te hayas creído ni por un instante que va a poder curar al pobre Maakheru.

—Estoy desesperada, Senmontu. Creeré lo que me dé la gana.

—Mamá —Senmontu tenía una mirada profunda y directa, tratando de demostrar a su madre que podía ser tan adulta como fuera necesario y enfrentarse a aquella situación—. ¿Es que estás dispuesta a arruinarnos cubriendo de oro y plata a ese imbécil? Pídele que te devuelva la bolsa de monedas que le diste con cualquier excusa y luego le echas a patadas de casa. Si quieres, llamo a Masha y entre los dos…

—Dime una cosa, niña —le interrumpió su madre—. ¿Eres tú la señora de esta casa o lo soy yo? ¿Son tuyos los campos, el granero, los préstamos, los ahorros que nos quedan? Dime, Senmontu.

La joven bajó la cabeza.

—Son tuyos, mamá.

—Pues si son míos, hija —concluyó Apolonia su razonamiento con gesto triunfante—, déjame hacer con ellos lo que mejor me parezca, déjame volverme loca si es preciso, porque puede ser que sea una mujer con tantos problemas y tan desesperada que necesita comportarse como una loca y hacer un buen puñado de locuras. No voy a quedarme de brazos cruzados mientras mueren mi marido y ahora mi hijo, mientras me quitan mis propiedades y dejo a mi familia

en la calle como unos pordioseros. Tal vez un acto de locura me venga bien, después de todo.

—¿Necesitas tanto un acto de locura que te pasas las horas hablando con tu esposo muerto en tus habitaciones? —repuso Senmontu con firmeza, dispuesta a llevar aquella conversación hasta el final, con todas sus consecuencias.

—Ah, vaya, eras tú la que esta mañana me espiabas —Apolonia parecía súbitamente relajada, como si le hubieran quitado un peso de encima—. Supongo que debería haberlo supuesto.

—¿Y bien? —inquirió Senmontu.

—Y bien nada, hija. Estoy tan loca que discuto en mi cuarto conmigo misma; primero hablo con mi voz y luego me invento una voz más grave que se parece todo lo que puedo a la de mi difunto esposo Dryton. ¿Es eso lo que querías oír? Pues ya lo oíste.

—Pero no me lo creo.

Apolonia se encogió de hombros.

—No te lo creas. A mí me da igual.

—Dime la verdad, mamá, por favor.

Apolonia rio brevemente, de pura desesperación.

—¿La verdad? ¿Qué se me aparece en ocasiones mi querido Dryton y hablamos hasta que amanece? Creo que deberías quedarte con la versión de la madre loca que imita la voz de sus seres queridos desaparecidos. Si esperas un poco, unos días tan solo, me oirás imitar la voz del pequeño Maakheru.

La cabeza de Senmontu, aún inclinada, se irguió de pronto mientras sus ojos se encendían con un súbito brillo.

—Mamá, confía en mí. Entre ambas podemos conseguir salir de todos los problemas que nos acechan. Además, están Masha y el abuelo. Entre todos lo conseguiremos. Lo sé.

—¿Entre todos? ¿Qué todos? —Apolonia observaba a su hija con una tristeza cada vez mayor, como resignada a su suerte—. Ninguno podéis ayudarme.

—Pero mamá…

—Tú eres una niña a ojos de la ley, Senmontu. Ya sé que tal vez seas madura para tu edad y hasta más capaz que muchos adultos,

pero eso a la ley lo mismo le da. Eres una niña y, como has nacido mujer, serás una niña hasta tu muerte.

Senmontu dio un golpe en la pared.

—Pero quedan Masha y el abue…

Apolonia negó lentamente con la cabeza.

—No queda nadie, hija. ¿No lo entiendes? Masha es un esclavo, eso para la ley es menos que una mujer. Respecto a Bytan, durará algo más que Maakheru pero no mucho. Además, está senil y en el pueblo todos lo saben. Talla figuras que, según dice, salvarán al mundo y cree que unos seres extraños nos vigilan para destruirnos.

—Lo de los Udji que nos vigilan es verdad, y sospecho que lo de las figuras también.

Con un violento gesto de su mano derecha, Apolonia pareció desestimar aquella inaudita afirmación, casi como una locura peor que las suyas propias.

—Por Dios, Senmontu. ¿Es así como quieres ayudarme? Necesitamos a un hombre en esta casa, un tutor que nos salve de la miseria y no un viejo que chochea y que pronto pasará a la Otra Orilla. Además, quiero que mi hijo sobreviva a su enfermedad para verlo crecer a mi lado. ¿Puedes ayudarme en algo de todo eso?

—Bueno, mamá, yo creo que si nos mantenemos firmes…

—¡Senmontu! ¿Puedes ayudarme con algo tangible que no sea aconsejarme firmeza?

—Mamá, yo…

Apolonia se dio la vuelta, cansada de hablar para no llegar a ninguna parte.

—Mi invitado me espera. Creo que de momento ya nos hemos dicho cuanto teníamos que decirnos.

—Estás así porque Djaw ha venido a decirte que mi padre ha sido declarado muerto —dijo Senmontu a la desesperada, intentando retener a su madre—. Ahora cualquier envidioso del pueblo podría ponernos un juicio, declarar incapaz a Bytan y quitárnoslo todo.

Apolonia, en efecto, se detuvo en seco y se volvió para mirarla con un ademán de extrañeza.

—¿También te has enterado de eso? Debes tener espías, porque

Djaw vino cuando tú estabas en el colegio y yo no se lo he contado a nadie todavía. Pero da igual. Es verdad. La visita de Djaw ha terminado de abrirme los ojos. Si no hago algo, lo perderé todo.

—Pues haz lo que sea, pero no con ese Aristón.

Senmontu intentó retenerla una vez más, pero Apolonia se apartó a un lado.

—Ya te lo he dicho antes, Senmontu. Ya hablamos suficiente por hoy. Mañana ya tendrás tiempo de echarme en cara lo que te venga en gana.

Y Apolonia le dio la espalda a su hija y regresó al comedor, con la espalda muy erguida, tratando de aparentar una seguridad y una calma que no sentía, sintiéndose perdida en el caos de muerte y enfermedad que se había abatido sobre su familia, amenazando con llevárselo todo a su paso. Estaba dispuesta a aferrarse a aquel clavo ardiendo que era el señor Aristón, y pensaba aferrarse hasta que hubiese quemado las yemas de los dedos, cosa que seguramente habría de suceder. Pero no le importaba. La posibilidad más remota valía la pena ante la fatalidad sin escapatoria que se abría ante ella como alternativa.

Senmontu vio alejarse a Apolonia y pensó que su madre tenía razón en cuanto le había dicho, pero que, sin embargo, en el fondo se equivocaba en todo y completamente. Entonces fue cuando la muchacha se dio cuenta de lo difícil que era ser un adulto: cuando se es un adulto tienes que tomar decisiones… y las decisiones son como un camino que se bifurca en muchos senderos. Cada sendero que tomas contiene un destino, pero a la vez el peso de todos los caminos que no se tomaron y todos los destinos que no se alcanzaron. Y el peso de todas aquellas realidades alternativas era a veces peor que la propia desgracia de haber equivocado el sendero.

Además (y esto era lo que más temía Senmontu), existía la posibilidad de que llegaran pronto a un cruce de caminos tras el cual, de equivocar el sendero, terminara la travesía de una vez y para siempre.

7

UN DÍA ESPECIAL

(Año 158 Antes de Cristo)

Bytan la esperaba en los jardines. Echó a caminar a grandes zancadas, como si tuviera prisa.

—Vamos, Senmontu. Hoy será un día especial.

—¿Especial, dices?

La joven, avanzando lentamente desde el portal de la casa, atravesó el huerto y el estanque vestida con un sencillo manto rectangular de lino que le caía desde el hombro izquierdo. Iluminada apenas por una luna casi llena, en cuarto creciente, Senmontu parecía una flor demasiado hermosa, una estrella de una belleza frágil. Pero en realidad su hermosura enmascaraba una fuerza increíble y una voluntad férrea que nadie, ni siquiera su abuelo, era capaz de imaginar.

—Muy especial —dijo Bytan, mirándola fijamente con unos ojos muy brillantes—. Hoy te explicaré uno de los secretos de los Udji, aquellos que siempre vigilan y que quieren destruirnos.

—¡Bien! —exclamó Senmontu, sin poder disimular su excitación.

En silencio, Senmontu y su abuelo dejaron los jardines, más tarde enfilaron la pista nueva de tierra y pasaron de largo las últimas viviendas de Harmonía, encaminándose hacia las afueras, hacia la ciudad de los muertos. Se trataba de la Necrópolis o cementerio griego, donde los difuntos de origen extranjero pasaban bajo tierra el resto de la eternidad.

—¿Hoy me lo explicarás todo de los Udji, abuelito? ¿Cómo los vamos a destruir? ¿Por qué…?

—No —le interrumpió el anciano—, hoy sabrás lo que son los Udji. Poco a poco te lo explicaré, ya te lo dije. Tienes trece años, mi niña, no podrías con todo. Tu propio padre, Dryton, no pudo con ello

y te triplicaba la edad.

—Pero yo quiero saberlo todo. Incluso lo que no contaste a Dryton.

—Ah, mi niña… —dijo el anciano, preguntándose cómo podía haber adivinado que ni siquiera su padre sabía un par de secretos que nunca se atrevió a contarle—. En la vida se quieren tantas cosas… A su tiempo sabrás la verdad y nada de este mundo será un misterio para ti. Entonces, seguramente desearás que nunca te hubiera contado nada de los Udji.

Senmontu miró a su abuelo con renovada admiración. Aquel hombre no solo era un pobre viejo loco que tallaba figuras de madera sin pausa. No, era mucho más que eso. Era un sabio, un hombre que conocía muchos enigmas, muchos sortilegios prodigiosos e historias que pondrían los pelos de punta a los mismos muertos. Bytan era un hombre que guardaba dentro de sí mucha experiencia y unas capacidades enormes, tal vez dormidas por el momento pero listas para ser utilizadas frente a sus enemigos. Bytan era un hombre mágico, como el Señor Oscuro, un Conocedor de Palabras, un poderoso hechicero. Senmontu lamentó una vez más haber prometido no revelar ni al propio Bytan la presencia en Harmonía de aquel hombre misterioso que se hacía llamar Oscuro. Toda aquella historia le hacía sentirse culpable. Y Senmontu odiaba sentirse culpable. Sin embargo, no rompería su promesa, porque ella era una joven egipcia y un egipcio jamás rompe una promesa.

—Te quiero mucho, abuelito —Senmontu tuvo que decir aquellas palabras para lavar su conciencia. Se sentía mal por ocultar a su abuelo todo aquel asunto.

—Y yo a ti, pero ahora presta atención a lo que va a suceder y aprende de ello. El conocimiento es la llave de todas las puertas.

—Claro, abuelo, eso haré. A mí me encanta aprender.

—Pues entonces hoy es tu día.

Llevaban ya un rato caminando cuando vieron a Eurionupis, vestido con un faldellín de buen lino, aunque viejo y remendado, seguramente la mejor prenda de su vestuario. El muchacho se tambaleaba, perdido en medio de la oscuridad, caminando por la pista

de tierra con una antorcha en una mano y la flor de loto que había tallado para Senai en la otra. A pesar de la luz que emitía la llama, los contornos de los árboles, de las personas y hasta de las casas, eran para el niño puntos borrosos en la tiniebla casi perpetua de su ceguera. Bytan apresuró su paso y le dieron alcance donde la pista de tierra se bifurcaba, al norte descendiendo hacia la escuela y la Explanada de las Acacias y al oeste hacia el embarcadero.

De pronto, Eurionupis se detuvo para iluminar un letrero donde se podían leer las diferentes direcciones que tomaba de la pista de tierra. Pero él era incapaz de leerlo y se debatía mirando a derecha y a izquierda, dubitativo.

—Vaya, vaya, mi buen aprendiz aparece por aquí, en medio de la noche —dijo Bytan entonces, poniendo una mano en el hombro del muchacho—. ¿Qué estará buscando el joven Eurionupis?

El muchacho se echó a reír, sintiéndose un poco más tranquilo al reconocer la voz de su maestro.

—Ah, qué suerte la mía al encontraros a una hora tan avanzada. Creo que el embarcadero está hacia la izquierda, pero estoy tan nervioso que no las tenía todas conmigo. He quedado con Senai, ¿sabéis? Me escribió una hermosa carta y quiere verme a solas para que hablemos. Ahora mismo soy el más feliz de los hombres aunque seguramente también uno de los más nerviosos —rio de nuevo el muchacho.

—Sin duda es así —dijo Bytan, sintiéndose orgulloso de su aprendiz—. Tienes suerte de que el amor llame a tu puerta, amigo mío. Y por cierto que estabas en lo cierto, el embarcadero queda a tu izquierda. Deja de iluminar ese letrero que estoy seguro de que no puedes leer y ve al encuentro de tu amada. ¡Corre!

Senmontu, hasta ese momento, había permanecido callada, sin poder dejar de pensar en lo extraño que resultaba que Senai consintiese en tener un encuentro privado con un muchacho al que, hasta hacía bien poco tiempo, despreciaba más que nadie en este mundo. Cuando vio que Eurionupis se inclinaba ante Bytan para darle las gracias y seguía su camino a trompicones por la pista de tierra, se volvió para gritarle:

—Ten cuidado, Eurionupis. No vayas demasiado deprisa, no sea que vayas a lastimarte.

El muchacho se detuvo y trató de adivinar el contorno de la muchacha con la luz de su antorcha.

—¿Eres tú, Senmontu?

—Sí, soy yo.

—Ah, bien, es que no te había visto —dijo Eurionupis, inclinando levemente la cabeza en señal de agradecimiento—. No te preocupes, que tendré cuidado, amiga mía.

Y poco a poco, la figura del muchacho se fue perdiendo a la espalda de Senmontu, quedando como único recuerdo un punto de luz en la lejanía. Bytan indicó a su nieta que ellos debían marchar hacia arriba, lejos de los enamorados y su cita en el embarcadero, y esto hicieron ambos, en silencio.

—Pobre Eurionupis —dijo Senmontu, sin saber por qué decía semejante cosa.

—¿Pobre? —se sorprendió Bytan—. ¿No crees que le vaya bien su excursión amorosa?

—No lo sé. Ni siquiera tengo claro que todo esto tenga algo que ver con el amor. Espero que no sea una broma cruel y estúpida de esa niña cruel y estúpida —dijo Senmontu, con una voz que dejaba translucir su preocupación por Eurionupis.

Bytan, que seguramente también había pensado en la posibilidad de que aquella niña malcriada se estuviese riendo de su aprendiz, añadió:

—Eso esperamos todos. Pero no podemos ser los guardianas del muchacho. Él debe afrontar sus propias batallas. Será mejor que ahora no pensemos en los problemas de los demás, pues me parece que tenemos de sobra con los nuestros, ¿no es verdad?

Senmontu no pudo evitar dar la razón a su abuelo, y redoblaron ambos su zancada camino arriba.

Se detuvieron a la entrada del cementerio. A lo lejos podían verse dos grandes piras donde los cuerpos de los difuntos eran siendo quemados. Habían llegado a la hora en que terminaba el entierro de los dos criados asesinados en casa de Senai.

—Abuelo, ¿no saben esos necios que un cadáver que arde recibe un final nefasto y no podrá pasar a mejor vida?

—Son griegos, Senmontu, sus costumbres no son las nuestras. Entre ellos hay varios ritos relacionado con la muerte; uno de ellos es la cremación. ¿Ves esos ataúdes al fondo? Creo que después de quemarlos, los enterrarán.

Los ataúdes eran de una simplicidad elocuente: uno tallado en madera sin adornos, el otro moldeado en terracota con discretas inscripciones geométricas. El nombre de cada difunto estaba escrito en su tapa con tinta negra. La modestia de los féretros no restaba un ápice de la solemnidad del momento.

—¿Por qué? ¿Para qué? Los queman y luego los entierran en un ataúd, es lo más tonto que he oído en mi vida.

—No, no lo es. Son otras costumbres, sencillamente. Aprende a respetar a los griegos si quieres que ellos te respeten.

—Ellos no respetan que yo quiera ser egipcia.

—Pues precisamente. Dales una lección.

Bytan acarició los cabellos de su nieta y luego dejó que su mano se posase en la mejilla de la joven; ella sonrió y besó aquella mano tan sabia, surcada de arrugas que eran como hondas huellas del paso del tiempo.

—¿Y los Udji, abuelito? ¿Cuál es ese misterio que ibas a mostrarme?

—Paciencia, Senmontu. Sigamos mirando.

Por la hondonada fueron apareciendo aquellos que, terminada la ceremonia, la despedida de los seres queridos, volvían a sus casas. Senmontu distinguió entre ellos a Petámenos, su profesor, a varios notables de Harmonía, y algo más atrás al propio Clito, padre de Senai y amo de los dos asesinados, cabizbajo, pensativo, cerrando el cortejo fúnebre.

Senai no estaba entre los que habían acudido a la ceremonia, lo cual extrañó y angustió a Senmontu, aunque no expresara sus ideas en voz alta. ¿Aquella niña había conseguido librarse con cualquier excusa de acudir al entierro para ver a escondidas en el embarcadero a Eurionupis? ¿Tanto le importaba aquella cita? No, no, todo aquello no

tenía sentido. Algo se le escapaba. Algo iba terriblemente mal.

—Esos dos que queman deben ser los criados de una compañera del colegio. —dijo Senmontu, intentando no pensar en Eurionupis ni en la cita del embarcadero—. El primero era un buen hombre, un viejo sirviente cojo que llevaba muchos años en la familia de Clito y que todos los días llevaba a mi amiga al colegio en burro. La mujer era su guardiana, su aya, he oído, y desde niña se ocupaba de ella. Dicen que un ladrón entró en su finca y los mató.

—No un ladrón, mi niña. ¿El mismo día que aparecen los Udji, un doble asesinato en un lugar tan tranquilo como Harmonía? Demasiada casualidad. Además, no robó nada de valor, me he informado, en el pueblo no se habla de otra cosa. No, el asesino fue ese Udji. Lo que no entiendo es la causa… ¿por qué lo hizo? Ellos no actúan por azar o capricho. Debe haber alguna razón.

—Mi amiga, Senai, estaba en la casa, tal vez ella lo sepa. He oído también que la tuvo raptada varias horas en su propia habitación.

—¿Senai? ¿La enamorada de Eurionupis?

—La misma. Recuerda que hace un rato él mismo te ha hablado de ella cuando te ha dicho que buscaba el embarcadero para verla. Además, llevaba la flor de loto azul que tallasteis ambos para que se la regalase.

Bytan se mesó el mentón, pensativo, como si algo importante estuviera a punto de descubrirse. El cortejo fúnebre se alejaba ya por el terraplén y Senmontu distinguió a Takratis al borde del camino. Senmontu se levantó de un salto y saludó a su amiga con un gesto. Ella la reconoció al momento y acudió a la carrera.

—Es la muñeca —dijo Bytan, de pronto, con voz de alarma.

—¿La muñeca?

—La muñeca que Eurionupis le hizo a esa niña con mi ayuda. Yo tallé incluso algunos pedazos. ¿Cómo pude ser tan necio? El Udji debió verla y acudió hasta la casa de Senai porque reconoció mi estilo. ¡Oh dioses, soy responsable por mi estupidez de esas dos muertes!

En ese instante llegó, entre resoplidos, Takratis, que se abrazó a Senmontu:

—¿Qué hacéis aquí?

—¡Eso debería preguntártelo yo, Takratis! Esto es el cementerio griego de la ciudad, o la Necrópolis, como la llaman ellos. ¿Por qué estás aquí a estas horas, casi de noche?

Takratis se echó a reír.

—Mi padre, Djaw, es precisamente el guardián de la Necrópolis, tonta… ¿no te acuerdas? Es el único funcionario del estado que tenemos en Harmonía. ¡Todo un honor! He venido a buscarle, me envía mi madre a decirle que no se retrase, que la comida está en la mesa.

—Ah, claro, ¡es verdad!

Las dos amigas se abrazaron. Bytan las miró y se le escapó, pese a la ansiedad que le dominaba, una media sonrisa.

—Vamos, niñas. Ahora no hay tiempo. Fijaos, ya meten a los dos cuerpos en sus ataúdes. Pronto los cubrirán de tierra. Escondámonos si no queremos ser vistos.

—¿Por qué vamos a escondernos? —preguntó Takratis, súbitamente intrigada.

—Aguarda con nosotros y lo sabrás —dijo el anciano.

Senmontu miró a su abuelo con desaprobación.

—¿Puede ella quedarse? ¿No será peligroso?

—¿Peligroso? —terció Takratis, cada vez más interesada en todo aquel asunto.

Bytan bajó el tono de su voz:

—Tal vez sea peligroso, Senmontu, pero apenas hay tiempo. Si ella quiere irse que se vaya, pero que lo haga ya. Si quiere quedarse, es libre de hacerlo.

—¡Sí, claro que sí! —Takratis rompió a aplaudir pero se detuvo cuando con el dedo corazón en los labios Bytan la conminó al silencio.

—¿No tenías que ir al encuentro de tu padre? —inquirió el anciano.

—Ah, sí… le aviso de que la comida está en la mesa y le digo si puedo quedarme en casa de Senmontu esta noche… y vuelvo enseguida, ¿vale?

—Muy bien. Pero no tardes.

Takratis echó a correr de nuevo, esta vez hacia la hondonada… y pronto desapareció de la vista. Su padre estaba algo más allá, abriendo la puerta principal de la Necrópolis al cortejo fúnebre. Entretanto, Senmontu no dejaba de menear la cabeza, preocupada.

—No me gusta nada de esto, abuelito. No quiero que le pase nada a Takratis. No me lo perdonaría.

Bytan se volvió y cogió a la joven de la mano.

— Ninguno de nosotros quiere que le pase nada malo a nadie. Ni a Takratis ni a Eurionupis, y mucho menos a ti o a mí. Hoy será una noche aún más especial de lo que había anticipado. Espero que Montu nos proteja. Porque, al final, en esta vida, todas las cosas están en manos de los dioses.

LIBRO 3



LOS MUERTOS SALEN DE SUS ATAÚDES

EGIPTO, AÑO 2024

(Memorias de Rafel Collington)

El obelisco había sido siempre el centro de mi atención desde que lo descubrí. Pero a medida que desenterraba sus alrededores, las conexiones con la tumba se volvían cada vez más evidentes. Las inscripciones que encontraba en mi camino eran una especie de narrativa, como si el mismo sirviera de guía para aquellos que se aventuraban en el descanso final de quienes yacían debajo. En la cultura egipcia, el obelisco siempre ha sido un símbolo del sol, un rayo petrificado de Ra que tocaba la tierra. Y este, en particular, parecía servir de puente entre el mundo terrenal y el más allá.

Cuando por fin me enfrenté a lo que parecía ser la entrada principal de la tumba, quedé pasmado. El arco de la entrada estaba labrado en piedra caliza y flanqueado por bajorrelieves de figuras humanas y divinas. Estas figuras sostenían símbolos de vida y muerte, ofrendas para el difunto y representaciones de deidades guardianas. Imaginé que el obelisco, en su día, se alzaba majestuosamente, alineándose perfectamente con la entrada que acababa de descubrir. Durante el solsticio, el sol se posaría directamente sobre el obelisco, y su sombra señalaría la entrada de la tumba, como si estuviera guiando al difunto hacia el más allá.

Sin embargo, mi admiración fue interrumpida por un obstáculo inesperado. El corredor que llevaba a la puerta de la tumba estaba bloqueado por una acumulación de escombros, piedras y arena. Estas barreras naturales habían protegido el sepulcro de intrusos durante milenios, pero ahora entorpecían mi trabajo.

Las piedras que bloqueaban el camino eran de diferentes tamaños, desde pequeñas piedrecillas hasta grandes rocas que parecían requerir la fuerza de varios hombres para moverlas. Además, la disposición de los escombros sugería que alguna vez hubo un derrumbe o, tal vez, un intento anterior de entrar a la tumba que no terminó bien.

Suspiré, dándome cuenta de la magnitud de la tarea que tenía

por delante. Necesitaría herramientas y, sin duda, mucho más tiempo para poder acceder al interior.

Tras una hora de descanso, proseguí la tarea. El silencio solo era interrumpido por el sonido de mis herramientas moviendo piedras y arena. Sin embargo, a medida que profundizaba más y el aire se volvía más pesado, empezaron a suceder cosas extrañas.

La primera vez que ocurrió, estaba tan concentrado que pensé que mi mente me estaba jugando una mala pasada. Escuché un susurro, tan ligero como el viento, pero claramente una voz. "Ya estás cerca", decía. Miré a mi alrededor, pero no había nadie más en la cámara. Ajusté la linterna para asegurarme de que estaba solo y continué trabajando, pensando que quizás había sido un truco del eco, un espejismo auditivo.

Pero entonces, mientras me esforzaba en mover una roca particularmente pesado, vi algo por el rabillo del ojo. Era una silueta espectral, evanescente, que parecía moverse entre las sombras. ¿Podría ser mi madre? O quizás Senmontu, la joven con la que había soñado tantas veces. Intenté hablar con ella, preguntarle qué quería, pero antes de que pudiera articular palabra, la figura desapareció.

"No dejes de cavar", susurró la voz nuevamente, esta vez más fuerte. El tono era insistente pero al mismo tiempo tranquilizador. Estaba confundido, aturdido. ¿Se hallaba mi mente al borde del agotamiento o realmente estaba siendo guiado por fuerzas desconocidas, sobrenaturales? Traté de enfocarme en mi tarea, pero las visiones y susurros continuaban, motivándome, empujándome hacia la tumba.

Después de haber limpiado una sección considerable, sentí una mano en mi hombro. Me giré bruscamente, esperando encontrarme con alguien, pero solo había oscuridad y el lejano resplandor de mi linterna. "No se lo digas a nadie. Nadie debe saber lo que estás haciendo", susurró la voz una vez más, esta vez directamente en mi oído.

Aunque estas manifestaciones eran perturbadoras, en lugar de sentir miedo, aquellas voces me empujaban a seguir adelante. Eran como guardianes del secreto que estaba por descubrir, asegurándose

de que solo aquellos verdaderamente dignos accedieran a él.

Con renovada energía, seguí avanzando, dejándome guiar por esas voces del pasado, o del más allá, en mi búsqueda del misterio que yacía detrás de la entrada obstruida.

8

UNA CITA AMOROSA

(Año 158 Antes de Cristo)

Eurionupis estaba en el embarcadero, mirando entre brumas los bajeles amarrados con una expresión alegre, aunque distante. Por un momento, olvidó su rostro terriblemente desfigurado, sus párpados vueltos del revés y en carne viva, aquejados de un raro mal que los médicos no lograban curar, a pesar de que la enfermedad figuraba en sus libros. Algunos egipcios la han padecido desde tiempos inmemoriales. Su último médico le prescribió una pomada para los ojos a base de ocre amarillo y resina de terebinto. Desde entonces, su vista había mejorado un poco, pero Eurionupis no albergaba esperanzas. Probablemente, su destino era quedarse completamente ciego. Sin embargo, en ese momento, sus problemas le parecían poca cosa porque al fin tenía a Senai, su enamorada. Pronto podría abrazarla y todos esos años de sufrimiento desaparecerían como por arte de magia. No tenía la menor duda.

Un viento frío soplaba a su alrededor, pero Eurionupis apenas lo notaba, sumergido en sus pensamientos. Sentía que su amada estaba cerca, casi podía percibir su perfume. En un instante, todos sus problemas quedarían atrás.

—Te amo —susurró al viento, que en respuesta, solo le ofreció otro soplo frío que erizó su cabello.

Eurionupis tomó una piedra del suelo y la lanzó a las oscuras aguas del Nilo.

Senai, la cazadora, encontró a su presa junto a la orilla. Como siempre, él estaba holgazaneando, apoyado de forma indolente sobre una roca, lanzando piedras al río y siguiendo con la mirada los círculos que los impactos formaban en el agua.

—Hola, Eurionupis.

El joven se giró, ofreciendo una amplia sonrisa que transformó su rostro en una mueca grotesca.

—Hola, amada mía…

Eurionupis intentó distinguir las formas de Senai, relamiéndose, consciente de su suerte. Senai se sintió incómoda, como si la diseccionara. El joven pasaba su lengua por los labios, mostrando unas encías que a Senai le parecían repulsivas. Luego sonreía, intentando transmitir amabilidad, pero a ojos de la chica, parecía una mueca desagradable.

—¿Qué has venido a buscar, muchacha? —dijo Eurionupis, simulando sorpresa ante la presencia de Senai, quizás intentando iniciar un juego coqueto.

"¿De ti? No busco nada, perro apestoso. O quizás algo que no esperas", pensó Senai con desdén.

—Paseaba, solo eso —dijo, sin embargo—. Pero no me gusta pasear sola.

“Otra vez esa mirada. Dioses, que dejara de mirarla”.

—¿No es una bonita noche para que paseen unos enamorados, mi dulce Senai?

—Sí, lo es —tartamudeó la joven, que apenas podía soportar la presencia de aquel engendro repugnante.

—Entonces es tu día… mejor “noche” de suerte. Eurionupis está siempre preparado para hacer compañía a una damita tan hermosa como tú.

El adolescente se incorporó, estirando su faldellín de lino apedazado y retocándose coquetamente los cabellos, como si estuviese frente a un imaginario espejo de cobre. Resultaba patético. Eurionupis podría haber sido un muchacho hermoso, pretendido por muchas mujercitas como Senai y pareja de no pocas de ellas. Pero la enfermedad había ido arrasando vorazmente su cuerpo delgado hasta convertirlo en una caricatura de sí mismo, vestido con unas vestiduras raídas con las que pretendía engalanarse, borracho de sí mismo y de falsos recuerdos de lo que podría haber sido.

—¿En qué piensa mi muñequita Senai? Estás muy callada, ranita.

“Oh, por el dulce Amón, si por lo menos no tuviera que soportar que le pusiera esas pupilas babeantes encima. ¡Y le llamaba ranita, el muy cursi!”.

Habían comenzado a andar y la joven llevaba a Eurionupis, como sin darse cuenta, hacia el final del embarcadero, donde estaban los almacenes, desiertos a aquellas horas de la noche. Iban ambos cogidos del brazo y, desde la distancia, bien podrían haber pasado por una verdadera pareja de jóvenes enamorados.

—Estaba pensando, mi dulce acompañante… en una cosa —dijo la joven.

Nadie a la vista. Todos estaban durmiendo o en sus casas. No había ningún guardián en aquella parte del embarcadero porque no había nada que guardar; nada de valor se almacenaba en la pequeña ciudad de Harmonía, demasiado pobre para atraer a los ladrones.

—¿Y bien, muñequita? ¿No estarás pensando en esta cosita que llevo en mi mano? ¿No te estarás preguntando para quién es?

“Un loto azul. Un maldito loto azul de madera tallado por aquellas manos temblorosas, mugrientas, repulsivas. Oh, dioses, cuánto odiaba a ese maldito Eurionupis”.

—Oh, ¿es para mí? ¡Qué feliz me haces con tus regalos! —mintió Senai, rozando apenas la talla con dos dedos como si quemara —. Soy la joven más feliz de Egipto.

—Y una joven muy hermosa, si me permites que te lo diga —dijo Eurionupis, galante, tendiéndole la flor de loto para que su enamorada la tomara y la guardara en un altar, en su habitación, como prueba de la devoción que sin duda le profesaba.

“¡Su aliento! Se había acercado tanto que había sentido su aliento en la mejilla, un aliento rancio, como a animal muerto”. Senai estaba convencida de que acabaría vomitando en el suelo, delante de aquel imbécil, si aquella farsa no acababa de una maldita vez.

—Había pensado, Eurionupis —se le había secado la boca y tuvo que tragar saliva—, que podrías ser mi novio. Me haría muy feliz que aceptases.

Los ojos magullados del niño parecían a punto de salirse de las órbitas. Los párpados se abrían y se cerraban sin cesar, como si no

pudiesen abarcar a su huésped ni un instante más. Un hilillo de sangre corría por ellos, fruto de la enfermedad.

—Oh… Senai. No tengo palabras. No me puedo creer que haya de verdad tocado tu corazón tan rápidamente y…

—No sigas… y dime si quieres ser mi novio para siempre.

Si no se hubiese oído a sí misma pronunciar aquellas palabras, Senai habría pensado que era incapaz de hacer el acopio de valor necesario para pronunciarlas. Pero ya estaba hecho. El anzuelo había sido lanzado al aire, ahora solo faltaba ver si el mocoso deforme abriría sus grandes fauces y se lo tragaría.

—Oh, Senai, naturalmente que quiero ser tu novio. Y debo añadir que me haces a mí también el más feliz de los hombres de Egipto y hasta de los Nueve Arcos. ¡De todo el universo!

Había picado. El adefesio parecía indescriptiblemente satisfecho, como si hubiese ascendido al cielo de repente y se hallara sentado a la diestra de Osiris.

—Ven, querido Eurionupis, vayamos tras ese muro. Allí en la oscuridad, estaremos a salvo de miradas indiscretas y podremos besarnos. Si quieres, naturalmente.

Eurionupis siguió a la joven de la mano hasta donde se encontraba aquel viejo muro de adobe, una construcción inacabada detrás de los almacenes del puerto. El muchacho, sencillamente, pensaba que estaba viviendo un sueño. Todo cuanto hubiese podido pensar o imaginar de aquella noche estaba sucediendo a un ritmo vertiginoso, ¡y sucediendo de verdad! Los dioses se habían apiadado de él y por una vez le otorgaban sus bendiciones. Nada más llegar a casa, se prometió, se inclinaría ante la estatua del Divino Montu y le rezaría de rodillas hasta que no sintiese las piernas.

—¿Ya hemos llegado, Senai?

La joven, de pronto, se había soltado de su mano y Eurionupis se encontró solo, detrás de aquel muro, perdido en un lugar donde nadie podría advertir su presencia ni desde el embarcadero ni desde la pista de tierra.

—¿Senai?

Entonces fue cuando el muchacho percibió la otra presencia. Aunque

Eurionupis no había nacido ciego y carecía de esos sentidos afinados que desarrollan los invidentes con el paso del tiempo, lo cierto es que llevaba ya los suficientes años en la semipenumbra como para haber agudizado su oído y su tacto. A veces era capaz de sentir, de percibir cosas que otros no podían. Y ahora supo que a su lado, a pocos codos de distancia, se hallaba un ser muy distinto a Senai. Era un hombre, para empezar, y un hombre más ciego aún que él, un hombre ciego de ira y de dolor, confuso, aterrorizado, entrenado para hacer el mal y dispuesto a que los demás pagasen todo el sufrimiento que él soportaba con su propio sufrimiento. Podía sentir el bastón de aquel ser hincándose en el suelo según avanzaba a su encuentro. Ya estaba cerca.

—¿Quién eres tú? —dijo el muchacho.

El ser se carcajeó con una risa espasmódica, rota, como venida del mismísimo infierno. Se acercó hasta casi tocar al pobre Eurionupis.

—Yo soy un Udji, mi buen amigo, uno de los que vigila; y me temo que tú tienes una información que yo necesito. Y te la voy a sacar aunque tenga que arrancarte la piel a tiras.

La daga del Udji rozó la garganta del muchacho y este tragó saliva.

—No le habrás hecho nada a Senai, ¿verdad? A mí hazme lo que quieras, pero a ella déjala en paz.

Entonces resonó la voz de su amada, y lo que dijo atravesó el corazón de Eurionupis con más violencia de lo que lo habrían hecho mil dagas como la que llevaba el Udji.

—¿Pero te estás oyendo, maldito imbécil? Udji, acaba de una vez con esa monstruosidad. Quiero ver cómo se retuerce en el suelo hasta morir desangrado. ¡Mátalo ya! ¡Hazlo por mí, te lo ruego!

El Udji alejó la daga del cuello de Eurionupis, pero este ya había muerto por dentro. Aquella hoja afilada ya no podía hacerle mal alguno.

—Paciencia, niña malcriada —dijo el Udji, con tono severo, como si fuese un maestro amonestando a un alumno demasiado travieso—. La noche es joven y Eurionupis tiene que disfrutar de esta linda cita amorosa antes de pasar a la Otra Orilla y reunirse con sus antepasados.

9

LOS MUERTOS SALEN DE SUS ATAÚDES

(Año 158 Antes de Cristo)

Estaba a punto de amanecer. Senmontu se había dormido sobre la espalda de Takratis y esta sobre un montón de hierba fresca. Una mano las zarandeó, despertándolas del sueño, y las niñas se desperezaron y se frotaron los ojos.

—Ahí van nuestros enemigos —les susurró Bytan, que se pegó aún más al suelo para no ser visto.

Las niñas se estiraron del todo en el suelo siguiendo el ejemplo del anciano.

—¿Dónde? ¿Quién? —dijo Senmontu, en un gemido.

Entonces los vieron. Eran dos. El primero era el Udji, un ser extraño de mirada desafiante y violenta vestido con un taparrabos de leopardo. Le acompañaba alguien mucho más bajo, que apenas le llegaba a la altura de los hombros.

—Va con un enano —declaró Takratis.

—No es un enano —dictaminó Bytan—; los enanos no son solo de baja estatura, sus cuerpos tienen una complexión distinta. Es una persona joven, un niño tal vez.

—¿Eurionupis? ¿No será Eurionupis, verdad, abuelo? Dime que no es él… ¿Le habrá capturado ese Udji?

—Tranquila, Senmontu —dijo Bytan, soltando una breve y enigmática risa—, no lo es. Quien sea viene por propia voluntad y camina sin dudas en medio de la oscuridad; Eurionupis apenas ve con buena luz. No es él.

Senmontu suspiró y siguió con la mirada al Udji y al desconocido hasta la entrada de la Necrópolis; entonces los vieron desaparecer tras sus muros.

—Vamos —dijo imperativo Bytan abandonando su escondite y

descendiendo a toda prisa por la hondonada.

Las niñas le seguían a corta distancia y alcanzaron al poco los tres el primer muro del cementerio. Las niñas aguardaron abrazadas temblorosas junto al anciano hasta que oyeron los primeros rezos y el sonido de algo metálico y tintineante.

—¿Qué es eso, abuelo?

—Fórmulas mágicas para despertar a los dos criados muertos por el Udji.

—¿Qué? —Takratis se quedó clavada, sin poder moverse, con las piernas encogidas y los dientes castañeteando.

—¿Y ese sonido metálico? —dijo Senmontu, recogiendo a su amiga del suelo.

—Es un arma, un amuleto… o un contra amuleto más bien. Es muchas cosas. Todos los Udji llevan uno colgado al cuello. Se trata de un Chen, un círculo sin principio ni final… mas un Chen roto, un disociador.

—¿Un… qué cosa abuelo?

Los rezos subieron de volumen y, de pronto, se detuvieron, al tiempo que el tintineo del Chen se redoblaba.

—Ese objeto es el símbolo de la eternidad y de la unión de las almas. Así, dos enamorados que comparten un Chen son indisociables, nadie los puede separar, son dos seres pero una misma alma. Si el Chen se quiebra, las dos personas siguen su camino pero su alma queda por siempre incompleta.

—Sigo sin entender, abuelo.

—No hace falta que entiendas. Solo debes verlo con tus ojos para creer. El alma del difunto se separa del cuerpo al morir y emprenden distintos caminos; el Chen quebrado consigue que el cuerpo, aún sin alma, siga vagando por el mundo. Es la función opuesta al Chen: este une cuerpo y alma, el Chen quebrado libera al cuerpo del alma y lo hace esclavo de la voluntad de El Que Habita Entre Las Sombras. Eso son los Udji: cuerpos vacíos, seres sin alma. Por eso, aunque por la calle pueden parecer a una persona normal, en realidad no tienen aura, la luz de alrededor que tú y yo vemos, pues no están ni vivos ni muertos.

La ceremonia había terminado. Todo estaba en silencio de nuevo. El Udji y su acompañante abandonaron la Necrópolis y pasaron junto a sus perseguidores sin distinguirlos en la oscuridad, apretados junto al muro exterior. A tan poca distancia, Senmontu y Takratis descubrieron sin esfuerzo que el acompañante del monstruo era Senai, su compañera de clase.

—¡Dioses! —murmuró Senmontu en voz muy baja.

Al poco, cuando las dos figuras se perdieron por fin de vista al doblar un recodo del camino, Senmontu se volvió hacia su abuelo.

—¡Era Senai!

—Sí, hace un rato que lo suponía. Sin embargo, me resistía a creer que alguien tan joven poseyese tanta maldad en su interior para convertirse en Acólito.

—¿Acólito, abuelo?

—Son los que les sirven a los que vigilan…; hombres y mujeres desde este lado de la vida, que ayudan a los Udji en tareas que ellos no saben o no pueden alcanzar por su condición de muertos vivientes.

—Perdonad…

Takratis seguía junto al muro temblando de cabeza a los pies y les miraba con expresión aturdida.

—Perdonad, pero si no me equivoco ahí detrás hay una pareja de cadáveres que están a punto de salir de sus ataúdes. Creo que podríais proseguid vuestra charla más tarde. Ahora deberíamos marcharnos ahora mismo de aquí…

—Claro… los nuevos Udji, ¡casi lo olvidaba! ¡Gracias, Takratis!

Bytan dio la vuelta al muro con Senmontu pisándole los talones. A su espalda, Takratis avanzaba sollozando:

—¡Vámonos! ¡No me dejéis sola! ¿Dónde vais?

—Venga, Takratis, miedica —rezongó Senmontu.

—¿Miedica? ¿Muertos que salen de su tumba, no es eso? ¿Cómo no voy a tener miedo? ¡Volved aquí, maldita sea!

Bytan estaba ahora delante de las dos tumbas. Una mano de huesos negruzcos y calcinados emergía ya del túmulo, salpicando tierra a su alrededor.

—¿Por qué los han dejado aquí solos? —gimió Senmontu

dando un paso atrás cuando vio aquella zarpa infernal estremeciéndose a sus pies.

—Un Udji tarda horas en despertar, pero cuando lo haga irá al encuentro del que los ha llamado desde el otro mundo, de su asesino. Eso lo sabe nuestro enemigo, y estará esperando tranquilamente su llegada. Los Udji confían demasiado en sus habilidades, son engreídos como su amo, la bestia de la sombra. Esa es su única debilidad… y debemos aprovecharnos de ella.

Takratis llegó delante de las tumbas y al ver la mano que surgía de la tierra y se movía convulsa, cayó al suelo pesadamente, desmayada.

—¡Takratis! —chilló Senmontu.

—Tranquila, solo ha perdido el conocimiento. Acércate, Senmontu, tienes que ayudarme.

—¿Ayudarte?

Senmontu miró a su abuelo como si estuviera en verdad tan loco como las gentes del pueblo o su propia familia aseguraban.

—Sí, ayudarme. Podemos sacarlos de aquí ahora que están débiles y acabar con ellos o esperar a que despierten solos del todo, se levanten y nos maten. ¿Qué prefieres?

Pocos instantes después, los cuerpos de los dos criados estaban tirados a los pies de Senmontu, que había tenido que recoger uno a uno todos los pedazos con su abuelo hasta dejarlos esparcidos a su alrededor. Aquellos cadáveres estaban quemados, destrozados, apestaban como mil demonios… y por si fuera poco cada una de las partes yacía separada, brazos sin manos, cabezas sin tronco, troncos sin extremidades… moviéndose todas obscenamente, contoneándose como si estuvieran despertando a la vida. Tal vez, pensó Senmontu, estaban despertando de la muerte.

—Neftis, la señora del Templo, te ordena que regreses al otro lado —entonó Bytan en tres ocasiones, y luego, sacando una daga cuya empuñadura era un ojo, la clavó en el cráneo del primer cuerpo y luego del segundo.

Luego recitó una larga letanía en una lengua extraña que Senmontu no supo desentrañar.

—Regresa cuerpo a la muerte, ese es tu lugar. El Ojo Sano es tu guardián —entonó finalmente.

En la Necrópolis se escuchó entonces un doble alarido inhumano que parecía nacer de aquella carne quemada y maloliente.

—¿Ya está, abuelo? —dijo Senmontu, sintiendo de pronto que todo le daba vueltas y el estómago se le revolvía en náuseas y punzadas de dolor.

—Eso creo. Y, ¿sabes, niña?

—¿Sí?

Bytan sonrió satisfecho.

—El Udji se ha quedado sin ayudantes y su Acólito es una cría de trece años. Tal vez nuestra situación no sea tan desesperada después de todo. ¿No te parece? ¿No es para estar satisfechos, Senmontu?

—Oh, mucho, muy satisfechos, abuelo —dijo Senmontu casi sin voz.

—Pequeña, ¿estás bien?

Senmontu asintió, tratando de sonreír, giró sobre sí misma, se inclinó y vomitó largo tiempo de rodillas sobre el enlosado, muy cerca de donde aún yacía desmayada la pobre Takratis.

10

UNA POCIÓN SALVADORA

(Año 158 Antes de Cristo)

Senmontu despertó casi al mediodía de la jornada siguiente con un fuerte dolor de cabeza. Aunque le habían buscado durante horas, no habían encontrado el menor rastro de Eurionupis. Se había esfumado. Al igual que el Udji y Senai.

Se sentía culpable. No había razón para ello, en realidad. La última vez que vio al muchacho, avanzaba feliz hacia un encuentro amoroso. Pero siempre supo que Senai planeaba algo malo. Y no fue capaz de advertir al muchacho. Aunque estaba segura de que no le habría hecho el menor caso.

Ahuyentando el fantasma de la culpa, se desperezó. La casa volvía a estar en silencio y todos sus inquilinos se paseaban tristes, preocupados por la suerte de la enfermedad del pequeño Maakheru, que seguía en cama luchando contra su mal. De entre ellos, el que más afectado parecía era Masha, el gigante nubio, entre cuyos brazos se precipitó Senmontu tan pronto lo vio en la cocina, pelando unas cebollas, con lágrimas en los ojos. Eran lágrimas por Maakheru, pero la pequeña estaba segura de que si le preguntase a Masha, este diría que la culpa de todo la tenían las cebollas.

—Estoy preparando la comida, pequeña ama —dijo el nubio—. Apártate. Te voy a ensuciar.

—No digas tonterías, Masha. No me importa.

Senmontu se alejó un instante de su amigo y se lanzó de nuevo entre sus brazos.

—Necesitaba un abrazo. Ha sido una noche muy dura.

—La pasaste fuera, pequeña ama. No estabas en tu estera de madrugada. Tampoco el amo Bytan.

—Ya. Por cierto, ¿no has visto al abuelo? No lo encuentro y

quería hablar con él de unas cosillas nuestras.

Masha hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Se fue. Te trajo a casa, pequeña ama, y después marchó en dirección al embarcadero. Aún no ha vuelto.

—Es muy extraño.

—Sí lo es, pequeña ama. Por cierto, dejó ahí en tu tenderete, entre tus figurillas, una nota para ti. Me dijo que debías leerla en cuanto te levantases.

Senmontu volvió a acercarse a su amigo y le cogió de uno de sus brazos, tan fuertes, y estiró de aquellas columnas de ébano como cuando era una niña.

—Masha, ¿no puedes llamarme Senmontu y dejar ya esa cantinela de "pequeña ama"? En Alejandría me prometiste que no volverías a hacerlo.

—Intentaré llamarte Senmontu, pequeña ama. Claro que sí.

Senmontu se echó a reír.

—Eres un caso, Masha.

—Vamos, Senmontu —rio Masha a su vez—, ve a por esa nota de tu abuelo, y luego coge unos higos y te marchas al colegio de una vez. Ya llegas tarde. Takratis tampoco ha venido aún a buscarte... Otra cosa bien rara.

—Ni creo que venga... No debe haber pasado muy buena noche, creo yo. Bien, me marcho, aunque da lo mismo, para estarme de rodillas la mayor parte de las clases, bien podría ocupar mejor mi tiempo paseando por la dársena.

Afuera, nada más salir por la puerta de las cocinas, Senmontu advirtió que el halcón que la había seguido el día anterior desde la escuela seguía plantado en la higuera que había bajo la habitación de Senmontu, como si alguien le hubiese encomendado la misión de vigilar a los moradores de aquel lugar y nada ni nadie pudiese alejarle de ese objetivo.

—Hola, halcón bonito —le dijo Senmontu a la majestuosa ave, que le contestó con una mirada torva.

—Ahora tengo que hacer unas cosas, pero vendré a verte en cuanto me sea posible, ¿vale? —insistió la joven, recibiendo a cambio

la misma mirada de ojos fríos, escrutadores.

En la entrada de la casa, sobre su tenderete, estaban las últimas figuras que había tallado su abuelo, secándose al sol. Este las había pintado de vivos colores, pues al anciano le gustaba que sus tallas tuviesen un aspecto sano y colorido, como si fuesen seres reales que, felices y contentos, se pasearan por la vieja tierra de Egipto. Un tabernero de madera estaba inclinado ofreciendo a unos comensales una buena jarra de cerveza, pero en lugar de cerveza, del recipiente sobresalía un pedacito de papiro, que la joven tomó y desenroscó para leerlo:

> ***No encuentro a Eurionupis. Me di cuenta de que algo iba mal, pero ya estábamos escondidos en el cementerio y mi prioridad era impedir que los dos criados despertasen de la muerte. No habríamos podido con tantos enemigos. Espero que no me equivocase en mi decisión y condenase con ello al pobre Eurionupis.***
> ***El muchacho no ha vuelto a casa. Hablé hace rato con su madre. Está muy preocupada. Yo lo estoy aún más que ella, pues sé que el muchacho está en grave peligro… o algo peor.***
> ***He comenzado su búsqueda. Tú debes ir al colegio y aparentar normalidad. Confía en mí. Ayer me ayudaste, pero ahora debo hacer esto solo. Nos vemos pronto, mi niña.***

Cuando aún Senmontu no se había repuesto de aquella terrible noticia, el sonido inconfundible de la carreta del señor Aristón se escuchó avanzando por el camino.

—Oh, no, otra vez ese charlatán —murmuró la joven, entrando de nuevo en casa y regresando a las cocinas.

—No sé cómo la señora puede confiar en él —dijo Masha, que había aparecido de pronto a su lado.

La carreta del señor Aristón se detuvo en la parte posterior de la casa, junto a las propias cocinas, y de ella descendió el bufón con su capa roja que sujetaba con la mano derecha y que le tapaba el rostro. El bufón cargaba un pesado fardo que sostenía con la otra mano. El halcón, desde su atalaya, graznó como si les avisase de una visita funesta.

—Hoy será un día de maravillas —afirmó tan pronto llegó a la altura de Senmontu y Masha y, acaso como corroborándolo, liberó su embozo, mostrando su feo rostro sonriente y una boca de muelas cariadas, entrando en la casa arrastrando aquel saco de enigmático contenido.

—Estoy cocinando —comentó el negro Masha tan pronto como vio que el charlatán volcaba el contenido de su costal sobre la mesa de la cocina, llenando su superficie de frascos con líquidos de colores vivos, patas de animales y una piel de serpiente.

—Estabas, negro estúpido —puntualizó Aristón, arrojando al suelo las cebollas peladas y el resto de ingredientes del guiso del nubio, principalmente verduras y hortalizas.

—¡Maldito seas!

Senmontu apenas tuvo tiempo de ver cómo el gigante se abalanzaba sobre Aristón y le arrancaba la peluca y el manto de una certera bofetada. Aristón cayó al suelo con estrépito y rompió a llorar como un niño.

—¿Qué demonios sucede? —dijo a su espalda una voz de mujer.

Apolonia, que llegaba en ese instante de sus habitaciones, miró al farsante tirado en el suelo, a Masha en el centro de la estancia respirando agitadamente y no necesitó preguntar nada más.

—¿Qué has hecho, Masha? ¿Crees que se puede tratar así a un invitado?

—No es un invitado… es un ladrón.

Aristón, al oír aquellas palabras, redobló sus sollozos:

—¡Vengo preparado para comenzar mi pócima con la que voy a salvar al pequeño Maakheru y se me trata como a un criminal! —lloriqueaba el bufón.

—Vamos, Aristón, apóyate en mí.

Apolonia ayudó a levantarse al farsante y luego se encaró de nuevo con el nubio.

—Tú eres un criado y un esclavo, no uno de nosotros, Masha. Pienso que a veces se te olvida.

Masha bajó la cabeza.

—No se me ha olvidado, ama.

—Eso espero, porque de lo contrario no te dejaré volver a entrar en la casa y tendrás que dormir en el establo. Recuerda que eres propiedad de Bytan y yo no tengo nada que ver contigo, ¿entiendes?

—Entiendo, ama.

—El templo de Isis… —murmuró de pronto Aristón, agazapado al fondo de la estancia, mirando al nubio con terror y furia contenida.

—Ah, sí… eso —Apolonia miró fijamente al esclavo—. Ayer tarde estuvimos hablando de cierto ingrediente adicional que necesitamos para la poción de nuestro amigo Aristón. Amigo, ¿entiendes, Masha? En este papiro se explica todo. Sigue las instrucciones y no tendrás problema.

Masha miró la pequeña cédula de papiro que Apolonia le acababa de alargar y levantó la cabeza.

—Sí, ama.

—Ese ingrediente solo puede encontrarse en una pequeña tienda cerca del Templo de Isis en Alejandría. Partirás inmediatamente.

—Pero tendré que coger una chalana, no se puede ir por tierra, no volveré hasta mañana con mucha suerte.

—Entonces no debes demorarte y correr hacia el puerto, no vayas a perder el transporte de la tarde.

—Pero, ama…

—¿Aún estás aquí, Masha?

—Ama…

—¿Aún estás aquí?

El gigante nubio desapareció por la puerta arrastrando los pies. Senmontu le miró alejarse cabizbajo y quiso decirle una palabra de apoyo, pero no se le ocurrió nada. Luego se volvió hacia su madre.

—Masha tiene razón, ese hombre es un ladrón y un farsante.

Apolonia cerró los puños, cuyos nudillos se tornaron blanquecinos, y los descargó sobre la puerta de la cocina.

—¿Es que nadie en esta casa va a reconocer mi autoridad?

—Pero es que…

—¡Pero es que nada, Senmontu! Estoy harta de que interfieras

en mis planes. Además, ¿no deberías estar en el colegio?

—Sí, mamá, pero es que ayer el abuelo y yo estuvimos de madrugada en… —Senmontu se interrumpió.

—¿Ayer estuviste en…?

—Nada, mamá, me dormí… es todo.

Apolonia volvió a descargar los dos puños sobre la puerta, que temblaba como si fuera a desprenderse y caer al suelo de un momento a otro.

—¡Muy bien, no me expliques nada! ¡Haced lo que os dé la gana! Pero al menos dejadme intentar salvar a mi hijito. ¿Es mucho pedir?

—No, mamá, pero es que ese hombre es un farsante y solo quiere…

—¡Senmontu! ¡Sal de mi vista! ¡Si no quieres ayudarme ni ir al colegio no vayas hoy pero sal de mi vista!

—Mamá, yo…

—¡Que salgas de mi vista!

Finalmente, eso hizo Senmontu, con la misma expresión abatida, los mismos pies que se arrastran, con la cabeza gacha… tal y como acababa de abandonar la casa el nubio Masha unos momentos antes.

11

NO PODRÉIS RECUPERAR EL HABLA

(Año 158 Antes de Cristo)

La aldea de Harmonía, con sus viviendas de adobe y tejados de caña se alineaba frente a la dársena, y las embarcaciones, detenidas en la orilla, parecían contonearse mecidas por una suave brisa.

Senmontu caminaba lentamente. Su túnica blanca, entallada en la cintura con un cinturón de cuero, rozaba sus tobillos mientras sus sandalias dejaban huellas sobre la fina arena del camino.

A medida que avanzaba, las sombras de los niños que jugaban cerca de las aguas se proyectaban sobre los muros, y el murmullo de las mujeres que lavaban la ropa creaba una sutil melodía que se mezclaba con el cantar de los pájaros. Los pescadores, al reconocerla, asentían con la cabeza en señal de respeto y seguían con sus labores, mendingando redes o puliendo sus barcas.

La pequeña se detuvo, contemplando la forma en que el sol se reflejaba en las aguas, creando destellos plateados y dorados que se extendían como caminos luminosos hacia el horizonte.

Finalmente, al final de la dársena, se sentó en una roca plana, dejando que el frescor de la mañana acariciara su piel. A pesar de la belleza que la rodeaba, en su mente se entrelazaban preocupaciones y esperanzas, y Harmonía, con su aparente calma, le brindaba un refugio momentáneo de las tormentas que se avecinaban en su vida.

Pero aquel instante de paz duró muy poco. Senmontu debía encontrar a su abuelo y a Eurionupis, así que se puso manos a la obra.

Preguntó a todo el mundo, pero parecía que a ambos se los había tragado la tierra. Senmontu temblaba de ira ante la sola idea de que al pobre muchacho medio ciego le hubiese pasado alguna cosa terrible.

—¡Maldito seas, Udji del demonio! —gritó en más de una

ocasión, ante la sorpresa de sus vecinos.

Tres horas después regresó a casa. Allí le esperaba una sorpresa. Anonadada, observó el huerto destruido, los frutos machacados, los árboles arrancados, las cercas pisoteadas y rotas… el trabajo de tantos meses arruinado para siempre. Incluso las figuras de su abuelo y su tenderete yacían en el suelo hechas pedazos. Senmontu miró en derredor, perpleja, en busca del grupo de vándalos que, pensaba, debían haber asaltado la propiedad de su madre para dar rienda suelta a sus pérfidos instintos.

Pero no había indicios suficientes que avalasen estas suposiciones y se encaminó hacia la vivienda. Dentro le esperaba una nueva sorpresa. Su madre se había encerrado en el piso de arriba, en la habitación de Maakheru, esperando que la primera dosis de la poción del estafador comenzase a hacer efecto.

Bytan había tallado con esmero, días atrás, tres figuras para el niño: un hombre elegantemente vestido, una perra de mirada leal y pelaje oscuro, y un halcón con alas extendidas, listo para alzar el vuelo. Postrado en su cama, Maakheru deslizaba sus dedos sobre cada figura, sumergiéndose en un mundo de aventuras imaginarias mientras jugaba con ellas. Y mientras esto pasaba, Apolonia le contemplaba, esperando un milagro que nunca llegaría.

La planta baja, por tanto, estaba casi desierta. Casi. En las cocinas se hallaba un hombre grueso sentado en una silla comiéndose entre gruñidos un plato de carne en salsa: el señor Aristón. Senmontu abrió la boca para hablar pero su garganta se negó a emitir sonido alguno. Aristón tomó, pues, la palabra.

—No me agradezcáis la faena que os he hecho afuera. Lo hice de corazón; al fin y al cabo, ahora sois como una hija para mí —sus mandíbulas devoraban el rico pan de miel y la carne con satisfacción, emitiendo un sonido peculiar, que Senmontu no tardó en asociar al de un hatajo de ocas y gallinas en el corral.

La joven se sentó pesadamente en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, lo más lejos del bruto que le fue posible.

—Plantaremos unos nuevos cultivos que he traído del País de los Keftiu —prosiguió Aristón—. Son estupendos. Tengo también en

mis manos una pócima maravillosa que duplica e incluso triplica el volumen de la cosecha. Os quedareis tan sorprendida que no podréis recuperar el habla.

Pero Senmontu hacía rato que había perdido el habla; se sentía abatida y cansada. La forma en que el señor Aristón engullía y se relamía le daba náuseas, y la risa estentórea en la que de cuando en cuando estallaba, sin saber por qué, como enloquecido, le martilleaba el cerebro, provocándole una extraña sensación próxima al vértigo. Una vena comenzó a latir en su sien derecha.

—Pongo a los dioses todo por testigos que son muchos y muy buenos los proyectos que concibo para este pedazo de tierra, y también para la joven Senmontu —dijo entonces Aristón—. Voy a convertiros en una mujer griega, una mujer de provecho: os enseñaré a guisar, coser, cocinar y a obedecer a vuestro futuro marido, aunque tendréis que abandonar vuestros estudios y ayudarme a rehacer los sembrados. Porque, ¿para qué necesita una jovencita estudios? Después de todo, una hembra no debe saber nada más que lo que su marido le enseñe. Con el tiempo, también tendremos que echar abajo esta pocilga apestosa en la que vivís con vuestra madre, pero de todo eso ya hablaremos mañana. Hoy solo debéis saber que necesitáis un hombre en esta casa, que vuestro padre, el pobrecillo, ha sido declarado muerto y vuestro abuelo, bueno, lo sabe todo el mundo, es un pobre viejo cuya cabeza ya no rige como antes. Yo seré en adelante el tutor, el *Keroi* de las mujeres de esta familia. No creo que me cueste mucho convencer a vuestra madre, tal y como están las cosas, por lo que creo que será mejor que os vayáis acostumbrando.

Aristón se levantó y salió por la puerta sin más ceremonias. Estiró los brazos y las piernas y sus huesos crujieron como tablas de madera. Levantó entonces una pierna y se tiró un sonoro pedo.

—Estaré de vuelta al alba. Tengo que recoger unos papeles para que los firme tu madre. Os dejo mientras mi carruaje detrás de la casa con unos cuantos enseres y herramientas para que a mi regreso comencemos la labor.

Mientras Senmontu veía alejarse al bufón por entre los restos del jardín que tanto había amado, agitando las manos entre cabriolas,

los ojos de la joven se posaron sobre un hacha que colgaba de la pared, un hacha que antes fue de su padre, y que ahora llevaba allí olvidada desde que el pobrecillo desapareció.

—¡Maldito estafador! —aulló Senmontu, pensando en su madre que, totalmente engañada, cuidaba día y noche a su hermanito Maakheru, sin saber que Aristón no solo no iba a hacer nada por salvarle sino que había venido a robarle sus pocos bienes, a hacerse con el gobierno de la casa y de las tierras de Apolonia.

Y todo por culpa del Faraón Ptolomeo y aquel maldito decreto que convertía a las mujeres en marionetas en manos de los hombres; ahora las mujeres no podían tener nada suyo y eran presa fácil para monstruos como aquel, estafadores de tres al cuarto que se creían con derecho a quitarles todo lo que tenían solo por haber nacido con el sexo equivocado.

Pero es que Senmontu no había nacido para nada con el sexo equivocado.

Los designios que toma la ira son tan inescrutables como los de los propios dioses. La muchacha, anonadada, incapaz de mover un músculo, se vio a sí misma de pronto transformada en un impetuoso vendaval de energía. Fue un lapso de tiempo arrebatado y magnífico, y si alguien hubiera entrado en el huerto o los jardines, se hubiera sorprendido de ver a nuestra niña corriendo hacia la parte de atrás de la casa, con el hacha de su padre en la mano, buscando la carreta del señor Aristón.

—¡Yo no voy a ser el juguete de ningún hombre! —aulló entonces Senmontu, mientras descargaba arriba y abajo, una y otra vez, el hacha de su padre como si lo llevara haciendo toda la vida.

Al cabo, la carreta del señor Aristón quedó por completo destruida, y con ella los enseres y las herramientas que había en su interior, y también objetos extraños y desconocidos traídos de lejanas tierras y de otras culturas, telas preciosas de allende los mares, joyas brillantes como el oro y cuyo precio no alcanza ni un mísero octodracma de cobra, y por último los exóticos regalos de los más grandes potentados de todos los reinos conocidos. Y ni un solo pedazo superaba un codo de longitud.

Golpeados por la fuerza de su mente, algunos objetos volaban y se partían solos sin que el hacha los tocase, y aquello terminó por serenar a la joven, que a veces llegaba a tener miedo de sus propias capacidades.

Finalmente, Senmontu contempló su obra una vez acabada, y se sintió realmente satisfecha, aunque desfallecida, y pensó que seguramente así debían sentirse aquellas personas que, como el señor Aristón, aparecían sin previo aviso, envueltas en un halo devastador, dejando a su paso las vidas ajenas sumidas en el desastre.

El halcón que vigilaba la casa, entonces, levantó el vuelo desde su higuera y planeó hasta posarse en el hombro de Senmontu. La joven se dio un buen susto al sentir aquellas garras cerrándose sobre su piel, pero reaccionó al cabo y acarició la cabeza del animal.

—¿Ves lo que me ha obligado a hacer ese fantoche? Se lo tiene bien merecido.

Y el halcón graznó de nuevo, como dando su aprobación.

De vuelta a casa, a la luz de una lámpara de aceite, Senmontu redactó una breve nota que dejó colgada junto a los restos del siniestrado vehículo. Decía así:

> ***No me agradezcáis la faena que os he hecho afuera. Lo hice de corazón; al fin y al cabo, ahora sois como un padre para mí. Tengo pensado reconstruir vuestra carreta con ricas maderas traídas del País de Khetta, y poseo un elixir maravilloso que duplica e incluso triplica el grosor y la calidad de los listones. Vais a quedar tan sorprendido que no podréis recuperar el habla.***

Finalmente, la joven selló la puerta de la calle y la de las cocinas con un madero bien grande, por si acaso, y durmió de un tirón abrazada a su muñeca Sejmet el resto de la tarde y hasta la madrugada, intentando no pensar en los lamentos de Apolonia, que continuaba sollozando sortilegios mágicos en la habitación de Maakheru. Al despertar observó que la nota había sido arrancada y, hecha pedazos, descansaba sobre un montón de tierra.

Pero del señor Aristón… de momento, ni rastro.

12

PESADILLAS

(Año 158 Antes de Cristo)

Aquella noche regresaron las pesadillas. Senmontu tardó mucho más de lo acostumbrado en quedarse adormilada. se removía inquieta en la estera de su habitación, despertándose una y otra vez, sobresaltada, como si algo dentro de ella le aconsejara que aquella noche era mejor no navegar por el mundo del sueño. Pero finalmente, bien entrada la madrugada, el cansancio consiguió que se quedase profundamente dormida.

De nuevo se encontró en aquella plaza circular, inmensa, cubierta de una niebla tan espesa y tupida que no permitía dar dos pasos sin perder la orientación, como si fuese un monstruo en sí misma, una telaraña de bruma dispuesta a engullirte con su caricia fantasmagórica de blancos y afilados dedos.

De cualquier forma, a pesar de la niebla, al final el caminante siempre alcanzaba el edificio que se encontraba tras ella, acaso no importara el sendero que uno tomase, el final del camino era inevitablemente aquella mansión encantada, la morada de El Que Habita Entre Las Sombras, la mansión tenebrosa del señor tenebroso.

Senmontu se detuvo esta vez a contemplar la vivienda de aquel Dios de la oscuridad y lo primero que llamó su atención fue el hilo de sangre que caía desde el tejado. La sangre manaba de una estatua de piedra, de una gárgola en forma de ibis cuyo pico escupía la linfa que rebotaba contra las losas de abajo.

Un ibis, pensó Senmontu, el ave que simboliza a Toth, el antiguo dios egipcio de la escritura, de la palabra y el pensamiento. Pero, ¿acaso no era también Toth el que anotaba en el juicio final los pecados del difunto? La joven apuntó aquel recuerdo en su memoria. De alguna forma, intuyó que aquello era importante.

Siguió contemplando la fachada y al cabo toda la estructura del edificio y no tardó en darse cuenta de que todo aquello era un imposible. Se mezclaban columnas en forma de loto con columnas en forma de papiro; otras tenían el fuste adornado con el rostro de la diosa Hathor y otras parecían desnudas, sin adornos, como si estuviesen aún inacabadas. Útiles de cobre y de bronce yacían en el suelo, esperando a los trabajadores que continuaran la tarea; un ala del edificio sin techado se alternaba con otras alas con doble y triple cubierta; pórticos, salas circulares sin entrada ni salida, galerías interminables, muchas también inacabadas, se abrían a derecha y a izquierda, sin que fuese posible entender cómo todo el conjunto no se venía abajo, pues aquello desafiaba todas las leyes de la lógica.

Sin embargo, el edificio se mantenía todavía en pie, y en el centro de la fachada se escondía aquella pequeña puerta por la que pasó al interior en el sueño precedente. P Pero esta vez la puerta estaba entreabierta y no tuvo que llamar para pasar al otro lado. Dentro le aguardaba una nueva sorpresa, pues no apareció ante ella aquella primera sala vacía que aún recordaba perfectamente, una habitación aséptica, de techos altos y paredes blancas. En su lugar se vio empujada a un foso, pequeño y circular, donde había trece gigantes monos babuinos que entonaban graves cánticos de alabanza a los dioses… y serpientes voladoras que escupían fuego por la boca, amenazando con la náusea eterna a quien no alimentase sus cuerpos nudosos de espirales carúnculas interminables.

Senmontu intentó retroceder, pero la puerta había desaparecido. Entonces tuvo miedo y gateó intentando huir de aquellos monstruos nacidos de la más negra de las pesadillas. Pero estos avanzaron hasta rodearla. Los babuinos saltaban a su alrededor como si quisiesen aplastarla y las serpientes daban vueltas en círculos, como los buitres acostumbraban a hacer en el Cerro de las Ánimas cuando acechaban a una bestia moribunda. No tenía escapatoria.

Una voz resonó entonces en sus oídos. Venía de un extremo del foso. De entre el humo que provocaban las llamas vio una figura vagamente familiar materializarse y levantar un cayado en su dirección:

—Recuerda lo que te dijo tu abuelo, Senmontu. En los libros de los antiguos egipcios, y en particular en el Libro de los Muertos, está la solución para este acertijo y para todas las trampas que en sueños quiera tenderte la bestia de la sombra.

El Libro de los Muertos, sí. Aquel libro era el seguro con el que se enterraba a los antiguos egipcios para poder alcanzar la otra vida. En él estaban todos los trucos, todas las cosas que debían hacerse para superar las pruebas que los demonios ponían al difunto para entorpecer su llegada al paraíso o, como le llamaban los egipcios, el Bello Occidente o el Campo de las Cañas. Y ella quería ascender hasta el Campo de las Cañas y sentarse a la diestra de Osiris, rey de los dioses.

Senmontu corrió entonces hacia el extremo del foso desde donde había salido aquella voz.

—¿Eres tú el que me habla, Oscuro? —dijo la muchacha, creyendo haber reconocido entre el humo que la rodeaba las facciones enjutas y afiladas de su amigo.

—Sí, soy yo, Senmontu —dijo el mago—. Date prisa y lee el Libro de los Muertos.

El Señor Oscuro entregó a la joven un largo rollo de papiro y esta lo desenrolló con manos temblorosas. El Libro de los Muertos explicaba lo que un egipcio, cuando era la hora de pasar al otro lado, debía hacer para conseguir llegar al Paraíso, el Bello Occidente.

La joven ofreció a los guardianes del foso de su alma, su corazón y su conciencia, todo lo que de bueno había en ella, y así, uno a uno superó a los monstruos que se interponían en su camino.

Y entendió que aquella era la moraleja que se escondía tras su sueño, que para enfrentarse y doblegar a la bestia de la sombra, un día tendría que entregar su alma, su corazón y su conciencia, que debería obrar el mal para vencer al mal. Sin embargo, Senmontu esperaba que el momento de convertirse en una persona malvada tardase todavía mucho en llegar, pues no se veía a sí misma convertida en un ser perverso como Aristón o Senai, ni siquiera estaba segura de si sería capaz de encontrar toda aquella maldad dentro de su alma.

Finalmente y a hurtadillas, como un ladrón, cruzó el foso ante

la mirada impasible de aquellas bestias y se perdió ladera abajo, lejos de sus enemigos y del Señor Oscuro. Se volvió para mirar hacia atrás con amargura, viendo las columnas de fuego donde se hacinaban aquellos que habían fracasado en el intento y arrojados al Lago de Fuego.

Poco después, llegó a un riachuelo que corría tras el foso, lanzando murmullos de aguas cantarinas que estallaban como carcajadas en sus oídos. Entonces se dio cuenta de que la vida no era sino un riachuelo colmado de rápidos y de dificultades, al final del cual se insinúa una cascada devoradora que iguala en la muerte al conjunto de sus moradores. Aliviada por conocer la verdad última del universo, tomó una barca que alguien había olvidado en la orilla para continuar su viaje en comunión con las aguas, y remando sin descanso atravesó un desierto, vadeó mil corrientes y se deslizó al pie de las más altas montañas. Finalmente, exhausta y hambrienta, le venció un profundo sueño dentro del sueño.

Despertó por segunda vez en la sala donde El Que Habita Entre Las Sombras afilaba sin descanso su instrumento de verdugo con una piedra. Reía, arrastrando tras él una vaharada fétida de podredumbre y de muerte. Aquella bestia se alimentaba de la duda y del miedo. Senmontu le debía resultar una presa extraña, un raro trofeo, tan pronto repulsivo como apetitoso, y acaso ambas cosas a un tiempo. Se volvió para mirarla y dejó de afilar su hacha de carnicero por un instante.

—¿Sabrás discernir lo que se esconde en el fondo de las cosas, querida niña?

Senmontu creyó que le hablaba de la mentira, de la forma despiadada en que nos utilizan aquellos que idolatramos: Faraones, nobles y poderosos; y pensó también en el señor Aristón, aquel farsante que quería robarles aquello que era legítimamente suyo.

—No pueden engañarme ya la hipocresía y la falsedad de las gentes y de sus dioses, de los poderosos que rigen los destinos de los hombres pobres y de sus mentiras. He aprendido a ver en su interior.

—¡Maldita estúpida! —clamó El Que Habita Entre Las Sombras —. ¡Te hablo del fondo de las cosas, no de las personas!

Pensó Senmontu: ¿qué diferencia hay? Las cosas, después de todo, son parte de las personas, la forma en que ellas las perciben, producto y explicación de sus vidas. El monstruo intentó golpearle con los puños y luego alcanzarle con su arma asesina. No pudo, nunca podría a menos que los Udji la encontrasen en el mundo real. Una barrera de energía invisible e infranqueable les separaba. Al final, él también estaba mintiendo.

Él también estaba mintiendo.

Y Senmontu abandonó la guarida de su enemigo sin que nadie pudiera impedírselo, con una sonrisa en los labios, porque ahora estaba segura de que El Que Habita Entre Las Sombras no era un ser invencible, solo alguien muy malvado y muy asustado que temía que ella creciese y se hiciese lo bastante fuerte como para destruirle.

Lo tenía mal el pobrecillo, porque ella estaba dispuesta a seguir creciendo y hacerse todo lo fuerte que pudiese.

En poco tiempo iban a cambiar las tornas: El Que Habita Entre Las Sombras tendría pesadillas en las que le acecharía Senmontu, la hermana del halcón.

LIBRO 4



NUEVOS ENEMIGOS

Y

VIEJOS ENEMIGOS

EGIPTO, AÑO 2024

(Memorias de Rafel Collington)

Me levanté muy tarde aquella mañana. Al desperezarme noté que me dolían todos los músculos del cuerpo, incluidos algunos que no sabía ni que existían. Salí de la tienda y, al mirar hacia la excavación principal, vi a mi padre de pie con una sonrisa de oreja a oreja que hacía tiempo no mostraba.

—¡Rafel! —me llamó con entusiasmo—. Esta vez lo lograremos. Finalmente encontramos un punto estable para trabajar. El ambiente ha cambiado, ¿lo sientes?

Observé el área de excavación. Antes, la principal zona de trabajo había estado ubicada en la parte oeste del monte Mokattam, donde las capas de tierra parecían más jóvenes y menos compactas. Eso fue un error; el terreno resultó ser inestable y los derrumbes eran frecuentes. El equipo de maquinaria pesada, con la excavadora al frente, había estado anteriormente posicionada allí, intentando mover grandes masas de tierra y piedra con precaución. Sin embargo, después de los sucesos recientes, mi padre y su equipo habían reevaluado la situación. Decidieron trasladar el grueso del trabajo hacia el lado norte, donde las capas rocosas y una serie de pequeñas terrazas naturales sugerían una estabilidad mucho mayor. Allí, la excavadora ahora abría camino, pero con métodos más delicados y precisos, asegurando que no se dañara ningún hallazgo potencial. Además, el equipo utilizaba una combinación de tecnología moderna como sensores y radares de penetración terrestre para guiar su progreso, evitando áreas potencialmente peligrosas y centrándose en las que prometían ser más fructíferas. Era un enfoque más lento, pero sin duda, más seguro y efectivo.

Además, los trabajadores, que días atrás parecían a punto de sublevarse, ahora trabajaban con un vigor renovado. Las herramientas se movían veloces, decididas, y la tensión que antes se cortaba con un cuchillo había desaparecido.

—Es genial, papá. Ya era hora de que tuvieras un poco de suerte.

—O que desapareciera la mala suerte.

—¿No es lo mismo?

Reímos. Note que estaba mucho más relajado. La arqueología era su vida y una expedición que fracasaba con estrépito (y perdía miles de dólares) podía significar una década sin conseguir financiación para la siguiente.

Después de otro breve intercambio de palabras con mi padre, me dirigí hacia el Cerro de las Ánimas, esa montaña que siempre me había fascinado y atraído. Se alzaba imponente contra el horizonte, su perfil tallado por el viento y el tiempo, contando historias que esperaban ser descubiertas.

—Mi padre siempre ha dicho que en este lugar era imposible que hubiese una tumba —le dije a la vieja montaña—. Pero tú guardas un gran misterio, ¿no es verdad? Y yo lo descubriré.

Horas después, mientras despejaba escombros con sumo cuidado, se abrió una brecha entre las rocas y pude vislumbrar una puerta. Se hallaba a unos cuatro metros de mi posición y era de piedra caliza, con un marco ornamentado de granito oscuro. La parte superior de la puerta estaba coronada por un friso en relieve que mostraba el disco solar alado, símbolo del dios Horus, flanqueado por dos *uraeus*, o cobras reales, emblema de la protección y soberanía.

A ambos lados de la puerta, había dos pilares cuadrados, que tenían grabados de figuras humanas y divinidades con vestimentas ptolemaicas, pero con rasgos egipcios claramente reconocibles. Las figuras estaban acompañadas por jeroglíficos que probablemente narraban el linaje y logros de quien yacía en el interior, pero estaban en muy mal estado y no pude descifrar ningún nombre.

Lo más impresionante, sin embargo, eran las dos figuras de Anubis, el dios de la muerte, talladas a cada lado de la entrada. Estaban representados como chacales erguidos y alerta, con ojos incrustados de piedras semipreciosas que relucían incluso a esa distancia, creando un aura misteriosa y sobrecogedora.

“Debes seguir, Rafel. Estás a un paso”.

La voz resonó en mis oídos, tan clara y nítida que parecía provenir del mismo hueco que acababa de despejar.

Alcé la vista hacia la puerta, esperando ver una figura emergiendo de entre las sombras, pero no había nada. Sin embargo, sentía aquella presencia de forma palpable, casi física. Me sorprendió lo rápido que había aceptado la existencia de aquellas voces. Apenas unos días antes, me hubiera aterrorizado el simple pensamiento de estar escuchando fantasmas en una excavación, y ahora los aceptaba, casi como una compañía necesaria. Era como si estuviese conectado a ellos. Por eso no me resultaban ajenos ni amenazadores.

—Sé que debo seguir —respondí, frotándome los ojos cansados y dejando caer las herramientas a mi lado—. Pero mira, aunque no lo creas, incluso los jóvenes arqueólogos que hablan con espíritus del pasado necesitan descansar.

Había un toque humorístico en mi voz, y por un momento, todo pareció tan surrealista que no pude evitar sonreír. Estaba conversando con voces del otro mundo en una excavación en Egipto, frente a la puerta de una tumba milenaria. Si alguien me hubiera contado una historia así, la hubiera considerado una fantasía.

Se escuchó un susurro, casi como un viento suave, que parecía venir de todas direcciones. Las voces habían aceptado mi decisión.

—Mañana será otro día —dije, recogiendo mis herramientas y echando una última mirada a la puerta—. Os prometo que volveré. Pero ahora tengo que dormir un poco.

Y me alejé de la tumba, dejando atrás, por ahora, sus secretos y misterios.

13

UNAS PUERCAS NIÑAS EGIPCIAS

Senmontu y Takratis regresaban de la escuela por el camino nuevo. Había sido un día particularmente duro, como todos desde hacía tiempo. Petámenos el Araña las trataba cada día un poco peor y el ser egipcias en un mundo de griegos comenzaba a resultar una carga más pesada de lo imaginado, incluso en la peor de sus pesadillas. Las humillaciones, los castigos… todo eso era lo de menos. Lo peor era el desprecio de sus compañeros de clase, de niños y niñas que hasta hace poco habían sido sus amigos y ahora las miraban como si fuesen los bichos más raros imaginables. Petámenos conseguía manipular sus jóvenes almas hasta el punto de que no solo olvidaban lo egipcios que eran sino que odiaban a todo aquel que aún quisiera seguir siéndolo.

También estaba, naturalmente, el asunto de la desaparición de Eurionupis. El pobre chico llevaba un día entero sin aparecer por casa y en Harmonía se habían formado ya varios grupos de voluntarios que estaban peinando los alrededores del pueblo palmo a palmo, aunque de momento con escaso éxito.

Senmontu había intentado participar en la búsqueda, pero Djaw, el padre de Takratis, que hacía las labores de jefe de policía hasta que llegaran las autoridades competentes de Alejandría, les había dicho que eran demasiado jóvenes para colaborar. Así que las dos niñas volvían ahora de regreso a casa, enfadadas con Djaw, preocupadas por Eurionupis y con el rabo entre las piernas.

—Estaba pensando —dijo de pronto Takratis—, que cuando llegue la policía de verdad desde la Capital, tendrán mucho trabajo. Primero la muerte de los dos criados de la casa de Clito y ahora esta desaparición. Espero que lleguen pronto porque mi padre está de los nervios.

—A ver si es verdad y encuentran a Eurionupis de una vez —dijo Senmontu, sinceramente afligida por la ausencia de su amigo.

—Tendrían que ponernos más policía en esta zona. Y todo el año —sentenció entonces Takratis, pensando más que nada en que su padre tenía más trabajo del que podía soportar y luego lo pagaba con ella en casa, regañándola por cualquier cosa.

—Hasta ahora no había hecho falta. En Harmonía nunca había pasado nada —le recordó Senmontu.

—Pues deberían ponerla, aunque solo fuese para mantener a raya a ese tonto de Antígono —insistió Takratis, poniendo una cara la mar de seria.

Claro, naturalmente…, pensó Senmontu, el tonto de Antígono.

Aquel niño gordo y amargado, hijo de un pastelero y aficionado a los dulces, las tenía desde hacía tiempo entre ceja y ceja, las despreciaba y las odiaba más que ningún otro, incluso más que el propio Petámenos. Desde el principio, él había sido el más predispuesto a reírse de ellas, pero desde que el maestro le había castigado a él también por insultarlas, Antígono había comenzado a perseguirlas, a tirarles piedras en el camino cuando menos se lo esperaban y a escupirles a los pies a su paso, como si fueran unos seres inmundos y despreciables.

Senmontu y Takratis tenían miedo, y aunque pensaban que Antígono no se atrevería a pegarles, no estaban seguras del todo de lo que se atrevería y de lo que no se atrevería un ser capaz de odiar tanto a alguien sin ninguna razón que lo justificase.

Como corroborando sus miedos legítimos, al volver un recodo de la vereda, justo donde la pista de tierra se estrechaba para dar paso ya a las primeras viviendas de la parte sur de Harmonía, apareció Antígono, con los brazos en jarras, mirándolas desafiante.

—Estaba buscando unas puercas niñas egipcias —dijo, regodeándose en cada palabra—. ¿No las habréis visto por casualidad?

Takratis calló y bajó la cabeza. Senmontu respondió a la mirada desafiante de Antígono con otra aún más retadora y altiva.

—Yo solo he visto a un gordo estúpido que se cree mejor que unas niñas egipcias siendo tan egipcio como ellas, y sin saberlo, el

muy idiota. También he visto a un cerdo grasiento y cobarde que solo se atreve con las mujeres y que se cagaría de miedo si un hombre de verdad se enfrentase con él. Eso es todo lo que he visto. No sé si te servirá, Antígono.

El niño se mordió los labios, tan rojo de rabia y resentimiento que Senmontu pensó que iba a estallar. Su voz, sin embargo, sonó bastante más sosegada que lo que su aspecto y maneras denotaban:

—Te crees muy lista, Senmontu, pero yo sé lo que debe hacerse con las niñas listas como tú.

—¿Sí?, ¿de verdad? Cuéntamelo. Me tienes en ascuas.

—Pues lo que debe hacerse es cerrarles esa boquita tan sucia —dijo Antígono y movió rápidamente la mano derecha hacia delante y un sonido, un zumbido más bien, pasó a la izquierda de Senmontu, junto a su oreja.

Zuuuuuuuuu… cantaba aquel sonido.

Senmontu apenas vio la piedra. Era un canto rodado cogido de la orilla del Nilo. Una piedra blanca, una esfera perfecta, el mejor guijarro para un cobarde lanzador de piedras como Antígono.

—¡Vaya! Esta solo era de aviso, pero parece que te ha rozado —dijo Antígono, temblando de emoción.

La muchacha tenía algo cayéndole por el hombro. Y ella ni siquiera había notado el impacto. Senmontu se pasó una mano por la oreja, de la que goteaba un líquido caliente y denso. ¡Sangre!

—¡Maldito seas, Antígono! —chilló Senmontu—. Ojalá todos los demonios del Inframundo vengan a tu lecho a buscarte en la noche.

—Oh, vaya, qué miedo me das —dijo el niño, simulando un bostezo—. Deberías saber que yo soy un joven griego y que todos tus demonios egipcios no pueden hacerme daño. Si me hablases del infierno griego, del Hades, tal vez conseguirías algún efecto, igual me echaba a temblar —Antígono rio de su propia gracia—, pero todas esas maldiciones egipcias no pueden tocarme. De todas formas, yo guardaría el enfado y las maldiciones para cuando haya acabado de verdad. Ese primer tiro era solo de prueba.

Y la mano derecha del gordo volvió a moverse rápidamente a

la altura de la rodilla, girando la muñeca y desplazando su cuerpo lateralmente para que la piedra cogiese efecto.

—Toma, puerca egipcia número dos —dijo, mirando a Takratis, que dio instintivamente un paso atrás.

Zuuuuuuuuu…

Pero esta vez Senmontu estaba preparada. Vio perfectamente cómo el pequeño canto del río salía despedido de las mantecosas manos de Antígono, lo vio volar haciendo una pequeña elipse de abajo a arriba buscando el rostro de Takratis, y vio el gesto de indefensión y de miedo de su amiga cuando percibió aquella sombra blanca cernirse sobre ella sin tiempo para apartar del todo la cabeza, que solo llegó a girar un poco hacia la derecha. La piedra le habría dado en toda la mejilla, justo debajo de su ojo, tal vez incluso en la misma cuenca.

Y eso no podía permitirlo la hermana del halcón. Así que pensó en la piedra y, dentro de su cabeza, la piedra y ella se hicieron amigas. La piedra le habló a Senmontu de su trayectoria, de la sensación de volar por el aire, de la erosión de siglos en el margen de las aguas, de lo que era ser una piedra y vivir dormida sobre un lecho de tierra junto al gran río Nilo hasta que un chiquillo amargado vino aquella mañana a raptarla de la orilla y perturbó la existencia tranquila y vacía que llevaba mil años repitiéndose. Senmontu, por su parte, le habló a la piedra del reposo, de detenerse, de dejarse caer mansamente a los pies de Takratis, y le prometió que ella misma la llevaría de vuelta al gran río si la obedecía.

Antígono, incapaz de creer lo que estaba viendo, contempló cómo la piedra que acababa de lanzar parecía temblar en el último momento, como si dudase en seguir su camino, y se quedaba suspendida en el aire durante unos segundos, apenas a un palmo de la cara de esa tonta egipcia de Takratis, y cómo al cabo la piedra caía al suelo, de donde la recogía Senmontu, que se volvía luego para mirarle con desdén.

—Ni siquiera sabes tirar bien una piedra, Antígono.

—¿Qué demonios dices? —gritó este, sin salir de su asombro—. Yo la lancé perfectamente, como hago siempre, pero tú la detuviste con magia negra. ¡Brujería! Sí, eso es —añadió, como reflexionando—.

Eres una maga, eres una maldita maga egipcia. Eso es lo que eres. Se lo diré a todo el mundo.

Para los griegos, la magia a menudo era considerada beneficiosa, y quienes la practicaban no eran necesariamente perseguidos. Sin embargo, las mujeres magas eran vistas con mayor escepticismo. Las *pharmakides*, mujeres magas que empleaban encantamientos para lograr sus objetivos, generalmente eran retratadas de manera negativa, como en el caso de Circe o Medea.

Todo eso bien lo sabía Antígono, que volvió a estirar la mano y lanzó a toda velocidad las tres piedras que le quedaban hacia sus enemigas.

—¡Puercas hechiceras! —gemía, a cada lanzamiento.

Zuuuuuuuu… Zuuuuuuuu… Zuuuuuuuu…

Los siguientes segundos pasaron rápidos, casi como centellas, sin que Senmontu apenas pudiera comprender lo que estaba sucediendo.

La primera piedra quedó detenida en el aire junto al pecho de Takratis y luego cayó al suelo como lo hiciera su predecesora.

La segunda piedra serpenteó, se desvió mágicamente hacia arriba y salió finalmente despedida camino del cielo azul del mediodía, lejos de aquellos niños y sus peleas de adolescentes.

La tercera piedra frenó su impulso según se acercaba a Senmontu y finalmente llegó, como flotando, hasta su mano derecha, donde se posó como un ave amaestrada en el hombro de su amo.

—¡Maldita seas! —chilló Antígono y se abalanzó a la carrera sobre su enemiga, abriendo mucho los brazos, como si dudase entre embestirla, abrazarla o estrangularla con aquellas extremidades atocinadas.

La piedra le dio en la frente. Salió disparada de la mano de Senmontu e impactó a gran velocidad en la cabeza de Antígono, como si la hubieran lanzado con una onda. La joven ni siquiera fue consciente de haberlo hecho. Sucedió, sencillamente. Y Senmontu sintió miedo de que sus extraños dones fueran capaces de hacer tales cosas por sí mismos.

—¿Pero qué demonios…? —dijo Antígono, con un gesto de

sorpresa tiñendo el rostro de blanco. Luego se tocó la frente, donde no había sangre, solo una señal roja, y finalmente cayó al suelo cuán largo era, levantando una nube de polvo sobre la tierra.

—¿No estará muerto? —gimió Takratis.

Como últimamente sucedían cosas tan extrañas, parecía ya dispuesta a ponerse en lo peor desde un buen principio. De hecho, desde que visitaran las tumbas donde reposaban los criados muertos, se había vuelto aún más miedosa y siempre parecía estar preocupada por alguna cosa o por otra, cuando no era por todo. A veces se sentaba en un extremo del jardín de su propia casa, temblando y mordiéndose las uñas, con los nervios rotos.

—No creo —dijo Senmontu, aunque no se atrevió a inclinarse para comprobarlo.

—No os preocupéis, niñas. No lo está.

Takratis se volvió y vio a dos perros, uno negro, de pelo corto y hocico alargado y una perra muy vieja, que apenas sí se arrastraba a su lado, como si le costase un mundo dar cada uno de los pasos que la llevaba del linde del camino hasta ellas.

—¿Estás seguro? —dijo Senmontu.

—Sí, lo estoy —dijo el Señor Oscuro, solo para Senmontu, que era la única que podía ver su forma humana por su condición de maga —. Se despertará en un par de horas con un dolor de cabeza terrible, eso sí. Pero nada más. Esperemos que se le haya olvidado tu exhibición de poderes. Si lo recordase, eso podría ser para ti un problema añadido. Y no necesitas problemas añadidos en absoluto. Dime, Senmontu, ¿es así como obedeces el mandato de tu madre de pasar desapercibida?

Senmontu se encogió de hombros. Aquel hombre parecía saberlo todo de todos. Por lo tanto, no valía la pena ocultarle ninguna cosa. Así que no lo haría.

—Lo siento. Pero tengo esos poderes y… son parte de lo que soy. No me arrepiento de tenerlos ni de usarlos. Nos han salvado.

El hombre negó vehementemente con la cabeza.

—Eres muy joven. Tus poderes ahora te usan a ti más que tú a ellos. Y lo sabes.

La pequeña agachó la cabeza.

—Tal vez tengas razón.

—¿Senmontu, por qué le hablas a los perros? —terció de pronto Takratis.

La joven no supo qué responder.

—Es un amigo. Se llama Oscuro.

Takratis le acarició el lomo.

—No lo había visto antes. ¿De quién es?

—De nadie. Es un perro vagabundo —mintió.

—Este perro vagabundo se encargará de Antígono —dijo entonces Oscuro—. Lo llevaré a su casa. Borraré también los recuerdos del niño de esta última hora. Pero procura no volver a excederte con tus poderes, Senmontu.

—¿Puedes borrar la memoria de la gente?

—Puedo hacer muchas cosas, y la mayor parte de ellas creo que no querrías saberlas.

Takratis se quedó mirando cómo se alejaba el perro negro por la pista de tierra en dirección al lugar donde yacía Antígono desmayado.

—Tienes unas conversaciones rarísimas con los animales. Respondes a sus ladridos como si les entendieses. Y dices cosas sin mucho sentido.

Senmontu permaneció en silencio. Oscuro estaba lamiendo la frente de Antígono. La perra Amait estaba a su lado, arrastrando su vieja osamenta tras aquel poderoso ser que la mantenía por su voluntad en la frontera del mundo de los vivos y el de los muertos.

—Yo solo quiero ser una niña normal a la que le pasan cosas normales —dijo entonces Takratis—. Estoy harta de muertos que reviven, de insultos de mis compañeros de clase y de pedradas.

—Yo también —coincidió Senmontu, dando una palmada afectuosa en la espalda de su amiga—. Ojalá todo esto se acabe muy pronto. Voy a hacer todo lo posible. Te lo prometo.

14

EL SEÑOR DE LAS BAGATELAS Y LAS MARAVILLAS

(Año 158 Antes de Cristo)

Justo en la entrada de la casa de Takratis se detuvieron. Hacía mucho calor a aquellas horas y Senmontu aceptó agradecida un vaso de agua que le ofreció Djaw, el padre de su amiga. A escondidas, la muchacha se quedó mirando la marca de nacimiento en forma de estrella que tenía el Guardián de la Necrópolis en su mejilla izquierda, y no pudo evitar recordar que Oscuro le había revelado que tras aquella marca en el rostro de Djaw había otro misterio, una de esas cosas que Bytan pensaba que todavía no estaba preparada para conocer.

Demasiados misterios, demasiados muertos vivientes, estafadores, asesinatos… lo cierto es que Takratis tenía razón: ojalá pudieran volver a ser solo un par de niñas normales y corrientes.

—¿Qué tal el día en el colegio? —dijo entonces Ahmes, la madre de Takratis, que acababa de llegar desde el interior de la casa. Era una mujer morena, menuda, poco habladora y extremadamente sencilla. Apenas salía de las cocinas donde se pasaba la vida guisando platos riquísimos para Djaw y para su hija, y en su mente no había otro deseo que el de servir a su familia. Aunque Senmontu la apreciaba por todo lo buena que era para los suyos, lo cierto es que a veces le daba pena pensar que los horizontes de aquella mujer fueran tan limitados, que no tuviera sueños y deseos propios, que fuese el tipo de mujer esclava que muchos desearían que fuesen todas las mujeres de Egipto.

—El colegio mal, como siempre —dijo Senmontu, incapaz de disimular.

—A mí, con tu edad, tampoco me gustaba la escuela —reconoció Djaw—, pero un día comprendes lo necesaria que es para la vida que viene más adelante.

Senmontu le dio la razón. No valía la pena discutir sobre aquel tema. Ni su familia ni la de Takratis querían creerlas cuando les hablaban de la crueldad de su maestro. Hacía tiempo que las dos niñas habían hecho el pacto de no volver a perder el tiempo explicando a los adultos nada de lo que sucedía en “Petámenos. Escuela Griega para Niños Griegos”.

—Eso espero, señor Djaw.

El padre de Takratis se volvió y se quedó mirando al sur, hacia el horizonte, con expresión concentrada. Ahmes regaló una gran sonrisa a su hija y luego a Senmontu. Finalmente regresó a las cocinas, donde le esperaba otro día cualquiera del resto de su vida.

—Ese asunto de Eurionupis me da mala espina —dijo Djaw, después de un instante de reflexión—. Un chico ciego no desaparece así como así. No se trata de un muchacho descontento que se va de casa para conocer mundo. No puede ser eso. Si se tratase de otro joven de la aldea ni siquiera habríamos empezado la búsqueda; muchos se van unos días y regresan al cabo con mucha hambre y poca sed ya de aventuras. Pero ese Eurionupis… no sé. Ojalá lo encontremos pronto.

—¿Le habéis preguntado a Senai? —interrogó Senmontu, que estaba casi segura de que aquella mocosa engreída estaba detrás de todo el asunto.

—Claro que lo hice —dijo Djaw, meneando a un tiempo la cabeza, como si hubiese desechado esa línea de investigación—. Aunque había quedado con Eurionupis en el embarcadero no pudo ir porque estaba indispuesta. En realidad, ni siquiera ha vuelto al colegio desde ese terrible asunto del ladrón que entró en su casa y mató a los dos criados. Su padre ha confirmado que estaba tan enferma que ni siquiera pudo ir al entierro de esos dos pobres sirvientes.

—Pero pudo hacerse la enferma y cuando su padre abandonó la casa marchar al embarcadero, ¿no es verdad? —insistió Senmontu.

—Supongo que sí. ¿Pero qué interés podría tener Senai en quererle algún mal a Eurionupis o en hacerle desaparecer? No tiene mucho sentido.

Naturalmente, Senmontu no podía hablar de los Udji al padre de su amiga, y ni siquiera se le pasó por la cabeza inventar una

historia que justificase seguir pensando en la culpabilidad de Senai, y se limitó a decir:

—Eso me digo yo, que no tiene mucho sentido.

Fue entonces cuando vieron una extraña figura avanzando por la pista de tierra. Cojeaba y caminaba en zigzag como si apenas pudiera tenerse en pie. Pese a su estado, no tardaron en reconocerlo.

—¿No es ese Aristón? —dijo Senmontu, sin poder salir de su asombro.

En efecto, así era. Aquel que llegaba en tan penoso estado era ni más ni menos que aquel excéntrico ladrón llamado Aristón, con su peluca amarilla al viento y ladeada sobre su oreja izquierda, su vestido plisado de lino rasgado y cubierto de polvo, su faja rota y la barriga bamboleándose en caída libre, sus pies descalzos y sucios… arrastrando por el camino su saco con pócimas secretas de esencia y utilidad incognoscibles, que traía de lejanas e ignotas tierras y de otras culturas, acaso de allende los mares, para estafar a viudas indefensas.

—¿Qué os ha sucedido, señor Aristón? —dijo Djaw, con una amabilidad impecable que escondía, le pareció a Senmontu, no poco regocijo. Djaw era un buen hombre y despreciaba secretamente a aquel estafador de poca monta.

—¡Esa niña! ¡Esa maldita niña ha sido mi perdición! —dijo el bufón, señalando a Senmontu.

—¿Yo? ¿Pobre de mí? —dijo la muchacha, batiendo las pestañas, simulando ignorancia.

—Sí, tú, desgraciada e infecta sanguijuela. Tú sembraste la duda en tu familia, maldita mocosa, tú fuiste la primera en llamarme estafador, embustero, truhan y bandido. A mí, que vine a ayudaros con la mejor de las voluntades que imaginarse puedan. A mí, que intenté salvar a tu hermanito moribundo. Tú destruiste mi carreta y mis enseres. No se me ha olvidado.

—Pero eso nada tiene que ver con tu situación actual, padrastro mío —arguyó Senmontu, irónica, haciendo esfuerzos por contener la risa.

—¿Seguro que no? Tu hermanito está cada vez peor y tu madre ha dejado de confiar en mí. Así que me ha echado de vuestra casa a

patadas. Ese Masha ha vuelto a toda prisa de Alejandría para hacerme rodar por el polvo como a un ladrón y moler mis pobres huesos a golpes con sus malditas manazas de bruto. Y ahora me encuentro aquí, vagando como un pordiosero en medio de ninguna parte.

—¿Cómo es eso posible? Creo que os equivocáis. He visto muchos pordioseros mejor vestidos que vos —dijo entonces Djaw, que ya no podía disimular una sonrisa en su rostro.

—Ah, tú también te ríes, pero reirás por poco tiempo, Djaw —dijo Aristón, escupiendo cada palabra como si fueran veneno de serpiente—. Bailaré a no mucho sobre tu tumba, Senmontu, y también sobre la tuya, Guardián de la Necrópolis, y sobre la de todo el pueblo si fuera necesario. ¡Muy pronto!

—Voy a tener que pediros que abandonéis mi propiedad, señor Aristón —dijo entonces Djaw—. No permito la entrada a pordioseros, pedigüeños y gente de baja ralea o condición.

—No, no es eso que dices —terció Senmontu, tratando de imitar una pose de lo más seria sin que se le escapase la risa—. El señor Aristón es el mostrador de la multiplicidad, el señor de las bagatelas y las maravillas, el viajero exánime por inagotable.

Y entonces todos se echaron a reír. Las carcajadas eran tan estruendosas que algunos animales cacarearon y ladraron desde los corrales. Una oca apareció graznando desde el interior de la casa y después de alcanzar a los cuatro en la entrada se puso a picotear los pies descalzos de Aristón, lo cual, lógicamente, hizo que las carcajadas se redoblaran.

—Malditos seáis mil millones de veces —dijo el fantoche, huyendo a pequeños saltos de la oca—. Vais a maldecir el día que os interpusisteis en el camino de Aristón. Os lo juro.

—¡No te queremos aquí, no te necesitamos, Aristón! Haces bien marchándote al infierno del que viniste —chilló Senmontu, cuando su enemigo comenzó a alejarse.

—Ya veremos si me necesitáis o no, jovencita —repuso este—. Cuando os embarguen la casa, cuando lo perdáis todo por ser mujeres, ya veremos si ríes tanto como lo haces ahora.

—No le hagas caso —dijo Djaw, tratando de tranquilizarla—.

Ya nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento. Seguro que encontramos alguna solución.

—Y respecto a ti, Guardián de la Necrópolis de Harmonía —gritó Aristón, ya a cierta distancia, aún perseguido por la oca—. Ya veremos también cómo alimentas a tu familia cuando te releven de tu puesto y sepas quién va a ocupar tu lugar. Yo, personalmente, me encargaré de que la gente sepa el tipo de patán que eres, la forma en que tu desidia provocó que las buenas gentes de Harmonía no estén seguras en su descanso eterno en el cementerio, que fue tu culpa que los profanadores lo asaltasen. ¡No volverás a tener trabajo en este pueblo! ¡Lo juro!

—¡Márchate de una vez, mendigo! Ve a cometer tus robos y fechorías bien lejos de estas tierras —le dijo Djaw, levantando un puño, amenazante, y añadió al cabo—: Tú, Hermosa de Rostro, vuelve a casa.

La oca, al oír su nombre, se dio la vuelta y dejó de perseguir al señor Aristón, que se alejó camino abajo maldiciéndolos a todos. Los egipcios consideraban a las ocas animales de compañía, incluso más que a los perros.

—¿Qué decía ese hombre de que ibas a perder el trabajo, papi? —dijo Takratis entonces, como siempre preocupada por lo próximo que iba a suceder, que ella siempre imaginaba como algo terrible, inevitable y rotundamente perverso.

—Nada. Se lo inventaba todo —respondió su padre, pero le temblaba la voz, y esta vez hasta a la misma Senmontu le pareció que el miedo de Takratis tal vez estuviera justificado.

Se hizo el silencio. Hermosa de Rostro atravesó la valla de la casa y frotó su cuerpo menudo con las pantorrillas de las dos niñas, a modo de saludo.

—¿Quieres quedarte a comer, Senmontu? —dijo Djaw, aún con la voz estrangulada.

—No, gracias. No he avisado a mi madre de que llegaría tarde y me debe estar esperando desde hace un buen rato. Hoy nos entretuvieron a Takratis y a mí unos asuntos y voy con mucho retraso —dijo Senmontu, y tras despedirse de su amiga caminó la poca

distancia que la separaba de su propia casa.

El sol estaba en su cenit y el polvo se levantaba formando remolinos. No le extrañaba que Aristón tuviese aquel aspecto sucio y desaseado tras ser expulsado de la hacienda de Apolonia. Luchando contra las inclemencias del tiempo, Senmontu atravesó el estanque y llegó a la puerta de la casa. Los jardines seguían en tan mal estado como la última vez que los viera. Además, el viento y el polvo le impedían ver a más de tres codos de distancia, así que no reparó en Bytan hasta que lo vio plantado, como siempre, en la entrada, tallando figuritas de madera sobre una mesa baja, ahora que su tenderete había sido destruido por el señor Aristón junto con la mayor parte de los sembrados. El aura del anciano apenas brillaba y había perdido luz y color, tiñéndose de ribetes negros y grises, como había sucedido después de la desaparición de Dryton, su hijo.

—¿Sucede algo, abuelito? —dijo Senmontu, sabiendo que en verdad había sucedido algo que Bytan no se sentía con fuerzas para contarle.

—¿Abuelo?

Pero el anciano guardó silencio.

—¿Es Eurionupis? —inquirió esta vez la muchacha, pensando que acaso Bytan lo había hallado por su cuenta, probablemente malherido o muerto, y que por eso había regresado a casa.

Y entonces es cuando se dio cuenta de una cosa. Si Apolonia había echado de casa al señor Aristón, algo verdaderamente terrible debía haber pasado durante su ausencia, pues su madre, a pesar de los enfrentamientos de Senmontu con el fantoche y de los consejos de Masha y de Bytan, había seguido confiando en el estafador y creyendo a pie juntillas en su promesa de un elixir maravilloso que habría de curar al pequeño.

—Tu hermano… —comenzó a decir Bytan, pero se aturulló y calló, como si fuese incapaz de seguir.

—¿Sí, abuelo? —gimió Senmontu, a punto de desmayarse de miedo—. Cuéntame lo que sea, por el amor de los dioses.

—Maakheru agoniza —dijo su abuelo, sin atreverse a mirarla, bajando la cabeza hacia su figurilla de madera e hincando en ella su

cuchillo hasta el fondo—. Los médicos no creen que pase de esta noche.

15

EL GRAN VERDUGO

(Año 158 Antes de Cristo)

Fue aquella misma noche, poco después de cenar. Senmontu había ido a la habitación de su hermanito Maakheru y estaban ambos, como siempre, hablando de sus cosas; y él escuchaba las travesuras de su hermanita, todo lo que había hecho o imaginado hacer aquel día; y ella escuchaba sus sueños, todo lo que querría haber hecho o imaginaba hacer algún día.

Y entonces Maakheru, con ojos brillantes de emoción, mostró a Senmontu sus preciadas figuras.

—¡Mira, hermanita! Bytan las talló para mí, —exclamó con orgullo. Extendió su mano para mostrarle la primera figura—. Este es un valiente guerrero. No lleva espada. No la necesita. Su arma es la inteligencia.

Senmontu sonrió y acarició el detalle de la madera.

—Es magnífico, ¿y ella? —preguntó señalando a la perra.

—Es una guardiana, fiel y protectora. Su mirada es leal y su pelaje oscuro como la noche sin luna. ¿No es hermosa?", respondió Maakheru con una sonrisa tierna.

Finalmente, levantó con cuidado la figura del halcón.

—Y este es el más especial. Un halcón que está listo para alzar el vuelo, para llevarte a cualquier parte del mundo.

Senmontu tomó con delicadeza las figuras y las hizo "caminar" por la cama.

—Imagina que el guerrero y la perra defienden el reino, mientras el halcón vigila desde el cielo.

Ambos hermanos se sumieron en un mundo imaginario, jugando y riendo juntos, olvidando, al menos por un momento, las preocupaciones que los rodeaban.

—Ahora podemos hacer que la perra… —comenzó a decir Senmontu.

Pero nunca acabaría aquella frase.

De pronto, Maakheru comenzó a temblar, y cayó violentamente hacia atrás, como si una fuerza espantosa le aplastase, y se le nublaron los ojos, y abrió los labios para hacer a su hermana mayor una última confesión, un último sueño malogrado, o para hablarle otra vez del azul del cielo, que tanto le gustaba y del que pronto formaría parte, o acaso no fuera más que una convulsión. Soltó un bufido, como si se hubiese librado de una pesada carga, y se hizo el silencio.

Y su luz de alrededor, ese aura que poseen todos los seres vivos y que solo Bytan y Senmontu, podían ver… se esfumó.

Senmontu llamó a su madre, al abuelo, a Masha…, pero ya no había nada que hacer. Apolonia se sentó al lado de su hijo y le dio la mano, quedando en silencio. El nubio echó a andar frenético de un lado para otro, golpeando las paredes y lanzando los taburetes contra el suelo. Bytan puso una mano sobre el hombro de Senmontu y la miró fijamente:

—Nuestros antepasados, aquellos que se marcharon antes que Maakheru, le estarán esperando en la Otra Orilla. Ellos jugarán con él y ya nunca estará solo. Reza por todos ellos, para que ninguno se sienta nunca solo.

Senmontu no podía soportar aquel vacío ni por un instante más y salió corriendo de casa, y no se detuvo hasta verla desvanecerse en la distancia. Se sentó en el tronco de un árbol y rompió a llorar como nunca antes lo había hecho, y de pronto comprendió que no podía haber dolor más grande que aquel de perder a un hermano. Y lloró por largo tiempo: lloró por Maakheru, que había sido su amigo y compañero de juegos, pero, sobre todo, lloró por sí misma, porque no volvería a disfrutar de su compañía.

Su padre, Dryton, le explicó una vez a Senmontu que a los que alcanzaban el otro mundo, les esperaba una eternidad de deleites, comiendo pato asado y bebiendo cerveza, y Senmontu intentó pensar en Maakheru sentado hinchándose de comer, riendo y jugando, y el

pensar eso la reconfortó de alguna manera. Finalmente, rezó por Maakheru, entre lágrimas.

Cuando se secó los ojos y levantó la vista, descubrió a su lado a Bytan, su dulce abuelo, que la contemplaba en silencio apenas a unos pasos de distancia. Parecía un árbol más en la espesura: inmóvil, misterioso y casi centenario. Y dijo Senmontu:

—Odio a la muerte. La odio porque se ha llevado a Maakheru.

Bytan permaneció en silencio. Por un momento, la joven se preguntó si no sería después de todo una de esas alargadas sombras de largas ramas que flanqueaban el camino. En su mano izquierda pudo distinguir entonces su navaja, y en la diestra el pedazo de madera del que, día y noche, hacía nacer las formas que bullían en su imaginación… aquellas figuras de madera que el anciano aseguraba que muy pronto les salvarían a todos.

—No tenía la muerte por qué llevárselo. Maakheru era bueno. Por eso la odio —insistió Senmontu.

Comenzaba a hacer frío. La luna brillaba llena desde las alturas y restaba un punto de oscuridad a la noche, que se había llenado de extraños sonidos que un par de horas antes Senmontu hubiese identificado con animales e insectos, pero que ahora se le antojaban desconocidos y amenazadores. Incluso le pareció ver por un momento al halcón que había anidado en la higuera de su casa, apostado ahora en una de aquellas ramas, vigilándola. El caso es que Senmontu comenzaba a tener algo de miedo, y miraba nerviosa en derredor, como recelando que no saltase de entre la maleza alguna figura perversa. Pero nada sucedió y terminó serenándose. Volvió la cabeza hacia su abuelo, que le hizo un gesto afectuoso para que se tranquilizase; y dijo este:

—Tal vez tú puedas, pese a todo, salvar a Maakheru.

Senmontu le miró extrañada.

—Maakheru se ha ido, abuelito. Ya nada…

Bytan se volvió y señaló una caja que contenía las últimas figuras de madera que había tallado.

—Nada es lo que parece, mi niña. Un día lo entenderás.

¿Había perdido ya del todo la razón el bueno de Bytan?, se

preguntó la pequeña.

—No se puede salvar a alguien que ya ha fallecido.

—Tú puedes. Las figuras pueden.

—No entiendo lo que dices.

Bytan suspiró.

—Aún es pronto para explicártelo todo. Ahora solo debes recordar que la primera vez que nos enfrentamos a la muerte, al Gran Verdugo, nos parece un demonio grotesco de muchas cabezas, una bestia invulnerable que ha descendido hasta nosotros arrancándonos una piedra preciosa que en vano atesorábamos. ¿Pero no es invulnerable?

—¿No?

—No. Los monstruos no existen, son solo fabulaciones urdidas para alimentar las pesadillas de los corazones simples. La muerte no tiene entidad, no es un animal ni un dios; se trata, a lo sumo, de un postrer objetivo, una pobre meta que algunos se labran por apetencia, otros por descuido o porque ya llevaban demasiado tiempo escabulléndose, y algunos por necesidad o por pura mala suerte. Tu hermano ya no sufrirá más. La muerte le ha llevado a un lugar mejor. Pero la muerte también devolverlo. Con tu ayuda.

Senmontu no consiguió entender del todo las palabras de su abuelo y Bytan, por más que ella insistió, no le reveló nada más. Solo comprendió que Maakheru hubiese sido desdichado de haber seguido con vida a causa de ser de una constitución tan frágil y endeble; y no le pareció justo que en el mundo funcionen así las cosas y que los débiles sucumbiesen siempre ante los fuertes, pero no quiso decir nada más, porque empezaba a sentirse cansada y a tener sueño, exhausta tras su arrebato de ira y desesperación.

Bytan deslizó sus dedos entre los rizos del cabello de la muchacha y se inclinó, acercando su nariz para besarla en la frente. Luego le dio la mano y la acompañó de vuelta a casa. A Senmontu se le cerraban los ojos según avanzaban por el camino y, antes de acabar el trayecto, Bytan cogió a su nieta entre sus brazos, y la muchacha se quedó profundamente dormida en el regazo de aquel hombre que tanto la amaba y que la protegería de todo mal hasta su último

aliento.

Mientras tanto, un halcón trazaba grandes círculos sobre sus cabezas, como siempre, vigilante, esperando…

LIBRO 5



LA DESGRACIA DE EURIONUPIS

EGIPTO, AÑO 2024

(Memorias de Rafel Collington)

"¡Rafel!"

La voz resonaba en mi cabeza mientras cavaba, como un eco distante pero claro. Parecía Senmontu, aunque no podía estar seguro. Cada golpe de mi pala se sincronizaba con aquella insistente voz.

"No pares, debes seguir adelante"

Sacudí la cabeza, intentando enfocarme en la tarea. Cada vez que retiraba escombros del hueco, más caían desde arriba, haciéndome sentir que estaba en una batalla constante contra la montaña misma.

—Lo estoy intentando —murmuré, sintiendo cómo el sudor recorría mi frente y caía sobre la tierra. A pesar de mi determinación, no podía negar la fatiga que se apoderaba lentamente de mí.

"Estás cerca, Rafel. La entrada te revelará secretos más allá de tu imaginación"

Respiré hondo, usando las palabras de Senmontu, o quien quiera que fuese, como motivación. Con cada golpe, podía sentir cómo el hueco se ensanchaba, aunque no lo suficiente. Las horas pasaron y el trabajo no avanzaba.

Finalmente, me dejé caer exhausto junto al agujero, desesperado. La entrada se resistía: demasiadas rocas, demasiada distancia… y yo tenía solo catorce años.

—Lo siento —dije con voz ronca, dirigiéndome a la voz que me había acompañado durante horas—. He hecho todo lo que he podido. Por hoy, no puedo más.

Hubo un silencio, y durante un momento pensé que la voz había desaparecido. Pero entonces, un susurro suave y comprensivo llenó mi mente.

"Las hecho bien. Descansa y, mañana, inténtalo de nuevo"

Con ese consuelo en mi corazón, reuní mis herramientas y me preparé para dejar mi excavación secreta. Sabía que al día siguiente volvería, listo para enfrentarme a nuevos desafíos.

Pero aquel no fue el único desafío de aquel día. De camino al campamento de mi padre, distinguí su figura tras un árbol, espiándome cuando llegué a la explanada de las acacias. Aunque se fue corriendo y se perdió de vista, tan pronto llegué al campamento fui en su busca.

—¡Yusuf! —lo llamé.

El joven arqueólogo se detuvo y me miró con sus ojos oscuros, evidentemente incómodo.

—Rafel, lo siento, tu padre me pidió que... —empezó, pero yo levanté una mano para interrumpirlo.

Hacía un par de días que había notado que mi padre observaba, intrigado, mis idas y venidas, que se preguntaba de dónde demonios llegaba tan cansado.

—Lo sé, te pidió que me vigilaras. No te culpo. —Le dediqué una pequeña sonrisa—. Sólo te pido un favor.

Yusuf arqueó una ceja.

—Dime.

—Por favor, no le digas nada todavía. No le digas que estoy excavando por mi cuenta. No hasta que descubra lo que hay allí.

Yusuf pareció considerarlo por un momento. No había visto mis hallazgos, como mucho me habría observado llegar hasta el agujero e introducirme en él. Debía pensar que estaría quitando el polvo a dos vasijas y tres pergaminos viejos. Un crío no podía hacer un descubrimiento importante. No tenía sentido. Yusuf asintió lentamente luego de darle vueltas al asunto.

—Está bien, te daré algo de tiempo. Pero no mucho, Rafel. No quiero meterme en problemas con tu padre. De momento le diré que te perdí la pista en el Cerro de las Ánimas. Pero no puedo perderte la pista todos los días.

—Te lo agradezco —suspiré aliviado. Entonces decidí abrirme a Yusuf sobre mis descubrimientos—. Sabes, siempre me ha intrigado el Cerro de las Ánimas. Es una anomalía en esta región.

—Sí, usé los prismáticos para seguirte por ese maldito lugar —dijo, golpeándose el pecho, donde colgaban unos binoculares—. Pero, según tengo entendido, tu padre descartó excavar allí. Dijo que no

tenía potencial arqueológico. Los lugareños temían aquel lugar por razones que no conocemos.

—Es cierto. Pero considera esto: si era un lugar maldito desde tiempos antiguos... ¿no crees que podrían haberlo elegido precisamente por eso? Si alguien quería que su tumba nunca fuera saqueada, ¿qué mejor lugar que uno que todos temían?

Yusuf se detuvo, ponderando la idea. Luego, con una expresión pensativa, dijo: —Tiene sentido, de alguna manera retorcida. Si uno quiere proteger algo a toda costa, tal vez elegir un lugar "maldito" sea la mejor opción.

—Exacto. Y eso es lo que quiero descubrir, Yusuf. Quiero saber qué es lo que está oculto allí, y por qué fue tan importante protegerlo.

Mis palabras eran apasionadas, y esperaba que el joven arqueólogo entendiera mi determinación. Pero no lo hizo.

—De acuerdo, muchacho, pero no esperes encontrar nada digno de mención. La excavación principal es esta. Aquí es donde haremos un descubrimiento importante. A lo sumo en el Cerro de las Ánimas encontrarás unas inscripciones o algún monumento menor en el mejor de los casos. Nada más.

Yusuf señaló a su derecha, un lugar que en ese momento bullía de actividad. El vasto terreno, que hasta hacía poco había sido una simple extensión de arena y piedra, ahora mostraba las primeras señales de una majestuosa estructura subterránea. Grandes piedras calizas, algunas adornadas con jeroglíficos apenas visibles debido al paso del tiempo, empezaban a emerger de la tierra, revelando los cimientos de lo que prometía ser una tumba de considerable tamaño.

Equipos de trabajadores, tanto locales como extranjeros, se movían de un lado a otro, cargando cestas llenas de escombros, mientras los arqueólogos inspeccionaban cuidadosamente cada piedra que se desenterraba. Pude ver a Fátima, la ingeniera del equipo, supervisando la construcción de unos soportes de madera para garantizar la estabilidad del lugar a medida que se excavaba más profundo.

La entrada de la tumba, o al menos lo que parecía ser la entrada, ya estaba parcialmente expuesta. Era una gran puerta de

piedra, con relieves de figuras humanas y animales, y en el centro, un cartucho que aún no se había descifrado. La atmósfera en la excavación era de pura anticipación; cada hallazgo, por pequeño que fuera, representaba una pieza más del puzzle que estaban intentando resolver.

—No espero encontrar nada importante, Yusuf —mentí—. Como mucho alguna cosa menor, tienes razón. Pero al menos estaré entretenido.

Y me marché a mi tienda con una sonrisa en los labios.

16

TU DESTINO ESTÁ DECIDIDO

(Año 158 Antes de Cristo)

La noche en que Eurionupis y Senai quedaron en encontrarse en el embarcadero, el Udji no había previsto ninguna estratagema especial para sonsacarle al muchacho la información que necesitaba. Estaba convencido de que con solo ponerle su daga en el cuello tendría más que suficiente para que el joven se viniese abajo y le confesase todo lo que sabía, todo lo que había hecho y dejado de hacer desde que tenía uso de razón. Hasta podría ser que se autoinculpase de cuantas cosas al Udji le viniera en gana acusarle por pura diversión.

Era todo un espectáculo ver a la gente chillar, maldecir, disculparse, mentir, desgañitarse, jurar, perjurar, rezar y hasta orinarse encima… todo para salvar sus miserables vidas.

Los Udji sabían que su presencia causaba un gran pavor entre sus enemigos, y su crueldad era legendaria. Así que nadie contradecía a un sirviente de la sombra, nadie le ocultaba información, nadie, en realidad, sobrevivía demasiado a un interrogatorio llevado a cabo por uno de "los que vigilan".

Pero con Eurionupis todo salió mal desde el principio. Tan pronto como entendió que aquella maldita niña malcriada de Senai le había mentido para conducirle a una trampa, el muchacho murió por dentro, cerró sus ojos masacrados y se refugió en sí mismo, lejos del embarcadero donde su captor le había arrastrado con aquella sucia artimaña de amor adolescente.

Y no hubo manera de conseguir que soltara prenda sobre Jeper, el infame traidor que había robado a El Que Habita Entre Las Sombras. No, aquel maldito crío era alguien que creía en el honor, uno de esos egipcios a la antigua usanza, y en modo alguno estaba

dispuesto a traicionar a su amigo aunque le fuese la vida en ello.

Y lo cierto es que le iba la vida.

Había pasado una hora y Eurionupis, sangrante, había escupido ya sus dos últimos dientes, pero seguía sin decir nada de la persona que le había ayudado a tallar la muñeca y la flor de loto azul para Senai.

—¿Me vas a decir dónde puedo encontrar a Jeper el infame?

—No sé de quién me hablas —respondió el niño, altivo.

—Ahora no se hace llamar así, sin duda. Pero tú sabes bien que busco a tu maestro, el que te ha enseñado a tallar esas figuras en la madera.

Eurionupis calló. Incluso pareció esbozar una leve sonrisa.

—¡Maldito muchacho!

El Udji, impasible, descargó su bastón con empuñadura de marfil en la mandíbula del niño y este cayó hacia atrás, quedando inmóvil en el suelo.

—¿Ha muerto ya? —quiso saber Senai, que temblaba de emoción.

—No —gruñó el Udji—. Ni siquiera se ha desmayado. Solo se ha quedado ahí como un pelele, tumbado de espaldas, riéndose de nosotros con su silencio. Se cree muy fuerte este mocoso.

Eurionupis, todavía en el suelo, respiraba agitadamente intentando recuperar las fuerzas. Nadie le doblegaría. Estaba dispuesto a resistir hasta el final.

—Y tú, Senai —dijo entonces el Udji—, ¿no has oído hablar de un hombre que talla figuras aquí, en Harmonía?

—Yo no me junto con esos paletos —dijo Senai, con gesto ofendido—. Le he preguntado a mi padre pero tampoco ha oído hablar de nadie. Pero eso tampoco es raro. Él tampoco trata mucho con los palurdos del pueblo. Nosotros vivimos a las afueras, en una mansión acorde con nuestra posición social. Ese Jeper que talla figuras de madera debe ser un pobre muerto de hambre como Eurionupis. Tal vez no sea ni de la aldea.

—Pero yo estoy seguro de que se trata de alguien de los contornos. Lo presiento.

—Al final, Eurionupis nos dirá de quién se trata. Creo que en el fondo no es más que un tullido cobarde —dijo Senai.

El Udji meneó la cabeza, contrariado.

—No va a ser fácil quebrantar el espíritu de este crío. Tiene una voluntad de hierro —dijo en un tono de voz que dejaba translucir un punto de respeto.

—Déjame que lo mutile —dijo Senai—. Déjame que le saque esos ojos ciegos que me miraban babeantes todos los malditos días del año. Entonces hablará, mi amo y señor.

Senai, una vez al servicio de la bestia que habita en la sombra, había mostrado su verdadera faz. Era una persona malvada. Siempre lo había sido. Sencillamente, ahora ya no tenía necesidad de ocultarse.

—No soy tu amo y señor —dijo el Udji, volviéndose hacia la joven—. Tu señor es la bestia de sombra. Yo le sirvo a él como tú me sirves a mí. Todos le servimos.

—Naturalmente —dijo Senai, relamiéndose aún ante la idea de arrancarle los ojos a un muchacho indefenso, enfermo y medio ciego.

—¿Por qué eres así, Senai? —terció de pronto Eurionupis, al que apenas se le entendía hablando entre aquellos labios hinchados y encías sangrantes.

—¿Así cómo, monstruo? —dijo Senai, sorprendida porque Eurionupis por fin dijese una palabra.

—Así de malvada, sencillamente. Yo te amo. Hay mucha gente que te quiere. Pero tú has decidido ser… eso que eres. Tan mala y tan bonita, casi como si la princesa de un cuento infantil tuviese el alma más negra que la serpiente de cincuenta Codos que la tiene secuestrada en la torre.

El Udji, que también se había sorprendido de que el niño finalmente decidiese abrir la boca, pensó que lo mejor era esperar sin hacer nada, escuchar a ver dónde conducía aquella conversación por si podía usarla en su beneficio.

—Tú no sabes nada —chilló entonces Senai—. Eres un imbécil, más tonto que ciego me parece a mí. ¿Cuentos infantiles, serpientes, mala y bonita? ¿Te oyes hablar? Yo soy de buena familia y tengo los mejores vestidos de la comarca, pero no soy la más bonita, quizás la

más lista, eso sí. La más bonita es esa mema de Senmontu, eso lo sabe todo el mundo. Pero la belleza no vale de nada, solo la inteligencia, y la inteligencia la utilizan mejor las personas malvadas, como yo, porque el bien te pone normas que no son más que un estorbo. ¡Demonios, hay tantas cosas interesantes que los padres o la sociedad no te dejan hacer! Pero yo puedo hacer lo que plazca porque no necesito sentimientos ni tengo obligaciones ni respondo ante nada ni nadie. Yo soy libre como el viento, ¿me oyes? Yo lo hago todo por puro entretenimiento.

—¿Y torturarme te proporciona el entretenimiento que estás buscando? —dijo Eurionupis en un hilo de voz.

—Oh, podría decirte que lo hago para ganar puntos delante del Udji y de El Que Habita Entre Las Sombras, pero no, no es así —Senai se inclinó hasta que su cabeza casi tocó la de Eurionupis y le escupió en medio de la frente—. Lo cierto es que me lo estoy pasando bomba con todo esto, monstruo.

Súbitamente, Eurionupis rompió a llorar.

—Yo te amaba tanto… —gimoteaba—. Había soñado tanto con este momento, con la primera vez que te estrecharía entre mis brazos…

En el rostro de Senai se dibujó una enorme sonrisa y arrojó a los pies del muchacho la flor de loto azul que este le había regalado.

—¡Quédate esta porquería que me has hecho, idiota! —le dijo Senai al pobre Eurionupis, y luego, volviéndose hacia el Udji—. Dioses, esto cada vez se pone mejor. Mira cómo llora ese imbécil. Es la noche más divertida de toda mi vida.

Pero el Udji no se estaba divirtiendo en absoluto. En realidad, no había organizado todo aquello para divertir a una mocosa enloquecida, sino para averiguar dónde se hallaba su enemigo, ese maldito Jeper. Y de momento, había conseguido de todo menos aquella información preciosa.

—¿Me vas a decir de una vez dónde se encuentra tu maestro? —dijo el Udji, casi lamentando tener que proseguir atormentando a su joven víctima.

Eurionupis se enjugó una lágrima con el dorso de la mano. Las

lágrimas, saladas, escocían en sus heridas y le recordaban que estaba vivo, que tal vez lo había perdido todo pero aún le restaba su honor. Jamás traicionaría al bueno de Bytan, por mucho que su torturador insistiera en que se llamaba Jeper. Llamase como se llamase, era su amigo, y Eurionupis no podría presumir precisamente de contar con demasiados amigos en este mundo.

—Ahora menos que nunca. Aunque, ¿sabéis lo más curioso? Si en lugar de torturarme Senai me hubiese preguntado quién me enseñó a tallar mis figuras yo se lo habría dicho. Aunque prometí no revelarlo, un beso suyo me habría bastado para traicionar esa promesa. Porque la amaba.

—Ante me haría degollar que darte un beso, monstruo.

—Precisamente por eso nunca sabréis quién es mi maestro.

El Udji asintió, como reconociendo la entereza y honestidad de su rival.

—Así sea. Tu destino está decidido, muchacho.

17

EL PLAN B

(Año 158 Antes de Cristo)

Caminaban por el margen del río. Al principio, la travesía había sido muy placentera, pues atravesaban una zona empedrada y bastante bien cuidada, pero tan pronto se alejaron del embarcadero, tuvieron que avanzar por un sendero abrupto que serpenteaba en un recodo del gran río. Por fin, después de un repecho, alcanzaron un terreno elevado desde el que las aguas, al fondo, parecían correr estériles arrojando destellos verdes y azules a la noche.

—Nunca había estado por aquí —dijo Senai, mirando en derredor—. ¿Dónde vamos?

Senai iba, en efecto, muy intrigada, brincando de excitación detrás del Udji, que llevaba a Eurionupis a hombros, como si fuera un fardo. El muchacho apenas se movía, y solo de cuando en cuando se le oía suspirar de pena o soltar un gemido ahogado de dolor.

—No vamos a ningún lado, propiamente dicho —dijo por fin el Udji, resoplando—. Buscamos un lugar desde donde ejecutar el plan B.

—¿Plan B? —murmuró Senai, en voz tan baja y arrebatada que casi pareció que hablara para sus adentros—. ¿De veras hay un plan B?

—Naturalmente —dijo el Udji—. Siempre tiene que haber un plan B. El plan original es lo de menos, a veces incluso no lo tienes muy claro, muchas cosas deben improvisarse sobre la marcha. Pero el plan B debe estar cuidadosamente diseñado por si las cosas no salen como habías previsto y todo se tuerce.

Se detuvieron en el punto más alto del promontorio. Senai miró hacia abajo y soltó un silbido. Había por lo menos treinta Codos hasta abajo.

—¿Qué hacemos aquí arriba, pues? —dijo.

El Udji sonrió.

—Ejecutamos el plan B, ni más ni menos.

—¿Y cómo lo haremos? ¿Le mataremos aquí y dejaremos el cuerpo tirado para que se lo coman los buitres?

—No exactamente. Haremos algo mejor —dijo el Udji, alzando a su víctima y dejándola suspendida sobre el vacío por un instante—. Como Eurionupis no nos ha querido dar la información que debía conducirnos hasta Jeper el infame, dejaremos que sea el propio Jeper el que busque a Eurionupis y lo encuentre para nosotros.

Y el Udji soltó al muchacho, que pataleó brevemente en el aire y se precipitó al abismo.

Eurionupis cayó al vacío, su cuerpo formando un arco en el aire antes de sumergirse con un estruendoso chapoteo en las aguas turbulentas. El eco de su grito se desvaneció gradualmente, y durante un momento, el único sonido fue el murmullo del río que corría por debajo.

Senai soltó una risa aguda, sus ojos brillando con maliciosa diversión. Observaba con deleite el rastro de burbujas que el muchacho dejaba atrás, y parecía estar esperando con ansias su reaparición desde las profundidades, solo para disfrutar del pánico en su rostro.

El Udji, sin embargo, la miró con desprecio. Su figura imponente proyectaba una sombra sobre Senai, y sus ojos, fríos y calculadores, no mostraban el mismo placer sádico.

—Senai —comenzó con una voz profunda y autoritaria—, no basta con hacer el mal por el simple placer de hacerlo. Incluso el mal debe tener un propósito, un objetivo.

Senai se encogió de hombros, sin dar importancia a las palabras del monstruo.

—¿Qué importa? Es divertido. Me gustan las cosas divertidas.

—El mal sin propósito es como un cuchillo sin filo; pierde su eficacia —prosiguió el Udji—. Los que se entregan a la maldad sin una razón, sin un plan, no entienden el verdadero poder que puede conferir. Se convierten en herramientas de su propia destrucción.

Senai sonrió burlonamente, su juventud y arrogancia chocando

con la sabiduría oscura del Udji.

—¿Acaso me estás diciendo que no disfrutaste viéndolo caer?

El Udji la observó por un momento, meditativo.

—No, no lo hice. Sencillamente nunca olvido mi propósito. Y tú tampoco deberías olvidarlo. Además, admiro a ese muchacho.

Senai suspiró, con una sonrisa arrogante.

—Tal vez pienses que soy una niña sin experiencia en la vida, pero soy muy lista, sé lo que hago y por qué lo hago. Al principio te obedecía por miedo pero ahora soy, como tú, una sirviente de la sombra. No me menosprecies.

El Udji no dijo una palabra más. En lugar de eso, se giró y comenzó a alejarse, dejando a Senai con sus pensamientos y la visión del río turbulento a sus pies.

18

SENMONTU VA A DERROTARTE

(Año 158 Antes de Cristo)

Habían pasado dos días desde la desaparición de Eurionupis. Bytan, en cuclillas sobre su estera, reflexionaba sobre lo que le podría haber ocurrido al pobre muchacho y sobre su propia incapacidad para encontrarle. En su búsqueda había atravesado Harmonía de arriba abajo, de norte a sur, de la Necrópolis al embarcadero, del centro de la ciudad hasta el desierto, y hasta más allá de la pista de tierra. Incluso se había aventurado un trecho en el Cerro de las Ánimas, sabiendo el peligro que corría en aquel terreno dominado por espíritus malignos. Aunque había abandonado a toda prisa aquella montaña maldita, lo cierto es que no había percibido la presencia de su aprendiz ni siquiera entonces; de hecho, no había percibido su presencia en ningún momento o lugar durante su odisea.

Bytan temía que el muchacho ya hubiera muerto.

Como al día siguiente tenía pensado proseguir sus investigaciones, el anciano se obligó a dormir unas pocas horas. Además, debía comenzar con los preparativos para el entierro de Maakheru y cuidar de Apolonia y de Senmontu. Muchas tareas para un pobre viejo.

Se calentó un poco de leche en la cocina y, al cabo, regresó a su estera, se bebió su taza y dejó que aquel viejo remedio contra el insomnio hiciera el efecto esperado.

No tardó en sentir una lánguida pesadez en sus párpados y, finalmente, se encogió en posición fetal y dejó que el sueño le envolviese.

Aquella noche, por primera vez en muchos años, El Que Habita Entre Las Sombras volvió a poblar sus pesadillas. Bytan llevaba esquivándole toda una eternidad y había aprendido todos sus trucos,

pero esta vez la bestia consiguió eludir sus defensas. Acaso había guardado aquel as en la manga para cuando encontrase una forma de engañarle y conducirle a una emboscada. Y es que Bytan supo desde el primer momento que su enemigo le estaba tendiendo una trampa, pero también se dio cuenta de que era una trampa que no podría sortear. Caería en ella por propia voluntad y debería ser lo bastante rápido e inteligente para salvar la vida. Porque aquella trampa le llevaría hasta Eurionupis.

—Así pues, no piensas devolverme la Llave que me robaste, Jeper —dijo la bestia, con voz muy grave y sonora, como si quisiese infundirle aún más temor del que ya sentía.

El anciano había sido transportado, dentro del sueño, directamente a la guarida de El Que Habita Entre Las Sombras. En su sala privada, de techos altos e interminables y paredes muy blancas, se hallaba la bestia, afilando su hacha de carnicero sobre una estaca.

—Ya no me llamo Jeper. Hace mucho que nadie pronuncia ese nombre en mi presencia. Y no, no te devolveré nada. Ya lo sabes —dijo Bytan.

Se hizo el silencio. Ambos se miraron directamente a los ojos, desafiándose. Al cabo, Bytan bajó obediente la mirada y se humilló ante la bestia, postrándose como un siervo ante su señor.

Y El Que Habita Entre Las Sombras dejó que el tiempo pasase, sin prisa alguna, intentando descubrir cuánto estaba dispuesto a aguantar Bytan para salvar a Eurionupis, aquel maldito ladrón que una vez había sido su mano derecha y luego le había traicionado robándole la Llave de las Puertas del Inframundo.

Cerca de una hora más tarde, Bytan seguía postrado frente a su captor; la cabeza gacha, las rodillas y los codos hincados en el suelo. No tenía miedo, pero llevaba demasiado tiempo de rodillas aguardando una palabra de su enemigo y comenzaba a sentirse enfermo, mareado por la postura y por el penetrante olor a esencia de terebinto que impregnaba aquella estancia, revestida en su parte superior de exquisita madera de cedro labrada. Entretanto, El Que Habita Entre Las Sombras había dejado a un lado su hacha de carnicero y ahora masticaba a pequeños bocados, relamiéndose, el

pescado frito con guisantes hervidos que uno de sus sirvientes, un Udji extremadamente delgado, le acababa de traer en una fina bandeja de cobre.

Cuando terminó su pequeño y privado festín, alzó una mano de largos dedos enjoyados y otro sirviente se arrastró hasta él para entregarle el postre: un pastel bañado en miel. La bestia lo mordisqueó, hizo un gesto de desagrado y volvió a levantar la mano. Un segundo pastelillo, esta vez de frutas y canela, sustituyó al primero, y el Udji se alejó de nuevo entre reverencias y genuflexiones interminables. Para entonces, Bytan ya se sentía lo bastante indispuesto como para no apreciar con detalle lo que sucedía a su alrededor, y su mente divagaba, intentando permanecer lúcida, recitando un pasaje del Poema De La Destrucción Del Dragón Apofis.

La bestia ha caído en un mar de llamas.
Hay un cuchillo en su cabeza.
Sus orejas están cortadas.
Su nombre nunca más será pronunciado en la tierra de Egipto.

—Oh, por el amor de los dioses, Jeper —dijo la bestia—, deja esa cantinela para mejor ocasión. He esperado muchos años para verte inclinado de nuevo ante mí. No me estropees este momento con todas esas estúpidas creencias del pasado.

El Que Habita Entre Las Sombras había hablado por fin. El anciano levantó la cabeza y miró a su captor con los ojos enrojecidos, al borde del agotamiento.

—Si me inclino ante ti es porque sé que quieres hacer un trato conmigo. Nada más.

La bestia dio un bocado a su pastelillo de canela.

—¿Un trato? No sé de qué me hablas.

—Hablo de Eurionupis —dijo Bytan, rechinando los dientes—. Vas a decirme dónde lo tienes.

La bestia soltó una carcajada.

—¿Y si no?

El enemigo había abandonado su disfraz habitual de momia andante, desgarbada, hinchada y con todas las costuras al aire, y ahora se había transformado en un hombre bajo pero corpulento, la

piel casi negra, la nariz aplastada y unos ojos enormes, inquisitivos, que parecían poder devorarle a uno con una sola mirada. Un egipcio del sur, un hombre de la frontera.

—Me pregunto si ese es tu verdadero rostro —dijo Bytan, cambiando de tema, acaso consciente de que a mayor insistencia en el asunto de Eurionupis, más probable era que la bestia de la sombra cambiase de opinión y no le mostrase su paradero.

—¿Verdadero rostro, mi fiel amigo? —dijo el enemigo, fingiendo ignorancia.

—Sí, tu verdadero rostro —le explicó Bytan—. Sé bien que eres un hombre real, que vives como un egipcio cualquiera entre nosotros, y que todo eso de la bestia que habita en la sombra es solo un disfraz, un truco de magia. Vives aterrorizado por un terrible secreto, ese que se encuentra tras las puertas cuya llave robé.

—Ah, la Llave de las Puertas del Inframundo —dijo el enemigo, como si hubiese recordado de pronto todo aquel asunto—. Debe ser esa llave que te niegas a devolverme.

—Esa es —reconoció Bytan—, y nunca volverás a poner tus sucias manos en ella.

La bestia se echó a reír.

—No es eso lo que ha llegado a mis oídos, mi fiel amigo. Me han llegado noticias de que mis Udji están cada vez más cerca y que, de hecho, uno de los míos tiene a tu aprendiz.

A Bytan no le gustaba el tono con el que la bestia pronunciaba "mi fiel amigo". Le sonaba a falsete, a ironía, como si tratase de menospreciarle. Su respuesta, sin embargo, debía ser gentil y contenida porque aún no sabía dónde se encontraba Eurionupis. El anciano sabía bien cuál era su deber y se humillaría cuanto hiciese falta ante la bestia de la sombra para conseguir aquella información.

—Tu Udji está cerca, noble señor. Pero, ¿está acaso lo bastante cerca? Yo no lo creo; por eso quieres arrastrarme hasta una trampa, por eso quieres que rescate a mi aprendiz y me descubra para que puedas darme caza.

El Que Habita Entre Las Sombras se alzó de su asiento, aún con su pastelillo en la mano, del que dio un generoso mordisco que tiñó

sus labios por un instante de un amarillo apagado, casi verde. Al cabo, se inclinó sobre una mesita baja que sus criados habían colocado a su diestra y abandonó los restos de su golosina sobre un recipiente dorado. Vestía el enemigo una camisa de lino y un pectoral de oro que refulgía como el mismo sol, y Bytan, deslumbrado, solo pudo intuir que aquella sombra que era su captor descendía para acercarse hasta él y se inclinaba, quién sabe si de forma amenazadora o indulgente.

El anciano quiso imaginarle sonriendo, revolviendo los cabellos de su prisionero con la familiaridad de un camarada, pero no fue capaz. Bytan sabía que aquel hombre escondía mucho dolor, muchas facetas de sí mismo a punto de ver la luz, detrás de aquel resplandor de falsa seguridad. El Que Habita Entre Las Sombras era un hombre torturado, y su sufrimiento y sus contradicciones pendían en la sala como un afilado estilete en la garganta del condenado.

—Levántate, Custodio de las Puertas. Demos un paseo por los jardines. Hace un día espléndido. Seguro que encontraremos un tema de conversación que nos plazca a ambos.

Le había llamado por su antiguo título por primera vez. Bytan, en el pasado, cuando aún se llamaba Jeper, había sido el Custodio de las Puertas y guardado para la bestia de la sombra las llaves que abrían todos los secretos que este pretendía ocultar al mundo. Sí, él guardó los secretos de la bestia hasta que supo la terrible verdad que se escondía tras ellos. Entonces le traicionó, y no lo lamentaba. Era la acción de la que estaba más satisfecho de cuantas había emprendido en su vida.

—Vamos, Custodio, no dudes más. Hace un día estupendo ahí afuera y podríamos estirar las piernas.

En efecto, algo había cambiado y aquel distante y acusador "mi fiel amigo" había desaparecido. Hasta el tono de voz era diferente, cordial, casi suplicante. El Que Habita Entre Las Sombras era como un dios, un ser encerrado en una corte de aduladores, entre Udji serviles y colaboradores "vivos" (Acólitos) en los que no podía confiar plenamente, pues eran animales de presa y cocodrilos como Senai. Estaba acostumbrado a llevar una máscara sobre su verdadero rostro, tal vez incluso una máscara sobre cada máscara, de tal suerte que su

rostro ya nadie lo conocía, ni siquiera él mismo. La bestia había descubierto que el sufrimiento, la espera, la incomodidad, la duda, el temor… no habían hecho mella en la determinación del anciano, y entonces había resuelto que otra máscara tomase el lugar de la anterior. Ya no era un poderoso dios de la oscuridad, distante, remoto en su atalaya, con la dignidad de un rey, impenetrable; no, ahora era otro ser, el hombre cálido y afectuoso, el amigo.

—Vamos, Jeper. Álzate sin temor. Yo no me como a nadie y menos a un hombre de tu edad y experiencia.

Hasta su antiguo nombre, "Jeper", sonaba distinto ahora; donde antes hubiera desprecio, un toque de frío desdén mezclado con el aroma salobre del mar, ahora había un suave bálsamo de aceites perfumados, campanillas al vuelo, como una risa tintineante a punto de estallar. El anciano levantó la vista hacia el enemigo y observó que este se había puesto a un lado para que los reflejos de su pectoral no le deslumbrasen.

"Qué hombre más considerado", pensó, y se echó a reír.

—Gracias, mi buen señor de las sombras. Tú dictas lo que debe hacerse y yo obedezco tus mandatos.

Bytan se incorporó a medias y quedó de rodillas. El rostro del enemigo estaba helado, los labios fruncidos, temblorosos. Aquel maldito ladrón, pensaba la bestia, se reía de él, estaba seguro. Aquel traidor infame al que podría hacer despedazar con solo un gesto se atrevía a no temerle, a negarle aquella llave que le era tan necesaria y que debía conseguir a toda costa. Aquel maldito viejo loco le iba a poner las cosas difíciles, estaba seguro.

Suspiró: eso era algo que ya había previsto. No era tan tonto como para pensar que, a sus más de ochenta años, Jeper sería poco rival para él, que la edad le habría vuelto menos testarudo, que le doblegaría tan solo con su voluntad. No, tendría que ser astuto y aprender las reglas de aquel juego sobre la marcha. Lástima que el tiempo se le echase encima y no hubiese espacio para grandes maniobras ni estrategias. El Que Habita Entre Las Sombras estaba, ciertamente, desesperado.

—Vamos, Jeper, incorpórate del todo. ¿De verdad no tienes

ganas de pasear?

—No quiero faltaros al respeto, mi buen señor.

El Que Habita Entre Las Sombras casi se echa a reír. El anciano contestaba a su máscara con otra de igual pompa y fatuidad. El Que Habita Entre Las Sombras se dio cuenta enseguida de que en aquel juego engaños, podían pasarse un día entero.

Pero la bestia estaba ya harta de perder tiempo con todo aquel asunto.

—Levanta ya, Jeper. Yo soy un hombre crecido, no un adolescente, y puedo medir mucho más que tú con solo volver a cambiar de forma. Si te mantienes a mi lado y desciendes los escalones del jardín siempre en primer lugar, te mantendrás en todo momento una cabeza, o más aún, por debajo mío. El decoro será observado y nadie podrá murmurar. ¿Es eso suficiente para ti?

El anciano se levantó. Sonrió por primera vez. La voz de la bestia de sombra había cambiado. Ahora era recia, algo temblorosa, dubitativa quizás… pero sin inflexiones ni imposturas. Todos los sufrimientos y las tribulaciones de la situación presente quedaban a la vista, como llagas abiertas en un moribundo. La bestia era solo un hombre cansado, un hombre que necesitaba la Llave de las Puertas del Inframundo para seguir dominando su pequeño teatro de pacotilla. Quería hacer un trato y lo haría. Ya de nada servían las máscaras.

—Debe ser maravilloso volver a ser uno mismo, sin tanta máscara, ¿no es verdad, mi buen señor? —dijo el anciano, tratando de entender cómo debía sentirse alguien tan poderoso y a la vez tan miserable.

El Que Habita Entre Las Sombras asintió.

—Tal vez, mi viejo Custodio, solo tal vez, pero ahora caminemos, adentrémonos en el jardín, lejos de oídos curiosos. Nunca se sabe qué parte de lo que decimos puede ser escuchada sin malinterpretarse, ni cuánto de lo que callamos en público no cobraría de ser pronunciado en voz alta formas que no seríamos capaces de controlar ni entender nosotros mismos.

—Corren malos tiempos, mi señor de las sombras, si ni siquiera puedes fiarte de tus Udji y tus Acólitos.

La bestia asintió de nuevo, casi imperceptiblemente, con un gesto tan suave y contenido que Bytan casi sintió lástima de ese hombre tan acostumbrado a disfrazar sus emociones que apenas dejaba un lugar para sí tras aquel fugaz desfile de personalidades.

—Ciertamente —concedió.

Y caminaron ambos mansamente hasta el grueso cercado que enmarcaba los jardines, para luego perderse en la espesura.

—¿Me dirás ahora dónde tienes a Eurionupis? —dijo el anciano, con voz cansada, casi tan cansada como la de su interlocutor.

—Sabes bien que es una trampa, que mi Udji te estará esperando y te dará muerte —dijo el enemigo—. Y aunque salieses bien librado, en pocos días Harmonía estará llena de mis sirvientes. Voy a mandar en persona a uno de mis Capitanes y con él a un ejército de mis Acólitos. Esta vez no te escaparás.

Bytan se encogió de hombros.

—Si todo está tan claro, nada tienes que temer. Dime dónde está mi aprendiz y yo acudiré al lugar donde piensas matarme, como un cordero al sacrificio.

Se hizo de nuevo el silencio. El Que Habita Entre Las Sombras parecía triste por Bytan y este, por primera vez en su vida, comprendió que aquel ser, de alguna forma retorcida, en el fondo le apreciaba.

—No debiste traicionarme, Jeper. Una vez fuimos los mejores amigos, ¿recuerdas? Pero tú me robaste esa llave sin entender siquiera lo que te llevabas. Y el caso es que crees que estás salvando al mundo cuando lo que haces es condenarlo. No entendiste lo que pudiste entrever tras aquella puerta.

—Lo entendí perfectamente —se defendió Bytan—. Hay que terminar con tu reinado de terror.

—¿Y quién acabará con mi reino? ¿Esa niña cuya presencia siento al lado de la tuya, esa Senmontu? No entiendes nada, Jeper. No sabes nada.

—Sé que la has visitado en sueños, como ahora haces conmigo, y sé también que la temes como a nadie en este mundo. Entiendes lo poderosa que puede llegar a ser —observó Bytan, señalando al

enemigo con un dedo tembloroso.

—Así es, pero la temo por razones muy distintas a las que puedas imaginar. Una vez más, tu ignorancia nos pone en peligro a todos.

—No me engañarás —dijo entonces Bytan—. ¡Estás muerto de miedo! Senmontu va a derrotarte. Y lo sabes.

La bestia movió la cabeza y con ese gesto convocó a la oscuridad, de la que era guardián. Las formas en torno al anciano se desmoronaron como un mal castillo en la arena. El jardín se hundió bajo sus pies y el rostro del enemigo se contrajo y luego se deshizo como si fuese una pintura diluyéndose, precipitándose al suelo desde un muro bajo el efecto de las llamas.

—Pobre viejo testarudo —le espetó El Que Habita Entre Las Sombras—. Da igual. Tú elegiste este camino. Despierta ahora. Cuando lo hagas sabrás dónde se encuentra atrapado el joven Eurionupis. Muere como un héroe si eso es lo que quieres.

19

JEPER DEBE RENDIR CUENTAS

(Año 158 Antes de Cristo)

Cuando, horas atrás, el Udji sujetaba a Eurionupis al borde del precipicio, no sentía pena, no al menos por aquel pobre muchacho, pero sí sentía un dolor extraño en algún lugar muy adentro de su pecho. Ese sufrimiento le agarró de sus entrañas podridas y le zarandeó como un mal recuerdo, como si algo despertase en lo más profundo de su memoria. El Udji sentía lástima de lo que era, de aquello en lo que la bestia de la sombra le había convertido; sin embargo, aún en esa hora de incertidumbre, el Udji obedeció y abrió su mano, dejando caer al niño hacia el torbellino de las aguas.

Eurionupis no era más que un títere en manos del Udji y cuando este cortó los hilos que lo sustentaban, el niño resbaló a la nada sin apenas disputa, agitando torpemente los brazos, incapaz de entender que ese había sido, desde el comienzo, su destino.

Abajo, el río Nilo discurría apático en el silencio de la noche, perdido en tonalidades azules y negras, pero listo, sin embargo, para engullir a una pobre víctima inocente.

—¡No encontrarás a mi maestro! —alcanzó a gritar, una sola vez, antes de que su voz se sumergiese en el olvido.

Al sumergirse en la corriente, un profundo y atronador silencio llenó cada rincón de su ser. Las aguas voraces se apoderaron de él, despojándolo de su modesta vestimenta y de la delicada flor de loto azul que siempre llevaba consigo. Mientras luchaba contra el torrente, se encontró atrapado entre la vida y la muerte, cada ola y remolino amenazando con llevárselo al olvido.

La corriente lo arrastró finalmente hacia un lugar más sereno, alejado del abismo acuático que había amenazado con devorarlo. Pero este alivio momentáneo fue reemplazado rápidamente por el intenso

calor del sol egipcio, que lo castigaba sin piedad, añadiendo un nuevo tipo de agonía a su odisea.

Eurionupis yació a merced de sus aguas hasta encontrar un lugar de descanso entre un mar de cañas y plantas fluviales. Allí permaneció, horas y horas, con la piel lastimada y quemada por el sol implacable, con la piel lacerada y cubierta de golpes.

Un día después, el Udji regresó. No tenía prisa: el tiempo jugaba a su favor. Por fin jugaba a su favor. Para los hombres de Harmonía, los monstruos eran una leyenda, un cuento de niños, una forma de atemorizar a esos mocosos maleducados cuando no se terminan la cena, no quieren irse a dormir o se obcecan en aquella última travesura que tanto importuna a sus progenitores.

"¡Va a venir a buscarte el coco si te portas mal!", les advertían. "¡Va a venir a buscarte una serpiente de cien codos y ojos de electro!", les aseguraban.

Y el niño reía si era listo, lloraba si era crédulo, les devolvía una mirada indiferente si ya no era tan niño. Oh, dioses, esa era la verdad. Ya no asustaba a nadie el cuento del coco, el sirviente de la sombra, al que también, por qué no, podríamos llamar sencillamente Udji.

Porque el Udji no podía esconderse ya detrás de todos esos nombres. Nadie creía en él en la vieja Harmonía. Ya no era nadie. Iba a desaparecer en el olvido, si es que no lo había hecho ya en la penumbra de esas noches interminables junto a esa hoguera moribunda donde los adolescentes se cuentan historias de terror. Porque las historias que hablan de ti, Udji, no atemorizarían ni al más necio de entre los necios. ¡Estás muerto, Udji!

Pero ayer había desaparecido un pobre niño ciego en la noble villa de Harmonía: lo devoraron las aguas y al cabo quedó preso entre el follaje y las ramas, pero eso solo lo sabía el sirviente de la sombra. Así pues, el tiempo, que había jugado tanto tiempo en su contra, volvía a jugar a su favor; por eso no tenía ninguna prisa y silbaba alegre su tonadilla. Sí, incluso es posible que la bestia que vigila bailara al son de esa música siniestra que se oye solo dentro de su cabeza. Sí, sí, bailaba al son de la angustia de las buenas gentes del

pueblo, que se afanaban inútilmente por el desierto, por los sembrados, por los caminos polvorientos… buscando al pequeño e indefenso Eurionupis.

Sí, pensaba el Udji, los otros buscaban a su presa, todo el mundo buscaba a su presa. Pero ellos no sabían rastrear sus pasos, buscaban en la tierra cuando la presa estaba atrapada en el agua. El sirviente de la sombra se reía de las buenas gentes de Harmonía, y su risa espantaba a los pájaros.

—¡Ayúdeme, señor!

—Yo no soy un hombre, mi dulce muchacho. Soy un muerto viviente, un Udji, y los mismos dioses me aborrecen.

Se acercó entonces chapoteando hasta el pequeño y le arrancó ansiosamente sus ligaduras vegetales. ¡Respira! Cogido en brazos como un bebé, Eurionupis se elevó suspendido en el aire entre las manos del sirviente de la sombra, y juntos se internaron en la espesura, lejos por fin de la prisión de las aguas.

—Ahora quédate aquí, mi niño —dijo el Udji, apoyando al moribundo en el tronco de un árbol.

Pero Eurionupis ya no podía escucharle. Estaba dormido, se estaba extinguiendo, se moría… El Udji dijo entonces:

—La bestia de la sombra me habló de las habilidades, de los poderes, de Jeper el traidor. Ahora tu maestro sentirá tu dolor, sabrá que tu tiempo se acaba y que te ronda la muerte. Vendrá a buscarte y yo podré recuperar esas malditas Llaves de la Puerta del Inframundo. ¿Lo entiendes ahora?

Al Udji se le iluminaron los ojos. Una amplia sonrisa iluminó su rostro mortecino de cadáver y despojo andante.

Era el momento de que Jeper rindiese cuentas y pagase por haber abandonado a El Que Habita Entre Las Sombras.

20

UN TUTOR

(Año 158 Antes de Cristo)

Bytan despertó tarde aquella mañana, y lo hizo con la boca seca y una fuerte pesadez en la nuca, como si unas agujas finísimas se le estuvieran clavando y desclavando, una y otra vez, adormeciendo su cráneo, arrebatándole la energía vital y llamándole de nuevo al universo del sueño. Pero el anciano hizo acopio de fuerzas y se incorporó de su estera de un salto, casi como cuando era un adolescente. Entonces le vino a la mente la visión de Eurionupis apoyado en el tronco de una acacia junto al margen de las aguas. Vio el lugar claramente y lo reconoció. Quedaba a poca distancia de la escuela de Petámenos, justo donde terminaba esta y comenzaba Harmonía, una zona deshabitada donde la orilla del Nilo era especialmente escarpada. En la aldea la conocían como la Explanada de las Acacias.

Pero antes de iniciar una aventura que bien podría ser la última, Bytan se sintió en la obligación de visitar por última vez a su nieto, que durante la noche había emprendido el viaje a la Otra Orilla y dormía en su habitación un sueño del que ya ningún ser humano podría despertarle.

—Hola, querido Maakheru —le dijo el anciano a aquella figura pálida y diminuta, con los brazos cruzados, que descansaba sobre su estera en la más completa soledad.

—Yo, Maakheru… quería decirte… —trató de proseguir Bytan, pero las palabras se le quebraron en la garganta.

Era muy raro que hubieran dejado solo al muchacho en aquella habitación fría y desolada; de hecho, Bytan había pensado que Apolonia y Senmontu le estarían acompañando la noche entera, lanzando gemidos y embadurnándose la cara de limón, que es lo que

las buenas mujeres egipcias hacían en los velatorios. Pero no, la habitación estaba en calma, completamente vacía, casi como dispuesta para que el anciano diese su último adiós a aquel pequeño al que los hados habían tenido en tan poca consideración. Y Bytan agradeció aquella oportunidad inesperada de despedirse del niño Maakheru.

—Verás, nieto querido —consiguió articular por fin—. Yo quiero que sepas que siempre te amé profundamente, que nada hubiese deseado más que vencieses a la enfermedad y que hubiese al menos un varón superviviente en la familia. Eso, en estos tiempos y en todos los tiempos, si te fijas, es algo sumamente importante. Las mujeres, ya sabes, siempre hay algún faraón o algún terrateniente lo bastante poderoso o cualquier hombre lo bastante desalmado intentando quitarles de su lugar, arrinconarlas un poco más atrás, dejarlas sin nada poniendo por excusa la tradición y todas esas cosas que ellos siempre inventan. Pero tú eras varón, y tu presencia hubiese hecho mucho bien a la familia. Además, eras un buen muchacho, un joven cándido, amoroso, ingenuo por naturaleza y siempre dispuesto a cualquier tarea que tus limitaciones físicas no te impidieran afrontar. Tú estabas destinado a cubrir la tierra de alegría y ahora te has ido. Contigo, nieto querido, se va mi última esperanza.

Bytan rompió a llorar. Gruesas lágrimas le resbalaban por las mejillas y su voz era apenas un murmullo ininteligible cuando concluyó:

—Es cosa probable que no pueda acudir a tu entierro porque yo también haya pasado a la Otra Orilla a manos de mis enemigos; si es así, te pido que me esperes a la entrada del Campo de las Cañas. De esta forma, cogidos de la mano, traspasaremos las puertas del paraíso y nos sentaremos el uno junto al otro a contemplar una nueva puesta de sol. Aunque tal vez Senmontu pueda salvarnos… tal vez… ojalá, querido nieto.

Bytan no pudo añadir nada más y suspiró, sintiendo por primera vez que los años, la enfermedad, las desgracias… comenzaban a ser demasiado para un pobre anciano como él.

Entonces oyó unas voces en la cocina. Casi eran gritos. Apolonia era la que gritaba, también Senmontu. A ratos se oía la voz

de Masha, un punto más baja, intentando poner paz entre ambas. Bytan meneó la cabeza y aunque tenía prisa decidió asomar la cabeza por la cocina y averiguar qué sucedía. Por mucho que amase a Eurionupis no podía descuidar a su familia en momentos como aquellos. Rogaba a los dioses que tuviese el aliento y la fortaleza necesarias, pese a la enfermedad que hacía tiempo le roía los huesos, para completar todas aquellas tareas sin desatender ninguna.

En la cocina estaba Apolonia redactando una nota sobre una mesa, la misma en la que solía verse a Masha pelando cebollas y todo tipo de legumbres y hortalizas para sus guisos. Senmontu estaba de pie, a su lado, mirándola con el ceño fruncido. Masha aguardaba un paso atrás, retorciéndose las manos de impotencia, como siempre hacía cuando discutían las dos mujeres de la casa.

—En cuanto acabe de escribir esta carta —dijo Apolonia, dirigiéndose al nubio—, quiero que vayas al embarcadero y se la des al funcionario de correos para que la lleve a Alejandría en la primera embarcación rápida que salga. Luego, cuando termines, vas al viejo cementerio egipcio, hablas con los embalsamadores y dispones todo lo necesario para el entierro del pequeño Maakheru.

—¿No crees que te precipitas, madre? —dijo Senmontu, marcando cada sílaba.

—¿En qué me precipito, en lo del entierro o en lo de la carta? —arguyó Apolonia a la defensiva.

—Lo de mi hermanito es algo que debe hacerse, pobrecillo —dijo Senmontu, con un nudo en la garganta—. Sabes bien que hablo de la carta. Te estás equivocando y lo sabes.

—Pues yo no lo creo, maldita sea, niña —repuso su madre—. Porque eres una niña, ¿sabes? No la señora de esta casa. Cuando tengas tu propio hogar, tu marido y tus hijos podrás tomar tus decisiones, si es que los decretos del faraón te dejan tomar alguna decisión en esta vida. Así que ahora me vas a dejar que tome yo las decisiones como señora de la casa que soy y tú te vas a quedar al margen con la boquita cerrada.

—¡Ni hablar! —chilló Senmontu—. Tal vez tú tengas la última palabra, pero no pienso callarme la boca. Me oirás quejarme sin

descanso hasta que te des cuenta de tu error.

—Pues habla hasta que se te seque la lengua —dijo entonces la madre—. Pero la decisión está ya tomada.

Bytan tenía prisa y no deseaba perder el tiempo en disputas domésticas, en caso de que aquello fuese una disputa doméstica y no una cosa más importante. Dio un paso en dirección a las dos mujeres y se aclaró la garganta para intervenir, esperando que alguien le explicase qué demonios pasaba. Pero Senmontu se encargó de ponerle en antecedentes sin tener que decir palabra.

—¡Abuelito! —dijo de pronto la muchacha, reconociéndole y viniendo a su encuentro—. Mira qué cosa más loca quiere hacer mamá. Está escribiendo una carta a mi hermana Neotera en Alejandría para que venga a toda prisa hasta aquí. Pretende que su esposo Filipo se haga cargo de todo lo nuestro, que sea nuestro tutor, o *Keroi* como le llaman los griegos. ¿Es o no es una locura? Yo digo que se precipita, que aún hay tiempo antes de actuar a la desesperada y darle a ese griego, Filipo, todo lo que es nuestro.

Bytan no lo pensó demasiado. Chasqueó la lengua, deseando no haber de decir lo que seguía. Pero lo hizo, Senmontu debía dejar de soñar y afrontar la realidad de su situación.

—Tu madre hace lo correcto, niña, y creo que incluso ha tardado demasiado en tomar esa decisión —dijo el anciano, con voz solemne. Hasta Apolonia detuvo su pluma y levantó la vista del papiro para mirarle—. Ser hoy en Egipto una mujer es menos que ser nada. A ojos del mundo, por otro lado, tu abuelo es un pobre viejo senil. Además, sabes que la enfermedad se me llevará pronto, como a Maakheru. En cuanto a Dryton, tu padre… —Bytan dudó por un instante y se mordió un labio, pensativo—. Bien, todos somos conscientes de que la desgracia se ha abatido sobre los hombres de esta casa. Todos, sin excepción. Necesitáis un hombre que os cuide o lo perderéis todo, y no hay más hombre que Filipo, el esposo de tu hermana Neotera. Y dicho esto poco se puede añadir. Debes aprender a callar, a obedecer y a esperar tiempos mejores. Si tienes paciencia, llegarán, pero ahora hay que salvar lo que tenemos o esos tiempos nunca vendrán a rescatarte de este presente detestable.

Bytan no añadió nada más y salió de la casa a grandes zancadas. Afuera, aquel halcón empecinado en pasarse el día delante de la casa posado en una higuera, le recibió con un graznido y le siguió con la vista según avanzaba más allá de los sembrados y el estanque. Pasados ya los jardines, cuando la casa de Djaw y su familia se aparecía ya ante sus ojos, escuchó la voz de Senmontu llamándole desde el estanque, pero el anciano no se volvió. Eurionupis le esperaba. Ya no podía perder ni un instante más de su precioso tiempo, y no estaba dispuesto a arriesgar la vida de su nieta en aquella empresa insensata. Si fracasaba y encontraba la muerte a manos del Udji, lo haría anónimamente, sin dar pistas a la bestia de cómo hallar a los suyos.

21

UNA TRAMPA FALLIDA

(Año 158 Antes de Cristo)

Llegó al camino nuevo atajando a través de los cercados de sus vecinos, que le observaron atónitos ganar tiempo a base de pisotear algunos frutos y sin detenerse para pedir disculpas o dar explicaciones. Dejaría eso para luego, si tenía oportunidad.

Cuando el pueblo se terminaba ya, giró a la izquierda abandonando el camino, bajó una pendiente y llegó al comienzo de la Explanada de las Acacias. Al principio no vio gran cosa, ni escuchó nada fuera de lo usual, apenas el revoloteo de algún ave despistada sobre su cabeza. Se acercó hasta la orilla y se paseó por ella buscando un rastro, pero de nuevo sus esfuerzos fueron en vano. Hasta que vio la flor de loto azul de Eurionupis, la que habían tallado juntos para Senai. Estaba medio enterrada en la arena. La recogió y jugueteó con sus formas, pasando sus dedos encallecidos sobre la madera, siguiendo los trazos secretos de su arte que habían condenado a Eurionupis, pues éstos habían sido reconocidos por el Udji y el muchacho había pagado en su carne el delito de ser amigo de Bytan, o mejor dicho de Jeper, el antiguo Custodio de las Puertas, el mortal que se había atrevido a traicionar a la bestia de las sombras.

—¿Está vivo mi aprendiz? —dijo el anciano, intentando disimular que se le habían erizado todos los pelos del cuerpo.

El Udji estaba a su espalda. Podía sentir su presencia aunque no pudiera verlo, podían percibir que no poseía la luz de alrededor propia de los seres vivos, podía oler la pestilencia a carne putrefacta que nunca se acaba de consumir y que los sirvientes de la sombra disimulaban con perfumes para confundir a la gente corriente; podía, en suma, entender que el momento de enfrentarle había llegado y que él era un pobre anciano, demasiado viejo y demasiado cansado para ser un digno adversario.

—Eurionupis está ahí, detrás de ese promontorio —dijo el Udji, señalando indolente a su derecha—. Se muere y es por tu culpa, Jeper.

—Ya lo sé. No me lo recuerdes —dijo Bytan, volviéndose lentamente.

El Udji tenía la mano levantada y empuñaba sobre la cabeza del anciano su daga; en su otra mano aferraba bien fuerte su bastón. Aquellas eran las dos armas de todo sirviente de la sombra, la daga adornada con el Ojo de Seth y el bastón con empuñadura de marfil. Bytan estaba a su merced, indefenso, derrotado, cogido por sorpresa mientras recogía aquella talla de madera, seguramente una trampa que había sido dispuesta por su enemigo para atraerle. Una trampa dentro de otra trampa.

Entonces sucedieron a la vez tantas cosas que el anciano fue incapaz de asumirlas todas sin tambalearse y sin que su razón se resistiese a darles crédito. En primer lugar, vio el gesto atónito del Udji, y sus palabras, dichas a borbotones, como si doliesen en lo profundo de su alma:

—¿Te conozco, viejo? ¿Eres…? ¿Eres…? ¿Te conozco…?

Bytan dio un paso atrás, sin poder creer lo que veían sus ojos. Calló, aún más desconcertado y confuso que su adversario. Él también conocía al sirviente de la sombra, o le conoció cuando estaba todavía vivo.

—¿Qué demonios pasa? —dijo entonces Senai, aparecida de ninguna parte, acaso oculta hasta ese momento tras la imponente figura del Udji—. Dijiste que le clavarías tu daga en un brazo o en una pierna, en una parte no vital, y que luego le interrogaríamos mientras se desangraba en el suelo como un perro. ¡Vamos! El perro está ahí, indefenso. ¡Atácale!

—Tú eres, tú eres… —tartamudeó el Udji, mirando fijamente a Bytan, como si no escuchase a la joven y ajeno a sus requerimientos.

Bytan se echó las manos a la cabeza y rompió a llorar. Aquello no podía estar pasando de verdad.

—Idiota. ¡Cobarde! —aulló Senai, y arrebatando la daga de la mano del Udji dio un rápido paso al frente y clavó la hoja en el vientre del anciano.

Bytan se quedó mirando su estómago, y la sangre que manaba de él, como si aquello no estuviera tampoco sucediendo, como si todavía estuviera dentro de aquel sueño en el que conversaba con El Que Habita Entre Las Sombras y ni siquiera hubiera despertado de su pesadilla. Pero no, estaba delante de Senai, que reía como loca y volvía a blandir la daga contra Bytan, pero esta vez el viejo fue más rápido y, utilizando sus poderes, dio un fuerte manotazo a la muchacha y proyectó su cuerpo en el aire, casi un metro sobre su cabeza. El anciano chasqueó los dedos y Senai salió despedida a un lado, cayendo sobre la arena, inconsciente.

—¿Quién eres tú, viejo? —dijo el Udji, todavía inmóvil, como en trance.

Pero Bytan no contestó, y echó a correr todo lo rápido que le fue posible, con una mano tapando la oquedad que aquella joven endemoniada le había abierto en el vientre. Llorando todavía, abandonó la Explanada de las Acacias y tomó el camino del pueblo, sin saber en verdad a dónde se dirigía ni con qué propósito.

—¡No te marches, viejo! —gimió el Udji, como si no entendiese nada, como si no recordase nada, como si por un momento hubiese dejado de ser un sirviente de la sombra.

Fue entonces cuando pareció despertar de su trance y vio a Senai caída a dos codos de distancia, con su daga entre las manos.

—Maldita niña malcriada —musitó, y dio una patada al cuerpo desmayado—. Siempre haciendo las cosas por tu cuenta. Ya ves a dónde te ha llevado actuar de esa forma tan insensata.

El Udji, de pronto, cayó en la cuenta de que Jeper, el traidor infame, se estaba escapando, que había fallado a su señor, la bestia de la sombra, al ser incapaz de apresar a aquel que llevaba tantos años buscando y que acaso la niña malcriada era mejor sirviente de la oscuridad que él mismo.

—Jeper el infame —musitó esta vez el Udji, recobrando toda la firmeza que antes se le escapara—, pronto serás mío.

Lentamente, sin prisas, inició el Udji la persecución de su enemigo, que todavía era visible arrastrando los pies a duras penas, en zigzag, donde la pista de tierra penetraba en Harmonía. Ya había

dejado de correr, exhausto, y ahora no era sino una presa fácil, entregada a su asesino. Aquel pobre viejo iba dejando un rastro de sangre que cualquiera podría seguir con los ojos cerrados. Su fin estaba cerca.

Nada podría salvar a Jeper y a los suyos de la más horrible de las muertes.

LIBRO 6



LA VERDAD
SOBRE EL UDJI

EGIPTO, AÑO 2024

(Memorias de Rafel Collington)

Mientras desayunábamos, noté que mi padre sacaba con discreción su vieja cartera de cuero. Apenas entreabrió un compartimento y pude vislumbrar el borde de una fotografía. Su mirada se tornó distante por un momento, pero antes de que pudiera verla completamente, cerró con rapidez la cartera, impidiéndome tener una visión clara de la imagen. Aunque no necesitaba verla para saber de quién se trataba.

—Algún día tendremos que hablar sobre mamá —comenté, intentando mantener la voz firme.

Mi padre, sin alzar la vista, se limitó a asentir. Pero su rostro mostraba una mezcla de dolor y nostalgia. Yo sabía que trataba de eludir aquel asunto, pero no podíamos seguir evitándolo para siempre.

De repente, cambió de tema con una energía renovada, como si quisiera alejar esos recuerdos oscuros que tanto lo atormentaban. Cogió una figura de encima de la mesa. Se trataba de una estatuilla esbelta y delicadamente tallada. Su altura, de unos quince centímetros, su color el azul turquesa, simbolizando tanto el río Nilo como el cielo, ambos esenciales para la vida en el antiguo Egipto.

—Rafel, ¿alguna vez has oído hablar de los *ushabtis*?

Fruncí el ceño, tratando de recordar.

—¿No son esas pequeñas estatuillas que a veces he visto en las tumbas?

—Exactamente. Los *ushabtis* tienen un propósito muy especial. Sirven como ayudantes para el difunto en el Más Allá.

—¿Ayudantes? —pregunté, aunque mi mente aún estaba en aquella foto escondida en su cartera.

—Sí. Imagina que, en el otro mundo, alguien necesita que se haga un trabajo, como arar un campo o recoger la cosecha. No querrían hacerlo ellos mismos, ¿verdad? Ahí es donde entran los *ushabtis*. —Howard hizo una pausa y luego continuó—: Hay un

conjuro específico, tomado del "Capítulo 6 del Libro de los Muertos", que "anima" a estos *ushabtis* para que actúen en nombre del difunto.

Me quedé boquiabierto.

—¿Quieres decir que estas estatuillas... se vuelven vivas?

—En cierto modo —Howard sonrió—. No en el sentido físico, pero sí espiritualmente. Cuando se les convoca o se les ordena una tarea, se espera que respondan con un firme "¡He llegado! ¡Estoy a tu servicio!".

Me tomé un momento para procesar la información.

—Entonces, ¿cada *ushabti* tiene el espíritu de una persona real? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—En muchos casos, sí. Los *ushabtis* no son solo simples estatuillas. Algunos tienen grabados los nombres de las personas reales, a menudo familiares o amigos del difunto. Estas personas son llamadas a servir post mortem. Y, a veces, uno de esos *ushabtis* incluso lleva el nombre del propio difunto.

—Eso es... increíble —dije, asombrado.

—Y profundo —agregó Howard—. Nos muestra cuán intrincadamente conectados estamos, tanto en la vida como en la muerte, y cómo nuestras relaciones trascienden incluso el umbral de la eternidad.

Se hizo el silencio. Howard había conseguido su objetivo, que era distraerme y que no preguntase más sobre aquella fotografía. Me dio una palmadita en el cuello.

—Me gusta hablar contigo —me dijo.

La distancia entre nosotros se acortaba en ocasiones. A menudo pasábamos tiempo juntos, compartíamos experiencias y volvíamos a ser padre e hijo, más unidos que nunca. Pero entonces regresaba el asunto de mamá y la distancia entre nosotros crecía por momentos. Aquel misterio, el que ni siquiera tuviese derecho a mirar una foto suya, nos estaba destrozando.

No nos dijimos más aquella mañana. Howard se marchó a su excavación y yo me escabullí, como siempre. Ni siquiera di una excusa, pues sabía que mi padre sospechaba y Yusuf debía estar por los alrededores, vigilándome.

Una hora después me hallaba ya en mi propia excavación, entregado a mi propia causa y mis propios descubrimientos. Mientras me esforzaba por ensanchar el acceso a la entrada de la tumba, mis ojos se posaron en una serie de inscripciones talladas en la piedra, justo por encima del dintel. Estaban dispuestas de forma ordenada y meticulosa, algo característico de las entradas a las tumbas egipcias. A menudo, estas inscripciones actuaban como una especie de "presentación" del difunto o de los difuntos que reposaban en su interior, así como una invocación a las deidades para asegurar su bienestar en el más allá.

Mis manos temblaban mientras limpiaba con cuidado el polvo y los escombros que cubrían las inscripciones. Mi formación me permitió reconocer de inmediato una mención a "Maakheru", el hermano de Senmontu. Mi corazón latió con fuerza. La trama se complicaba. ¿Una tumba familiar, como había sospechado al principio? ¿O la tumba de Maakheru había sido saqueada y la momia trasladada a un nuevo emplazamiento?

Continuando con la lectura, descubrí que Maakheru no había sido el único añadido al sepulcro. Había más nombres, más títulos, que indicaban la presencia de otros cuerpos depositados en el recinto. Me asaltó una pregunta: ¿De quién era la tumba originalmente?

Desesperadamente, busqué entre las inscripciones la respuesta. Pero, para mi frustración, justo donde debería haber estado el nombre del principal ocupante, la piedra estaba dañada: una gran fisura interrumpía el flujo de los jeroglíficos.

Mientras trataba de llenar las lagunas con lo que sabía y lo que podía intuir, la ubicación de las inscripciones en la entrada reafirmó su importancia. En la época ptolemaica, era esencial para el difunto que las inscripciones de entrada se leyeran y recitaran. Aseguraban su identidad en el más allá y proporcionaban protecciones mágicas.

Era algo terrible que no se pudieran leer al completo.

Por un momento, me sentí desolado ante el deterioro. Pero la urgencia de descubrir la verdad sobre aquella tumba me impulsó a seguir adelante.

Entonces cometí un error. La alarma de mi reloj sonó. Estaba

tan concentrado en mi tarea que no hice caso o pensé que podía cavar cinco minutos más antes de irme. Pero luego se me olvidó.

Seré sincero. No recuerdo cómo sucedió. Lo que sé es que seguí trabajando.

La única compañía que tenía eran las antiguas inscripciones que parecían hablar en susurros desde las piedras: cada símbolo, cada grabado, contando historias de tiempos pasados.

El aire se volvía más frío, y cada grano de arena parecía tener su propio brillo a medida que el sol se ponía. Apenas noté cómo la luz del día se desvanecía, sumergido como estaba en el enigma de las inscripciones, quitando piedras y avanzando palmo a palmo.

Mis manos, agrietadas y cubiertas de polvo, se movían lentamente, casi por sí mismas. El cansancio se apoderaba de cada músculo de mi cuerpo, y mis párpados se volvían pesados, luchando contra la irresistible llamada del sueño. El mundo real parecía desvanecerse, y me encontré en el límite entre la vigilia y el sueño, atrapado en ese espacio místico donde el tiempo parece detenerse. Mis ojos, pesados de tanto esfuerzo, finalmente cedieron ante el cansancio, y me sumí en un sueño profundo, dejándome llevar por los brazos del desierto milenario.

Y Senmontu volvió a mí, una vez más.

22

LA HORA DE LA VERDAD

(Año 158 Antes de Cristo)

Eran las cinco de la mañana. En torno a la casa se extendía interminable la oscuridad de la noche. Todo estaba en silencio. Senmontu había vuelto a dormirse y trataba de librarse también en sus fantasías, como en la vida real, de la presencia del señor Aristón. No lo conseguía, y huía en sueños por caminos de tierra, por cañaverales y por el margen del desierto, perseguida por la figura oronda y grotesca de aquel estafador y bufón de feria, siempre tras ella, poblando todas sus pesadillas.

—Senmontu, niña, despierta.

Pero ahora reaparecía otra pesadilla, una aún mayor, una que no se solventaría sencillamente con despertar.

—¡Senmontu!

La pequeña abrió los ojos para descubrir a su lado al abuelo Bytan, que inclinado sobre la estera donde ella estaba durmiendo, respiraba fatigosamente y la miraba con unos ojos inyectados en sangre, llenos de ira y desazón.

—Abuelito, ¿qué pasa?

Bytan se alejó un paso de la estera y caminó renqueante hasta la puerta de la habitación. Tras de sí, iba dejando un enorme reguero de sangre.

—¡Abuelito! ¡Estás herido!

A Bytan se le escapó una mueca de dolor.

—El Udji me encontró. Fui demasiado confiado después del primer éxito que tuvimos en el cementerio con aquellos dos… y pensé que podría rescatar solo a Eurionupis. Sabía que el Udji andaría cerca. Le menosprecié, no le creí rival… cometí precisamente el error que dije que perdía a los Udji: el exceso de confianza. Me merezco lo que pasó. Solo espero que no sea demasiado tarde para deshacer mi error.

—¿Y qué pasó, abuelito?

—Oh, sencillamente que el Udji tenía un acólito aventajado, una aprendiza bastante más decidida que él mismo, más joven, más fuerte, más salvaje que yo… Además, sucedió algo que me impidió reaccionar, algo pronto comprenderás cuando le veas. Todo se fue al traste. No pude salvar a Eurionupis; tampoco pude enfrentarme al Udji y escapé. Llevo un buen rato huyendo de ese monstruo. Ahora él es el cazador y yo la presa. Llevo horas huyendo, tratando de dejarlo atrás, pero creo que no he podido. Debe estar al llegar.

Senmontu se puso a temblar de pies a cabeza, sin poder evitarlo. Si Bytan, al que la joven creía todopoderoso, no podía vencer al Udji… ¿Qué sería de ella?, ¿qué sería de todos los de la casa?

—No temas, pequeña, aún tenemos una oportunidad, los dioses no nos han abandonado del todo. Pero debes vestirte, esa bestia está siguiendo mis pasos. No tardará en llegar; y nosotros no queremos que tu madre pague por nuestros problemas, ¿no es verdad?

Senmontu negó con la cabeza y comenzó a vestirse. Seguía temblando y se sujetó un cinturón al vestido para evitar que este se moviera incontrolablemente al compás de sus miedos.

—Dices que los dioses no nos han abandonado, que tenemos una oportunidad. ¿Qué oportunidad es esa?

—Ahora saldremos al exterior y enfrentaré a nuestro enemigo. Tú estarás pegadita a tu abuelo, justo a mi diestra. Si conseguimos que dude por un instante, tal vez consigamos derrotarle.

—Pero abuelo, ¿por qué el que yo esté o no esté va a hacerle dudar? ¿No sería mejor llamar a Masha? Él es fuerte y podría… No, maldita sea —recordó de pronto Senmontu—. Masha no está. Apolonia le mandó al pueblo a hacer unos recados.

—Mejor así, pequeña, él nunca podría enfrentar a un Udji como lo harás tú.

—¿Yo, abuelo?, ¿pero si yo no podría ni…?

Bytan la interrumpió con un gesto, acariciando la mejilla de su pequeña arriba y abajo, como llevaba haciendo desde siempre, en un ademán cómplice que les unía desde hacía años.

—Salgamos afuera. Pronto verás a qué nos enfrentamos. Ha



llegado la hora de la verdad.

23

LA VERDAD SOBRE EL UDJI

(Año 158 Antes de Cristo)

Silencio. Por todas partes, solo se escuchaba el rumor ululante del viento. Bytan aguardó en los jardines de la casa junto a Senmontu, tiritando ambos de frío y de terror. Ninguno prestaba atención al destrozo que en los jardines había hecho Aristón, ese farsante enloquecido que trataba de robarles lo poco que tenían en este mundo. No, en este momento solo había espacio en sus corazones para una cosa: el presente. El Udji estaba a punto de llegar; su presencia era casi tangible ya entre la tiniebla, y Senmontu cogió a su abuelo de la mano, pero este la rechazó.

—Atenta, pequeña. No tengas miedo ahora. Solo tendremos una oportunidad.

Un rumor de pasos. Una rama que se quiebra. ¡Muy cerca! Y entonces, un tintineo. Senmontu recordó entonces que ese era el sonido del arma secreta de los Udji: el Chen quebrado. Con ese instrumento en forma de aro circular roto por un extremo, despertaban de la muerte a los que habían asesinado y los convertían en nuevos sirvientes de la sombra. Se lo había enseñado su abuelo el día que lucharon contra los muertos vivientes en la Necrópolis. Pero, ¡un momento!, ¿dónde había escuchado ese sonido también? En la habitación de Apolonia, días atrás, cuando esta hablaba con un desconocido al que llamó esposo y por eso Senmontu se enfadó tanto con ella. Dioses, ¿qué estaba sucediendo?

—Vaya, vaya. ¿Un anciano malherido y una niña vienen a detenerme?

El Udji estaba aún oculto entre las sombras. Su rostro no era visible todavía. Senmontu lo había visto dos veces, y ambas de espaldas, la primera en el camino, días atrás, y la noche anterior cuando abandonó el cementerio con Senai. Hasta hacía un segundo, habría jurado que no lo conocía; pero ahora, esa voz, aunque

tenebrosa y rota por su condición de muerto viviente, esa voz tan cerca que podía distinguirla por fin… ¡Ella conocía esa voz!

—No decís nada. Ya veo. Vais a quedaros ahí como una víctima ante el sacrificio, sin mover un músculo. ¿No es eso? ¿Os habéis resignado a vuestro destino?

Un paso más y el Udji, por un momento, se hizo visible bajo la luz de la luna. Fue tan solo un instante fugaz, apenas ni eso..., pero a Senmontu le bastó para estar totalmente segura de su corazonada. Estaba cambiado, sí, su rostro había tomado un tono amarillo y lustroso, como la cera, y sus facciones parecían haberse helado, como si ya no pertenecieran a alguien de este lado de la vida. Tal vez era eso precisamente. Pero Senmontu reconoció definitivamente al Udji y echó a correr hacia él sin apenas pensar en lo que estaba haciendo.

—¡Papá! ¡Papá! —gritó hasta desgañitarse, atravesando parterres destruidos, frutos machacados, flores y sembrados.

—¡No, Senmontu! —chilló Bytan tras ella.

Pero ya era tarde, y la pequeña se abalanzó sobre el Udji, que recibió los abrazos y besos de Senmontu con expresión anonadada.

—¿Qué dices, niña, estás loca?

El Udji vio la daga brillando en la oscuridad y se revolvió instintivamente, apartando de sí a la joven y deteniendo el brazo de Bytan, su agresor, con su bastón. El anciano soltó un grito de dolor y cayó pesadamente al suelo, arrastrando consigo el bastón con el que acababa de golpearle la bestia. El anciano, desesperado, habiendo perdido de vista su propia daga, se arrastró tras el cayado del Udji, pero este le dio una patada y el bastón se perdió tras una cerca.

—Una estratagema... ¿No es eso, viejo? Casi me engañáis, he de reconocerlo. Pero eres demasiado lento y esa niña demasiado mala actriz.

—¡Papá! ¿No me reconoces? —gimió Senmontu, que había roto a llorar.

—Escucha, hijo, Dryton... tú no quieres hacer esto —dijo Bytan.

—¡Dejad ese juego, malditos seáis! ¡No va a serviros de nada! Vais a morir igualmente; así que perdéis el tiempo.

—Hijo, escúchame... —dijo Bytan, tratando de incorporarse.

El Udji golpeó al anciano en el vientre mientras este se levantaba del suelo y lo proyectó violentamente hacia atrás. Senmontu soltó un gemido ahogado.

—Ya estoy cansado, viejo. Tú morirás el primero. Pero antes, dime, ¿dónde está la Llave de las Puertas del Inframundo? ¿Dónde está lo que le robaste a El Que Habita Entre Las Sombras?

La daga se reflejó en la oscuridad. El Udji la había encontrado a sus pies y, después de levantar a Bytan del suelo, colocó la hoja en su yugular y apretó hasta que una línea roja se marcó en el cuello arrugado del pobre viejo.

—No te lo diré; y si me matas, nunca lo sabrás —murmuró este.

Senmontu estaba a pocos pasos de ambos, llorando, asustada y maravillada a la vez. ¡Su padre estaba vivo! ¡Su padre era el Udji! Dioses, era para volverse loca.

—¡Papá, deja al abuelo! No lo hagas, por favor.

Senmontu trató de usar sus poderes, de mover la daga del cuello del anciano, pero la fuerza de su enemigo era demasiado grande. El Udji, sin embargo, no cercenó la garganta de Bytan. Lo dejó caer al suelo y se dirigió al encuentro de la pequeña.

—Todavía con ese juego, ¿no? ¿Te diviertes mucho? Vamos a ver si ahora te diviertes tanto…

Y entonces, la daga se posó en el cuello de Senmontu, y esta miró al Udji con una expresión más incrédula que aterrorizada.

—¡No! ¡Detente y te lo diré! —sollozó Bytan—. ¡Apártate de ella, monstruo!

Entonces se oyó un graznido terrible y una sombra cayó aleteando sobre la cara del Udji, que perdió pie y cayó al suelo, liberando a la muchacha, mientras las garras de aquel ave gigantesca le arañaban el rostro. El Udji, entonces, dio un manotazo al animal y este remontó el vuelo, regresando a la higuera que había convertido en su hogar.

—¿Tenéis un halcón amaestrado en casa? —dijo el Udji, mirando a aquella ave rabiosa como si fuera a desplumarla cuando

acabase con el resto de los habitantes de aquella casa.

—En realidad, no —dijo Senmontu—. Él mismo decidió que su lugar estaba con nosotros y se quedó a vivir en esa higuera.

El Udji se encogió de hombros. Dio un paso hacia la muchacha con gesto amenazante.

—Bueno, eso poco importa. Si vuelve a acercarse, probará mi daga como ahora vas a hacerlo tú.

—Pero es que tú no me harás daño, papá —objetó Senmontu, muy segura de sí misma—. Yo lo sé. Dijiste que me protegerías hasta el fin de los tiempos. Fue ahí atrás, en el estanque, ¿lo recuerdas? —añadió, en un hilo de voz.

—¡Deja a Senmontu! ¡Te llevaré donde escondo la llave! Pero déjala, por el amor de los dioses —chillaba ahora Bytan.

Pero el Udji ya no escuchaba al anciano y, por un instante, olvidó sus órdenes y su misión. Volvió a quedar inmóvil, anonadado, como cuando horas atrás enfrentó a Bytan en la Explanada las Acacias.

Al fondo, las aguas del estanque parecían estar llamándole… y el Udji dejó que su vista se deslizase por los lotos blancos y los nenúfares que temblaban sobre las aguas.

—¿Yo dije eso, niña?

—Sí, yo tendría cinco o seis años, papá. Me caí de la escalerilla y me hice sangre en un pie. Tú me besaste la herida hasta que el dolor desapareció y juraste que estarías siempre a mi lado para protegerme.

La daga resbaló de las manos del Udji y este continuó vuelto hacia las aguas del estanque con la expresión perdida.

—No lo recuerdo… no recuerdo nada de eso. Pero sé que es verdad, pequeña. Retengo la sensación dulce de tu dolor en mi boca, mi propio dolor por tu llanto, mi deseo de no abandonarte nunca, de jamás dejarte sola… El recuerdo se ha ido… pero la emoción aún está ahí.

—Papá… lo recordarás. Ven con nosotros a casa. Te curarás.

El Udji se volvió hacia Bytan, que seguía caído de espaldas, vencido, mirando al cielo estrellado.

—Una vez fui el padre de esta niña, ¿no es verdad, anciano?

—Sí, lo fuiste, y también mi hijo —reconoció el anciano, con la voz entrecortada.

—Te curarás —insistió Senmontu, testaruda.

—¿Cómo voy a curarme, pequeña? Estoy muerto —dijo el Udji, intentando que su rostro compusiera una mueca lo más parecida posible a una sonrisa—. Ni siquiera soy capaz de recordar lo que era antes de estar muerto.

Una voz surgió del umbral de la casa, tras ellos, y avanzó por entre los frutales arrancados hasta llegar a los oídos del Udji.

—Tardas un buen rato, esposo mío, pero al cabo de un rato consigues recordar. Has venido a verme varias veces desde que regresaste, ¿lo has olvidado también?

El Udji se volvió y dijo, con voz trémula:

—¿Esposa, eres tú?

Apolonia emergió de pronto por el camino y atravesó el estanque hasta llegar a la altura de Senmontu y del Udji. Iba vestida con un vaporoso vestido de lino y sus ojos estaban enrojecidos por el llanto. Sin embargo, su mirada tenía la fuerza y la determinación de siempre, y sin apartar la vista del monstruo de la sombra, tomó su mano y la cubrió entre las suyas.

—Sí, soy yo.

—Apenas retengo más que la imagen de una sonrisa tuya en mi memoria pero… sé que eres mi amada —dijo el Udji, apesadumbrado —. También a ti te he olvidado.

—No, mi amor. Al principio vagas sin rumbo, perdido, no sabes bien quién eres ni lo que eres, pero con paciencia he conseguido otras veces que regresase Dryton desde el fondo de tu memoria. Entonces hablamos y volvemos a ser uno como siempre fuimos: esposo y esposa, enamorado y enamorada. Muchas noches las hemos pasado juntos la última semana. Incluso una vez, Senmontu casi nos descubre. ¿Lo recuerdas ahora? Ella se dio cuenta de que había alguien conmigo en las habitaciones.

—Estoy muerto, Apolonia. Ya no soy “alguien”, no soy nada para nadie.

—No, papá, te curarás y volverás a ser lo que fuiste —terció

Senmontu, buscando apoyo a sus palabras en los ojos de Apolonia. Pero estos se la negaron.

Su madre bajó la cabeza y dijo:

—Al cabo de un tiempo, Dryton se marcha, sus pupilas se velan como las de un muerto real y el monstruo, el Udji, regresa. Cada vez que el que habita en la sombra vuelve a reclamarle, tu padre se convierte en ese ser, ni vivo ni muerto, que vaga por la tierra de Egipto obedeciendo a su señor de las tinieblas.

—Entonces, siempre supiste todo lo que estaba sucediendo, Apolonia —murmuró Bytan, aún en el suelo, intentando en vano incorporarse.

—Naturalmente. Siempre sospeché buena parte de lo que sucedía. ¿Me creéis tonta? Pero, sencillamente, no quería saber. Así era todo mucho más fácil.

Dryton se echó a llorar.

—Hacedlo ya, por favor. Dejad de hablar y haced lo que debe hacerse —dijo, apretando los labios.

—Debemos hacerlo —dijo entonces Bytan.

—Debemos hacerlo —repitió Apolonia.

—¿Hacer el qué? —gimió Senmontu, intuyendo que estaban hablando de algo terrible.

El viento sopló sinuoso y enérgico por un instante y levantó una nube de hojarasca que les envolvió a los tres como si quisiera ocultarlos a ojos de su verdadero enemigo, El Que Habita Entre Las Sombras, un ser terrible que no pararía hasta verlos destruidos a todos.

—El encantamiento de mi Señor es muy poderoso, Senmontu —dijo Dryton, encogiéndose de hombros—. Ya debe saber que me he liberado de su poder, aunque sea un instante. Hoy estaba vigilando todos mis pasos, pues sabía que Bytan vendría a rescatar a Eurionupis. De un momento a otro la bestia volverá su mirada hacia aquí y si nos encuentra, sabrá dónde os halláis y no tendréis escapatoria. Vendrán diez Udji, cien, un millar. Ya están viniendo hacia Harmonía, pero no conocen el lugar exacto.

—¿Tantos hay, papá?

—Tantos como el monstruo necesite.

Senmontu se acercó a su padre y volvió a abrazarle.

—¿Y qué es lo que quieres que hagamos?

El Udji tornó su falsa sonrisa en mueca de amargura.

—Tú lo sabes. Uno de vosotros debe cogerla y hacer lo único que puede hacerse.

Senmontu siguió la mirada de Dryton, su padre, hacia el objeto del que hablaba. Era la daga que tiró al suelo al despertar del encantamiento en que le sumía su amo desde la sombra.

—¿No querrás que la cojamos y…? —rugió escandalizada Senmontu.

—No lo quiero, hija… —dijo el Udji—. Sencillamente, es lo que debe hacerse. O mi vida, que ya no es tal y que no vale nada… o la tuya, la del abuelo, la de Apolonia, seguramente la de todos los de la casa. Esa es la daga de Bytan, aquella terminada en un Ojo Sano. Es un arma pensada para liberar a los Udji de su encantamiento y mandarles a la Otro Orilla, que es donde realmente pertenecemos. Esa daga me matará y me liberará a la vez.

—Pero yo no puedo permitir…

—Pequeña, sé que tu abuelo destruyó a los dos Udji que yo había despertado para ayudarme en esta misión. Estoy seguro de que pudiste ver cómo lo hizo. Él está herido y tu madre no tiene tu poder. Ahora debes tomar una gran decisión.

Senmontu miró al anciano, que se removía indefenso en el suelo, en medio de un gran charco de sangre.

—Yo no puedo hacerlo, niña. Este pobre viejo ahora no puede ni levantarse.

El viento cesó de pronto y la hojarasca cayó alrededor de aquel cuarteto que se debatía en la noche. Senmontu cogió la daga del suelo y la sopesó. Rompió a llorar nuevamente.

—No podré, papá.

—Sí podrás.

—¡No! Los dioses ponen ante mis ojos pruebas que no son para una jovencita como yo, tal vez ni para un hombre como tú, o para mi madre, el abuelo o Masha. Yo no puedo con esto.

Dryton acarició las mejillas de Senmontu, como solía hacer, de arriba a abajo, como siempre había hecho.

—Papá…

—Hazlo, niña… antes de que El Que Habita Entre Las Sombras perciba dónde me encuentro y todo se pierda definitivamente.

—Senmontu, nieta querida… Si no lo haces ahora, nunca podrás.

La voz de Bytan, a su espalda, quería dar a Senmontu las fuerzas que necesitaba y que no sabía cómo ni dónde, pero debería encontrar.

—¡No! —gritó Senmontu.

Nada sucedió. Se hizo el silencio. El Udji bajó la cabeza. Pasaron unos segundos angustiosos.

—Dame eso, maldita sea —dijo el sirviente de la sombra.

Y Dryton arrebató la daga de las manos de Senmontu, la miró por última vez, luego miró a su esposa y finalmente a su padre, al que había estado a punto de dar muerte.

—¿Funcionará? —dijo este, intentando incorporarse nuevamente del suelo y resbalando para quedar por fin en cuclillas, agotado.

—Tiene que funcionar —dijo Apolonia, cerrando los ojos.

Dryton se volvió hacia su izquierda, donde estaba caído el bueno de Bytan.

—Recuerda, padre, que mi daga ha quedado en manos de Senai. Esa daga es un arma del mal, bien lo sabes; acaba en el Ojo de Seth y con ella ese pequeño monstruo puede matar a cualquiera y convertirlo luego en un Udji con el Chen con el que revivimos a los muertos. Debes encontrarla y arrebatársela.

—Lo haré. No te preocupes —murmuró el anciano, roto de dolor por lo que estaba a punto de suceder—. Voy a perderte por segunda vez, hijo mío, y eso es más de lo que cualquier padre debería soportar.

Dryton asintió, como dándole la razón ante lo inevitable, y sonrió al cabo, como si nada importase ya, como si fuese por fin la hora de tomarse un merecido descanso.

—Neftis, la señora del Templo, te ordena que regreses al otro lado —Dryton, enfrentado al Udji que habitaba dentro de sí, entonó aquella frase en las tres ocasiones que exigía el ritual, y luego, levantando la daga de su padre, la descargó sobre su cuello y cayó hacia atrás, hundiéndose en las aguas del estanque, que le acogió con un gorgoteo y le hizo desaparecer en su seno.

De los labios de Bytan surgieron entonces unas palabras ininteligibles en un idioma extranjero, una larga letanía que culminó con una frase en egipcio:

—Regresa cuerpo a la muerte, ese es tu lugar…; el Ojo Sano es tu guardián —entonó finalmente el anciano, con una voz cansada, casi sin fuerzas.

Apolonia rompió a llorar y echó a correr hacia la casa. Luego, dándose cuenta del estado de su suegro, volvió entre hipidos sobre sí misma y ayudó a Bytan a levantarse. Juntos emprendieron el regreso cogidos por la cintura.

—Te curaré esas heridas, Bytan —dijo Apolonia—. La puñalada está en mal sitio pero no es profunda. No es nada, ya lo verás.

—Manda a Masha a la casa de Djaw —dijo entonces el anciano —, y que vayan enseguida con unas parihuelas a por el pobre Eurionupis. Está en la Explanada de las Acacias. ¡Se va a morir si no le rescatan pronto!

—Vamos dentro —dijo Apolonia, dándole ánimos, según atravesaban la puerta de entrada—, y yo misma iré a la casa de nuestro vecino si me explicas bien dónde está el muchacho. Todo va a salir bien.

Y Senmontu quedó entonces sola junto al estanque, esperando que todo terminase por fin. Pasaron unos segundos. De las aguas aún emergían pequeñas burbujas, pero pronto desaparecieron. El halcón, como si realmente fuese una bestia amaestrada, levantó el vuelo desde la rama de su higuera y se posó en el suelo, entre el estanque y la muchacha, alerta, como si temiese que el Udji fuese a regresar de nuevo desde el otro lado.

—Adiós, papá —susurró Senmontu a las aguas, y se puso de puntillas para besar a la oscuridad que había engullido a Dryton como

si fuera la mejilla cálida y afectuosa del padre que nunca olvidaría.

—Gracias, pequeña —dijo una voz desde ninguna parte. Tal vez había salido de su propia cabeza. O fue una alucinación.

Entonces en los jardines de la casa, junto al estanque, se escuchó un alarido inhumano que nacía de las entrañas podridas de Dryton tras su segunda muerte.

—¡Aaah! ¡Aaah! ¡Aaah!

Pero no solo se oyó el alarido del Udji. Un aullido de dolor brotó de la garganta de la pequeña Senmontu, y se deslizó en el aire al lado del de su padre, hasta que ambos gritos, transformados en uno solo, desaparecieron en la negra noche.

LIBRO 7



UN HALCÓN
EMPRENDE EL VUELO

EGIPTO, AÑO 2024

(Memorias de Rafel Collington)

Desperté desorientado. Parpadeé varias veces y miré a mi alrededor, aún medio dormido. Miré mi reloj, las siete y cuarto de la mañana. Aún faltaba una hora para que amaneciese.

Entonces, la vi: a solo unos metros de distancia, la entrada de la tumba estaba casi al alcance de mis manos. ¡Lo había logrado!

Sin embargo, antes de que pudiera asimilarlo del todo, escuché voces en la distancia. Al principio, creí que era otra de mis visiones o alucinaciones, pero al salir de mi agujero y mirar alrededor, distinguí las luces de varias linternas moviéndose en mi dirección. Hombres de la excavación de mi padre. Las siluetas se acercaban rápidamente y pronto me encontré rodeado.

—¡Rafel! —exclamó uno de ellos, aliviado al verme.

Unas manos firmes me ayudaron a levantarme y pronto me encontré cara a cara con mi padre, Howard. Su mirada era una mezcla de alivio y enfado. Junto a él estaba Yusuf, con una expresión de culpa evidente en su rostro.

—¡Te había dicho que lo vigilases! —gritó mi padre a Yusuf, señalándome con el dedo—. ¿Cómo es posible que no supieras dónde estaba exactamente?

Yusuf, visiblemente afectado, bajó la mirada por un momento antes de responder.

—Lo siento, Howard —dijo con voz temblorosa—. Lo seguía con los prismáticos desde la distancia. Si hubiera estado más cerca, me habría visto y...

—¡Y nada! —interrumpió mi padre—. ¡Era tu responsabilidad!

Me acerqué a Howard y puse una mano sobre su brazo, tratando de calmarlo.

—Estoy bien. Solo... me quedé dormido —intenté explicar.

Howard suspiró, pasando una mano por su cabello.

—No vuelvas a hacerme pasar por esto, Rafel —me dijo en voz baja, y asentí, reconociendo la magnitud de mi error.

—¿Qué te llevó a pensar que podrías manejar esto tú solo? —

preguntó Howard, tratando de mantener la calma, pero el tono de su voz revelaba que no estaba calmado en absoluto.

—Porque soy igual que tú. Porque soy tu hijo.

—No comprendo.

Me sentía herido, y la mezcla de cansancio, estrés y la sensación constante de que mi padre ocultaba algo sobre mi madre me llevó a confrontarle directamente

—Me extraña que no comprendas. Te he mantenido alejado de lo que hacía aquí de la misma manera que tú me mantienes alejado de la verdad sobre mamá —respondí, con la voz llena de desafío.—. Siempre evitas hablar de ella, siempre cambias de tema. ¿Qué me ocultas, papá?

Howard pareció sorprendido, como si nunca hubiera esperado que yo lo enfrentara de esa manera. Cuando todos vieron el sesgo que tomaba nuestra conversación, aquellos que nos rodeaban comenzaron a regresar al campamento. Vimos alejarse un haz de linternas.

—Yo, Rafel… quiero que sepas.

—Quiero ver la foto de tu cartera.

—No, no lo entiendes…

Howard cogió la cartera como si barajase la posibilidad de mostrarme la foto. Pero dudó, negó con la cabeza e iba a devolverla al bolsillo de su pantalón. En un acto impulsivo, la tomé.

—¡No!

Mi padre me cogió del brazo. Manoteamos. Mientras luchaba por sacar la fotografía, la captura de una mujer junto a un halcón se reveló parcialmente. Mis ojos se llenaron de lágrimas al verla. Si bien no pude ver su rostro con claridad, algo en la imagen conectó con los recuerdos difusos de mi infancia.

—¡Basta, Rafel! —exclamó Howard, acercándose rápidamente y quitándome la cartera de las manos. Pero ya era demasiado tarde.

—¿Por qué ella está junto a un halcón? ¿Qué significa esto, padre? ¿Tiene algo que ver con Senmontu? —dije, sintiendo que mi voz se quebraba.

—¿Quién demonios es Senmontu? —dijo entonces mi padre.

—¿No lo sabes?

—No.

No sabía si creerle. Le miré fijamente. Howard estaba devastado. Por un momento, pareció un hombre mucho más viejo, llevando el peso de un secreto demasiado grande para él.

—Rafel, siempre quise protegerte —comenzó, con la voz temblorosa—. Tu madre... ella estaba involucrada en algo… que no quiero, no puedo explicar.

—Sí puedes. Por favor.

Miré de nuevo a mi padre, esperando una explicación completa. Sabía que estaba a punto de descubrir una verdad que cambiaría mi vida para siempre.

—Hijo —comenzó Howard, con una mezcla de dolor y resignación en su voz—, tu madre pensaba que tenía habilidades muy especiales. Creía que era capaz de hablar con los muertos, que podía sentir sus emociones y viajar a través de sus recuerdos. Solía describirlo como volar como un halcón, atravesando paisajes temporales y conectándose con las almas del pasado.

Presté mucha atención a las palabras de mi padre, intentando comprender la magnitud de lo que me estaba revelando. Howard prosiguió:

—Ella creía, Rafel, que si alguna vez veías su rostro en una foto, aunque ya estuviese muerte, tú también te conectarías con esos recuerdos y emociones de las almas del pasado. Dijo que ambos estaríais entrelazados a través del tiempo, compartiendo visiones y comunicándose con aquellos que ya no están con nosotros.

Tragué saliva, intentando procesar lo que me contaba. Las palabras parecían irracionales, pero había algo en su tono, en su mirada, que me decía que estaba hablando en serio.

—¿Por eso nunca me mostraste su foto? —pregunté, con la voz temblorosa—. Tú eres un hombre de ciencia, supongo que no creerás ninguna de esas cosas.

Howard suspiró profundamente antes de responder.

—Siempre he creído que ella perdió la razón. Los médicos la internaron y murió al poco tiempo. Pero…

—¿Pero qué?

—Viví con ella cosas muy extrañas. Sabía cosas de la gente fallecida que era imposible que conociese, como si realmente pudiera conectar con… con… Aunque sean tonterías, temía que tú pudieras heredar ese... don, o enfermedad, como lo veía yo. La ciencia no tiene una explicación para lo que ella experimentaba. Porque algunos sucesos relacionados con tu madre, Rafel, son inexplicables. Me asusta pensar en ello. No quería que tu vida se viera afectada por ese caos, esa confusión entre lo real y los sueños de un mundo pasado. No sabes lo que ella sufrió. Nunca estaba del todo en este mundo ni en el otro. Y enloqueció.

—Sigo sin comprender. Si pensabas que todo era una insensatez, que simplemente estaba loca, entonces, ¿por qué no me dejaste ver la foto? —insistí.

—Te lo acabo de explicar… —Howard parecía luchar con las palabras, dudaba y se detenía a cada momento—. En el fondo, había momentos en que no estaba tan seguro de que fuera simplemente una enfermedad mental. Era como si realmente tuviera acceso a un mundo que los demás no podíamos ver. Como científico, eso me aterraba.

Nos quedamos en silencio por un momento, cada uno inmerso en sus pensamientos. La revelación de mi padre había arrojado más preguntas que respuestas, pero al menos había comenzado a desentrañar el misterio que rodeaba a mi madre y a nuestro pasado.

Mientras caminábamos de vuelta a la tienda, cada paso me resultaba más difícil. Las piezas del rompecabezas revoloteaban en mi mente, y una imagen particular me atormentaba: la de mi madre junto a un halcón. La conexión con Senmontu, el halcón... ¿Podría ser posible? ¿Era mi madre el nexo con la historia que estaba viviendo? ¿Podía yo, como ella, ver el pasado en sueños? ¿O acaso mi madre formaba parte de las visiones con Senmontu?

De repente, me detuve en seco. Las respuestas no estaban en la tienda. Estaban en esa tumba, en el pasado, esperándome. Necesitaba saberlo. Sin decir una palabra, giré sobre mis talones y eché a correr de regreso hacia el Cerro de las Ánimas.

—¡Rafel! —gritó mi padre detrás de mí, su voz llena de alarma y confusión.

Pero ya era demasiado tarde. La necesidad de respuestas ardía en mi pecho, guiándome hacia la oscuridad del Cerro y las verdades que escondía. La voz de Howard se desvaneció detrás de mí, mientras me adentraba de nuevo en el Cerro de las Ánimas.

Sabía que mi ventaja era corta; podía oír el murmullo de mis perseguidores, buscándome de nuevo. Pero yo tenía un objetivo claro, y no permitiría que nada me detuviera.

Mis pulmones ardían y mis piernas se sentían pesadas, pero la ira y determinación me impulsaban a seguir adelante. Las visiones, las voces, las revelaciones sobre mi madre... Todo se unía en mi mente, creando un mosaico de emociones y recuerdos. La tumba, podía sentirlo, tenía las respuestas que necesitaba.

Apresuré el paso, buscando la abertura que llevaba días excavando. Las sombras ocultaban muchos huecos y recovecos entre las dunas, pero finalmente la encontré. Sin dudarlo, me deslicé por el estrecho pasadizo, sintiendo la frescura y la oscuridad de la tumba envolviéndome de nuevo.

Cada vez más cerca, podía oír las voces, esta vez humanas. "¡Rafel! ¡Rafel!" llamaba mi padre. Pero ya había avanzado lo suficiente dentro de la tumba como para que no pudieran verme. Tardarían una hora al menos en hallar el agujero en medio de la noche. Tal vez incluso más tiempo.

Continué avanzando, tocando las paredes, siguiendo las inscripciones con mis dedos. Estaba decidido a descubrir todos sus secretos antes de que me encontraran. Las voces se convirtieron en un murmullo lejano, y pronto, el único sonido que pude escuchar fue el eco de mis propios pasos en el oscuro pasadizo.

Una sensación de calma me invadió. Las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar, y sabía que estaba en el camino correcto para descubrir la verdad sobre mi madre, sobre mí mismo y sobre el misterioso legado que ambos compartíamos.

24

NADA SALE BIEN

(Año 158 Antes de Cristo)

El halcón se estiró sobre la rama de su higuera, miró hacia fuera, hacia la breve extensión de Harmonía, los confines de su diminuto universo, y compuso un gesto que, de no haberse tratado de un animal, bien podría haberse descrito como falsa sonrisa o mueca, una señal que reflejaba la enormidad de su desdicha, la náusea de un conocimiento que nunca había deseado o, al menos, nunca debería haber deseado. Él era un ser pensado para navegar por el mar de los cielos y no para indagar en los turbios asuntos de los hombres. Sin embargo, allí estaba y debía completar su misión. El ave inspiró profundamente y batió sus alas, tratando de no escuchar el murmullo del llanto de aquellos humanos dentro de la casa. Dryton, el padre, había muerto; también Maakheru, el hermano. Las cosas se habían torcido y acaso no hubiera manera de enmendarlas.

Sin embargo, él debía seguir vigilando a la joven. Eso era lo más importante. Lo demás resultaba, en último término, una pérdida aceptable en el marco de la gran batalla que se avecinaba. Pero Senmontu no; ella debía sobrevivir a toda costa. De eso no cabía la menor duda.

Y fue precisamente la muchacha la primera en salir de la casa. Dio un par de pasos más allá del umbral y luego se volvió para gritar a alguien que quedaba fuera de su área de visión, alguien que la reprendía desde el interior de la vivienda. El halcón aplicó, como siempre, todos sus sentidos a intentar desentrañar qué diantre estaba sucediendo esta vez.

—He dicho que me marcho a dar una vuelta y eso haré —dijo Senmontu—. No pienso quedarme a ver cómo el embalsamador se lleva a mi hermanito en su carreta o cómo saca a mi padre del estanque cualquier funcionario de pacotilla. ¡Me voy a ver a

Eurionupis y es mi última palabra!

Desde dentro llegaron lamentos y amonestaciones con voz de mujer. Apolonia. Pero al poco las quejas perdieron intensidad y luego cesaron abruptamente.

—Ve y haz lo que te venga en gana si es lo que vas a hacer igualmente —dijo finalmente la madre, con voz cansada.

Y esto hizo Senmontu, que avanzaba ya por el jardín a toda velocidad.

El halcón esperó un instante, repasó la finca con sus ojos escrutadores, como vigilando que todo estuviera en su sitio, y al cabo levantó el vuelo tras la joven. esta, rabiosa, había impreso tal ritmo a su zancada que a punto estaba ya de llegar a la casa de su amiga Takratis.

—Hola —dijo sencillamente Djaw, el padre de su amiga, que en ese momento traspasaba la valla de la vivienda con su oca, Hermosa de Rostro, pisándole los talones.

—Hola —dijo Senmontu, igual de lacónica.

—Voy a tu casa a por… —comenzó el Guardián de la Necrópolis, pero fue incapaz de completar la frase.

—Vas a levantar el cuerpo de mi padre, a comprobar que realmente está muerto y bien muerto en el estanque y hacer unas cuantas pesquisas hasta que llegue el alguacil ese desde Alejandría —le ayudó Senmontu.

—Así es —reconoció Djaw.

—Por cierto, ¿cuándo va a llegar ese gran funcionario desde la Capital? —dijo Senmontu, deseosa de cambiar de tema y olvidar el asunto de su padre—. ¿No es ese que va a descubrir lo que de verdad sucedió con los criados de Senai y solucionar todos los problemas del pueblo?

Djaw sentía vivamente la cólera latiendo tras la ironía de la joven, y puso una mano en su antebrazo, apretándolo como si quisiera darle apoyo en aquellos momentos terribles.

—Creo que llega hoy mismo —le reveló—. No te preocupes, Senmontu, todo saldrá bien.

Pero la muchacha meneó la cabeza.

—Llevo mucho tiempo oyendo esa frase y nunca nada sale bien.

En ese momento llegó Takratis a la carrera seguida por Ahmes, su madre. Las dos amigas se echaron la una en brazos de la otra y solo entonces Senmontu rompió a llorar, susurrando frases ininteligibles en el oído de su amiga, que rompió a llorar a su vez. Djaw, cabizbajo, sabedor de que ya nada podía aportar en aquella conversación, se retiró discretamente en dirección a la casa de Apolonia. La madre de Takratis, esperó a que las dos niñas se relajaran, y en cuanto se hubieron separado les ofreció unos higos para que no marchasen por el camino sin haber desayunado, con el vientre vacío. Al fin y al cabo, estaban en pleno crecimiento y no podían desatender las comidas.

—Vamos. Estoy segura de que vais a ver al pobre Eurionupis. Id masticando unos higos que os harán mucho bien. Os asentarán el estómago.

Al poco rato, las dos niñas caminaban por la pista vieja de tierra masticando aquellos higos que, por cierto, estaban muy buenos, y hasta se permitieron algunas risas que nacían solas, espontáneas, fruto de la amistad y la empatía más puras, a pesar de todas las fatalidades que las habían asaltado últimamente.

Ninguna de ellas, absortas en sus confesiones y sus miedos, mientras se consolaban la una a la otra, se percató de que un halcón las seguía dibujando lánguidos círculos en el cielo azul que recién amanecía.

25

EL CONSEJO DE NOTABLES

(Año 158 Antes de Cristo)

La familia de Eurionupis era la más pobre de la aldea. Se trataba de la única casa sin jardín de todo el pueblo; apenas una cabaña de adobe con tres habitaciones mal dispuestas y un altar. Eurionupis, en la última de aquellas estancias, intentaba luchar contra los demonios de la muerte. Aunque seguía inconsciente y tardaría tiempo en recuperarse, les había ganado el primer asalto a aquellos demonios, si bien era un hecho que estaba todavía muy grave. Los médicos decían que, aunque su constitución no era gran cosa y sus heridas innumerables, las ganas de vivir del muchacho eran tan grandes que todo era posible.

Todo esto lo había escuchado el halcón de labios de la madre del muchacho en la entrada de la casa. Luego, las niñas habían pasado dentro y la puerta se había cerrado. Así que, tras dar una vuelta de reconocimiento a la zona en busca de algún merodeador, el ave remontó el vuelo y decidió dirigirse hacia el centro del pueblo. Allí, al principio no vio gran cosa, solo el típico trasiego de los hombres del campo, sus sueños, sus aperos de trabajo y sus obligaciones, que se podían resumir en tres palabras: inundación, siembra y cosecha.

Al principio del año, el Gran Nilo, padre de todas las cosas en Egipto, se desbordaba, inundaba los campos y los volvía fértiles y ricos para que, cuando el agua bajaba, el campesino pudiera iniciar su labor. Luego venía la siembra, en la que el labriego echaba la semilla y al cabo araba los campos, trazando surcos interminables ayudado por su vaca, a la que había uncido con un yugo para que levantase la tierra a su paso. Por fin, las espigas empezaban a amarillear y comenzaba la cosecha, y de pronto el sembrador, más tarde labriego, se transformaba ahora en segador, y con una hoz de hoja ancha decapitaba los tallos de sol a sol, hasta caer rendido en su estera.

Entonces, terminada la faena, volvía el Nilo a desbordarse y a inundar los campos para que todo volviese a comenzar.

Pero aquella mañana, el trasiego de los campesinos se había detenido y estaban la mayoría de pie, holgazaneando en torno al quiosco que estaba delante de la escuela de Petámenos o caminando deprisa hacia aquel viejo lugar de reunión. El propio maestro, de hecho, parecía estar al frente de aquella improvisada asamblea. El halcón, instintivamente, comprendió que algo estaba sucediendo y descendió desde las alturas.

—Esto es lo que he venido a decir —dijo Petámenos, carraspeando—. Tengo una propuesta que hacer, más bien una consulta que quiero realizar a este Consejo de Notables.

El quiosco era una estructura de madera circular, parecida a un templo, que servía de lugar de recogimiento para los viajeros cansados y hasta para los escolares al terminar las clases. Estaba equipado para ello con varios bancos de piedra y algunos taburetes. Por esta causa, hacía tiempo que venía utilizándose en el pueblo como lugar de reunión del Consejo de Notables, habiendo desplazado a la tradicional sombra del sicómoro, el árbol celeste, pues se decía que la puerta oriental del paraíso, del Campo de las Cañas, estaba flanqueada por dos de aquellos bellos ejemplares.

Sea como fuere, ahora era el barbero el que trabajaba a la sombra del árbol celeste y los hombres más importantes de la aldea, que se habían autodenominado Consejo de Notables, se reunían cuando era urgente o preceptivo en el quiosco, que era un lugar mucho más cómodo y descansado, resguardado tanto del sol como del viento.

—Mi consulta es bien sencilla —dijo entonces Petámenos, revolviéndose para enfrentar con la mirada al resto de sus oyentes—. Estoy preocupado por la situación de Apolonia, antigua esposa de Dryton. Hoy, por si alguien no se ha enterado, se ha confirmado la muerte del pequeño Maakheru y también del esposo, aparecido en extrañas circunstancias ahogado en el estanque de su casa —se levantaron unos murmullos que el Araña acalló estirando una de sus extremidades enflaquecidas como si fueran las patas de un insecto,

preparadas para lanzarse sobre su presa—. Todo esto es un claro ejemplo de lo que sucede cuando en el seno del hogar no hay un hombre para cuidar, no hay un hombre para mandar, no hay un hombre para poner orden en las cosas tal y como la madre naturaleza y los dioses que la cobijan nos ordenan desde tiempos inmemoriales. Porque Bytan, el último hombre de la familia, está enfermo hace años y ha perdido la cabeza. Así que…

—Pero, amigo mío —objetó de pronto Antígono, propietario de la única pastelería del pueblo y padre de un niño del mismo nombre, enemigo de Senmontu y Takratis, y aficionado a burlarse de ellas y arrojarles piedras—, hasta ahora no te hemos visto hacer consulta alguna, sino tan solo decirnos unas cosas que ya sabemos y a todos nos preocupan.

Se elevaron entonces unas voces que apoyaban las palabras del pastelero. El resto de notables asintió también a sus palabras. Entre aquellos hombres se hallaban Clito, rico propietario y padre de Senai; el barbero Sha; el hermano de Antígono (y tío de Antígono niño), llamado Anu y que, de hecho, resultaba ser el hombre más rico del pueblo; y casi todos los empresarios de cierta categoría, incluidos algunos propietarios de las mejores y más productivas parcelas de Harmonía.

Petámenos, que también formaba parte del Consejo de Notables, dio la razón a Antígono inclinando la cabeza.

—Estáis en lo cierto, amigo mío. Hasta ahora solo exponía los hechos; y es ahora, pasada la exposición, que me pregunto y os pido consejo sobre si debemos permitir que esa pobre mujer viva sola y condene a los suyos a la penuria, a la pobreza, al desamparo… ¿No sería mejor que le buscásemos un tutor, un *Keroi* como decimos nosotros los griegos, para que se hiciese cargo de las propiedades de esa desdichada? ¿No ha dejado escrito el Faraón Ptolomeo que una mujer no debe gobernar sola su casa, que es un ser ingenuo e incapaz, y cito, que sin la ayuda de un tutor masculino camina por la vida desamparada, a merced de estafadores y de gente deshonesta?

—Yo estoy contigo. Llamemos a toda prisa a un juez para que nombre a la persona que debe hacerse cargo de las tierras y la casa de

Apolonia —dijo Antígono padre, levantando su voz sobre los murmullos de asentimiento que se levantaban de entre la multitud.

—Y sin embargo —terció Clito, que era de largo el más despierto e inteligente de aquel Consejo—, me temo que el señor maestro no ha terminado, pues me parece que tiene en mente ofrecernos a alguien de su confianza para ese puesto de tutor. ¿No es verdad?

Petámenos se inclinó de nuevo, alabando la perspicacia de su interlocutor.

—Así es, Clito. Veo que eres un hombre observador. Yo, humildemente, quería presentar la candidatura para tutor de la casa de Apolonia a un hombre que muchas veces habréis visto entrar y salir de aquella casa, un hombre que se ha ganado la confianza de la señora Apolonia y que ha estado a la cabecera de la cama del pequeño Maakheru mientras este agonizaba. Un hombre bueno y sin tacha, un hombre que, ya de entrada, tendría mucho ganado en ese hogar caído en desgracia, pues conoce el lugar y se ha paseado a menudo por él como su amo, aunque no lo fuese de facto. Os hablo del señor Aristón.

Y entonces el fantoche dio un paso al frente desde la primera fila de curiosos y penetró en el kiosco con paso altivo. Llevaba el idiota su mejor peluca, de un rojo anaranjado, y un vestido largo que arrastraba por el suelo. Para aquella ocasión había sustituido su habitual collar de nueve vueltas por una diadema de plata y una gargantilla de electro y piedras preciosas.

—Yo soy Aristón, a vuestro servicio —dijo el bufón, haciendo una larga reverencia.

—Y este caballero que viste con tanto estilo, a la moda de la corte —intervino nuevamente Clito, mirando fijamente a Petámenos con una larga sonrisa cruzándole el rostro—. ¿Quién es?

—Un buen ciudadano.

—No me refiero a eso. Aquí todos somos buenos ciudadanos. Me refiero a qué relación tenéis con él

—¿Relación… decís? Perdonad, pero no os entiendo —dijo el maestro.

—Preguntaba por vuestro parentesco con este hombre —dijo

Clito, sin abandonar aquella sonrisa.

—Ah, eso. Es el hijo del hermano de mi padre. Mi primo hermano, vaya. ¿Por qué negarlo? —reconoció al fin Petámenos, algo azorado.

La audiencia rio de buena gana, pero eso no le quitó crédito a la candidatura de Aristón, pues nadie pensaba que fuera mala cosa intentar situar a la familia lo mejor posible ni ayudarla a conseguir una buena situación en lo laboral o en lo económico.

—Me permitirán egregios señores… —dijo entonces el señor Aristón, interrumpiendo las risas de la concurrencia, que se fueron apagando poco a poco, entre algunas toses.

Finalmente, el Consejo de Notables pudo poner su atención en las palabras del recién llegado.

—Hablad, por favor —dijo Antígono padre, que actuaba un poco como presidente del consejo, o al menos como portavoz principal.

—Gracias, ciudadano —dijo Aristón, bajando la voz, tratando de crear en los que le escuchaban un sentimiento trágico, acorde con la importancia del asunto que quería sacar a colación—. Me perdonarán egregios señores si me atrevo a introducir en este concilio de prohombres magníficos un tema distinto al tratado, pero es que me hierve la sangre al contemplar la forma en que son vejados los cadáveres en esta santa aldea de Harmonía, cuyo hermoso nombre es mancillado por la labor impía de un patán sin ningún respeto por su trabajo.

—Explicaos —ladró Antígono, súbitamente preocupado.

El señor Aristón levantó su capa y embozó su rostro, sobreactuando como siempre y esperando crear un efecto aún más apocalíptico en su audiencia.

—Hablo de esos dos pobres sirvientes que yacen profanados en la ciudad de los muertos; dos pobres seres, afectos al señor Clito aquí presente, que fueron despanzurrados, agraviados aún en la muerte por culpa de la dejadez de un hombre, de un necio —Aristón levantó su embozo para escupir al suelo con furia—. ¡Hablo, señores, de ese infame Guardián de la Necrópolis que no es guardián ni es nada!

Hablo de ese tal Djaw que permite que los moradores de su casa sean mancillados por cualquier forastero demente como sin duda fue el caso. Hablo de ese inútil que ha investigado en vano lo sucedido sin haber podido arrojar la menor luz sobre los hechos. ¡Y digo, y me enfrentaré a quien levante la voz para acallar la mía, que ese hombre no es digno del puesto que ocupa y que ensucia la memoria de nuestros muertos tener a un incapaz semejante guardándoles en su hora final! ¡Hay que echarlo inmediatamente de su puesto!

26

UN DÍA VERÉ CUMPLIDA MI VENGANZA

(Año 158 Antes de Cristo)

Ya había tenido bastante. El halcón, que llevaba un buen rato sobre la cornisa del kiosco, espiando como siempre la conducta y las motivaciones de las gentes de Harmonía, había ya comprendido que Aristón tenía pensado quitarle las propiedades a Apolonia y el trabajo a Djaw. Una jugada doble, una apuesta hábil que había aprovechado la ausencia de Djaw camino de la casa de la propia Apolonia levantando el cadáver de su esposo muerto, para reunir a los notables del pueblo y poner sobre la mesa su jugada maestra. ¡Y le había salido todo a pedir de boca! En pocos días vendría un juez a quitarle todo lo suyo a la pobre Apolonia y Djaw se quedaría sin su puesto de Guardián de la Necrópolis. Una vez más, los acontecimientos se precipitaban y el tiempo, ya de por sí apremiante, parecía estrechar su lazo como la soga en el cuello del ahorcado.

Decidió el ave dirigirse de nuevo a la higuera que había sido su improvisado hogar debajo de las habitaciones de Senmontu, y reposar allí un instante, mientras reflexionaba sobre lo que había visto aquella mañana. Así que alzó majestuosamente el vuelo y se elevó siguiendo el cauce de las aguas, perseguido por dos cornejas, varios grupos de grajillas y un alimoche, batiendo todos las alas, desperezándose mientras el aire fresco del alba les secaba el rocío de la noche.

Cerca del embarcadero, sin embargo, el halcón detuvo su recorrido cuando distinguió a Senai en compañía de otro joven, caminando entre los almacenes. Sin dudarlo, descendió en picado y la alcanzó justo cuando la joven se acurrucaba detrás del muro del último de los edificios, aquel en el que había torturado días atrás al bueno de Eurionupis. Por lo visto, aquel lugar le traía tan buenos recuerdos que había regresado allí, a llorar la pérdida de su amigo el Udji.

—No llores, Senai —dijo el otro niño, uno gordo que llevaba una piedra en la mano y la lanzó en dirección al halcón, que la vio pasar a su lado mientras pensaba en la posibilidad de picotearle los ojos a aquel maldito mocoso.

Se trataba del pequeño Antígono, que había obtenido permiso de su madre para salir a la calle de nuevo, aunque todavía llevaba un aparatoso vendaje en la cabeza, recuerdo de la pedrada que Senmontu le había propinado en la pista de tierra. Por fortuna (y gracias a las artes mágicas del Señor Oscuro), el tonto de Antígono no recordaba nada de aquel incidente.

—Estoy triste por la muerte de un amigo. Tú no lo entenderías —dijo Senai, entre hipidos.

—Sí que lo entiendo. Una vez tuve un mono y se me murió.

—No es lo mismo, tonto.

—No creas —dijo Antígono, muy serio—. Yo quería mucho a Comedátiles. Le llamé así porque no paraba de comer dátiles.

—Un nombre muy ingenioso, sí —dijo Senai, sin disimular su desprecio por el niño—; pero el caso es que mi amigo era un hombre de carne y hueso, o casi —Senai rio para sus adentros y luego se puso aún más triste—, y bueno, ahora se ha ido para siempre y yo me siento fatal. Aunque por lo menos tengo su daga.

Senai sacó el arma y se la mostró a Antígono, que se quedó boquiabierto, sobre todo al ver que cerca del filo había engarzado un ojo que le miraba fijamente.

—¡Hala! ¿Es un Ojo Sano? —dijo el niño, con voz temblorosa.

—¡No! Es un Ojo de Seth —dijo Senai, orgullosa.

—Pero, pero… —tartamudeó Antígono—, yo he leído que Seth el malvado luchó contra el hijo de Osiris, rey de los dioses. Y Seth, usando malas artes y traición, le arrancó un ojo a Horus, el hijo de Osiris.

—Muy bien, Antígono, veo que sabes un poco de mitología y no te duermes en todas las clases —observó Senai, burlándose.

—Pero es que —añadió el niño—. El ojo que fue arrancado a Horus es el Ojo Sano, pues Thot, el dios sabio, volvió a unir aquel ojo desgarrado y se lo devolvió a su dueño. El Ojo Sano es un poderoso

amuleto para el bien, aunque yo soy un niño griego y no creo en esas cosas egipcias, claro —rio.

—Claro —concedió Senai.

—Lo que pasa es que todo eso me hace pensar que si ese es otro ojo, el que se llevó Seth, entonces no tiene sentido la otra historia, y debe ser algo malo, un amuleto para el mal o algo así.

—¡Has acertado! —chilló Senai, incorporándose y rompiendo en aplausos—. Seth engañó a Thot y rompió en pedazos el ojo de un cerdo. Y ahora ese tonto de Horus lleva en la frente el ojo de un tonto marrano mientras su verdadero ojo, fuente de poder, es usado por Seth para obrar el mal. Así, esta daga maravillosa sirve para matar a gente que no queda del todo muerta y luego puedes despertarla y convertir en tu esclavo.

—¡Hala! —exclamó Antígono, con la boca abierta—. No sé si creérmelo.

—Pues te lo puedes creer —dijo Senai—. Solo un memo no confiaría en el Ojo de Seth.

Aquella afirmación hirió la sensibilidad de Antígono, que desde siempre había tenido que soportar que le llamaran tonto o idiota. Por eso se sentía mal y por eso comía dulces a todas horas, porque era consciente de no ser demasiado listo, de ser, a decir verdad, un memo de tomo y lomo.

—Yo me creo lo que dices. Confío en el Ojo de Seth y sé que esa daga hace esas cosas terribles —dijo Antígono, pensando que con aquella afirmación dejaba bien claro que no era un memo en absoluto.

—Y bien terribles, mi buen Antígono —dijo Senai, frotándose las manos—, pues voy a usar esta daga para terminar de matar a ese perro de Eurionupis y luego lo despertaré y lo convertiré en mi esclavo por toda la eternidad. Eso haré. Y tú vas a ayudarme.

—¡Hala, qué bruta! —dijo Antígono, sorprendido y a la vez satisfecho de haber hallado una persona aún más malvada que él mismo.

—Perdonad, muchachos.

Senai y Antígono se volvieron. Ante ellos se encontraba un hombre extraño, como contrahecho. Cojeaba de forma exagerada al

andar y tenía un ojo cubierto por un parche. Con el otro ojo miraba a un lado y al otro con una rabia y una ira incontenibles. Senai dio un codazo a Antígono y le susurró: “Ahí va Horus, con un ojo de menos”. El gordo apenas podía aguantarse la risa y contuvo la respiración para no soltar una carcajada.

—Acabo de llegar en barco y buscaba, niños, si sois tan amables… —el hombre andaba como perdido entre los almacenes dando vueltas sin rumbo—, buscaba al Consejo de Notables, a alguien del Consejo para entrevistarme con él y que me ponga al corriente de todo lo que ha sucedido en esta aldea últimamente —y añadió, viendo cómo las caras de los niños se encendían de curiosidad y suspicacia—. Soy el Alguacil Itinerante de la región del Muro Blanco, el policía que viene de Alejandría a investigar todos esos crímenes y desapariciones que han pasado aquí últimamente.

—Vaya —dijo Antígono, fascinado, olvidando que había estado a punto de reírse de aquel pobre hombre desfigurado—. Está usted de suerte, el Consejo de Notables está ahora precisamente reunido en el quiosco.

—Eso está muy bien —dijo el policía—. ¿Podrías indicarme dónde queda ese quiosco que dices?

—No tiene pérdida, señor —dijo el muchacho, sintiéndose algo emocionado por conocer a todo un alguacil de verdad, y de la Capital nada menos—. Sale usted por el cruce y va hacia el fondo por la pista nueva de tierra. Irá a dar justo a la escuela, y el quiosco está al lado.

El policía inclinó la cabeza, a modo de agradecimiento.

—Muchas gracias, muchacho.

—No hay de qué, señor —repuso Antígono.

El policía se marchó por donde le habían indicado, cojeando ostensiblemente, y Senai aprovechó ese momento para dar un pellizco a Antígono.

—Eres un remilgado y un cursi —le acusó—. "No hay de qué, no hay de qué… señor alguacil cojo y tuerto" —le imitó, poniendo un acento gangoso al hablar que enervó a Antígono.

—No digas esas cosas. Es un policía y nos podría detener.

Senai suspiró, como si apenas pudiese aguantar a aquel pobre

tonto.

—Lo dicho, que no eres más que un pobre tonto —dijo, convirtiendo en palabras sus pensamientos.

Pero la atención del halcón se había desplazado de los niños al recién llegado. Intuyó el animal que allí se encontraba un nuevo peligro y decidió seguir al alguacil un trecho al menos, como el que obedece a un presentimiento. Este, tan pronto salió del embarcadero y alcanzó el camino de tierra, detuvo con un gesto a un labriego y le pidió nuevamente indicaciones sobre dónde podía hallarse el Consejo de Notables. Y no porque no hubiese entendido bien las indicaciones de Antígono, sino porque no le gustaban los niños, desconfiaba de ellos, los aborrecía, en una palabra, y tenía buenas razones para ello.

—Siga todo recto y llegará al quiosco donde se está celebrando el Consejo. En poco rato los verá a todos reunidos en un corrillo.

El policía, después de dar las gracias a su interlocutor, pareció dudar y volvió a reclamar su atención para mostrarle un pedazo de papiro muy arrugado que sacó de debajo de la camisa.

Era un dibujo de Senmontu. Un retrato burdo, tembloroso, inexperto, pero era Senmontu sin ninguna duda. Allí estaban sus profundos ojos verdes y ese aire de dignidad y de independencia que tanto odiaban todos sus enemigos y tanto envidiaban los que la querían bien.

—No soy un gran artista, se trata solo de un boceto. ¿No conocerá a esta niña por un casual, buen hombre?

El aldeano pareció dudar.

—La cara me es familiar, sí. Pero bueno, todas las niñas de esa edad se parecen, ¿no es verdad?

—No todas, señor mío. Esta niña es un criminal, un demonio nacido en el mismo Lago de Fuego —el gesto del policía se crispó e hizo una bola con el dibujo de Senmontu como si planease aplastar a la joven como estaba haciendo con aquel pedazo de papiro—. ¿Quiere saber lo que me hizo esa maldita?

Asustado por la reacción del alguacil, el aldeano asintió, pálido y confuso.

—Hace unos pocos días yo era un hombre normal, un hombre

feliz que vivía en Alejandría, con su mujer, sus hijos y su trabajo de funcionario de policía. Yo era sencillamente el cabo Jentamentiu y no quería ser nada más en este mundo, ¿entiende?

El aldeano volvió a asentir.

—Pero ese demonio con aspecto de niña se cruzó en mi camino quejándose de lo que decía una maldita estela que acababa de colocar el Faraón a la entrada del Parque Oriental. Una maldita estela. ¿Ve a partir de qué pequeñez e insignificancia nace la desgracia de un hombre? —gimió Jentamentiu cogiendo de la pechera al pobre aldeano, que estaba ya aterrorizado—. Y luego, de pronto, sin saber cómo ni por qué, había una turba exaltada en mi contra, un grupo salvaje de mujeres que querían sacarme la piel a tiras. ¡Oh dioses!

Jentamentiu soltó al aldeano, al que le temblaban las piernas.

—Desde entonces no soy nada —añadió—. Me rompieron tantos huesos que los médicos me aconsejan todavía estar en cama, aunque yo me niego, por supuesto. No volveré a caminar erguido como un hombre y he perdido mi trabajo porque ya no puedo patrullar todo el día por la ciudad como solía. Menos mal que estaba vacante este puesto inmundo que nadie quiere, el de Alguacil Itinerante de la región del Muro Blanco. Nadie quiere venir a estos pueblos inmundos; perdónenme que sea tan franco. Por si fuera poco, mi mujer, al ver que me habían convertido en un lisiado, cojo, jorobado y tuerto, me ha dejado por un hombre más joven y se ha llevado a mis hijos. ¡Juro por Dios que un día veré cumplida mi venganza y mataré a esa niña con mis propias manos!

Pero para entonces, Jentamentiu ya estaba hablando solo, porque su interlocutor, aprovechando un descuido del policía, había puesto los pies en polvorosa y se alejaba por la vereda a toda velocidad, como si le persiguiese alguna bestia salvaje.

El halcón, preguntándose cómo era posible que a Senmontu le naciera a cada instante un enemigo distinto y cada cual más peligroso, decidió regresar de una vez a casa, pero no a la casa de Apolonia sino a Alejandría, allí donde su amo le estaba esperando.

Necesitaba poner de una vez en orden sus pensamientos. Lo cierto es que, por momentos, veía las cosas empeorar, ponerse negras

como el abismo más negro, casi sin salida. Además, era un hecho que tenía ya información suficiente. Su misión de vigilancia había concluido.

Era el momento de actuar.

27

UN GRAZNIDO DE DESPEDIDA

(Año 158 Antes de Cristo)

Pero el halcón era un centinela avezado, conocía bien su trabajo y no quiso marcharse sin dar una última vuelta de reconocimiento.

Primero pasó por el Cerro de las Ánimas, donde no tardó en comprobar que en aquella montaña diabólica aún no se advertía ningún movimiento extraño, ninguna señal de que el enemigo que habita en la sombra estuviera dispuesto a valerse de sus últimos recursos. Ahora las cosas le iban muy bien, sus Udji estaban cerrando el círculo en torno a Jeper, el ladrón, y a Senmontu. No, ahora la bestia estaba confiada y no despertaría a los fantasmas que habitaban el Cerro. Al menos, no de momento.

Allí arriba, entretanto, un buitre se movía en círculos cada vez más estrechos, cada vez más bajos, hacia aquel viejo burro que se había adentrado hasta aquel paraje, probablemente tan viejo y enfermo que solo buscaba acelerar la llegada de su destino. Finalmente, cuando el burro se hubo tumbado en el suelo, exhausto de vida, el buitre se decidió a aterrizar y comenzó su danza de pequeños saltos, todavía recelosos, en torno a su próximo alimento. Al poco tiempo, cuando el carroñero se inclinaba ya sobre su víctima, presta a devorar la cuenca de los ojos, el halcón se marchó del Cerro de las Ánimas.

No muy lejos, al norte, estaba el viejo cementerio egipcio. El halcón, no menos exhausto, sobrevoló la ciudad de los muertos buscando al nubio Masha, al que encontró ya avanzando por el camino viejo al lado del embalsamador. Subidos ambos a una carreta, acudían a casa de Apolonia para reunirse con Djaw y recoger el cadáver de Maakheru a fin de preparar su tránsito a la Otra Orilla.

—¿Qué es esa caja? —preguntó el nubio.

El embalsamador llevaba un contenedor de cedro en la parte de atrás. Parecía pesado.

—Son los *ushabtis*.

—¿*Ushabtis*?

Masha sabía poco de los ritos funerarios egipcios. El embalsamador le miró largamente, se detuvo y abrió la caja.

—Los *ushabtis* son figuras funerarias que colocamos en las tumbas junto al sarcófago. Son importantes en nuestras creencias.

Masha cogió una de las figuras. Era un criado que llevaba una bandeja con fruta.

—El propósito principal de los *ushabtis* es servir al difunto en el más allá —añadió el embalsamador—. Estas figuras trabajarán para Maakheru en el Campo de las Cañas, al otro lado de la vida.

Aquella figura despertó algo en la memoria del nubio. Pensó en las figuras que tallaba día y noche Bytan. Eran muy similares. Hombres y mujeres realizando todo tipo de tareas cotidianas. ¿Bytan se pasaba el día tallando *ushabtis*? ¿Por qué haría tal cosa? Pero, sobre todo, ¿por qué los tallaba?

—Bytan talló tres figuras como estas para el niño. Un hombre, una perra y un halcón. Me pregunto si…

Un graznido sacó a Masha de su ensoñación. Al ver pasar al halcón sobre sus cabezas pensó en el halcón del pequeño Maakheru. Y dijo:

—Siempre me han gustado los halcones, desde siempre. Me encantan esas plumas marrones tan oscuras, casi negras, y esas manchitas rojas alrededor.

El halcón graznó de nuevo.

—Ver un halcón es siempre un buen augurio —adujo el embalsamador—. El halcón es un animal poderoso, aliado de Montu, el señor de la guerra, y también de Horus, hijo de Osiris y príncipe de los dioses.

—Tal vez lo sea —dijo Masha, esperando de verdad que aquel hombre estuviera en lo cierto y acabasen de una vez las calamidades en su familia, porque el nubio no veía a sus amos como sus patrones

sino como a sus padres, sus hermanos o sus hijos, como parte de su familia.

El embalsamador sonrió, tratando de dar ánimos al nubio, y golpeó el lomo de los dos asnos que tiraban de la carreta para que se dieran prisa.

Pero fue, naturalmente, el halcón, el primero en llegar a la casa de Apolonia. Allí estaba Djaw, removiendo el estanque con una larga pértiga y componiendo un gesto de asombro que no gustaba para nada a Apolonia ni a Bytan, que esperaban a un lado, donde terminaban los frutales. El anciano estaba de pie, con la camisa ensangrentada, demasiado testarudo para guardar cama a pesar de haber sido apuñalado la noche anterior. Apolonia pareció amonestar al viejo por estar allí en lugar de guardar reposo, pero este no hizo el menor caso a su comentario y se volvió hacia Djaw, diciendo a voz en grito:

—¿Qué quiere decir que no encuentras el cadáver de mi hijo? Yo mismo lo vi hundirse en esas aguas, maldita sea.

—Te digo que no está —gimió Djaw, que sangraba abundantemente por la cara—. He removido este palo por todo el estanque y aquí no hay más que plantas, raíces y algún pájaro muerto —dijo luego, hincando la pértiga hasta el fondo.

—¡Pues vuelve a buscar, por el amor de los dioses! —chilló Bytan, desgañitándose. El anciano, por un momento, pareció perder pie y Apolonia tuvo que acudir para que no se viniese al suelo—. Vacía el maldito estanque si es necesario, Djaw. Vacíalo ya que quiero ver con mis propios ojos eso que dices —añadió el viejo, fuera de sí.

Y entonces Apolonia rompió a llorar, temblorosa, en manos de su suegro.

Aquello ya fue demasiado para el halcón, que se dio impulso hasta el tenderete que tenía Bytan en la entrada de la casa y cogió una de sus figuras entre sus garras, una talla que simbolizaba a un panadero, delante de su gran horno, dispuesto a hornear el trigo que tendría que alimentar a cientos de otras figuras de madera una vez se hubiese convertido en tiernas hogazas de pan.

Soltando un graznido de despedida, el ave levantó el vuelo definitivamente, camino de la mansión de su amo, en Alejandría.

Luego, aprovechando las bolsas de aire caliente, las corrientes aéreas ascendentes, se dejó mecer majestuoso en el cielo, volando sin descanso bajo el sol oblicuo de las primeras horas del día.

El halcón era mucho más rápido que cualquier barco. En menos de seis horas llegaría a la capital de los faraones Ptolomeos. Seguro que su amo se moría de ganas de oír todas aquellas cosas que había descubierto.

LIBRO 8



¿QUIEN ES HEROPHILOS?

EGIPTO, AÑO 2024

(Memorias de Rafel Collington)

La entrada al túnel descendía abruptamente, envuelta en sombras y con un aire frío que erizaba la piel. Las paredes, hechas de piedra erosionada por el tiempo, estaban manchadas de tierra y raíces secas que se retorcían, buscando la superficie. Ante mí, se erigía la monumental puerta de la tumba. Sus detalles eran exquisitos: intrincados jeroglíficos, representaciones de deidades, y motivos solares grabados con precisión. Todo un testimonio de la maestría artesanal de la época ptolemaica.

A lo largo de los días, había desplazado piedra tras piedra, revelando poco a poco aquella puerta. Las rocas que la obstruían parecían haber sido colocadas apresuradamente, como si en su momento alguien hubiera intentado sellar este lugar para siempre. No tenía claro que hubiese sido un desprendimiento. De cualquier forma, mi persistencia había dado fruto, y ahora, un hueco lo suficientemente grande como para pasar, me invitaba a seguir.

Las voces que había estado escuchando, esas mismas que me habían guiado hasta aquí, ahora resonaban con más fuerza, formando un coro etéreo que parecía provenir de las mismas piedras.

—¿Mamá? —susurré, esperanzado.

No hubo respuesta directa, pero las voces continuaron, cada vez más claras:

“Al otro lado de la puerta están todas las respuestas...”

Sentí una atracción, casi hipnótica, que me impulsaba hacia la entrada. Cada paso me acercaba más a ese portal entre el mundo de los vivos y el de los muertos, y las voces aumentaban su intensidad, como un viento que sopla cada vez más fuerte. Con el corazón acelerado, me dispuse a cruzar el umbral y enfrentarme a los secretos que aquella tumba milenaria guardaba.

Suspiré, plantado frente a la puerta. Aunque el hueco que había abierto era amplio, el acceso no estaba libre del todo. Unos sellos de arcilla, antiguos y frágiles, mantenían la puerta cerrada.

Con sumo cuidado, saqué una pequeña espátula de mi bolsillo y comencé a raspar el sello, tratando de no dañar los jeroglíficos ni las representaciones que lo adornaban.

Al cabo de unos minutos, que parecieron horas, logré deshacerme de todos los sellos. La puerta cedió con sorprendente facilidad cuando la empujé. Quizás había sido la erosión del tiempo, o quizás alguna fuerza misteriosa que deseaba que diera el siguiente paso. De cualquier manera, el camino estaba libre.

Las voces, ahora en un crescendo ensordecedor, me animaban a entrar. No había marcha atrás. Con el corazón latiendo con fuerza en el pecho, crucé el umbral de la puerta.

La oscuridad me envolvió de inmediato. Mis ojos, acostumbrados al brillo del exterior, tardaron unos segundos en ajustarse. Pero, cuando lo hicieron, solo encontraron más oscuridad. El corredor se extendía frente a mí, adentrándose en las profundidades de la tierra. Las voces, ahora más suaves y distantes, parecían guiar mi camino en ese mar de sombras.

Al dar el primer paso, tropecé. Vi una figura en el suelo. Era de madera. ¡Un *ushabti*! Lo tomé con manos temblorosas. Recordé mi última visión del pasado, las palabras del embalsamador sobre aquellas figuras que servían al difunto en la otra vida. Y también la explicación que me había dado mi padre días atrás.

—¿Qué haces aquí, en la entrada de la tumba? —le pregunté a aquel pedazo de madera.

No respondió, por supuesto. Y no tuve tiempo para interrogarme más sobre aquel asunto, porque era el momento de terminar mi tarea. Debía quedarme a solas con las voces, el silencio de la tumba y el peso de los siglos que me rodeaban.

Entonces di otro paso y penetré en el interior.

28

DESTERRADO A TEBAS

(Año 158 Antes de Cristo)

Herophilos era el Capitán de los Udji.

Desde hacía mucho tiempo, El Que Habita Entre Las Sombras sabía que los Udji eran demasiado torpes por naturaleza, demasiado confiados o en exceso desconfiados, tercos y poco sutiles cuando la situación requería discreción, violentos hasta ensañarse y al momento lentos de reflejos e indolentes, dejando escapar a una presa que tenían bien agarrada. Los Udji, por su condición de muertos vivientes, o de “casi muertos”, como prefería llamarlos la bestia, no eran un ejemplo de ingenio y sagacidad. Muchas veces, de hecho, los Udji resultaban más bien tontos. Por eso necesitaban un Capitán, un líder desde el mundo de los vivos (aunque no tan de fiar como los Udji, que se desvivían por su señor de las sombras), pero alguien capaz de pensar fríamente, saber jugar sus bazas cuando debían jugarse y planificar estrategias.

Herophilos era ese hombre. Y era este un hombre que difícilmente podríamos describir como un sirviente típico de la sombra. Refinado, culto, gustaba de rodearse de artistas y era conocido por su gran generosidad tanto en el mecenazgo de sus protegidos como en la proyección de grandes obras benéficas. Herophilos era, sin duda, el egipcio más bien considerado de toda Alejandría aunque, después de todo, no dejara de ser más que un egipcio que, como muchos otros, usaba su nombre griego.

Por orden del Faraón, ningún egipcio podía vivir en otro barrio que no fuese el de Rakhotis o el de Canopus, ni ningún judío fuera del barrio judío, mientras que el otro distrito quedaba en manos de los griegos. Así, ningún egipcio, por muy rico que fuese, podía residir en el barrio del Brucheium, el distrito real.

Sin embargo, hacia este último distrito, el Brucheium, se

dirigía Herophilos, requerido a toda prisa por su señor de las sombras. Siguiendo los pasos de un Udji enviado a tal efecto y que le servía de guía, tomó la Vía Longitudinal, que atravesaba la ciudad de este a oeste.

Caminó el Capitán de los Udji sin mucha curiosidad por el Paneum, una colina artificial que dominaba el centro de Alejandría, y pasados un par de templos de reconocido prestigio y complicados nombres griegos que nunca conseguiría retener, alcanzó el Museo y la Gran Biblioteca de Alejandría, lugares que se consideraban el comienzo del Brucheium mismo, el distrito principal de la Capital. El Brucheium era, de hecho, una ciudad dentro de otra ciudad, pues tenía sus propias murallas, palacios, fuentes, jardines y hasta bosquecillos de acacias y sicómoros. Muy poca gente podía costearse una villa en aquella parte de Alejandría, pero al parecer, su anfitrión, cuyo nombre aún desconocía, sí podía permitírselo.

Lo cierto es que Herophilos sentía cierta curiosidad por saber la causa por la que su señor había decidido celebrar una reunión en un lugar como aquel, lejos del área de influencia de la bestia de la sombra que, pese a todo, no dejaba de ser una bestia egipcia. Suspiró pensando que pronto saldría de dudas.

El Udji se detuvo delante de la verja de una casa, señaló hacia el interior y se alejó calle abajo haciendo estúpidas reverencias. Antes de que Herophilos pudiese llamar a la puerta de la casa, una mujer apareció desde el interior, descorrió la verja y le invitó a pasar.

—El señor Herophilos, si no me equivoco —dijo la mujer con fuerte acento griego.

—Herophilos, a secas. Si habéis, por cortesía, de utilizar el señor, prefiero Señor Oscuro, si no os importa —dijo este, mostrando la mejor y más hipócrita de sus sonrisas.

—Claro, por supuesto, Señor Oscuro —dijo la mujer, devolviéndole una sonrisa no menos hipócrita.

Y entraron en la casa, la cual no era especialmente ostentosa pero tenía su vestíbulo con la estatua de Apolo, su altar dedicado a Zeus en el patio, sus jardines repletos de estatuas al resto de sus dioses y la sala principal o de visitas, donde al parecer ya le esperaba su

anfitrión y El Que Habita Entre Las Sombras en persona, desde hacía un buen rato.

—Me dijeron que os llevara a este lugar tan pronto llegaseis —dijo la mujer, forzando aún más su acento.

—Gracias, señora —dijo Oscuro—. Por cierto, si se lo permitís, os aconsejaría que acudieseis a un buen pedagogo para que os enseñe a imitar mejor el acento griego. Siendo egipcia como sois y con vuestro pobre nivel de griego, y si queréis pasar por griega de nacimiento, tendréis que aplicaros mucho para alcanzar un acento falso aceptable.

Y dicho esto, penetró el Capitán de los Udji en la sala de visitas, sintiendo cómo se clavaban los ojos de la mujer en su espalda, llenos de ira y de frustración.

Allí le esperaba El Que Habita Entre Las Sombras, sentado a solas en un trípode con patas de león, comiendo pastelillos de una cesta. Al fondo había otro hombre, junto a la ventana, de espaldas a Herophilos, casi como si no quisiera participar de la conversación ni tampoco ser visto o reconocido.

—Te esperábamos —dijo la bestia de la sombra.

—Vine en cuanto me enviaste a tu Udji —dijo Oscuro, sin que su tono de voz denotase disculpa.

—No lo dudo, mi Capitán, no lo dudo —dijo la bestia, dando un gran bocado a un pastel de apariencia cremosa, que ensució las comisuras de sus labios.

Se hizo el silencio. El Que Habita Entre Las Sombras tenía un aspecto grotesco, una momia cosida a pedazos, con los puntos por donde la habían rajado a punto de reventar a causa de todos los pastelillos que estaba engullendo. A Herophilos, sin embargo, toda aquella situación no le hacía la menor gracia.

—Estoy muy descontento contigo, mi Capitán —dijo al fin la bestia—. ¿No adivinas la razón?

—No, mi señor.

—Pues deberías —espetó la momia escupiendo un pedazo de pastel al suelo—. Has estado muchos años jurándome y perjurándome que Jeper estaba muerto, que la Llave de las Puertas del Inframundo

se había perdido, que la buscabas día y noche sin éxito por todo Egipto. De hecho, si no fuera por ese Dryton que vino a buscarme para destruirme, el muy idiota, aún estarías con esa cantinela. ¿No es verdad?

—Ya pedí disculpas por eso en su momento. Jeper me engañó.

—¡Jeper me engañó!, ¡Jeper está muerto!, ¡la Llave está perdida! —se burló el monstruo—. Estoy harto de tus mentiras, Herophilos.

Oscuro bajó la cabeza. Sabía bien que la bestia podía destruirlo con un gesto a pesar de todos sus poderes mágicos, así que no movió un músculo y se limitó a esperar que no le hubiera traído hasta allí para asesinarlo.

—Así que convertí a Dryton en Udji y lo dejé libre con la misión de hallar a Jeper y a la Llave de las Puertas del Inframundo. Y tu misión, fíjate bien, tu única misión —la bestia le estaba señalando furiosa con un pastelito de crema—, era vigilar a ese único Udji. Sabíamos del poder del amor, sabíamos que Dryton acabaría encontrando a su padre y a su familia y nos conduciría hasta la Llave. Pero tú, maldito inútil, lo perdiste de vista y solo a través de mi conexión secreta con el Udji he podido saber que Jeper está en una pequeña aldea llamada Harmonía. ¡A veces creo que haces mal las cosas a propósito!

—Pido de nuevo y humildemente perdón, y si en algo puedo… —comenzó Oscuro pero la bestia de la sombra le interrumpió sin miramientos.

—A través de mis sueños, además, he dado con la persona que Jeper ha elegido para guardar mi Llave y esconderla cuando él muera, cosa que está a punto de suceder, pues está viejo y enfermo. Se trata de una niña, su hija o su nieta; alguien de su familia, en cualquier caso. En sueños la he sentido amenazándome con unos poderes temibles que no podemos permitir que salgan a la luz cuando crezca. Es por todo ello que he decidido mandar a un ejército de cien Udji y a su Capitán a destruir a Jeper y a Senmontu, a recuperar mi Llave y a quemar hasta la última brizna de hierba de Harmonía si fuera preciso.

—Yo, mi señor, os doy las gracias por esta última oportunidad

y os prometo que… —comenzó de nuevo Herophilos, pero fue una vez más interrumpido por su señor.

—No me des las gracias porque tú no conducirás esta misión. He nombrado a un nuevo Capitán de los Udji y a partir de ahora dos seréis los que conduzcáis a mis niños. Tú, al sur, en el Egipto medio, teniendo como base la antigua capital egipcia de Tebas; y mi nuevo Capitán, al norte y en el Delta, teniendo su base aquí mismo, en Alejandría, a mi lado —y recalcó la bestia aquel "a mi lado" para que Oscuro fuese consciente de que había perdido la confianza de su señor y que por ello se le exiliaba a un lugar remoto, muy al sur, lejos del poder real en Egipto, y lo que era peor, lejos de Harmonía y de Senmontu, a la que no podría ayudar de ninguna forma, pues sin duda la bestia, ahora que sospechaba de la conducta de su antigua mano derecha, pondría a una cohorte de espías tras todos sus pasos.

—Tú mandas y yo obedezco, señor de la sombra —dijo Herophilos, inclinándose hasta que su frente tocó el suelo. Por lo menos estaba vivo, pensó, y vivo siempre podría inventar alguna manera de salvar a aquella pobre niña del terrible destino al que estaba condenada.

—Ahora márchate y coge el primer barco a Tebas. No quiero verte en algún tiempo, Oscuro —dijo la bestia, utilizando por primera vez el antiguo apodo de guerra de su Capitán.

Herophilos volvió a inclinarse ante la bestia.

—¿Puedo al menos saber el nombre de mi compañero al frente de los Udji, de ese nuevo Capitán que habéis nombrado y que…?

—No puedes saber nada porque ya no deberías estar aquí —gritó El Que Habita Entre Las Sombras—. Si en dos horas oigo que sigues en la ciudad, mandaré a mis cien Udji a que te den muerte. ¿Está claro?

—Claro como el agua, mi señor —musitó Herophilos, y abandonó la estancia sin perder de vista al hombre que había aguardado de espaldas mientras se desarrollaba aquella conversación y que, estaba seguro, era el nuevo Capitán de los Udji. Pero, ¿por qué aquel secretismo? ¿Quién era aquel hombre y cuál era la causa de que la bestia, precipitadamente, eligiese a un nuevo capitán para aquella

misión? No eran solo las muchas equivocaciones de Herophilos la causa, ni siquiera el hecho de que la bestia sospechase que le estaba traicionando. Había elegido a aquel hombre por alguna razón especial, por alguna habilidad que le permitiría acabar con Senmontu de una forma fácil, rápida y segura, incluso si fallaban los Udji; pero, ¿cuál era ese don? ¿Qué podía poseer un maldito griego remilgado que pusiese aún más en peligro el destino de aquella joven tan valiente y tan formidable?

Todavía devanándose los sesos, Herophilos abandonó la mansión y traspuso la verja sin despedirse de su anfitriona, que seguía mirándole con desprecio por haber descubierto que imitaba el acento griego para que nadie descubriese que en verdad era egipcia.

29

AZOR DE LA NOCHE

(Año 158 Antes de Cristo)

De vuelta a la Vía Longitudinal, el Señor Oscuro desandó el camino que había tomado desde el barrio de Rakhotis al barrio del Brucheium sin apenas ser consciente de que iba caminando, pues tenía toda su atención en tratar de comprender aquel nuevo y fatal peligro que no conocía y que, por tanto, no podría prever ni salvar de su influencia a Senmontu.

Entonces el halcón se posó en su hombro. Tiernamente, suavemente, como llevaba años haciendo. Pero esta vez, su amo se sobresaltó, pues estaba concentrado en aquel asunto del nuevo Capitán de los Udji.

—Ah, mi dulce aprendiz, Azor de la Noche —le dijo a su amigo, acariciando su cabeza con ternura y recogiendo la figura que la bestia llevaba entre sus garras—. Sé que estás agotado, pero aguarda, no quiero que recobres tu forma humana hasta llegar a casa. Temo que haya espías de la sombra persiguiéndonos.

Herophilos dejó en la palma de su mano derecha la figura del panadero que había tallado Bytan y siguió con dedos temblorosos sus formas. "Claro, claro", pensaba, "por eso teme tanto a estas figuras la bestia. Las teme tanto como la idea de no recuperar su Llave. Ah, estas figuras tienen tanto poder…".

El halcón se removió sobre su hombro, como quejándose por la poca atención que se le estaba prestando.

—Mi querido aprendiz —dijo el Señor Oscuro—. No me he olvidado de ti; de hecho, tengo una nueva misión que encomendarte. Ay, sin ti no podría hacer nada. Estaría ciego, sordo, mudo y probablemente muerto.

El ave graznó de satisfacción.

—Escucha —prosiguió Herophilos—. Quiero que sepas que tan

pronto como hayas recuperado tus fuerzas debes buscar una casa griega que te indicaré, descubrir a su dueño y embarcar con él rumbo a Harmonía. Lo dejo en tus manos, pero debes acercarte al propietario de esa casa, ganarte su confianza e impedir a toda costa que llegue a la aldea de Senmontu.

El halcón graznó, como asintiendo a los mandatos de su amo.

—Ya sé, ya sé que estás muy cansado, Azor de la Noche. Pero aguanta un poco, que ya llegamos a casa —dijo Oscuro, acariciando de nuevo a su aprendiz—. Mira, lo que puedes hacer es contarme todo lo que has visto. Acerca tu pico a mi oído, así, y comienza con tu historia. Ya verás cómo llegamos a casa sin que apenas te des cuenta.

El halcón, lentamente, comenzó a contarle a su amo todo lo que había visto y el Señor Oscuro no tardó en darse cuenta de que, si no quería que todo se perdiese, debería actuar en persona y hacer visible su traición. El Señor Oscuro debería salir de su escondite y enfrentarse a El Que Habita Entre Las Sombras y sus maquinaciones. Solo así podría salvar a Senmontu.

30

UNA COINCIDENCIA MARAVILLOSA

(Año 158 Antes de Cristo)

Mientras tanto, en la sala de visitas, el nuevo Capitán de los Udji se había quedado solo saboreando su recién ganado nombramiento. El Que Habita Entre Las Sombras acababa de marcharse después de darle sus últimas instrucciones y llevarse con él toda la cesta de pastelillos. El señor de la casa estaba eufórico y lanzó un grito de alegría que retumbó en toda la sala. Si cumplía bien su misión, su señor sombrío le colmaría de dinero, de alhajas, pero, sobre todo, de poder. De la mano de aquel ser diabólico estaba seguro de poder llegar a lo más alto, tal vez hasta llegar a formar parte de la Aulé, la corte de familiares y amigos del Faraón Ptolomeo en persona. Sí, las posibilidades de ascenso social ahora no tenían ya límites para él.

Alguien llamó a la puerta y entró acto seguido en la sala de visitas. Era su esposa, con un gesto que denotaba preocupación.

—He oído un grito. ¿Estás bien? —dijo la mujer, mirando en derredor buscando la causa de aquel alarido.

—Mejor que nunca, mujer. Solo era una broma, una forma de relajarme más bien. Una tontería. No debes preocuparte.

—El caso es… —comenzó ella, dubitativa—, es que tus nuevos amigos no me han gustado. El que se ha ido primero, el egipcio ese tan estirado, no tenía el menor sentido de la buena educación.

—A ese no lo vas a ver más —dijo él, con mucha convicción.

—Me alegro, esposo, pero el segundo, daba miedo, tan alto y con todas esas cicatrices…

—Pero por los dioses —rio el hombre—. ¿Dónde está tu misericordia? Mi amigo sufrió un terrible accidente que lo desfiguró. Debería darte lástima y no predisponerlo en su contra.

—Tienes razón, esposo —dijo ella, bajando los ojos.

—¿Sabes, cariño? —dijo de pronto el hombre, suavizando aún más el tono de su voz—. Hay una cosa que quería hablar contigo, una sorpresa, por así decirlo.

—Yo también tenía una sorpresa para ti —repuso ella, agitando una carta que llevaba en la mano.

La mujer tendría como mucho veinte años. Era hermosa a su manera y podría haberlo sido mucho más si no se embadurnara la cara con cien potingues para parecer más distinguida (e inequívocamente más griega) y no se cambiara de peinado cada día intentando imitar a cierta dama de la corte que veía paseando por la calle cuando iba al mercado.

En cuanto a él, era un hombre alto, rubio, de una belleza fría y abotargada, pues en los últimos años había ganado algunos kilos a base de pastelillos y de pasarse el día sentado sumando números y leyendo el estado de cuentas de sus muchos negocios. Sin embargo, nunca tenía bastantes negocios, ni bastante trabajo, ni bastantes pastelillos… y eso le convertía en un hombre incapaz de ser feliz, fueran cuales fueren las circunstancias de su vida, pues siempre ambicionaba más, y no un poco más, sino el doble de lo que hubiera sido razonable codiciar para un hombre cuerdo en su situación. Acaso por eso, en su afán de trepar más alto y más rápido, no había tenido reparos en aceptar la propuesta de la bestia de la sombra.

—Tú primero —dijo el hombre después de que se miraran fijamente un instante, midiendo la intensidad de la sorpresa de cada uno—. Dime la tuya.

—No, tu sorpresa es mejor —dijo ella.

—Vamos, no te hagas de rogar —dijo el hombre, que conocía a su esposa mucho mejor de lo que ella le conocía a él.

—Pues venga —dijo por fin la mujer—. Mi madre me ha escrito, ¿y sabes qué?

—No, la verdad.

—¡Se ha decidido al fin y quiere que vayamos corriendo a Harmonía para que te hagas cargo de todos sus bienes! —chilló la mujer, en medio de grandes aspavientos—. Ahora que mi padre ha muerto eres el único hombre que queda en la familia y sabe que te

necesita para no perder todo lo que es suyo, así que te lo va a dar. Y no es moco de pavo: los terrenos son muchos y muy fértiles, y la casa, aunque vieja, es de sólida construcción. Yo misma crecí en ella y puedo dar fe.

El hombre rio de nuevo, mostrando una sonrisa enorme que cruzaba todo su rostro.

—Es una gran noticia, Neotera, esposa mía. Pero resulta que no he coincidido apenas con tu familia y me gustaría que me hablaras de ella. Solo los vi en nuestra boda porque las otras veces que bajamos a Harmonía yo estaba más ocupado en mis negocios y no tuve tiempo para pasar con los tuyos.

—Está mi hermana, Senmontu —comenzó la mujer, emocionada por el súbito interés de su esposo, habitualmente tan frío y distante, en su familia.

—Ah, apenas la recuerdo. Muy joven, ¿no?

—Ahora ya tiene trece, Filipo.

—Claro, claro.

—Y también está mi madre, Apolonia —prosiguió Neotera—; y mi otro hermanito, Maakheru. Sé que estaba muy enfermo pero en la carta no me dicen nada. Espero que siga bien.

—¿Y nadie más, cariño? —inquirió Filipo, estirando aún más si cabe su sonrisa.

—Bueno, queda el abuelo Bytan, un loco maravilloso, siempre tallando figuras de madera que van a salvar el mundo. Y también Masha, el nub...

—¿Figuras de madera, dices, esposa mía? —le interrumpió Filipo, mirándola con una mirada glacial, penetrante.

—Sí, sí, claro, siempre está con eso de las figuras que salvarán al… —de pronto Neotera se detuvo y cogió a su esposo de la cintura—. ¡Un momento!

—¿Qué pasa? —quiso saber Filipo, dando un beso a su esposa en la mejilla.

—Me parece que me estabas tomando el pelo —dijo la mujer—. Me parece que me estabas mareando con tanta pregunta para no decirme tu sorpresa.

—¡Ah, eso! —Filipo cogió en volandas a su mujer y ensayaron un paso de baile. Al cabo, se besaron apasionadamente en los labios.

—¡La sorpresa! —le recordó Neotera tirándole de las mejillas.

—Mi sorpresa era la misma que la tuya. Es tan curioso que apenas puede creerse —le confesó su esposo—. Unos negocios me iban a obligar a trasladarme unos días cerca de Harmonía y había pensado que te gustaría ir a ver a tu familia. ¡Así que podremos ir juntos hasta allí y pasar unas vacaciones maravillosas!

—¡Sí! ¡Nuestras primeras vacaciones juntos en años!

Neotera se puso de puntillas y besó una última vez a su esposo, mientras hacía una cabriola, loca de felicidad.

—Eso es, ni más ni menos, una coincidencia maravillosa —añadió—. Es una señal de que todo nos va a ir de perlas en Harmonía, que tus negocios marcharán viento en popa, que serás tutor o *Keroi* de mi madre, lo que viene a significar que serás mucho más rico, y que todo seguirá saliéndonos a pedir de boca. Lo dicho, una coincidencia maravillosa.

—Sí, eso es precisamente —repuso Filipo, el nuevo Capitán de los Udji, con una sonrisa glacial—: una coincidencia maravillosa.

LIBRO 9



SE DESVELAN
TODOS LOS MISTERIOS

EGIPTO, AÑO 2024

(Memorias de Rafel Collington)

Me adentré en la tumba con cautela. Avancé y un súbito crujido resonó bajo mis pies, haciendo que mi corazón latiera con fuerza contra mi pecho.

Al principio, la oscuridad era casi total, pero aumenté la intensidad de mi linterna y las sombras retrocedieron revelando un corredor de piedra arenisca. El techo, bajo y abovedado, estaba decorado con detallados frescos de cielos estrellados y símbolos astronómicos, mientras que las paredes laterales estaban adornadas con elaborados jeroglíficos y relieves que narraban la vida y logros del difunto. Estos detalles revelaban el estatus de la persona enterrada, indicando que debía ser alguien de gran importancia durante la era ptolemaica. Por un momento, vi parte de su nombre en un cartucho. Se trataba de un extranjero, lo cual era un problema. Los nombres que no eran egipcios resultaban difíciles de traducir para un arqueólogo porque se escribieron adaptando el sonido que oían los egipcios, no cómo se escribían en su idioma original. Así, Alejandro Magno era "Liskandor" o algo similar, que era como le sonaba ese nombre a un egipcio cuando alguien lo pronunciaba en griego.

Pero aparté aquella idea de mi mente y proseguí mi camino. La arquitectura y diseño de la tumba sugerían claramente que fue construida originalmente para un solo morador. Sin embargo, algo en el diseño general no encajaba con las tumbas tradicionales de la época. A medida que exploraba más a fondo, encontré no una, sino tres cámaras mortuorias. Estas cámaras adicionales parecían haber sido añadidas posteriormente, tal vez como una necesidad urgente o una decisión tomada después de que la construcción original de la tumba hubiera comenzado.

El aire a mi alrededor era denso. Avancé de nuevo. El corredor llevaba a la primera cámara mortuoria. Pude apreciar una serie de objetos rituales cuidadosamente dispuestos: vasijas de alabastro llenas de aceites esenciales, estatuillas de oro y piedras preciosas, y amuletos protectores. En el centro de esta cámara yacía una momia, reposando

en un elaborado sarcófago de piedra, que estaba pintado con la imagen de un niño vestido con ropajes finos. Leí el cartucho: Maakheru, el justificado ante los dioses. A su alrededor, cuatro estatuas, con expresión feroz, velaban por su eterno descanso.

Cada paso que daba parecía amplificar el silencio sepulcral, y el eco de mis propios pasos me hacía saltar de inquietud. Dejando la primera cámara atrás, seguí por otro corredor. Pronto me encontré ante la entrada de la segunda cámara mortuoria. Esta era ligeramente más pequeña, pero no menos impresionante. Dos momias yacían aquí, cada una en su sarcófago. El primero contenía los restos de un anciano. El otro sarcófago mostraba a una mujer de expresión serena, con un collar de oro y lapislázuli alrededor de su cuello. Las paredes de esta cámara estaban decoradas con escenas que mostraban a este hombre y mujer juntos, participando en rituales sagrados y celebraciones. Leí los cartuchos: Bytan y Apolonia la mayor. Había tenido suerte de reconocer los signos que formaban la palabra Apolonia, pues estaban transcritos del griego, pero conocía el nombre, que era muy común en textos de la época.

De cualquier forma, un misterio más que había sido desvelado. Bytan, Maakheru y su madre Apolonia. Casi toda la familia de Senmontu estaba enterrada allí. ¿Pero quién era el morador principal? ¿Para quién había sido construida aquella tumba? ¿Neotera? Podía ser… o probablemente su esposo Filipo, pues hablábamos de alguien prominente, alguien poderoso y reconocido en la misma Alejandría. ¿Quién podía ser si no?

—Debe ser por fuerza uno de ellos —dije en voz alta—. Pero entonces, ¿dónde está Senmontu?

Sentí un leve roce en mi hombro y me volví bruscamente, esperando ver algo, pero solo encontré oscuridad y mi propio miedo reflejado en ella.

—Tranquilo, Rafel —murmuré para darme ánimos.

Pero no me sentía nada tranquilo. De pronto, una sombra fugaz cruzó mi campo de visión y, por un momento, el temor paralizó cada músculo de mi cuerpo.

No había nada. Era solo miedo, aprensión. Después de todo yo

era solo un niño embarcado en un misterio que aterrorizaría a un hombre adulto.

Pero no me arredré y seguí investigando. Pasé mucho tiempo dando vueltas por la tumba, tratando de absorber cada detalle. Tenía la sensación de que la verdadera revelación aún estaba por llegar.

Más allá de la segunda cámara, un tercer corredor, estrecho y menos adornado, me llevó a la tercera y última cámara mortuoria. Esta cámara era la más grande y opulenta de todas. Sin embargo, a diferencia de las anteriores, estaba casi vacía. Solo un gran sarcófago de granito negro, adornado con piedras preciosas y jeroglíficos dorados, ocupaba el centro.

Con la linterna en la mano, me acerqué para descubrir quién podría estar dentro. Me detuve en seco. Había escuchado un suspiro, un sonido que provenía de detrás del sarcófago. Al parecer, no estaba solo. Me puse a temblar de forma incontrolable, muerto de miedo.

—¿Quién eres tú? —bramó una voz terrible, atronadora—. ¿Quién osa interrumpir mi descanso?

Tragué saliva y cerré los ojos, deseando que fuese otra vez un engaño de mis sentidos.

—Esto no está pasando —comencé a decir, una y otra vez, como si fuese un mantra.

Pero me equivocaba. Esta vez era real.

31

EL TIEMPO SE DETIENE

(Año 158 Antes de Cristo)

Filipo, henchido de orgullo tras su reciente promoción a capitán de los Udji, se hallaba en el Puerto del Lago, el muelle más al sur de Alejandría. Aquel lugar era un hervidero de actividad, con comerciantes, pescadores y viajeros que se mezclaban en un bullicioso caos de transacciones y despedidas. Las pesadas fragancias de pescado, mar y madera flotaban en el aire, entrelazándose con los acordes distantes de los músicos ambulantes que entretenían a los viajeros y los lugareños.

Las gaviotas revoloteaban y graznaban sobre los numerosos barcos de varios tamaños y formas que se mecían suavemente en las aguas azules del Nilo. Allí, en la distancia, se vislumbraba el barco que llevaría a Filipo y Neotera hasta Harmonía, una embarcación imponente con su gran mástil desafiante, ondeando velas que se inflaban con la brisa del mar.

Neotera paseaba grácilmente al lado de su esposo, su vestido griego, de lino blanco, flotando ligeramente con la brisa marina. Sus joyas tintineaban suavemente con cada paso que daba sobre las ásperas tablas de madera del muelle, y su risa, ligera y melodiosa, bailaba en el aire.

—Oh, es maravilloso —dijo, forzando un acento griego que, ella, como egipcia, nunca había poseído.

Filipo esbozó una sonrisa, no demasiado atento a las palabras de su mujer. Estaba sumido en sus pensamientos, sus ojos oscuros se perdían en el horizonte donde el mar se encontraba con el cielo. La responsabilidad de su nuevo título pesaba en sus hombros tan firmemente como la larga espada curva que llevaba al cinto. Sin embargo, su postura era firme, su mirada decidida, consciente de que la travesía que estaban a punto de emprender estaba llena tanto de oportunidades como de peligros. Quería impresionar a El Que Habita

Entre Las Sombras, demostrarle que había hecho bien al elegirle para aquella misión.

Filipo y Neotera subieron a su barco y se pararon en la cubierta, mirando hacia el Puerto del Lago y, más allá, en dirección a Alejandría. Querían permitirse una última mirada hacia la espléndida capital del reino. Los contornos de la ciudad dibujaban una postal de una civilización en su apogeo. La torre del famoso Faro de Alejandría se erguía orgullosa en la distancia, sirviendo como una perenne centinela para los marinos que se adentraban en el vasto mar.

Sin embargo, justo en ese momento, sucedió algo inesperado, increíble, completamente impensable.

—¡Pero, qué…! —susurró Neotera.

En un parpadeo, todo se congeló en una pausa sin fin. La cacofonía del muelle se apagó abruptamente, reemplazada por un silencio tan denso y total que parecía casi sólido. Los marineros, las gentes que paseaban, las aves en pleno vuelo, y hasta las aguas que danzaban, estrellándose calmas contra la embarcación, todo se suspendió en un momento inmóvil y eterno.

La pareja intercambió miradas de desconcierto, los ojos de Neotera reflejando pavor e incredulidad. Filipo, con cautela, extendió su mano hacia el marinero más cercano, su dedo haciendo contacto con la piel que, aunque mantenía su calor, estaba tan inmóvil como una estatua. No había respiración, no había parpadeo, simplemente una parálisis que desafiaba toda lógica y comprensión.

Todos en aquel barco eran Udji, sirvientes de la sombra. El marinero, una vez humano y ahora atrapado en un limbo inexplicable entre la vida y la muerte, permaneció inmutable. Filipo bajó la mirada hacia el pecho del Udji, donde un amuleto colgaba pesadamente de su cuello. Era el Chen, pero no un círculo completo y perfecto como los que adornan las tumbas y templos del antiguo Egipto. Este estaba roto, un símbolo potente de disociación y ruptura, de la forma en que la bestia controlaba a sus esclavos, pues el Chen quebrado liberaba al cuerpo del alma y lo encadenaba a la voluntad de El Que Habita Entre Las Sombras.

—¿Has hecho esto tú? —inquirió Neotera, su voz un susurro

tembloroso en el silencio absoluto.

Filipo, sacudiendo la cabeza lentamente, sus ojos escrutando el horizonte inmóvil, respondió con una voz apenas audible.

—No, mi amor, ni en mis sueños más salvajes podría imaginar un poder capaz de hacer algo como esto.

Caminaron con pasos cautelosos sobre la cubierta del barco, tocando objetos y personas, sus mentes oscilando entre el asombro y el miedo. Un mar de preguntas navegaba por sus pensamientos: ¿cómo había ocurrido, por qué ellos dos eran los únicos exentos de este congelamiento del tiempo, y… cómo podrían volver a la realidad que conocían?

Entonces escucharon un batir de alas que rompió el enigmático silencio. Les llegó primero como un susurro, un suave murmullo en la quietud que los rodeaba. Filipo y Neotera, alertas, dirigieron sus ojos hacia el cielo inmóvil, donde el sonido se iba amplificando, tornándose en un palpitar rítmico y constante. Del horizonte emergió un ave, un halcón de un gris suave como la neblina.

El ave posó sus garras con precisión sobre la barandilla del barco, sus ojos ámbar fijos en Filipo, reflejando una inteligencia impropia de una criatura alada. El Capitán de los Udji, con el pecho henchido de un coraje nacido de la desesperación, se adelantó, sus ojos también fijos en los del ave.

—¡Azor de la Noche! —su voz se alzó, fuerte y clara— ¡Ahora entiendo lo que está pasando! Dile a tu amo, a Herophilos el Oscuro, que Filipo de Alejandría no teme a sus trucos y artimañas. Mi señor de las sombras no quiso decirle mi nombre, pero ahí lo tienes, infórmale y dile que aquí le espero. ¡Exijo saber por qué hemos sido arrancados del tejido del tiempo, y cómo podemos retornar!

El halcón respondió con un graznido, un sonido áspero y cortante que rasgó el silencio antes de alzar el vuelo de nuevo. Filipo y Neotera observaron cómo la criatura ascendía, sus alas esculpiendo círculos en el cielo, para luego sumergirse en las alturas, desapareciendo tan misteriosamente como había aparecido.

De repente, una voz se deslizó por detrás de Filipo, su timbre bajo y suave, con un tono tan “oscuro” como la noche sin luna.

—¿Me andabas buscando?

Filipo se dio la vuelta, sus ojos encontrándose con los de un hombre de tez morena y ojos tan oscuros que parecían absorber la luz alrededor. Herophilos, el Oscuro, el mago cuyo nombre era susurrado con temor y reverencia a lo largo y ancho de Egipto, se hallaba ante él con una sonrisa enigmática.

A su lado, Neotera contuvo el aliento, su mano instintivamente agarrando el brazo de su esposo mientras sus ojos se ensanchaban ante la aparición del mago. Filipo mantuvo una postura firme.

—¿Cómo has hecho esto, Oscuro? ¿Cómo has paralizado el mundo que conocemos?

Herophilos, sin moverse, respondió con calma:

—No he sido yo, amigo mío. Hay fuerzas aquí que superan incluso mi entendimiento y mis habilidades. La Bestia de la Sombra, él solo, tiene el poder de detener a los Udji y a todos los seres que pueblan esta realidad.

Filipo, sacó de su cinto su espada curva, un khepesh, la típica cimitarra egipcia. Con un brillo amenazador en sus ojos, replicó:

—No te creo, Herophilos. Este teatro no es más que una ilusión. Y tú la has creado.

—Mi poder es grande, sí, pero detener el tiempo, inmovilizar a los Udji y a toda Alejandría, eso está al alcance únicamente de El Que Habita Entre Las Sombras. Estoy aquí porque mandé vigilar tus movimientos a Azor de la Noche. Y él me ha informado de este extraño fenómeno. Por eso…

—¡Mentira!

Filipo, sin más palabras, lanzó un rápido y feroz ataque, haciendo silbar el filo de su khepesh a través del aire. Herophilos, con una agilidad sobrehumana, se elevó del suelo, sus pies despegando del tablón del barco, esquivando el filo.

Azor de la Noche graznó desde el cielo, dando vueltas en un espiral descendente, lanzándose hacia Filipo en un intento de defender a su maestro, pero Filipo, con sus sentidos agudizados por la adrenalina, esquivó al ave con una rápida voltereta, manteniéndose enfocado en su ataque a Herophilos.

La lucha se intensificó, el metal de sus espada chocando contra los escudos mágicos de Herophilos, las garras de Azor rasgando el aire, intentando alcanzar a su enemigo, y el sonido de la confrontación resonando en la nada temporal. Filipo, que era un espadachín excelente, todo habilidad y furia, logró acorralar al mago en la proa del barco, su cimitarra apuntando amenazadoramente al pecho de Oscuro.

—No te permitiré escapar, Herophilos. Tus juegos terminan aquí —dijo Filipo, jadeante—. Ni tú ni Azor de la Noche sois rivales para mí.

El mago, en posición aparentemente vulnerable, sonrió con una mueca irónica.

—Has olvidado que Azor de la Noche no es el único de los animales que me sirven —dijo Oscuro.

Filipo enarcó una ceja. Se volvió, pero tarde.

Amait, la perra siniestra, le miraba imperturbable. Su pelaje umbrío carecía de aura, de luz de alrededor. Los nudos que deformaban su pelaje daban testimonio de batallas pasadas y sufrimientos indescriptibles. Sus fauces babeaban de anticipación, observando fijamente a Filipo.

Inesperadamente se lanzó con un aullido aterrador hacia el hombre que había desafiado a su amo. Sus patas, de músculos tensos debajo de un pelaje desgarrado, propulsaron su masa con una velocidad que desmentía su tamaño, y antes de que Filipo pudiera reaccionar completamente, los colmillos de la bestia estaban ya cerniéndose sobre su cuello.

El tiempo, que había estado suspendido en una pausa eterna, retuvo su aliento mientras los colmillos de Amait se precipitaban hacia la yugular de Filipo, sus ojos salvajes centelleando con una mezcla de ferocidad y triunfo.

Y Oscuro dio solo una orden:

—No lo mates.

32

QUE EL PODER DE LA MAGIA TE SOMETA
(Año 158 Antes de Cristo)

Senmontu y Takratis caminaban entre risas, deleitándose con el sabor dulce de los higos frescos. Conversaban animadamente de sus cosas, cuando la casa de Eurionupis apareció a la vista. Antes de llegar a la puerta, ambas se sintieron atraídas por la ventana abierta que revelaba la figura de Eurionupis, débil y pálido, descansando en su cama. Las vendas que cubrían sus heridas evidenciaban el violento ataque del Udji.

Mientras observaban con preocupación, Takratis señaló a la madre de Eurionupis, la cual estaba inclinada junto al lecho, con un trapo humedecido en la mano. Pero algo estaba extrañamente tranquilo, demasiado tranquilo. Las llamas de las lámparas de aceite no parpadeaban, el agua en un cuenco cercano no se movía con un suave balanceo al ser inclinada hacia el enfermo, y la madre de Eurionupis permanecía inmóvil, congelada en el acto de refrescar la frente de su hijo enfermo.

Las dos amigas se miraron confundidas y, sin entender lo que estaba ocurriendo, se apresuraron hacia la ventana. Con sorpresa, notaron que Eurionupis sí podía moverse, aunque con dificultad debido a sus heridas. Sus ojos se encontraron con los de Senmontu.

—Eurionupis —susurró Takratis—, ¿qué está pasando?

El joven tragó con dificultad. Aunque apenas veía, era capaz de distinguir un cuerpo parado de uno en movimiento.

—No lo sé. No entiendo nada. ¿Por qué mi madre está inmóvil?

Senmontu y Takratis, todavía confundidas por el extraño fenómeno que sucedía a su alrededor, escucharon el eco de una risa burlona detrás de ellos. Se volvieron bruscamente, y allí, con una sonrisa maliciosa que deformaba su rostro, vieron a Senai, la acólita de la bestia de la sombra. A su lado estaba Antígono, el hijo del

pastelero, cuya mirada vacía y pose desafiante dejaban entrever que seguía siendo el mismo niño perverso de siempre.

Senai, alzando una ceja y con una mueca divertida, dijo:

—¿Os parece extraño todo esto? A mí no. Tal vez El Que Habita Entre Las Sombras haya decidido que sería más conveniente acabar con vosotras sin causar mucho revuelo. Detener el tiempo asegura que no haya testigos de vuestro... cambio.

Senmontu frunció el ceño, tratando de entender la situación, mientras Takratis retrocedía un paso, temblando de miedo.

Con una lentitud teatral, Senai sacó una daga. Su hoja, oscura y pulida, reflejaba un brillo maligno. En el extremo, destacaba una representación detallada del Ojo de Seth. La daga del Udji, una herramienta de destrucción y muerte que tenía el poder de convertir a cualquiera al que asesinase en un sirviente sin alma de la bestia de la sombra.

—Eso es... —Takratis comenzó, tragando saliva—. Eso es una daga.

Senai sonrió, mostrando todos sus dientes.

—¡Muy buena observadora! ¡Tú debes ser la lista de vuestro patético dúo! Sí, es la daga que llevaba aquel Udji estúpido y débil al que ahora estoy sustituyendo. Pensadlo bien, seguro que la bestia me recompensa por transformar a Senmontu y a su fiel amiga en parte de nuestro ejército.

—Egipcias tontas, muy tontas y pronto muertas —dijo Antígono.

Senmontu se dio cuenta de que no era el momento de dudar o de parecer débil:

—Senai, puedes intentarlo, pero no seremos fáciles de someter.

La joven acólita soltó una carcajada, su risa rebotando en el silencio creado por el tiempo congelado, creando una atmósfera aún más siniestra. Alzó la daga y se preparó para atacar a las dos niñas.

—Hace tiempo que tendría que haber hecho esto —dijo, dando un paso al frente.

De pronto, una expresión de lucidez cruzó el rostro de Antígono. Aunque el mago Oscuro había intentado borrar su memoria,

un resquicio, un recuerdo confuso, logró perforar la nube de oscuridad que envolvía el enfrentamiento a pedradas de días atrás. Sus ojos se agrandaron, y con una voz urgente, advirtió a su compañera:

—Cuidado, ¡Senmontu puede mover objetos con su voluntad!

Senai, aún con la daga alzada y con una expresión de incredulidad, se burló:

—¿De qué hablas, pedazo de idiota?

Antígono, obviando el insulto, insistió con fervor:

—¡Hazme caso! ¡Es la verdad! ¡No la dejes pensar!

Sin esperar respuesta, Antígono se lanzó sobre Takratis. El golpe sorprendió a la joven, tirándola al suelo sobre el polvo del camino. Antígono intentó someterla y Takratis, haciendo un esfuerzo supremo, consiguió zafarse de su agresor, que era fuerte pero bastante torpe.

Mientras tanto, Senai, con los ojos fijos en Senmontu, avanzaba daga en mano, decidida. Pero justo cuando estaba a punto de asestar un golpe mortal, Senmontu inspiró hondo y, como si hubiera invocado un poder ancestral, detuvo a Senai en seco. El brazo de Senai quedó suspendido en el aire, inmóvil.

Con un grito lleno de furia, Senmontu pronunció un encantamiento. Las palabras, aunque antiguas, tenían un peso y una resonancia poderosas.

—¡*Khet neferu Heka*! ¡Que el poder de la magia te someta!

Senai fue proyectada hacia atrás, aterrizando con fuerza en el suelo. Antígono, al ver la derrota temporal de su compañera, se abalanzó de nuevo hacia Takratis, pero esta, alimentada por el embrujo de Senmontu, lo esquivó, le hizo la zancadilla y lo mandó rodando hasta un montón de arena y tierra.

Senai y Antígono, se pusieron de pie, tambaleantes, comprendiendo que nada podían contra una maga.

—¡Maldita seas, hermana del halcón! —chilló Senai, guardando de nuevo su daga—. Esto no ha acabado aquí.

Sin perder tiempo, comenzaron a retroceder, con la intención de huir de la escena.

—¿Cómo podéis ser tan malvados? —dijo Senmontu.

No entendía lo que sucedía. No comprendía cómo aquellos dos habían pasado de ser malas personas a unos aprendices de asesinos. El poder de la sombra avanzaba y estaba infectando a todos en Harmonía. Su influjo estaba corrompiendo las mentes y los corazones, llevándolos a actuar de formas que jamás habría imaginado.

Aunque, paralelamente, crecía su propio poder, tal vez como una forma de equilibrar las cosas. A cada desafío que enfrentaba, sentía que la energía que fluía en su interior se hacía más fuerte, más nítida. ¿Acaso no era esa la naturaleza del universo, mantener un equilibrio? El mal avanza, pero también lo hace el bien, en una danza constante de contraposiciones. La ancestral cultura egipcia afirmaba que la base de todo era el equilibrio, el Maat. Tal vez, en tiempos oscuros como los que vivían, ese equilibrio era aún más necesario.

—¡Ojalá nunca os hubiese conocido! —gritó Senmontu con amargura, alzando ambas manos al cielo.

Al pronunciar esas palabras, una oleada de energía envolvió a Senai y Antígono, paralizándolos en su huida. Sus cuerpos, atrapados en un instante eterno, se quedaron congelados, sus rostros reflejando el miedo y la sorpresa, como si les hubiese alcanzado un rayo. Pero Senai, al cabo de un instante, cayó de rodillas, como si luchara contra el encantamiento. Poco a poco, como si tuviese los miembros entumecidos, consiguió incorporarse y, finalmente, se alejó cojeando.

Senmontu y Takratis, con las respiraciones agitadas, se miraron.

—¿Eso lo he hecho yo? —inquirió la hermana del halcón.

—No lo sé. Pero has hecho otras cosas increíbles, has lanzado un sortilegio que frenó la mano de Senai.

—Ya, pero…

—Pero nada, ¿eres una de esas *pharmakides* de las que habla Petámenos en la escuela? —dijo entonces Takratis.

Senmontu resopló.

—Eso es una maga griega. Yo no…

La hermana del halcón detuvo su lengua. Aquella palabra, *pharmakides*, tenía una connotación despectiva, la usaban los enemigos de las mujeres con poder en un mundo griego dominado por los

hombres. Un día las llamarían brujas, pero aquella era una palabra que aún no existía en ninguna lengua conocida.

—Yo, en todo caso, soy una maga egipcia —dijo por fin, encontrando las palabras—. Si, eso soy, una maga, una hechicera del gran Egipto de nuestros antepasados.

Takratis enarcó una ceja.

—Entonces genial, todo perfecto —dijo en tono burlón—. Me quedo mucho más tranquila.

33

DE NUEVO EN EL CONSEJO DE NOTABLES

(Año 158 Antes de Cristo)

El ambiente en el quiosco estaba cargado de tensión. El Consejo de Notables seguía reunido. Los hombres más influyentes del pueblo escuchaban atentamente a Petámenos, todos expectantes ante la siguiente propuesta del maestro.

—¡Tenemos dos temas pendientes! —dijo Petámenos, el gesto apenado—. Por un lado el asunto de Apolonia. Ella ha sufrido demasiado. Con la pérdida de Maakheru y Dryton, la situación se ha vuelto insostenible. Sin un hombre que guíe y proteja a la familia, las cosas están yendo de mal en peor. —Petámenos hizo una pausa, mirando a cada uno de los presentes—. Propongo que Aristón sea elegido tutor de esa pobre mujer y sus bienes. Es nuestro deber garantizar que sus necesidades se satisfagan, que esté protegida y que no sufra más dolor. Si no lo hacemos, nos estaremos fallando a nosotros mismos y a nuestros principios.

—Propongo una votación —chilló Aristón.

Todos los presentes asintieron, murmullos de acuerdo surgieron aquí y allá. Todo se puso en marcha. La votación del tutor de los bienes de Apolonia en el pueblo de Harmonía fue un proceso meticuloso. A cada notable se le entregó una pequeña piedra blanca y una pequeña piedra negra. La piedra blanca simbolizaba un voto a favor y la negra un voto en contra. En el centro del kiosco, se colocó una gran urna de cerámica. En silencio, los notables depositaron una piedra según su elección.

Finalmente, Antígono padre y otros dos notables, seleccionados por su integridad, contaron las piedras. Las blancas superaban ampliamente en número a las negras. Aristón fue elegido tutor de forma mayoritaria, *Keroi* en terminología legal griega.

—¡Queda un segundo asunto a tratar! —chilló entonces Aristón —. Djaw debe ser destituido y nombrado un nuevo responsable de la

Necrópolis.

Los murmullos volvieron a estallar entre la concurrencia. La tensión podía cortarse con un cuchillo. Las acusaciones contra Djaw eran graves y el impacto de las palabras de Aristón había calado hondo en el corazón de los presentes. La responsabilidad de cuidar de los muertos, de velar por su integridad y descanso eterno, era un honor y un deber sagrado. La mera insinuación de que alguien había profanado esa responsabilidad provocaba escalofríos a todos los presentes.

Clito, que solía ocupar una posición neutral en tales discusiones, alzó una mano en señal de calma.

—Hablemos con prudencia, amigos. Es fácil lanzar acusaciones en momentos de tensión. ¿Tenemos pruebas fehacientes de la negligencia de Djaw? No debemos actuar por meros rumores o la pasión del momento. Además, Djaw es uno de nosotros, uno de los hombres más notables de la villa. Y no está presente por razones laborales. No creo que sea justo cesarle sin ni siquiera oír su versión de los hechos…

—No queremos oír su versión de los hechos —dijo Aristón, dando un salto—.Todos sabemos que la Necrópolis se ha vuelto insegura, que se ha permitido el acceso a forasteros sin la adecuada vigilancia, que se han violentado cadáveres. Djaw no es capaz de mantener la dignidad y el respeto hacia nuestros ancestros. ¡Debe ser cesado de inmediato!

Clito recordaba perfectamente a sus dos sirvientes, cuyos cuerpos habían sido profanados. Pero añadió:

—Aunque me duela decirlo, insisto en que debemos actuar con precaución y justicia. Que se investigue la situación. Que Djaw tenga la oportunidad de defenderse. Y si se descubre negligencia, entonces y solo entonces tomaremos una decisión.

Las palabras de Clito, meditadas y justas, trajeron un poco de calma a la concurrencia. Era un hombre respetado por su aplomo y ecuanimidad. Un trueno lejano recordó a todos que la tormenta, metafórica y literal, podía estallar en cualquier momento.

Y entonces una tormenta estalló, aunque fue de una naturaleza

muy distinta.

El aire, que antes era cálido y movía con suavidad las hojas de los árboles y los ropajes de los presentes, se transformó en una pesada quietud. Las voces de los notables comenzaron a disminuir su volumen hasta desaparecer. El sol, brillante en el firmamento, pareció perder su brillo.

Casi todos los presentes quedaron congelados, inmóviles, en silencio. Anu, uno de los mayores terratenientes de toda la región, que estaba hablando en ese momento, tenía los labios entreabiertos, listo para pronunciar la siguiente palabra… una que nunca llegaría. La mayoría de los asistentes quedaron también paralizados, como si la vida hubiera sido sustraída de ellos en pleno movimiento.

Aristón, Petámenos, Antígono y Clito estaban llenos de confusión y asombro. Se miraron entre sí, buscando respuestas en los ojos del otro, tratando de comprender lo que acababan de presenciar. El silencio era profundo y absoluto, roto solo por el latido acelerado de sus corazones.

—¿Qué es esto? ¿Qué magia negra ha caído sobre nosotros? —preguntó Antígono.

—Nunca he presenciado algo semejante. Es como si los dioses hubieran congelado el tiempo —respondió Petámenos con voz temblorosa, poniendo una mano sobre su pecho.

—Sha sigue respirando —observó Clito, siempre el más pragmático, después de acercarse a su compañero y tocarlo.

Antígono intervino con firmeza:

—Debemos enfrentar esto juntos. Somos el Consejo de Notables y debemos solucionar los problemas, sean cuales sean.

—¿Por qué solo nosotros estamos despiertos? ¿Por qué no el resto? —cuestionó Aristón, aún conmocionado.

—Debemos encontrar una manera de solucionar lo que sea que esté sucediendo. Nuestro pueblo depende de nosotros. El resto de asuntos debe quedar aparcado —declaró Clito.

Antígono asintió, su mirada fija en el rostro inerte de Anu:

—Estoy de acuerdo.

Se hizo el silencio dentro de un silencio mayor. ¿Qué hacer?

Ninguno lo sabía. Pero entonces un suceso inesperado cambió por completo la situación. Alguien a su espalda golpeó el suelo con su bastón. Todos se volvieron para ver quién era el recién llegado. A pequeños pasos penetró un hombre cojeando en el Consejo de Notables. Vestía una túnica oscura, ceñida en la cintura por un grueso cinturón del cual colgaba una imponente espada de hoja brillante y afilada. Poseía una joroba prominente y llevaba un ojo vendado. A pesar de su apariencia física, que podría ser considerada repulsiva, había una autoridad en aquel hombre que no pasaba desapercibida.

—Soy Jentamentiu, Alguacil Itinerante de la región del Muro Blanco, y he venido a hacer justicia, tal y como me pedisteis —dijo el hombre lanzando en derredor una mirada fría, penetrante.

Antígono frunció el ceño:

—Llevamos tiempo esperándole. Pero creo que no ha llegado en buen momento.

Jentamentiu sonrió con malicia:

—Muy al contrario, creo que llegué en el momento justo, pues he sido testigo del final de vuestras deliberaciones. Las he juzgado correctas y regidas por la razón y las buenas costumbres. Creo que sois buenos hombres, respetuosos de la ley de nuestro sagrado país. Pero creo que hay un espíritu maligno que ha infectado vuestra comunidad, un ser monstruoso que está detrás de las muertes que he venido a investigar.

—¿De quién habláis? —exclamó Clito.

—Hablo de la misma persona, ser o demonio que ha parado el tiempo. Creo que alguien quiere impedir que cumpláis con vuestro cometido, que se restablezca el orden en Harmonía.

Los cuatro miembros que restaban del consejo murmuraron inquietos. Fue de nuevo Antígono el que habló:

—Si tienes pruebas, muéstralas. Te lo rogamos.

Jentamentiu asintió:

—Quiero que oigáis este testimonio que traigo conmigo.

Senai dio un paso al frente. Había estado oculta tras el kiosco. Tras huir de Senmontu se había encontrado con el alguacil Jentamentiu. Juntos habían alcanzado la explanada de las acacias y

finalmente la plaza donde se reunían los notables.

—¡Padre!

Clito, girándose, vio a su hija cojeando hacia él. Corrió para socorrerla, cogiéndola en sus brazos.

—¡Senai! —exclamó—. ¿Qué te ha pasado?

La joven, con sus ojos brillantes por las lágrimas, levantó la vista hacia él.

—Es Senmontu, padre. Es malvada. Un monstruo. Ella... ella ha paralizado todo con un encantamiento. ¡Todo el pueblo está bajo su hechizo!

Los presentes la miraron atónitos. Aristón, el rostro súbitamente pálido, retrocedió un paso.

Clito acarició el cabello de su hija, intentando tranquilizarla.

—Hija, eso es... es imposible. Este tipo de magia, de encantamientos, son cosas de sacerdotes y de grandes sabios, no son propios de una jovencita como Senmontu. ¿Estás segura de lo que dices?

—Lo vi, padre. Lo vi con mis propios ojos. Fue ella. Lanzó un encantamiento y paralizó a Antígono. Yo me he salvado de milagro.

—¿Mi hijo? —chilló el pastelero—. ¿Dónde ha pasado eso? ¿Dónde?

—¿No ves que es una broma? —dijo Clito—. Tu hijo está perfectamente.

Aristón intervino, con una voz temblorosa.

—No es la primera vez que veo a Senmontu actuar como una hechicera y practicar la magia negra. Hace poco, esa joven malvada lanzó un sortilegio que destruyó mi carreta. ¡Es un demonio! ¡Senai está en lo cierto!

Petámenos, tratando de mantener la calma, intervino:

—Aristón, ¿estás diciendo que viste a mi alumna, a Senmontu, realizar magia? ¿Magia de verdad?

—¡Sí! —afirmó Aristón—. Fue magia negra, estoy seguro.

—Yo mismo —añadió el alguacil Jentamentiu—, fui víctima de uno de sus encantamientos. Convenció a una multitud de mujeres haraganas para que me atacase. Todo esto es culpa de las mujeres. No

saben estar en su lugar, un paso detrás del hombre, y creen que pueden ser mejores gobernantes, mejores magas… mejores que nosotros. Esas féminas enloquecidas casi me dieron muerte y me dejaron en el terrible estado en el que me veis.

Todos contemplaron el cuerpo masacrado de Jentamentiu y tragaron saliva, anonadados. Senai, aprovechando la situación, continuó con su relato.

—¡Por favor, debéis creer en mí! Toda Harmonía está bajo el poder de Senmontu. Debemos hacer algo al respecto antes de que sea demasiado tarde.

Clito, cruzándose de brazos, intervino con escepticismo.

—Todo esto suena demasiado fantástico. Magia, hechizos, el tiempo detenido... ¿Esperas que lo creamos solo porque lo dices?

—¿No ves lo que está sucediendo a tu alrededor? —replicó Senai, su voz llena de desesperación—. ¡Mira a la gente! ¡Mira el viento! Todo está congelado.

Clito observó fijamente a su hija, tratando de encontrar la verdad en sus ojos. Sabía que era una mentirosa de tomo y lomo. La amaba pero no confiaba en ella.

—Senai, si estás mintiendo... te prometo…

—No miento… al menos esta vez —le interrumpió la joven—. ¡Es real, papá! Y debemos encontrar una manera de detener a Senmontu.

El grupo de notables estaba anonadado, superado por los acontecimientos, contemplando la gravedad de la situación y preguntándose qué debían hacer a continuación.

—Me da igual lo que decidáis. Voy a buscar a mi hijo —anunció Antígono—. Necesito saber que está bien.

—Yo iré con él —dijo Jentamentiu.

Clito, asintiendo comprensivo, replicó:

—Todos iremos contigo Antígono, es mejor que averigüemos qué está pasando. Una vez tengamos una idea clara, sabremos cómo proceder.

—Clito tiene razón —agregó Petámenos—. Hay que hacer algo. Comencemos por averiguar qué le ha pasado al muchacho y si

Senmontu está o no detrás de estos sucesos.

—Vámonos ya. Esa niña debe pagar por sus fechorías —dijo Aristón, frotándose las manos, anticipando su venganza.

Los cinco hombres, ahora unidos en su determinación, volvieron su atención a Senai.

—Dime, ¿dónde viste por última vez al joven Antígono y a Senmontu? —preguntó el alguacil Jentamentiu en tono de urgencia.

Senai, limpiándose las lágrimas con la manga de su vestido, dijo:

—Los vi por última vez cerca de la casa de Eurionupis. Está por el camino viejo, justo delante del Cerro de las Ánimas. No tiene pérdida.

LIBRO 10



SE DESVELAN
TODOS LOS MISTERIOS
(II)

EGIPTO, AÑO 2024

(Memorias de Rafel Collington)

Me hallaba en la tumba, en la tercera cámara mortuoria, y el ser que la habitaba bramó de nuevo.

—¿Quién eres tú?

Delante de mí, como en una pesadilla, apareció El Que Habita Entre Las Sombras. La criatura estaba arrodillada tras el sarcófago, delante de una gran caja de madera, con un aire de majestuosidad maligna. Las sombras se intensificaron a medida que la bestia se levantaba, arrastrando las pesadas vendas que la cubrían. Una energía perversa emanaba de su ser. Cuando terminó de alzarse, quedé aterrorizado. Era como si una momia hubiera cobrado vida, mostrando las cicatrices y las costuras del proceso de embalsamamiento.

Con un gruñido profundo y gutural, la momia comenzó a avanzar en mi dirección. Eché a correr. La oscuridad de la tumba parecía infinita y cada pasillo y cámara se entrelazaban en un laberinto sin fin. Podía escuchar a la criatura detrás de mí, sus pasos resonaban con un ritmo constante y amenazador. Caminaba lentamente, pesadamente, como si le costase transitar en el universo de los vivos. Esa era mi única ventaja.

—¡Ven aquí! —me ordenó.

Aunque la momia no era veloz en sus movimientos, su determinación era inquebrantable. Mientras me abría paso por los pasillos estrechos y oscuros de la tumba, tropecé con objetos antiguos y escombros, y parte de un muro antiguo y desgastado cayó a mi lado, escupiendo una cortina de polvo. Aproveché este momento para intentar esconderme, pero la bestia parecía sentir mi presencia.

Volví a echar a correr.

La tumba parecía viva, resonando con mis jadeos y los pasos pesados pero firmes de la momia. En un intento desesperado por escapar, giré en un pasillo estrecho. Sin embargo, al final del corredor solo había escombros y no pude avanzar. Me di la vuelta, y ahí estaba ella (o él, quién fuese), acercándose con sus manos extendidas.

Traté de esquivarla dando un salto, tratando de alcanzar de nuevo el pasillo principal. Pero justo cuando pensaba que había una distancia segura entre nosotros, un brazo se lanzó hacia mí, sujetándome del tobillo con fuerza.

Grité con todas mis fuerzas, tratando de liberar mi pie.

—¡No!

La momia, con sus ojos vacíos y oscuros fijos en los míos, gruñó con una voz cavernosa:

—¡Márchate, intruso!

Con un último esfuerzo, pateé el rostro de mi enemigo y logré liberar mi extremidad. Sin perder tiempo, reanudé mi carrera, enfocando mi linterna, rezando por encontrar la salida, mientras la voz de la momia resonaba detrás de mí, llena de odio y rencor.

—¡Fuera! ¡Fuera, intruso!

Pero yo seguí corriendo. Entré en una cámara mortuoria, me tropecé con el sarcófago de Maakheru, caí de bruces en el pasillo y seguí avanzando a golpes de adrenalina, una estancia tras otra, sin detenerme un instante.

Y entonces se hizo el silencio. Después de lo que pareció una eternidad, había perdido de vista a la bestia de la sombra. Apagué la linterna. Mis ojos tardaron en adaptarse a la penumbra casi absoluta. Pero al final lo conseguí. Avancé un paso. Estaba solo. No podía oír a mi enemigo. Miré en derredor. Me encontraba de nuevo en la tercera cámara mortuoria, la cámara de El Que Habita Entre Las Sombras. Mi corazón dio un vuelco al darme cuenta de que había corrido en círculos. Frente a mí, estaba la misma caja sobre la que había visto inclinada a la bestia minutos atrás.

Era una caja de *ushabtis*. Solo eso. ¿Qué demonios hacía la momia inclinada sobre ella, expectante? Pero entonces, algo llamó mi atención: la caja de *ushabtis* no estaba completamente cerrada. ¿Qué estaba haciendo la bestia con ella cuando aparecí? Rápidamente, temiendo que pudiera aparecer en cualquier momento, corrí hacia la caja y la abrí de par en par.

—Esto no tiene sentido —dije en voz alta cuando vi lo que tenía frente a mí.

Me tapé la boca, esperando que no me hubiese escuchado. Agucé el oído. Nada. Los pasos resonaban en la distancia, alejándose.

Volví al enigma de la caja. Mi padre me había enseñado que los *ushabtis* eran unas figuras que servían al difunto en la otra vida. De esta manera, nunca estaban solos. Una caja de *ushabtis* tradicional solía ser un contenedor rectangular de madera, a menudo decorado con inscripciones y símbolos protectores, especialmente aquellos relacionados con el viaje al más allá. La tapa estaba pintada o esculpida con imágenes del dios Osiris o del difunto. Dentro de la caja, los *ushabtis* estaban colocados ordenadamente, a veces en hileras, listos para recibir órdenes.

—Pero esto es otra cosa —dije, en un susurro, para no ser oído —. Además, en las cámaras donde estaban los otros sarcófagos no había *ushabtis*. Solo en esta. Qué raro. Y no es una caja normal.

Aquella caja de *ushabtis* era de doble compartimento, y estaba hecha de un fino alabastro blanco, con vetas doradas y azules que brillaban bajo la luz. En la tapa exterior, esculpido en bajorrelieve, podían verse a dos mujeres con los rostros enfrentados, como si fuesen hermanas o madre e hija.

Cada compartimento tenía sus propios *ushabtis*. A la izquierda, unos con túnicas simples, joyería modesta y herramientas agrícolas. A la derecha, los *ushabtis* vestían ropajes más elaborados de estilo griego.

Conectando ambos compartimentos, en el centro de la caja, había una montaña dibujada, un lugar reconocible: el Cerro de las Ánimas. Y en la falda de la montaña una puerta esculpida, no más grande que la mano de un hombre. El marco estaba adornado con símbolos de protección para el difunto, y en su centro, un escarabajo, símbolo de renacimiento y transformación en la cultura egipcia.

Aquello no solo era una caja de *ushabtis*, sino también un monumento conmemorativo que narraba… no sabría decir… algo concreto… una historia privada que solo conocía el habitante de aquel lugar, el morador principal de aquella tumba. ¿Pero qué historia? ¿De qué iba todo aquel asunto? ¿Y por qué la bestia de la sombra parecía tan interesada en aquella caja?

Con el corazón palpitando en mi pecho, me dirigí al sarcófago en medio de la sala. Identificando al difunto, pensé, podría dar un paso hacia la resolución de aquel enigma, tal vez incluso aplacar a la bestia de la sombra. Inclinándome sobre la fría piedra, busqué el nombre del difunto. Me arriesgué a encender de nuevo la linterna, rezando para que mi enemigo no viese el resplandor.

Sin embargo, al leer las inscripciones, me di cuenta de que me enfrentaba al mismo problema de siempre. En el sarcófago creí entender que ponía “Aukerep” (o eso me pareció leer con mis limitadas capacidades). Pero el nombre inscrito tenía origen griego y cuando los egipcios se encontraban con nombres extranjeros, tendían a transcribirlos no basándose en cómo se escribían originalmente, sino en cómo sonaban para ellos. Era un poco como si estuviera tratando de descifrar un acertijo lingüístico.

Y no era momento para acertijos. Tenía prisa, la bestia me acechaba.

—Aukerep debe ser Neotera o Filipo. Solo eso tiene sentido —me dije, de nuevo en un susurro.

Qué lástima que en aquel momento no apareciera alguna de aquellas voces que a veces oía guiándome. Pero no, estaba solo con mis pensamientos.

—Veamos —murmuré—, Apolonia está enterrada en la otra sala. Senmontu es un nombre egipcio. Bytan y Maakheru están enterrados en otra sala y también usaban nombres egipcios. No queda nadie más de la familia salvo Neotera y su esposo. Y ambos tienen nombres griegos. Pero, ¿quién es mi enemigo? ¿Quién es el enemigo de la hermana del halcón? ¿Y por qué?

Me incorporé. Debía darme prisa.

—Neotera o Filipo. ¿Cuál de ellos?

Pero no pude en ese momento resolver mi duda. El aire de la cámara se volvió súbitamente denso, sofocante. Mi linterna, que yacía a mis pies, lanzaba destellos erráticos, haciendo que las sombras danzaran de forma grotesca. De entre ellas, emergió la bestia de la sombra, su figura monstruosa recortada contra la tenue luz.

—Ah —dijo con una voz que parecía provenir del más

profundo abismo—, ya sé quién eres. Eres el halcón.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Mis pies se negaban a moverse.

—¿El halcón? —murmuré, con la voz trémula.

—Sí —respondió, riéndose con malicia—. El halcón entrometido que mira en todas direcciones y colabora con mis enemigos.

En un instante, antes de que pudiera reaccionar, su mano se cerró sobre mi brazo. Su tacto era helado, antinatural. Pero en el momento en que me tocó, un torrente de energía nos envolvió. Mi visión se nubló, y cuando se aclaró, ya no era yo quien estaba allí… sino un ave, un pájaro.

El mundo se volvió distinto a mi alrededor. Las sombras de la cámara se desdibujaron y, por un instante, todo se tiñó de un azul profundo. Sorprendido, bajé la cabeza para mirar mi cuerpo. ¡Era increíble!

Tenía el plumaje oscuro, brillante, con tonalidades que iban del negro azabache al azul eléctrico dependiendo de cómo la luz se reflejaba en él. Podía ver mis garras afiladas, las poderosas patas de rapaz, y al enfocar hacia el frente, mi pico afilado y curvo emergía en mi campo visual. Estaba viendo el mundo con una agudeza y un espectro de colores que nunca había experimentado como humano. Todo estaba más detallado, más vívido.

Instintivamente, batí las alas con fuerza, tratando de huir.

—¡Pensaste que podrías escapar! —gritó mi enemiga—. ¡Pero ahora te tengo!

El Que Habita Entre Las Sombras me empujó hacia la caja. Mientras me sumía en su interior, un aluvión de recuerdos me inundó. Comprendí que todos esos sueños en los que me veía sobrevolando ciudades y desiertos, Harmonía, el río Nilo y hasta Alejandría, no eran simples sueños. Había estado viendo aquel mundo a través de los ojos de Azor de la Noche.

¡Yo era Azor de la Noche!

—¡Has caído en mi trampa! —dijo entonces Aukerep.

La risa demente de la bestia de la sombra se fue apagando

mientras la oscuridad me envolvía. La última sensación que tuve fue la de su victoriosa carcajada resonando en el aire.

Y perdí el conocimiento, o creí que lo perdía. Acaso, sencillamente, fui arrastrado a otro lugar, a otra dimensión, al más allá de los egipcios.

34

NECESITO RESPUESTAS

(Año 158 Antes de Cristo)

Desperté súbitamente. Estaba volando y no era un sueño.

No, no… era real. Maravillosamente real. Estaba en Harmonía, sí, pero no en la verdadera Harmonía, la que existió casi dos milenios atrás. Me hallaba dentro de una caja de *ushabtis*. En aquel lugar todo estaba dispuesto para que sus habitantes sirviesen al difunto hasta el fin de los tiempos. Pero algo había salido mal y aquellas figuras de ultratumba se habían rebelado contra su señor.

¿Era eso? ¿O estaba sucediendo algo muy distinto? ¿Realmente Senmontu, su familia, todo cuanto había visto en mis sueños, había tenido lugar dentro de una caja de madera? ¿Era aquello posible?

Tenía que averiguarlo. Y disponía de poco tiempo.

El paisaje de Harmonía se desplegó ante mí como una magnífica pintura viviente. Transformado en Azor de la Noche, desde las alturas, la villa de Harmonía parecía un intrincado laberinto de tejados, plazas, arena, polvo y dunas. Sentí el viento cortante en mis plumas mientras planeaba. Las corrientes me elevaban y bajaban, en un danzante juego por encima de las copas de los árboles.

De pronto, sentí una conmoción, un destello, un presentimiento. Algo había cambiado. Bajo mis alas, el mundo parecía despertar de un sueño profundo. La naturaleza volvía a moverse: las hojas de los árboles ondeaban suavemente con la brisa, y los animales que antes estaban detenidos ahora corrían, jugaban o simplemente continuaban con sus tareas. Las personas, que a mi llegada descubrí inmóviles, congeladas, retomaron sus acciones como si nada hubiese pasado.

A pesar de la maravilla que era ver a un mundo, un microcosmos, volver a la vida, sabía que no podía demorarme. Proseguí mi vuelo a toda velocidad.

Desde las alturas, mi vista era panorámica y clara. Vi caminar

cojeando a Jentamentiu, el alguacil que pretendía destruir a Senmontu. Blandía su espada y señalaba al frente, hacia el final del camino viejo y el Cerro de las Ánimas. A su lado, los notables de Harmonía se movían como diminutas figuras en el extenso tapiz del paisaje. Pude distinguir a Clito por su porte majestuoso, a Aristón por su forma de caminar bamboleante, a Petámenos por su túnica de pedagogo y a Antígono por su figura gruesa, atocinada. Junto a ellos, la delicada figura de Senai contrastaba con la de los hombres que la rodeaban.

El camino que tomaban estaba bordeado de árboles, cuyas sombras oscilaban a medida que avanzaban, creando un juego de luces y sombras en el suelo. El camino serpenteaba suavemente, y a lo lejos, el Cerro de las Ánimas se erguía imponente.

Un poco más allá, distinguí a Senmontu y a Takratis, todavía discutiendo qué hacer a continuación. Se hallaban delante de la casa de Eurionupis. Los notables y Senai iban a su encuentro. Nada bueno podía salir de aquel enfrentamiento.

Pero antes de echar una mano a Senmontu con aquel asunto tenía una preocupación mayor, más urgente. Mi mente estaba centrada en mi destino: la casa de Apolonia, donde hallaría a Bytan, la única persona en aquel mundo que podía arrojar luz a lo que estaba sucediendo.

Así que estiré las alas y me lancé hacia las alturas. La casa no estaba lejos. Un estanque brillante se hallaba delante de la vivienda, pero el cuerpo de Dryton no flotaba sobre sus aguas. Mis oídos, ahora agudos y sensibles, captaron las voces ansiosas en el suelo.

—¡No está aquí! —exclamó Apolonia, su voz teñida de desesperación.

Djaw, con el rostro serio, escudriñaba cada rincón del estanque junto al embalsamador. Hasta hace un instante, su ayudante había estado inmóvil, paralizado. Pero nadie se había dado cuenta de que el tiempo se había detenido para él. Estaban demasiado ocupados buscando el cuerpo de Dryton. Cuando, de pronto, el embalsamador volvió a la vida, miró a su alrededor, sorprendido.

—Hemos buscado por todos lados, Apolonia —dijo—. No hay

rastro de su esposo.

—¿Cómo puede ser? ¡Estaba aquí! —Las lágrimas corrieron por las mejillas de Apolonia mientras su voz temblaba de angustia.

Djaw suspiró, pasándose una mano por el rostro. Dejó en el suelo la larga pértiga con la que había estado removiendo las aguas del estanque.

—Yo querría ayudarte. Pero no hay cadáver. Sin cuerpo, nada podemos hacer.

—¿Vas a irte?

—Tengo obligaciones que atender, hay una reunión en el Consejo de Notables y debo estar presente.

—Pero Dryton… —Apolonia intentó protestar.

—Haré todo lo que esté en mi mano para encontrar a tu marido. Volveremos más tarde. Te lo prometo. Pero ahora, debo irme. Mi puesto está en peligro. Tienes que entenderlo.

Djaw caminó con rapidez hacia la carreta del embalsamador y en cuestión de segundos, ambos se alejaron en el vehículo, dejando una estela de polvo a su paso.

Apolonia, devastada, se retiró a su hogar, sus sollozos resonando en la tranquilidad del anochecer.

Desde mi posición elevada, pude ver a Bytan, el anciano abuelo de Senmontu, con su postura encorvada y su rostro marcado por las arrugas del tiempo. Con un suspiro, se dirigió a su taller y se sentó en un taburete, rodeado de figuras de madera en distintas etapas de tallado. Aunque parecía frágil en ese momento, había una fuerza tranquila en él, un poder y determinación infatigables.

El viento me rodeaba suavemente mientras descendía hacia la tierra. Comencé a sentir una calidez difusa que acariciaba cada pluma, cada fibra de mi ser. Una luz suave y brillante empezó a envolverme, borrando gradualmente la figura de Azor de la Noche. Sentí mi esencia fluir, retorcerse y reformarse con una elegancia etérea. Las plumas se suavizaron, transformándose en piel, y las alas se replegaron, convirtiéndose en brazos.

Una presencia amable y familiar inundó mi conciencia, una sensación de amor y guía maternal. Podía sentir a mi madre, su

esencia intercalada entre los hilos de mi metamorfosis, guiándome a través de la transformación. Fue como si sus manos me estuvieran esculpiendo, ayudándome a retomar mi forma humana con ternura y cuidado. Oí su voz, una sinfonía de voces que eran en realidad una sola voz. Y me di cuenta de que era ella la que me había llamado, la que me había conducido a la tumba. Otro misterio que un día debería resolverse.

Cuando mis pies tocaron finalmente el suelo, ya no era el majestuoso Azor de la Noche. Era de nuevo Rafel Collington, un joven ávido de respuestas. Las de mi vida personal tendrían que esperar. De momento tenía que resolver las de Senmontu.

Levanté la mirada para encontrar la de Bytan, que me observaba con los ojos muy abiertos.

Tras recuperar el aliento, me dirigí hacia él con paso firme.

—Necesito respuestas —exigí.

Por un momento había temido que no me entendiese, pero una vez en aquel mundo mi lengua también se había transformado. Podía hablar en egipcio antiguo y expresarme sin problema. Lo mismo había pasado cuando me enfrenté con la bestia de la sombra: pude entenderla sin dificultad. Mi padre me había hecho estudiar los rudimentos del egipcio antiguo pero mis capacidades ni en sueños alcanzaban a mi habilidad presente. Tal vez se debiera a que mi conexión con aquel lugar era más mental que física y eran mis pensamientos los que hablaban. Aunque tal vez la explicación era más sencilla: al fin y al cabo, si estaba en lo cierto, aquello era la otra vida para aquellos seres. En el paraíso egipcio todos nos expresábamos en egipcio. Bien miedo, era lo más lógico.

—Necesito respuestas —insistí.

Bytan tardó un instante en reaccionar. Me echó un largo vistazo, abrió la boca un par de veces... luego se encogió de hombros.

—Yo también necesito respuestas, muchacho. Aunque de momento solo tengo una pregunta: ¿Quién eres?

Quise decirle la verdad: que venía del futuro, que había encontrado una tumba en la que estaba casi toda su familia enterrada y que creía que ahora mismo estábamos dentro de una caja de *ushabtis*

vigilados por la bestia de la sombra. Pero pensé que lo mejor era decirle otra verdad, una incompleta. Esperaba que eso bastase de momento. Ya habría tiempo para entrar en detalles.

—Soy Azor de la Noche. Me habrás visto muchas veces sobrevolando este lugar. He intentado protegeros, a ti y a Senmontu. A todos. Trabajo con Herophilos.

Bytan enarcó una ceja.

—El mago Oscuro. El mago que no es nadie sino lo que alguien podría haber sido.

—¿Qué significa eso?

—¿No sabes quién es en realidad Herophilos?

—No sé gran cosa. Precisamente por eso necesito respuestas.

El anciano se levantó de su taburete. Me miró de nuevo.

—Lo que es evidente es que no eres un Udji. Tienes la luz de alrededor, el aura más brillante que he visto nunca. Eso ya es mucho. Porque tienes una gran poder, un poder solo tuyo que no debes a la maldita bestia de la sombra. Así que no eres uno de nosotros, pobres desgraciados perdidos en este lugar. Puede ser que responda a tus preguntas. O al menos las escucharé. Luego ya veremos lo que te cuento.

Bytan me condujo a través del taller, un espacio mágico lleno de vida y misterio. Había dioses, animales y escenas cotidianas, cada una contando su propia historia. Los aromas a madera fresca y aceites aromáticos llenaban el aire. A medida que avanzábamos el murmullo del agua iba creciendo. Finalmente, llegamos al estanque. Plantas acuáticas de hojas anchas y flores púrpuras flotaban grácilmente, mientras que peces de colores nadaban en sus profundidades.

—Has hablado de los Udji. Quiero saber más, Bytan.

Mi padre no me había dicho gran cosa de ellos porque su origen y funciones en la mitología egipcia eran desconocidas en mi mundo. Intuía que eran la clave de aquel misterio.

—Para saber sobre los Udji primero debes conocer bien a los *ushabtis*. ¿Qué sabes al respecto?

Respiré hondo.

—Como de todo lo demás, no sé gran cosa. Sé que sirven al

difunto dentro de su tumba. Eso es todo.

Bytan volvió a echarme un vistazo. Debía parecerle ridículo con mi camiseta de manga corta, mis pantalones de algodón y mis zapatillas de deporte. Pareció dudar.

—¿Y si eres un enviado de El Que Habita Entre Las Sombras? Esa bestia disfruta mucho con los engaños. Tal vez haya enviado a alguien que no parece de nuestro mundo para sonsacarme.

—¿Qué ventaja puede extraer esa momia de que me expliques cosas que ella ya sabe? Además, no es momento de dudas. El tiempo apremia.

Bytan detuvo su paso.

—¿Y a qué viene tanta prisa?

Dudé. Pero al final decidí que había que ser justo. Si quería que el anciano me contase la verdad, no podía ocultarle lo que sucedía.

—Senmontu está en peligro —dije—. Senai la ha acusado de ser una hechicera ante el Consejo de Notables. Pronto darán con ella. Es cuestión de minutos. Además…

—¿Acaso hay algo más?

—Mucho me temo que la bestia de la sombra está desesperada. Su reinado está en peligro. Mi presencia, el que haya entrado en su tumba… eso lo cambia todo. Por un momento se alejó de la caja de *ushabtis* y este mundo se detuvo, quedó congelado al romperse la conexión que le une a la caja. Eso me ha parecido cuando he penetrado en este lugar. Sea como fuere, ahora vuelve a estar al mando. Y va a intentar algo. No sé el qué. Pero no se dejará derrotar fácilmente.

Bytan me miró con renovado respeto. Cuando había oído de mis labios la frase "el que hayan entrado en su tumba" había comprendido por fin. Asintió y llenó de aire sus pulmones. La apatía y el desaliento desaparecieron como por ensalmo de la faz del anciano. Siguiendo su mirada, me di cuenta de que se estaba tocando una herida en su estómago. La tela estaba manchada de un color oscuro. Recordé su enfrentamiento con Senai y con el Udji, que resultó ser Dryton, su propio hijo. Sin embargo, en lugar de parecer debilitado o afectado por aquella puñalada, una sonrisa desafiante y astuta se

dibujó en sus labios.

—Estás en el interior de la tumba… eso lo cambia todo —afirmó con vehemencia, mirándome directamente a los ojos.

No pude evitar sentir una corriente de adrenalina. Su audacia y valor eran contagiosos. Sentí que había esperanza.

—Es el momento de actuar y acabar con esto de una maldita vez —sentenció Bytan.

35

LA BATALLA DE LOS CUATRO MAGOS
1-La maga Senmontu

(Año 158 Antes de Cristo)

El camino viejo lanzaba espirales de polvo bajo las ruedas de la carreta. Djaw sujetaba con firmeza las riendas, haciendo chasquear el látigo de vez en cuando. Mientras, el embalsamador se agarraba al borde del vehículo, tratando de no perder el equilibrio. Aunque era poco probable que sucediese. Los asnos no eran animales especialmente veloces.

—¡Vamos!

Ambos eran conscientes de la urgencia del momento, de que sus trabajos dependían de lo que se hablase en el Consejo de Notables. Aún antes de que Aristón presentase su queja, se escucharon rumores que apuntaban a una destitución. Por eso Djaw no escatimaba esfuerzos para hacer avanzar a sus asnos a toda la velocidad de la que eran capaces.

—No tendríamos que haber pasado por la granja de Dryton —dijo el embalsamador.

—Era nuestra obligación. El respeto al difunto es la primera norma de nuestra profesión. Si no hubiésemos ido, nos lo habría echado en cara el mismo Consejo de Notables. Por eso organizaron la reunión a toda prisa y precisamente hoy. Era una trampa. Hiciese lo que hiciese salía perdiendo. Si me presentaba ante el consejo perdía porque faltaba a los deberes de mi cargo y me lo echarían en cara, si no lo hacía perdía porque cualquiera de ellos podría acusarme y no me podría defender.

—Lo tenían bien pensado.

—Ya lo creo.

Djaw chasqueó la lengua.

—Pero tenemos una oportunidad —añadió—. Al no aparecer Dryton hemos acabado pronto y tal vez lleguemos al kiosco de la plaza antes de que finalice la votación.

El Cerro de las Ánimas, con su inconfundible silueta, se levantaba majestuoso en la distancia. Djaw volvió a hacer restallar su látigo. Entonces, venida de ninguna parte, una especie de nube oscura comenzó a descender del cerro. A medida que se acercaba, la nube tomó una forma más definida, revelando ser un grupo de diez o doce hombres que bajaba la pendiente a la carrera.

Las criaturas emitían un sonido agudo y desgarrador que helaba la sangre. Iban desnudas a excepción de un taparrabos de leopardo.

—¡Qué demonios hacen esos locos!

Djaw intentó girar bruscamente la carreta, pero fue demasiado tarde. Los Udji se abalanzaron sobre ellos s toda velocidad. Con sus mortíferas dagas en la mano, atacaron a los asnos primero, que soltaron rebuznos de terror antes de desplomarse. La carreta se volcó, lanzando al suelo a sus ocupantes.

El embalsamador intentó levantarse, pero un Udji saltó sobre él y le clavó su daga en el cuello. Djaw, por su parte, trató de luchar y lanzó varios certeros puñetazos, pero otro de aquellos monstruos lo derribó, hiriéndole de muerte en el pecho, a la altura del corazón. El número y la fuerza de los Udji eran abrumadores. El Guardián de la Necrópolis y su embalsamador, nada pudieron hacer para defenderse.

Después de lo que pareció una eternidad, pero que probablemente solo fueron unos segundos, los Udji prosiguieron su camino. Dejaron atrás un rastro de destrucción, de cadáveres humanos y equinos, junto con los restos destrozados de la carreta.

Desde las alturas, contemplé horrorizado el final de aquella terrible escena. De nuevo trasformado en halcón, planeando en el cielo, me di cuenta de que debía batir mis alas rápidamente, que el viento silbara en mis oídos. Era necesario encontrar a Senmontu antes que los Udji.

Los sentidos de un halcón son extraordinarios y, en menos de un minuto, localicé a Senmontu y a Takratis frente a una casa pobre,

que se caía a pedazos. Un poco más allá vi al pequeño Antígono, paralizado. Podía percibir el remanente mágico que aún se cernía sobre él a causa del hechizo de Senmontu.

Mientras me lanzaba en picado, Senmontu concentró su mirada en mí y el encantamiento sobre Antígono pareció disiparse. Sus músculos recobraron vida, su postura cambió levemente. En un súbito arrebato de energía, el joven comenzó a correr hacia el camino viejo. Quería alejarse lo antes posible de "aquella maldita maga, *pharmakides* o lo que demonios fuese".

Decidí aterrizar. En mi forma de halcón, me deslicé suavemente hasta posarme frente a Senmontu, que detuvo su paso y me miró directamente a los ojos. No había temor en su mirada, solo curiosidad. Ella era la hermana del halcón, admiraba la belleza del ave que se interponía en su camino. Y me había visto muchas veces en su finca, sobre un árbol, vigilándola. Aunque, naturalmente, no sabía quién era yo.

Con suavidad, extendió su mano y acarició mi plumaje. El contacto fue eléctrico. Por un momento, el mundo a nuestro alrededor dejó de existir. Era solo ella y yo, el humano y el halcón, conectados por un breve y frágil hilo de comprensión.

Sin previo aviso, inicié la transformación. Mis alas se replegaron, las plumas retrocedieron y mi estatura creció. En cuestión de segundos, estaba de pie frente a Senmontu, en forma humana. Ella dio un paso atrás, con sorpresa evidente, y soltó una exclamación sofocada. A su lado, Takratis, que había estado observando todo el proceso con la boca abierta, trastabilló y cayó de culo en el suelo.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Senmontu, tratando de procesar lo que acababa de presenciar.

Mis ojos todavía estaban clavados en la joven. Estiré una mano. Ella la tomó, tras un instante de duda. No necesitamos en adelante, las palabras para descubrirnos. Ella sintió quién era yo, Rafel, también conocido como Azor de la Noche. Comprendió que era aliado de Herophilos, el mago oscuro, y había venido a ayudarla.

Senmontu asintió.

—Gracias, Rafel.

—El tiempo se agota —dije, señalando hacia la lejanía.

Los Udji, esas criaturas temibles, avanzaban veloces a nuestro encuentro. Se movían como una ola de oscuridad que amenazaba con engullir todo a su paso. No quise decirle que por el lado contrario estaban a punto de llegar el Consejo de Notables y Senai, también con malas intenciones. Con los Udji ya teníamos suficiente de momento.

—Sabía que este día llegaría —dijo la joven—. Pero esperaba que Bytan me acompañase cuando llegara la hora de luchar.

—Bytan no puede volar como yo —expliqué—. Está viniendo desde tu casa. No tardará. Eso espero.

Takratis, aún conmocionada por todo lo que estaba presenciando, se alzó del suelo, sacudió la cabeza y finalmente intervino:

—Si vamos a defendernos, necesitaremos más que palabras. Debemos actuar.

—Tienes razón —afirmé. —¿Qué proponéis?

Senmontu miró hacia la casa de Eurionupis.

—No quiero que mi amigo sufra más daño. No se lo merece. Debemos enfrentarnos a los Udji en otro lugar.

—El embarcadero —dijo Takratis.

Nos volvimos hacia la joven. Ella bajó la cabeza, poco acostumbrada a ser el centro de atención.

—Allí hay barcos, almacenes, mercancía de todo tipo, muchos sitios donde esconderse. Parece más fácil enfrentarse a esos Udji allí que en campo abierto, en un lugar como este.

—Es una muy buena idea, generala Takratis —dijo Senmontu —. Pero tampoco quiero que sufras en un enfrentamiento que no va contigo. Mejor ve a casa con tu madre y tu padre.

—¡No! No es buena idea —dije, en un tono de voz tal vez demasiado alto.

Takratis no se dio cuenta pero la hermana del halcón me miró de soslayo. Yo no podía decir en voz alta que Djaw, su padre, estaba muerto, pero ella comprendió que había pasado algo. Tragó saliva, preocupada.

—Rafel tiene razón. Ahora que pienso, quizás estés de

momento más segura a nuestro lado. Si te dejo sola tal vez te ataquen esos monstruos camino de casa.

—Sí, es buena idea —repuso Takratis, castañeteando los dientes—. No quiero quedarme sola.

Sin perder un segundo más, nos pusimos en marcha. Corrimos con todas nuestras fuerzas hacia el embarcadero. La casa de Eurionupis quedó atrás y no hubo tiempo ni de despedidas. No podíamos retrasarnos ni un solo instante.

Tuve la tentación de convertirme de nuevo en halcón, pero era un proceso agotador, no sabía cuántas veces podía cambiar de forma en un día. Además, no quería alejarme de Senmontu ni de Takratis, así que decidí avanzar a su lado.

Los Udji nos perseguían de cerca. Podía escuchar sus aullidos y el retumbar de sus pies contra el suelo. El aire estaba cargado con su presencia opresiva y a cada paso sentía como si estuviera llevando un enorme peso sobre mis hombros. Me ardían los pulmones por el esfuerzo. Sentí de nuevo el impulso de echarme a volar, pero sabía que debía quedarme junto a mis amigas.

Noté un zumbido. Un destello de dolor atravesó mi cabeza cuando una piedra golpeó mi sien. Mis piernas flaquearon y caí de bruces, aturdido. Los Udji se movían rápidamente, sus figuras sombrías se abalanzaban sobre nosotros. Y nos lanzaban piedras y palos, todo lo que tenían a su alcance o encontraban en el camino.

Justo en ese instante, mientras me precipitaba al suelo, un grito poderoso rompió el silencio.

—¡Neftis, la señora del Templo, os ordena que regreséis al otro lado! ¡Regresa cuerpo a la muerte, ese es tu lugar.... el Ojo Sano es tu guardián!

Era la voz de Senmontu, resonante y majestuosa. Un brillo luminoso emanó de sus manos, desatando rayos de energía en forma ovalada, que se arremolinaron en un torbellino de poder. Los Udji, que un instante antes parecían invulnerables, fueron arrastrados por la tempestad de luz. Sus cuerpos se desvanecían a medida que el viento mágico los envolvía, convirtiéndose en simples motas de polvo que se dispersaban en el aire.

El silencio se apoderó del lugar una vez más, solo roto por nuestras respiraciones agitadas y el zumbido residual del hechizo de Senmontu. Levantándome con dificultad, miré a mi alrededor, todavía tratando de asimilar lo que acababa de suceder. La poderosa magia de Senmontu había barrido a los Udji, pero el peligro aún no había pasado.

En lontananza pude divisar otra legión de Udji que corría en nuestra dirección. Y tras ellos una tercera, pues no paraban de descender en oleadas desde el Cerro de las Ánimas.

—No… no tengo ni idea de cómo he hecho esto —balbuceó Senmontu—. Pero venga, Rafel. Ponte en pie. Tenemos que llegar al embarcadero.

Toqué mi cabeza. Un pequeño rastro de sangre tiñó mis dedos.

—No es nada —dije, decidido— Sigamos. No hay tiempo que perder.

36

LA BATALLA DE LOS CUATRO MAGOS
2-El mago Bytan

(Año 158 Antes de Cristo)

El embarcadero apareció ante nosotros. Era una reliquia del pasado: una estructura sencilla, de madera desgastada por el tiempo y el salitre del mar. El muelle se extendía unos pocos metros sobre el agua, con pilotes que mostraban signos evidentes de erosión. A ambos lados del muelle, se podía ver cómo el agua del Nilo lamía con suavidad las bases, dejando en ellas una fina película de espuma. A lo lejos, unas cuantas aves revoloteaban sobre la superficie del agua.

Al llegar, buscamos rápidamente un lugar donde ocultarnos. No queríamos correr el riesgo de ser descubiertos por los Udji. Necesitábamos descansar y trazar un plan que consiguiese derrotarlos. Fue entonces cuando una figura familiar emergió de la sombra de una higuera cercana. Era Sejmet, ataviada con la túnica gris de la compañía fluvial Hapi, que gestionaba los viajes entre la capital de Egipto y Harmonía.

—¿Senmontu? —exclamó la mujer con asombro al reconocer a su amiga. —. ¿Qué te sucede?

La joven, con el rostro bañado en sudor, contestó con voz entrecortada:

—Me persiguen. No tengo a dónde ir.

Al verla en ese estado, Sejmet se apresuró a preguntar:

—¿Quién te persigue?

—Es una larga historia —suspiró Senmontu, echando un vistazo atrás como si temiera que pudiese aparecer un enemigo en cualquier momento—. Pero necesito un lugar seguro para esconderme y reponer fuerzas.

Sejmet asintió comprensiva.

—Ven conmigo. En la sede de Hapi estarás a salvo. Nadie entra en las oficinas salvo los trabajadores. Y estamos en el cambio de turno. Ahora mismo no hay apenas nadie.

Caminamos hacia el edificio de la compañía fluvial atravesando una hilera de viejos almacenes. Descubrimos que era una construcción de dos plantas, de piedra y adobe, con ventanas estrechas y una puerta robusta. Al cruzar el umbral, el ambiente cambió. La temperatura del interior era notablemente más fresca, y el silencio era casi palpable. El suelo de mosaico reflejaba la luz de las lámparas que colgaban desde el alto techo.

Aunque tenía un aspecto modesto por fuera, el interior revelaba una sorprendente riqueza de detalles y las paredes encaladas mostraban frescos coloridos que relataban historias de viajes y comercio marítimo.

Sejmet nos condujo a una habitación en la parte posterior del edificio, lejos de cualquier posible intruso. Era espaciosa y estaba amueblada con lo esencial: algunas esteras en el suelo, cojines apilados en una esquina y una lámpara de aceite colgada en el centro del techo, que proyectaba una luz tenue y cálida. Exhaustos por los recientes acontecimientos, nos desplomamos en el suelo, agradecidos por el refugio que nos ofrecía aquel lugar.

—Aquí estarás a salvo, Senmontu —afirmó Sejmet mientras cerraba la puerta—. Esta es la sala más protegida de la compañía. Aquí podréis hablar con tranquilidad y solucionar vuestros asuntos.

Aunque era evidente que Sejmet pensaba que nuestros problemas eran poca cosa, apenas una riña de chiquillos, la hermana del halcón sonrió con gratitud. Su rostro mostró, por primera vez en horas, un atisbo de alivio.

—Gracias, amiga.

Sejmet la abrazó y abandonó la estancia. Nos quedamos a solas. Luego de un minuto de silencio, Takratis fue la primera en hablar.

—A ver… todo esto me supera. Magos, muertos que vuelven a la vida, asesinos que bajan del Cerro de las Ánimas chillando como locos, muchachos guapos que se transforman en halcones —me miró y

se sonrojó— y no sé qué más va a pasar ahora ni si…

—Si me permites —la interrumpí—, os voy a explicar lo que creo que está sucediendo.

Takratis se sentó. Soltó un bufido.

—¡Por fin!

Abrí la boca para hablar. Aunque brevemente, Bytan y yo habíamos intercambiado información y creíamos haber resuelto parte del enigma. Debía contarles la verdad. Pero me detuve. Miré a Senmontu.

—Lo que me vas a contar ni mi propio padre pudo aceptarlo, marchó a Alejandría a buscar respuestas y allí solo encontró la muerte —dijo—. ¿Crees que estamos preparadas para saberlo?

Reflexioné. Los Udji nos perseguían, también el Consejo de Notables, Senai, Antígono, el alguacil Jentamentiu y quién sabe cuántos enemigos más. Si no estaban preparadas, tendrían que estarlo.

—¿Tenemos alternativa? —repuse.

—Creo que no.

Senmontu tomó también asiento.

—Venga, suéltalo todo.

Me relamí los labios. Era difícil empezar esquivando el asunto principal como había hecho de inicio con Bytan. Estábamos en medio de una batalla por nuestras vidas. No podía andarme con rodeos. Así que era mejor dejar las cosas claras desde el principio.

—Neotera murió hace mucho tiempo.

—¿Te refieres a mi hermana?

—Sí.

—Mi hermana está viva, tiene 21 años y reside en Alejandría.

Negué con la cabeza.

—Tu hermana residió en Alejandría hace muchos siglos, aproximadamente dos mil años. He descubierto su tumba y he llegado al interior de las cámaras sepulcrales hoy mismo.

Senmontu parpadeó varias veces, intentando asimilar lo que acababa de escuchar.

—No me creo lo que dices.

—Tu padre tampoco se lo creyó. No es fácil de creer.

La mirada de Senmontu se intensificó. Por un momento pensé que iba a atravesarme.

—Digamos por un momento que doy por buena esa fábula. Dime cómo eso explica lo que está sucediendo. Porque yo debo estar muerta. Y Takratis, Bytan…

—Todos a quienes conocéis están muertos, claro, hace mucho tiempo. Estamos en una tumba.

—¿Dentro de un sarcófago?

—Más o menos. Algunos sí y otros no. Voy a intentar explicarme con más claridad.

—Te lo agradecería.

Me levanté. Respiré hondo. Me coloqué delante de mi interlocutora. Takratis se había ido a un rincón de la estancia. Aquello era demasiado para ella. Se había tapado los oídos.

—Tu hermana murió hace mucho tiempo —comencé con voz firme—. No sé de qué, no sé la causa, no sé la edad. Pero si sé que una parte de ella tenía una deuda contigo. Desconozco lo que te pasó, Senmontu; tal vez murieras joven y Neotera se sintiera culpable, es solo una hipótesis. El caso es que en lugar de enterrarse ella sola, Neotera construyó una tumba familiar. En ella, en la tumba que he descubierto, colocó los sarcófagos de Maakheru, Bytan, Apolonia y el suyo propio.

—¿El mío no está?

Suspiré.

—Yo no lo he visto. Y no había más cámaras sepulcrales. Sin embargo, Neotera quiso que estuvieras presente de una forma… simbólica, por así decirlo. Y mandó construir una caja de *ushabtis* muy especial, una para todos los integrantes de la tumba.

—Los *ushabtis*, Rafel, son sirvientes de ultratumba para un solo difunto. Cuando este despierta en el otro mundo los tiene a su disposición para que le sirvan.

—Lo sé. Pero en este caso hay una sola caja para todos los que están en la tumba. Así que toda la familia estáis juntos en la otra vida siendo agasajados por vuestros *ushabtis*. La caja es muy curiosa, tiene dos compartimentos, dos mundos separados. Y en la tapa exterior, está

tallado el rostro de Neotera, una mujer madura con un pelo muy largo adornado con una doble cinta griega, una “taenia”. Junto a ella una mujer joven de aspecto egipcio, con el pelo más corto. Esa eres tú. Esa es la forma que encontró tu hermana de que estuvieras presente en la tumba aunque tu cadáver no se halle con el resto de tu familia.

Senmontu me observaba con ojos desorbitados, pero no parecía dispuesta a hablar en ese momento, así que proseguí:

—Al principio dudé sobre si tu hermana era el habitante principal de la tumba. Pensé que Filipo era la otra posibilidad. Pero luego recordé las dos efigies femeninas y até cabos. Ahora estoy seguro. Solo puede ser Neotera. Y los ushabtis, claro, son…

Callé. Vi una luz brillar en los ojos de la hermana del halcón. Había comprendido por fin. Asintió lentamente.

—Soy un *ushabti*. Eso es lo que crees. Soy una figura de madera, una cosa sin vida…

—No. Estás viva en el otro mundo, el Bello Occidente.

Senmontu entrelazó nerviosamente las manos en su regazo.

—Hay algo que no comprendo. Bueno, hay muchas cosas que no comprendo. Pero para empezar te diré que no me parece que estemos en la otra vida, agasajados por miles de sirvientes de ultratumba. Esto no me parece un paraíso: así no había imaginado yo, ni nadie, el Bello Occidente.

—Es evidente que algo salió mal, terriblemente mal. Pero eso tiene que explicártelo tu abuelo.

—Mi abuelo no sabe dónde estamos. ¿Cómo nos va a encontrar?

—Oh, nos encontrará. Solo tiene que seguir el rastro de los Udji. Y ellos se están dirigiendo a nuestro encuentro, al embarcadero.

En ese instante se escuchó un relámpago ensordecedor, seguido de varias explosiones que sacudieron el suelo.

—Creo que ya ha llegado —dije.

El aire estaba cargado de electricidad cuando Senmontu y yo salimos de nuevo a la calle. A lo lejos, un resplandor brillante y casi cegador nos llamó la atención. Allí estaba Bytan, envuelto en un halo de luz dorada. Su figura se hallaba elevada, a varios metros de altura,

su piel irradiando un destello en tonos ámbar que se reflejaba en las fachadas de las edificaciones circundantes.

Sombras oscilantes revoloteaban, creando un contraste marcado con el fulgor resplandeciente que emanaba de Bytan. Eran los Udji, criaturas que parecían retazos de la mismísima oscuridad, moviéndose frenéticamente, tratando de escapar de ese faro de luz que los arrastraba hacia su perdición.

La energía que Bytan liberaba era inmensa. Cada palabra que pronunciaba resonaba con un poder que hacía vibrar los cielos. Los Udji, atrapados en su hechizo, eran arrastrados como una marea invisible hacia el río, cayendo en él como estrellas fugaces que se desvanecían en el abismo acuático.

Los ecos de sus chillidos resonaban, desesperados, mientras el agua los acogía, silenciando sus lamentos. El Nilo se agitó violentamente hasta que, con un último rugido, volvió a su calma habitual.

Senmontu y yo nos quedamos allí, con la boca abierta, testigos de un poder mágico que nunca antes habíamos presenciado. Bytan se acercó entonces hasta donde estábamos y nos dijo:

—No creáis que esto ha terminado. Solo acaba de empezar.

37

LA BATALLA DE LOS CUATRO MAGOS
3-El mago Rafel

(Año 158 Antes de Cristo)

—Nunca supe quién era la bestia que habita en la sombra —dijo Bytan—. Solo sabía que estábamos en su infierno, en el Lago de Fuego que describe el Libro de los Muertos. No había paraíso para nosotros.

El ambiente, dentro de la sala que nos había prestado Sejmet en la compañía fluvial, era de una calma tensa. La lámpara de aceite colgada del techo proyectaba una luz tenue que bailaba con las sombras. El anciano parecía inmensamente cansado cuando dijo:

—En el momento en que Rafel me describió nuestra tumba familiar, las dos efigies grabadas en la caja de *ushabtis*, y que la moradora principal podía ser una gran dama griega, se hizo evidente que solo podía ser Neotera. Y entonces todo cobró sentido. Nosotros estamos en un fragmento de su vida, su existencia en Harmonía. Aquí ella tenía su parte egipcia, por así decirlo, esa parte que siempre ocultó.

—Pero la caja de *ushabtis* tiene dos partes, dos compartimentos —intervine.

—Cierto. La otra parte se conecta con nosotros a través de una puerta, cuya llave obra en mi poder.

Bytan sacó una bolsa y de ella extrajo la llave, de un dorado resplandeciente. Medía alrededor de quince centímetros.

—No la he sacado de esta bolsa en décadas —dijo, dándole vueltas al mango, donde estaba tallada la silueta de un escarabajo sagrado, el *khepri*, símbolo de la creación y la transformación.

El anciano frunció el ceño y añadió:

—Un día comencé a sospechar que este mundo no era real. No

del todo. ¿No os habéis fijado que muchos rostros se repiten? ¿Qué un hombre al que conocemos como barquero… tras su muerte reaparece con otro nombre, otra función, en otro lugar? Es como si todo estuviera construido a partir de un molde limitado. A veces, siento que las mismas situaciones se reviven una y otra vez, como en un bucle interminable. Es como si estuviéramos atrapados en un sueño del que no podemos despertar.

Bytan jugueteó con la llave. La hoja es decir, la parte que entraría en la cerradura, era inusual. En lugar de dientes rectos, poseía una serie de curvas y círculos entrelazados, casi como un patrón laberíntico.

—Yo entonces me llamaba Jeper y era el Custodio de la bestia. Abría para ella, todos los días, una gran pórtico en el Cerro de las Ánimas, la puerta del segundo compartimento de la caja de *ushabtis*. Ahora lo sé. Entonces solo lo intuía.

—¿Y qué pasó? —quiso saber Senmontu, inclinándose hacia adelante, mostrando un interés genuino. Tal vez comenzaba a creer aquella increíble historia.

—Pasó que en una ocasión abrí la puerta estando solo. Lo tenía prohibido. Pero quería saber qué había al otro lado. Y lo que vi me espantó. El Que Habita Entre Las Sombras se avergonzaba de algo, tenía un secreto terrible, algo tan espantoso que no le ha permitido disfrutar de la otra vida. Al otro lado de la puerta estaba la Alejandría de sus años de madurez, con cuarenta o cincuenta años. Allí deambulaba la momia, sola, inmensamente desgraciada, llorando su crimen. Por desgracia, notó que la había traicionado, que había usado la Llave de las Puertas del Inframundo sin su permiso. Sabía que descargaría su ira sobre mí. Cerré la puerta y me marché, dejando ambos mundos sin conexión y a la bestia en el otro compartimento. En Harmonía recuperé mi nombre verdadero, me casé y fundé una familia. La bestia nunca imaginó que, siendo Egipto tan grande, regresaría al lugar donde comenzó todo, a Harmonía. Me creí a salvo.

—Porque la bestia no tiene acceso a nuestro mundo —dijo Senmontu.

—No puede venir directamente mientras esté encerrada en el

otro lado de la caja. Tiene a sus *ushabtis*, por supuesto, pero no puede hacerse corpórea en este lugar a menos que la Puerta vuelvan a ser abierta.

Recordé entonces las enseñanzas de mi padre. El conjuro de las estatuillas *ushabti* estaba escrito en el "Capítulo 6 del Libro de los Muertos". Este conjuro era crucial para "activar" al *ushabti* y que realizase las tareas en nombre del difunto. Senmontu estaba pensando lo mismo que yo.

—¡Tú también eres un *ushabti*, abuelito! —dijo la joven alzando la voz—. Si se te convoca o se te ordena hacer cualquier labor en el Más Allá, obedecerás. Cuando se realice cualquier trabajo, dirás: ¡He llegado! ¡Estoy a tu servicio!

—Todos somos *ushabtis* —repuso el anciano—. Y el conjuro que has dicho es correcto, es el que se usa para revivir a un *ushabti* tradicional, un Udji.

—¡Un Udji es un *ushabti*! ¡Son la misma cosa! —exclamó Senmontu.

—No exactamente —explicó Bytan—. Un Udji es un sirviente de ultratumba con el conjuro tallado en su base. Es intercambiable. El difunto puede llamarlo para que le abanique, para hablar con él, para que le traiga fruta o lo que desee. Puede quitarle su nombre y su función, su vida entera. Puede ser por la mañana un escriba en Alejandría y por la noche un criminal convicto o un loco que baja el Cerro de las Ánimas para combatir a los enemigos de la bestia. La momia te arrebata tu vida y te reinicia a voluntad. Eres un muñeco. No eres nada. Y por eso no tienes luz de alrededor.

—Es terrible —murmuré.

—Cierto. Pero hay otro tipo de *ushabti*.

Me di una palmada en la frente.

—¡Los que tienen nombre! —exclamé— Son especiales y por eso no quedaron afectados cuando alejé a la momia de la caja de *ushabtis*. Cuando el tiempo se congeló, ellos siguieron existiendo.

—Exacto, Rafel. Esos *ushabtis* “especiales” tienen grabado, en lugar del conjuro para reanimarlos, su nombre en el mundo real. No pueden activarse ni desactivarse tan fácilmente, son personas del

pasado del difunto. Uno de ellos, de hecho, es el propio difunto.

—Por eso Neotera puede estar aquí, en este mundo, y al mismo tiempo ser la bestia de la sombra —dijo Senmontu.

Todos comprendimos entonces el alcance de aquella revelación. Neotera, la persona a la que conocíamos, probablemente no sabía quién era en verdad.

—Los *ushabtis* con el nombre grabado son difíciles de convencer para realizar una nueva tarea con una nueva personalidad —reveló el anciano—. Y si se les persuade por la fuerza, como a mí cuando me transformaron en Jeper, a menudo se rebelan y buscan retomar su identidad inicial.

Senmontu bajó la vista, como si estuviera reflexionando sobre todo lo que había escuchado.

—Digamos que por un momento me creo lo que contáis. Aunque todo eso sea cierto, ¿qué pretende Neotera? ¿Por qué está haciendo todo esto?

—Es sencillo —repuso Bytan—. Quiere que le devuelva las llaves y retomar el infierno para sus dos mundos.

—No comprendo, abuelito.

—Verás. Aquí vivimos en un mundo imperfecto, con gente mala y buena, con momentos de felicidad y de tristeza, como la vida en el mundo real. Pero si tu hermana vence y la puerta se abre vendrá con toda su ira a Harmonía, a todo el Egipto de su infancia, y esto volverá a ser el Lago de Fuego, el mismísimo infierno. Ella no puede evitarlo. La culpa por lo que hizo le impide llegar al Bello Occidente. Neotera podría hacer de esto un paraíso con solo desearlo, pero no puede porque se odia a sí misma. No sabemos qué fue esa cosa tan terrible que sucedió ni qué relación tiene contigo, mi niña. Pero sí sabemos que, a causa de ella, día a día, año a año, siglo a siglo, se ha ido pudriendo por dentro y convirtiéndose en esa momia que afila su hacha de carnicero. Tú también la has visto en sueños.

Una leve sonrisa se formó en los labios de Senmontu, indicando que empezaba a entender.

—¿Qué hacemos entonces para expulsar a la bestia? Ahora que tenemos grandes poderes mágicos seguramente seremos capaces de…

—No —la interrumpió el anciano.

—¿No? ¿A qué te refieres?

—No tenemos grandes poderes mágicos.

—Pero yo… pero ambos hemos combatido a los Udji y los hemos derrotado usando la magia.

—La bestia está conectada con nosotros. No sé cómo ni por qué. Tal vez Rafel acabe por descubrirlo si consigue regresar a la tumba.

Bytan se volvió hacia mí. Le guiñé un ojo.

—Sea como fuere —prosiguió el anciano—, cuando la bestia mandó a unos pocos Udji a buscarnos, mientras mantuvo un perfil bajo en sus actuaciones, nuestros poderes eran moderados. Me costó enfrentarme a Dryton y Senai casi me mata, ¿recuerdas, Senmontu? Entonces no me sentía invencible, no me sentía un mago. Pero ahora El Que Habita Entre Las Sombras ha desatado todo su poder. Dispone de poco tiempo porque han entrado en su tumba. Debe restaurar el orden y regresar a su sarcófago. En su desesperación, nos ha dado temporalmente a nosotros también un gran poder. Muchas veces me pregunté por qué, cuando me encontró, no mandó en masa a sus Udji desde el Cerro de las Ánimas como ha hecho hoy. Ahora lo sé. Sus habilidades mágicas y las nuestras se contrarrestan. Así que va a dejar de mandar a los Udji. Sabe que los derrotaremos.

—¿Y qué hará entonces? —tercié.

—No tengo claro lo que hará. Pero sé lo que yo haría.

Tanto yo como Senmontu le miramos inquisitivos. El anciano aumentó el volumen de su voz:

—Ya os comenté que la bestia me robó una vez la personalidad y me convirtió en Jeper, el Custodio de las Puertas. Solo puede hacerlo con unos pocos *ushabti* con nombre a la vez. No somos Udji, no somos arcilla en sus manos. Tenemos vida propia. Yo, si fuese la momia de Neotera, trataría de destruirnos tomando posesión de las personas que están a nuestro alrededor y tienen su nombre real tallado en su *ushabti*.

En ese momento se escuchó un gruñido. Takratis, que se había tapado de nuevo los oídos mientras hablábamos, refugiada en un

extremo de la estancia, se había incorporado. Lanzaba espumarajos por la boca. Y nos miraba con odio.

—¡Jeper, ladrón! ¡Devuélveme la Llave de las Puertas del Inframundo!

La bestia la había poseído.

El ambiente en la estancia cambió en un instante. Takratis, con su mirada enloquecida y su postura amenazante, se erguía como una fiera lista para atacar. La luz de alrededor, su aura, había cambiado, ahora era roja como la sangre y negra como el más hondo de los abismos. Sus pies, flotando sobre el suelo, comenzaron a deslizarse hacia nosotros.

—¡La llave es mía! —susurró con una voz que no parecía humana.

Bytan se adelantó. Formó un círculo protector alrededor de nosotros con una rápida serie de gestos y letanías mágicas. Pero Takratis no se arredró. De un puñetazo arrojó al anciano contra la pared más próxima, golpeándole con una fuerza sobrenatural.

—¡Abuelito! —gritó Senmontu mientras corría hacia él, pero fue interceptada por Takratis, que la agarró del cuello y la levantó del suelo.

Actué instintivamente. Transformándome en halcón, me lancé hacia Takratis, arañando su rostro con mis garras. La distracción fue suficiente para que Senmontu se soltara.

Bytan se alzó tambaleándose. Estaba herido pero se sumó a la lucha. Ayudado por su nieta, lanzaron una ráfaga de energía tras otra sobre Takratis. Sin embargo, la entidad dentro de ella parecía absorber cada ataque, haciéndola aún más poderosa.

—¡Dame la llave! —gritaba la poseída—. Dámela o juro que os destruiré.

El anciano pronunció un encantamiento antiguo, intentando contener a Takratis. Por un breve instante, una red luminosa la envolvió, pero pronto se desvaneció, dejándola libre nuevamente.

El enfrentamiento parecía no tener final. Cada ataque, cada intento de someterla, solo parecía alimentar su furia. Pero Senmontu consiguió derrotarla con un último conjuro. Aunque tal vez fuera la

fuerza de la amistad.

—Takratis, sabes que te quiero mucho. Vuelve, querida. ¡Regresa a ti, libérate! ¡*Senet heru ankh em ka sa*! —chilló la joven.

Se escuchó un grito de agonía. La bestia abandonó el cuerpo de Takratis. La joven cayó al suelo, exhausta, inconsciente, pero libre.

—Hemos eliminado al primer enemigo —dijo Bytan, sentándose en el suelo, agotado, tocándose el vendaje del abdomen. Pero no sabemos cuántos *ushabtis* con nombre hay en Harmonía, cuántos fueron personas reales del pasado de Neotera y los ha recreado en la caja. Uno a uno, la bestia puede convencerlos para que nos ataque. Al final sucumbiremos.

En ese momento, se escuchó un golpe en la puerta. Era Sejmet:

—¡Devuélveme la llave, maldito traidor!

Senmontu trató de bloquear la puerta, pero su amiga era más fuerte. Bytan se volvió hacia Rafel, como si aquel nuevo ataque ya no le importara.

—En este combate o bien el siguiente o el siguiente… seremos derrotados. Yo creí que mi nieta sería capaz de vencer a nuestros enemigos. La observé desde niña, orgulloso de sus progresos. Es especial, pero también es muy joven, y nuestro enemigo demasiado poderoso. Aún no está preparada. Necesitará de nuestra ayuda.

Lancé un graznido a modo de respuesta.

—En la hora final, Rafel, si consigues regresar junto a la bestia de la sombra… esto es lo que debes hacer.

Bytan se inclinó y me susurró su plan al oído. Lo comprendí. Hice un ruido áspero y cortante con mi pico, como si asintiese ante lo que había oído.

—Todo depende de ti, Rafel —dijo el anciano—. Tu magia no es de este lugar y la bestia no puede afectarte. Ven y tráelo aquí. Con su ayuda podremos resistir un buen rato. Luego, ya se verá.

Comprendí a qué se refería.

—Encontraré a Herophilos —dije en la lengua de las aves.

Con un ágil y rápido movimiento, me lancé al alféizar de la ventana, salí al exterior y abrí mis alas al viento. Atravesé el embarcadero. Descendí en espiral, sintiendo el cambio de las

corrientes de aire a medida que me acercaba al nivel del agua.

La brisa golpeaba mis plumas con cada aleteo, y mis ojos de halcón escrutaban el horizonte en busca de la nave que Herophilos comandaba, la misma que había arrebatado a Filipo y Neotera en Alejandría.

Después de un tiempo que me pareció eterno, divisé en la distancia un mástil solitario que sobresalía en el horizonte. A medida que me acercaba, pude distinguir la majestuosa nave, sus velas ondeando con gracia al viento. A bordo se hallaba solo el mago, aparte de sus dos prisioneros, atados de pies y manos en la camareta central.

Sin perder tiempo, descendí hacia la cubierta. Mi sombra, proyectada por la luz del atardecer, se deslizó sobre las tablas de madera hasta posarse en el hombro de Herophilos. Sus ojos oscuros se encontraron con los míos y, por un instante, sentí la inmensidad del poder que emanaba de él.

—¿Llego a tiempo para la batalla final? —preguntó con voz grave.

Lancé otro graznido.

—Estupendo —dijo él, sonriendo—. Lo estaba deseando.

38

LA BATALLA DE LOS CUATRO MAGOS
4-El mago Oscuro
(Año 158 Antes de Cristo)

El embarcadero estaba bañado por la pálida luz del crepúsculo, y las sombras alargadas de una decena de cuerpos humanos tendidos en el suelo se extendían como dedos esqueléticos que señalaran hacia las aguas. Habían sido derrotados por Bytan y Senmontu. Pero la legión de enemigos no cesaba. Ahora se enfrentaban a Djaw, que había despertado del sueño de los muertos.

Batí mis alas, desconcertado. Había visto con mis propios ojos cómo Djaw había caído horas antes. ¿Cómo podía ser que estuviera allí, en pie, combatiendo contra sus amigos? Mis ojos recorrieron el embarcadero, buscando alguna pista. Vi los cuerpos del alguacil Jentamentiu, Sejmet, Clito, Senai, Antígono, Petámenos y Aristón. Parecía que al final el Consejo de Notables había dado con Senmontu. Entonces, una oscura revelación cruzó mi mente: sí, claro, había sido la bestia la que los había guiado hasta allí. Los había poseído como a Takratis. Aquella criatura omnipotente y malévola tenía el poder de controlar a los muertos, de jugar con sus marionetas en un grotesco teatro.

Herophilos observaba desde cierta distancia la escena, su silueta destacando contra el resplandor del atardecer que se reflejaba en el agua. El barco, con sus velas medio izadas y meciéndose al compás del viento, se acercaba peligrosamente al embarcadero. Finalmente atracó con un crujido sordo.

El combate se intensificó. Djaw, con una fuerza sobrehumana, asestó un golpe a Bytan, quien fue enviado al suelo con un estruendo. Lanzó un grito de dolor.

Sin embargo, Senmontu, contratacó entonando un poderoso encantamiento. Las palabras, antiguas y atronadoras, llenaron el aire,

creando un torbellino de energía que envolvió a Djaw. Este gritó de agonía mientras su cuerpo era consumido por el poder del hechizo. Finalmente cayó al suelo, inerte.

Ambos, Bytan y Senmontu, respiraban con dificultad, agotados por la intensidad del enfrentamiento. La joven se apoyó en su abuelo, y ambos intercambiaron una mirada de alivio.

Herophilos saltó al embarcadero y se acercó lentamente.

—Hola, Oscuro —dijo Bytan—. Llegas en el momento justo.

—Hace tiempo que contactó conmigo —reconoció Senmontu —. Pero me dijo que no te contase nada.

—Eso es porque me detesta —dijo Herophilos.

Bytan negó con la cabeza. La herida de su abdomen sangraba profusamente.

—No te detesto. Solo es que me pareces una burla, una mala copia.

—¿Una copia? —se extrañó Senmontu.

—¿No le has dicho quién eres? —se extrañó el anciano.

—No necesitaba saberlo —dijo Herophilos.

En ese momento, la perra Amait descendió del barco. Había estado hasta ese momento en la proa, como un vigía. Pero decidió acercarse a su amo, colocándose como siempre a su diestra.

Senmontu miró a la anciana perra. Algo le llamó la atención. Un recuerdo le asaltó desde alguna parte de su mente. Pero no alcanzó a atar cabos. Luego miró a Herophilos, el mago Oscuro. Vestía una túnica griega, clásica y fluida, que caía hasta sus tobillos, pero estaba adornada con intrincados bordados egipcios que mostraban patrones de lotos y jeroglíficos. Un cinturón dorado, representativo de la riqueza del Nilo, abrazaba su cintura y sostenía una corta capa azul oscuro que le daba un aire de autoridad. Sus sandalias, de fino cuero y con tiras cruzadas, completaban el conjunto.

Ya no vestía con un sencillo taparrabos. Su papel como jefe de los Udji había concluido. Ahora mostraba su verdadera personalidad. Al mirarlo, Senmontu sintió que un recuerdo intentaba aflorar a la superficie. ¿Dónde le había visto antes?

No, no lo había visto antes. Pero había visto una

representación suya… una… oh, por todos los dioses.

Un hombre vestido elegantemente, un hombre poderoso con una perra enorme, anciana, sabia. Senmontu volvió entonces la vista hacia mí, aún en forma de halcón, de pie sobre la barandilla del barco.

—Un hombre, una perra y un halcón —dijo entonces Senmontu —. Son las tres figurillas con las que siempre jugaba Maakheru.

Senmontu meneó la cabeza.

—¿Quién eres, Oscuro? ¿Por qué mi abuelo dice que eres una mala copia? ¿Una copia de quién?

Oscuro tenía una expresión grave en el rostro cuando se acercó a la joven. —Has atado cabos pero supongo que es difícil aceptarlo. Será mejor que sea yo quien te diga mi auténtica identidad.

—Sí, claro. Por favor.

—Soy Maakheru. El Maakheru que nunca tuvo la oportunidad de ser. Herophilos era mi nombre griego. ¿Lo habías olvidado? Tú siempre decías que no tenía nombre griego. Pero ambos lo tenemos, nos obliga la ley. Yo soy Maakheru y Herophilos; tú eres Senmontu y Nicarion. ¿Recuerdas las clases de Petámenos? ¿Recuerdas que te pegaba por no reconocer que tenías un nombre griego?

Senmontu miró a Herophilos con desprecio.

—¿Así que Maakheru, el hermanito que conocí, nunca existió en realidad?

—Claro que sí. Solo que murió de niño y la persona que construyó la tumba y la caja de los *ushabtis* soñó con verlo de mayor. Soy el reflejo de un sueño, de una esperanza que nunca llegó a ser. El que no existió, en todo caso, fui yo.

—Entonces, ¿todo esto es una ilusión? —se quejó Senmontu, con un matiz de rabia en su voz.

—No exactamente —contestó Herophilos con cautela—. Estamos en una realidad construida a partir de los deseos y anhelos de un difunto. Eso es el Bello Occidente, el paraíso egipcio. Es tan real como cualquier sueño puede llegar a serlo. Solo que dura eternamente.

—Pues a mí todo esto me parece una farsa, una broma ridícula —susurró Senmontu, mirando a su alrededor como si estuviera

viéndolo todo por primera vez —. Ojalá acabe esta pesadilla de una maldita vez.

—Lo siento —dijo Herophilos; su mirada reflejaba una tristeza profunda—. Si pudiera cambiar este mundo o hacerlo desaparecer, lo haría.

—Tal vez podamos —dijo Bytan—. Si esto es un sueño, debe haber una manera de despertar.

Pero el anciano se equivocaba. En ese momento se escuchó un aullido terrible. Por el camino llegaba Eurionupis, lanzando aullidos, como si hubiera perdido la razón.

—¡Devolvedme la llave! ¡La necesito!

Los gritos desesperados de Eurionupis continuaron. Su rostro estaba desfigurado por la angustia, sus ojos enfermos, masacrados por la enfermedad, ahora podían ver, pero sangraban por sus órbitas. Los ropajes que llevaba aleteaban detrás de él como las alas de un ave siniestra.

Bytan, Senmontu y Herophilos intercambiaron miradas de alarma. Antes de que pudieran reaccionar, las figuras de Senai y Antígono, quienes hasta hacía un momento yacían inconscientes, comenzaron a levantarse lentamente del suelo. Movidos como marionetas por hilos invisibles, adoptaron posturas de ataque, los ojos en blanco y expresiones vacías.

Desde el edificio de la compañía fluvial, la figura de Takratis surgió a toda prisa, con un brillo malévolo en sus ojos. Se colocó al lado de Eurionupis, y juntos, comenzaron a rodear a los magos por un lado mientras Senai y Antígono lo hacían por el otro.

—¡Eurionupis! —gritó Senmontu— ¡Detente!

—No te escuchará —dijo Herophilos—. La bestia de la sombra es demasiado fuerte.

Bytan, sacando fuerzas de flaqueza, se puso en guardia, listo para el combate. Sus dos nietos le imitaron.

—La bestia está tomando a varios *ushabtis* a la vez —dijo el anciano—. Está usando todo su poder. Por lo tanto, ahora nuestro poder crecerá.

—La bestia quiere derrotarnos por agotamiento —dijo

Herophilos.

—No lo conseguirá —bramó Bytan, lanzándose al ataque contra sus enemigos.

Herophilos dio también un paso al frente. Hizo una seña a su perra, que echó a correr junto al anciano.

—¡Amait! ¡Ataca!

Era el momento decisivo. El combate final. Pero yo no estuve presente. Y fue precisamente porque, cogido con mis garras a la barandilla del barco, me di cuenta de que aquel no era un momento decisivo en absoluto. Los magos ganarían esta vez. Y también la siguiente. Bytan me lo había explicado cuando me mandó a por Herophilos. Cada vez estarían más cansados, pero los *ushabtis* revivirían una y otra vez. Ellos no se cansaban.

Al final los magos perderían. Era solo cuestión de tiempo.

Escuché un grito que provenía de la camareta central. Me alcé, trazando un veloz arco en el cielo y descendí de nuevo hacia el barco. Penetré en la estancia donde debían estar aún atados Filipo y Neotera. El techo era bajo para un ave, y fui saltando entre las vigas de madera que cruzaban la estructura de un lado a otro, hasta que pude ver lo que sucedía.

Primero distinguí a Filipo. Sus ropas estaban arrugadas y manchadas de polvo y sudor. Las cuerdas que apretaban sus muñecas y tobillos habían dejado marcas rojizas en su piel. Pero lo que me llamó la atención fue la herida en su cuello. La perra Amait había dejado una mordida profunda y sangrante que contrastaba vívidamente con la palidez de su piel. Aunque ya no sentía dolor, porque El Que Habita Entre Las Sombras le había poseído.

Los ojos de Filipo se habían vuelto de un negro abisal. Las cuerdas que le ataban parecían más un adorno ahora; la verdadera prisión era la que la bestia de la sombra había tejido en el interior de su mente.

Neotera se había refugiado en una esquina, su mirada cargada de terror y confusión.

—¡Cariño! ¡Qué te pasa, mi amor!

Filipo comenzó a gritar:

—¡Dame la llave, Jeper, maldito traidor!

Neotera se echó a llorar. Filipo aulló de nuevo. La joven egipcia que quería ser griega se puso a chillar también, pero de puro terror.

“Ahora usará sus poderes mágicos”, pensé.

Pero no pasó nada. Los gritos de ambos se redoblaron.

“Neotera, por fuerza, debe tener poderes”, me dije.

Si había entendido bien lo que sucedía, debía tener tantos poderes como los otros magos. O acaso más. A menos que…

Neotera no tenía poderes. O bien no los usaba. Salió de la camareta dando saltos, intentando librarse de las ataduras. No lo consiguió. Luego se tiró al suelo y rodó por las maderas de estribor, tratando de huir de su esposo.

Mis ojos de halcón la contemplaron largamente. ¿Y si estaba en un error?

Solo había una manera de estar seguro. Tomé una decisión. Me elevé rápidamente y abandoné la camareta. Al pasar por el embarcadero, descubrí que la situación allí también se había vuelto caótica. Eurionupis yacía inerte en el suelo, derrotado. Pero Senai, con una fuerza formidable que debía manar de su alma negra, había lanzado a Herophilos al suelo y estaba a punto de asestarle un golpe con un madero.

Senmontu, con un brillo feroz en sus ojos, se precipitó hacia ellos, lanzando un hechizo tras otro. El aire chisporroteaba de rayos, descargas y relámpagos.

Pero yo seguí mi camino. Mi destino era la casa de Apolonia. Allí se hallaba la última pieza de aquel rompecabezas. O bien estaba en lo cierto o bien me equivocaba. Lo irónico del caso era que, si acertaba, solo podía significar que había estado equivocado desde el principio.

Volando sobre el entramado de tejados y callejuelas, divisé a lo lejos la casa y el estanque y finalmente el taller de Bytan. A medida que me aproximaba, pude distinguir la figura de Dryton llamando con insistencia a la puerta. Descendí con suavidad, ocultándome entre las sombras para no ser descubierto.

—¡Apolonia, por favor, ábreme! —suplicaba Dryton, con un tono desesperado en su voz.

La puerta se abrió lentamente y allí estaba ella, con su cabello oscuro cayendo sobre sus hombros. Todavía era una mujer muy bella, pero estaba ojerosa, cansada de luchar.

—¿Qué quieres ahora?

—Amor… la bestia me despertó de nuevo. No tengo culpa. No sé cómo controlarla. Cuando mira en mi interior, tengo que obedecer —confesó Dryton con la mirada baja.

Apolonia parecía exasperada.

—¿Acaso esto no va a parar jamás? —exclamó con frustración —. ¿Cuántas veces tengo que verte morir? ¡Márchate, Dryton!

Pero antes de que pudiera cerrar la puerta, algo extraño ocurrió. Sejmet, la muñeca de Senmontu, empezó a brillar con una luz ambarina. Dryton, entretanto, seguía golpeando la puerta.

—¡Perdóname!

La muñeca bailó en el aire tal y como hacía en manos de Senmontu. Pero ahora era Apolonia la que la hacía moverse. Ella, aunque intentase ocultar su condición, también tenía poderes mágicos.

Aquello era justo lo que había sospechado cuando vi a Neotera huyendo de su esposo. Pero entonces…

Entonces… eso significaba que…

—¡Ábreme! ¡Hablemos! —seguía gritando el Udji.

Apolonia, airada, comenzó a hacer intrincados gestos con las manos. De pronto, una brillante esfera de energía se formó y la lanzó hacia Dryton, quien fue envuelto en el resplandor y, acto seguido, proyectado fuera de la casa, desapareciendo de nuevo en el interior del estanque.

Entonces, Apolonia lanzó un grito de arrepentimiento que resonó en el aire mientras corría hacia las aguas. Sus pies chapotearon mientras se adentraba en el estanque, desesperada por encontrar a Dryton. Finalmente, sus manos hallaron su cuerpo flotante. Lo arrastró hacia la orilla, sosteniéndolo con firmeza contra ella.

—Perdóname, esposo —susurró, su voz rota por el dolor— ¡Qué he hecho! ¡Qué he hecho!

Apolonia meció el cuerpo entre sus brazos.

—Perdóname, esposo —repitió—. Pero es que estoy tan cansada. Tan…

Las palabras se le helaron en los labios. Un gorgoteo inesperado la interrumpió. Dryton, una vez más, volvía a la vida. Con un movimiento brusco, sus manos encontraron el cuello de Apolonia. Ella luchó por respirar mientras su esposo apretaba con fuerza. Pero luego, los ojos del Udji se encontraron con los de Apolonia, llenos de pánico y confusión. Con un sollozo, soltó a su esposa y cayó al suelo, sus manos cubriéndole el rostro.

—Lo siento —murmuró, con la voz ahogada por el dolor—. No sé qué me ha pasado. No quiero ser un monstruo. No quiero continuar así.

Lancé un graznido de hastío. Ya había visto suficiente. Al alzar el vuelo desde la casa de Apolonia, podía sentir el peso de la caja de *ushabtis* que, como a todos los habitantes de aquel infierno, me aprisionaba.

Me elevé hacia el firmamento. Volé sin descanso hasta alcanzar el embarcadero. La batalla que se libraba en tierra era un espectáculo caótico y desenfrenado. Los movimientos de los combatientes formaban patrones intrincados, como un tejido en manos de una hilandera, desgajando fragmentos de lino, creando bordados de raras formas. Senmontu desplegaba un arsenal de encantamientos, dejando estelas de luces centelleantes cada vez que trazaba signos místicos en el aire. Estas luminiscencias formaban barreras, deteniendo las acometidas de sus oponentes y protegiendo a los suyos.

Herophilos y Bytan eran poderosos. Pero incluso con su destreza, la abrumadora cantidad de adversarios comenzaba a mermarles. Nuevas legiones Udji fueron mandadas por la bestia de la sombra, con sus dagas en la mano, rasgando, cortando, buscando la piel de los magos y de la perra Amait.

—Toma. Coge esto —dijo entonces el anciano, cubierto de cortes y magulladuras.

Había alargado su mano hacia Senmontu, que cogió la bolsa que contenía la Llave de las Puertas del Inframundo.

—Abuelito…

—Escucha. No puedo más. Hay que dar tiempo a Rafel para que cumpla su cometido. Aguanta aquí cuanto puedas. En el último instante, antes de la derrota final, debes ir y hacer lo que te he dicho.

Senmontu suspiró. Su abuelo le había explicado cómo derrotar a la bestia. Era una solución desesperada. Pero no tenían ninguna otra opción.

—Lo haré, abuelito.

Cuando Bytan se derrumbó, inconsciente, Oscuro recurrió a los más poderosos encantamientos, pero no fueron suficientes.

Aun cuando el frío metal del cuchillo de Senai perforó la piel de su espalda, produciendo un dolor punzante y ardiente que se extendió por todo su cuerpo, Herophilos no cayó. Podía sentir la humedad de su sangre empapando su ropa, pero siguió luchando por su familia, sus ojos fijos en sus adversarios, sin mostrar miedo ni vacilación.

Finalmente, cuando Jentamentiu, con una mirada cargada de rabia, se abalanzó sobre él, consiguió esquivar el primer golpe de su espada, pero no el segundo, que le dejó una herida profunda en el costado. Sin embargo, Herophilos resistió, gruñendo de dolor y lanzando un contraataque. El tercero en intentar derribarlo fue Petámenos, quien logró asestarle un corte en el brazo derecho. Pero, aun con tres heridas y el cansancio acumulado, el mago Oscuro, con su espíritu indomable, continuó luchando, haciendo uso de cada gramo de fuerza que le quedaba para enfrentar a sus enemigos y proteger a su familia.

Senmontu, por su parte, no dejó tampoco de combatir. Pero incluso la magia tiene sus límites, y a medida que los minutos pasaban, se hacía evidente que estaba al borde del agotamiento.

No quería quedarme más tiempo y contemplar la derrota de mis amigos. Porque Bytan tenía razón: mi magia, mi habilidad para hablar con los muertos y transformarme en halcón, no era de este mundo. Tal vez, precisamente por eso, acaso tuviera el poder de abandonar el infierno si así lo deseaba.

Decidí probar suerte, continuar mi ascenso e intentar buscar

una salida. Yo no servía de mucho en este mundo, pero tal vez podría ayudar desde la tumba… eso si conseguía regresar.

A medida que ascendía, una serie de jeroglíficos comenzaron a brillar alrededor de mí, formando un anillo luminoso que me envolvía. Sentía una resistencia, como si el mundo de los *ushabtis* intentara retenerme, pero empujé con todas mis fuerzas, dejando que el fuego de mi magia, de mi propio poder, me condujera hacia adelante.

Todo se volvió dorado y resplandeciente. Estaba navegando en el tiempo y el espacio, y a mi alrededor podía ver las almas de los difuntos, ascendiendo y descendiendo en su viaje eterno.

Batí mis alas con aún más fuerza y un portal se abrió frente a mí, una cavidad que brillaba con la luz de mil soles. Sin dudarlo, me sumergí en su interior, dejando atrás el paraíso de los egipcios, pero que en realidad era el infierno para todos los que habitaban en él.

Cuando finalmente abrí los ojos, había perdido mi condición de halcón. Volvía ser un muchacho humano y estaba de vuelta en el año 2024. Por desgracia, me hallaba en una cámara sepulcral junto a una momia de dos mil años, una momia que, según la inscripción cincelada en su sarcófago, se llamaba Aukerep.

Una momia, en cualquier caso, muy cabreada.

Mis problemas aún no habían terminado. Pero esta vez tenía un as en la manga: sabía por fin la verdad. Sabía qué estaba sucediendo.

EGIPTO, AÑO 2024

(Memorias de Rafel Collington)

De nuevo en la tumba, miré a mi alrededor. Nada, salvo un manto de silencio. La caja de *ushabtis* estaba abandonada en un rincón, como si hubiese sido desechada por un niño tras perder interés en su juguete.

—¿Dónde estás, Bestia Que Habita Entre Las Sombras? —grité.

Pero no hubo respuesta. Mi voz simplemente resonó por las paredes de piedra, regresando a mí con un eco distante.

Intrigado por su ausencia, decidí intentar con otro nombre. Recordé la inscripción que había leído en el sarcófago.

—¡Aukarep! —llamé con más fuerza.

Pasaron unos segundos que me parecieron eternos, antes de detectar un ruido sordo un par de pasillos más allá. Cogí mi linterna. Aquel sonido se repitió; era un golpe, una especie de entrechocar de rocas.

Venía de la entrada de la tumba, exactamente del mismo lugar por donde yo había accedido. Con cautela, me acerqué, preparado para enfrentarme a cualquier eventualidad. Y ahí estaba ella, la bestia, esta vez la pude ver con total claridad al enfocar hacia ella el haz de mi linterna.

Era una figura grotesca y aterradora, no solo una simple momia, sino un abominación de proporciones inhumanas. Las vendas, aunque descoloridas y desgastadas por el tiempo, no lograban ocultar las cicatrices y costuras que evidenciaban el trabajo de los embalsamadores que habían vaciado su cuerpo en vida.

—¿Qué haces ahí, Aukarep?

La bestia, con movimientos lentos pero decididos, trataba de bloquear la entrada de la tumba. Arrastraba pesadas piedras, una tras otra, apilándolas meticulosamente para cerrar el acceso y bloquear la puerta. El sonido de roca contra roca resonaba por la estancia, mientras poco a poco la luz que se filtraba desde el exterior iba desvaneciéndose. Parecía que su intención era atraparme dentro,

sellando la única salida y condenándome a permanecer eternamente en aquella prisión de oscuridad y desolación.

—Mi padre y sus colaboradores no tardarán en llegar —le dije —. Estás perdiendo el tiempo.

La bestia de la sombra, una caricatura retorcida de lo que una vez fue un ser humano, dominaba su reino de desesperación y putrefacción con puño implacable. Pero conmigo no le iba a ser tan fácil.

Me enfrenté a ella, tratando de mostrar un coraje que no sentía.

—Te he dicho que mi padre está a punto de llega…

—¡Te he oído!

La bestia se volvió. Sus ojos, hundidos en sus órbitas, brillaban con un fulgor antinatural, una mezcla de odio y tristeza infinitas.

—Sé quién eres —dije entonces.

—No sabes nada.

—Sé que no eres Neotera.

Mi adversario soltó una carcajada. El rostro de la bestia estaba arrugado y desecado. La piel, que una vez fue suave y llena de vida, ahora parecía cuero viejo y curtido, pegado a los huesos y estirado por el paso de los siglos.

—Naturalmente que no soy Neotera. Pobre mujer. ¿Sabías que murió con solo veinticinco años? De parto. Nunca llegó a ver colmado su sueño de ser una gran dama griega.

Me tapé la nariz. La bestia apestaba a la podredumbre de la muerte.

—¿Sabes cómo supe que no eras ella?

—¿Cómo?

—Cuando vi los poderes de los magos. Cuando vi los encantamientos que lanzaban, la forma en que derrotaban a los Udji y al resto de tus marionetas. Entonces me di cuenta de que no eran magos.

—¿No?

—Eran difuntos, como tú.

El Que Habita Entre Las Sombras me miró largamente. No dijo

nada.

—Maakheru, también conocido como Herophilos, está en la primera cámara mortuoria —añadí entonces—. En la segunda se hallan Bytan y Apolonia. Ellos compartían contigo la caja de *ushabtis* y todos tenían poderes, los reconociesen o los negasen. ¿Por qué los tenían? Fácil, porque esas figuras encerradas en una caja habían sido concebidas para servirles. Aunque tú mandases a un *ushabti* atacar a Bytan, el anciano siempre podía derrotarlo porque aquel pobre ser era un inferior, una figura de arcilla que se enfrenta a un alma humana. Cuando descubrí que Apolonia también era una maga mis sospechas quedaron confirmadas. Aquellos enterrados aquí, aquellos que comparten esta tumba y la caja de *ushabtis*, tienen poderes mágicos. Y solo ellos.

Los labios resecos y agrietados de la momia se abrieron ligeramente, mostrando una hilera de dientes amarillentos, algunos rotos o desgastados.

—Pero Neotera no tenía poderes —continué—. Filipo fue poseído y ella estaba aterrorizada. Solo quería huir. Así que la descarte de la lista de sospechosos. Ella no podía ser la momia del último sarcófago. Entonces me pregunté, si los magos son difuntos enterrados aquí y conozco la identidad de todos ellos salvo de Aukerep… ¿quién más tiene poderes en este infierno que la bestia de la sombra ha concebido? ¿Quién tiene más poderes que nadie? ¿Quién es el protagonista de esta historia? Al principio no podía creerlo, pero era la única explicación posible: la bestia tenía que ser Senmontu.

La momia esbozó una sonrisa. ¿Era aquello una sonrisa? No lo sé, pero algo se torció en su boca, levantando sus mejillas, acentuando aún más el aspecto esquelético de su rostro.

—Te equivocas. No soy Senmontu.

—No, no me equivoco. ¿Quién pensaba Bytan que podía salvar a toda Harmonía? ¿Quién desde el principio estaba predestinada a rescatar a los pobres habitantes de ese mundo? Y, sobre todo, ¿cuál fue la inscripción que hallé en el obelisco junto a la tumba, la inscripción que marcaba a quién está dedicado este monumento? Fui un tonto por no darme cuenta antes. La inscripción era clara: “Que

Anubis y Hathor protejan a Senmontu". Así que no eres El Que Habita Entre Las Sombras… eres Senmontu, La Que Habita Entre Las Sombras.

La mirada de mi enemiga reflejaba un profundo resentimiento cuando dijo:

—No soy Senmontu. No has entendido nada. Te crees muy listo, pero eres un niño, un crío asustado e ignorante.

Dudé por un instante. Parecía tan convencida cuando afirmaba no ser la hermana del halcón que... No, estaba tratando de engañarme. Era ella. Solo eso tenía sentido.

—No sé lo que te ocurrió pero debes dejar de torturar a tus sirvientes, Senmontu. No sé qué es lo que te obsesiona, tu culpa, tu crimen… pero debes permitirles alcanzar el Bello Occidente, reinar en un mundo feliz y…

La bestia alzó una mano. Cada gesto que hacía era una danza macabra de músculos y tendones que luchaban por mover un cuerpo que debería haber estado en reposo desde hacía siglos.

—Te lo digo una vez más. No has entendido nada. Eres un crío, ya te lo dicho antes. Y tus palabras me lo confirman. No quiero escucharte. Estás perturbando mi descanso y voy a aplastarte como a un gusano.

La Que Habita Entre Las Sombras avanzó hacia mí dispuesta a destruirme, pero sus movimientos eran torpes y previsibles. Mi corazón latía con fuerza. Aunque estaba en mi forma humana, sentía la agilidad y destreza del halcón corriendo por mis venas. La bestia intentó golpearme con sus largos y huesudos brazos, pero anticipé sus movimientos y di un salto, esquivándola con facilidad. Al caer al suelo, di una voltereta para ganar distancia.

¡No estaba nada mal para un crío!

El sonido de una gran roca cayendo al suelo me distrajo por un instante. Alguien estaba tratando de abrir la puerta de la tumba, parcialmente bloqueada por las piedras que había depositado mi enemigo. Mi corazón saltó de alegría al reconocer la silueta familiar en la entrada de la tumba.

—¡Papá! —grité, aliviado y sorprendido a la vez. Su presencia

pareció intimidar a la momia, o quizás simplemente reconoció una fuerza a la que no deseaba enfrentarse, la de alguien vivo y no conectado como yo al más allá.

La bestia retrocedió, gruñendo y suspirando con frustración. Sin perder tiempo, la criatura giró sobre sí misma. Por el rabillo del ojo vi que desaparecía entre las sombras, fiel a su condición. Se perdió camino de uno de los pasillos, buscando refugio en las profundidades de la tumba.

—¡Rafel! ¡Hijo!

Mi padre avanzó empujando las últimas piedras que obstruían la entrada de la tumba. Corrí hacia él, abrazándolo con fuerza.

—¿Estás bien, hijo? Oh, sí, gracias a Dios, estás bien —musitó, tocándome, buscando heridas o rastros de sangre. Su gesto entonces se transformó—: ¿Has perdido la razón, Rafel? ¿Sabes en que lío te has metido?

Le abracé de nuevo. Tenía toda la razón al echarme la bronca. De hecho, me merecía la bronca más gigantesca del maldito universo.

—Perdona, papá. Pero dime, ¿has venido solo? —inquirí, sorprendido al no ver a ninguno de sus ayudantes y colaboradores.

Howard me lanzó una mirada colérica.

—Claro que no he venido solo. Pero el resto del equipo está apuntalando este lugar, palmo a palmo. No has respetado las más elementales medidas de seguridad. Es un milagro que no te pasase nada. Desde el obelisco hasta aquí has avanzado más de treinta metros. Podrías haber acabado sepultado. ¡Deberías haber quedado sepultado! ¡Eso sería lo lógico! Pero has tenido una suerte increíble.

—Ha sido más que suerte. Los dioses egipcios querían que llegase hasta aquí. Y mi madre, su voz, varias voces en realidad… me guiaron.

Howard me miró preocupado. El historial de enfermedades mentales de mi madre sin duda le pasó por la cabeza.

—Bueno, lo importante es que todo ha acabado bien. Luego ya investigaremos y catalogaremos este descubrimiento que has hecho. Ahora salgamos afuera y…

—No, por favor, papá. Hay algo que debo hacer antes. Y

necesito tu ayuda.

Mi padre hizo una mueca.

—¿Qué necesitas?

—Solo un poco de información. He encontrado varios nombres griegos en sarcófagos en esta tumba. Uno de ellos, Apolonia, lo pude traducir porque lo he visto escrito otras veces. El resto eran egipcios y los pude leer sin dificultad. Pero hay uno que no pude descifrar.

—¿Y no puedes esperar a traducir esa inscripción?

—Por favor —insistí.

Howard suspiró.

—Dime.

—En la inscripción ponía "Aukerep".

Un instante de duda. Mi padre pareció reflexionar.

—Te has dejado una letra al limpiar el cartucho. Es Naukerep.

—Naukerep, sí, puede ser. ¿Cómo se escribe ese nombre en griego?

—Naukerep, Nekerep, Nikerep, es raro pero lo he visto una docena de veces en textos antiguos. Significa…

Cuando oí el nombre en labios de mi padre, di un respingo. Casi me caigo de espaldas. Tuve que sujetarme apoyándome en uno de aquellos viejos muros de piedra.

¡Oh, claro, aquello lo explicaba todo! ¡Era un idiota! Bytan mismo me lo había dicho: la bestia de la sombra era una gran dama griega de unos cincuenta años. La había visto brevemente cuando abrió las Puertas del Inframundo y miró el otro compartimento de la caja de *ushabtis*.

Tendría que haberme dado cuenta. Aquel nombre que me había revelado mi padre, no solo señalaba la identidad de mi enemigo sino que ahora sabía la razón de su rabia, de su odio, de que se despreciase a sí misma y no pudiera alcanzar el Bello Occidente. Ella misma se había negado el paraíso en la otra vida.

—Papá, quiero pedirte un último favor.

—No abuses de mi paciencia.

—Es algo completamente necesario. Algo que debo hacer solo. Tengo que cruzar ese pasillo y entrar en la última cámara mortuoria.

—Vámonos. Ya entrarás cuando hallamos asegurado toda esta excavación improvisada que has montado.

—Por favor, te lo ruego.

Mi padre resopló.

—Vale, pero te acompaño.

—Debo hacerlo solo. Ya te lo he dicho. Espera afuera si quieres.

—Pero…

—¡Papá! Solo cinco minutos. Te lo prometo.

—Si eso sirve para que nos vayamos de una vez, de acuerdo.

Unos segundos después, avanzando entre muros cubiertos de inscripciones y jeroglíficos, llegué a la cámara donde debería haber dormido el sueño eterno Naukerep. Mi padre se detuvo a pocos metros, respetando mi deseo de privacidad.

La estancia que se extendía ante mí estaba envuelta en una profunda oscuridad, solo interrumpida por la débil luz de mi linterna. En el centro, la caja de *ushabtis* brillaba con un resplandor casi etéreo, imbuida de una energía que trascendía este mundo.

Allí, de rodillas frente a la caja, estaba Naukerep, la bestia de la sombra. Sus hombros estaban encorvados, la cabeza inclinada y, lo más sorprendente, gruesas lágrimas brotaban de sus ojos muertos y caían al suelo arenoso.

—He oído a tu padre pronunciar mi verdadero nombre —susurró con voz quebrada, mirando hacia mí con profunda tristeza.

—Sí —confirmé, acercándome con cautela.

—No sabes cuánto he padecido. En vida tuve que tomar decisiones terribles. Pero tenía que hacerlo, debía hacer ese sacrificio —continuó, su voz resonando con un eco de desesperación y remordimiento.

Por un momento, el silencio se apoderó de la estancia, hasta que finalmente rompí la quietud. Tenía que decirlo en voz alta. Al repetir su nombre comenzaría a romperse el hechizo que nos tenía prisioneros.

—Lo sé, Naukerep… lo sé, Nicarion —dije.

La bestia de la sombra levantó la cabeza y me miró

directamente a los ojos. Había una súplica en su mirada, un anhelo de ser entendida.

—¿Por qué no me cuentas tu historia? —le propuse, esperando que, al compartir su relato, encontraríamos una manera de liberarnos de aquel ciclo interminable de miseria y dolor.

Nicarion miró hacia la distancia, y por un momento, pareció perderse en sus recuerdos. Con un suspiro, comenzó su relato:

—Antes de esta maldición, antes de este tormento eterno, era Senmontu, una niña que corría libremente por las orillas del Nilo, que disfrutaba de la brisa del desierto y las caricias de su amado Egipto. Era una época de alegría y esperanza, en la que todo parecía posible.

«Pero como sucede con todas las historias, las nubes oscuras acabaron apareciendo. El edicto del faraón cayó sobre todas las mujeres de la tierra negra de Egipto como una guadaña, arrebatándonos nuestras identidades, nuestro valor, nuestra esencia. De la noche a la mañana, pasamos de ser individuos completos a sombras que necesitaban de un hombre para ser aceptadas en sociedad. Y así, todo lo que mi familia había construido con esfuerzo y dedicación nos fue arrebatado. Aristón, ese astuto zorro, no perdió tiempo en despojarnos de nuestras tierras y nuestra dignidad.

«Luché con todas mis fuerzas… quise resistirme a esa nueva realidad. Traté de encontrar refugio en el amor, en la compañía de un hombre humilde: Eurionupis. Pero mi alma no encontraba paz. No podía soportar ver cómo mi madre sufría, cómo Apolonia veía desvanecerse nuestra herencia ante los caprichos y ambiciones de Aristón y Filipo.

«En mi desesperación, abandoné a Eurionupis y viajé a la deslumbrante capital, la gran Alejandría. Estaba decidida a recuperar lo que pertenecía a nuestra familia por derecho, a que mi condición de mujer no me impidiese ganarme la vida igual que un hombre. Puse pleitos, que perdí, amenacé, chillé… pero se rieron en mi cara.

«Crecí y dejé de ser la joven idealista, la luchadora. El tiempo y las circunstancias me moldearon, cambiaron mi identidad, mi esencia; me acostumbré a la derrota. Dejé de ser Senmontu y, un día, me desperté siendo Nicarion.

«Para recuperar lo perdido, para restaurar el honor de mi familia, cambié de nombre. Nadie respetaba en Alejandría a una mujer, y además egipcia. Estaba en el escalafón más bajo de la sociedad. Por debajo de mí solo quedaban los esclavos. Aquella decisión trastocó el curso de mi vida. Decidida a ser alguien a cualquier coste, me uní en matrimonio a Aristón, el mismo hombre que nos había despojado de todo. El poder y la influencia que venían con ese matrimonio me permitieron moverme con libertad y asegurar nuestra fortuna. Como mujer no era nada, pero como esposa de un griego poderoso recuperé parte de mis derechos perdidos. Sin embargo, con el tiempo, Aristón murió y, con su partida, vino la revelación: me había convertido en la mujer que mi hermana Neotera siempre soñó ser, no en la mujer que yo quería ser. Me hallaba en la cosmopolita Alejandría, rodeada de lujos y riquezas, pero todos me veían como a una griega, no como la egipcia que llevaba en el corazón.

«Pasó el tiempo. Me refugié en administradores y testaferros para mantener mi fortuna. Pero al hacerlo, me alejé aún más de quién realmente era… o había sido. Envejecí sola, en Alejandría, cansada de todo pero, fundamentalmente, de mí misma: de Nicarion.

«Cercana ya a la hora de mi muerte, con la esperanza de encontrar paz en el más allá, hice ampliar mi tumba para transformarla en un mausoleo familiar, un santuario eterno para reunir las almas de los míos. La tumba de mi padre había sido violada años atrás, su momia perdida en manos de saqueadores, por desgracia algo muy familiar en aquella época. Un terror profundo invadió mi ser ante la posibilidad de que un destino similar aguardara al resto de mis seres queridos. Tomé la decisión de pasar la eternidad al lado de mi abuelo, mi hermano y mi madre, en un rincón olvidado y secreto, el Cerro de las Ánimas.

«Neotera yacía en otro lugar, en una tumba compartida con Filipo. Los lazos familiares y las restricciones impuestas por la familia de su esposo me impidieron reunirme también con ella en el mismo descanso eterno.

«Entonces mandé a una artesano crear una caja de *ushabtis*

especial, una cápsula para unir nuestras almas camino de la otra vida. En la caja hice tallar dos rostros: uno, el de mi yo envejecido, una mujer griega marcada por las batallas de la vida: Nicarion; y otro, el de la joven inocente, la niña egipcia que una vez fui: Senmontu. Tenía la esperanza de que, en el mundo de los muertos, Senmontu hallaría el camino para reconciliar el pasado y vencer a las sombras.

«Pero la realidad fue cruel conmigo, como había sido siempre. Esta parte de mí que ahora ves…Nicarion, henchida de culpa y de resentimiento, prevaleció. La oscuridad de mis propias emociones corrompió el paraíso que había intentado construir, convirtiéndolo en un campo de batalla para unas almas perdidas. Incluso los espíritus de mi familia, aquellos que supuestamente compartían mi descanso eterno, se volvieron contra mí. Nos encontramos atrapados en una lucha sin fin, una guerra que ha durado siglos, alimentada por la ira y la desesperación.

«Así, mi existencia, tanto en la vida como en la muerte, se ha convertido en un infierno personal, un laberinto de dolor y lamentaciones. Lejos estoy de las suaves praderas del Bello Occidente, lejos de la paz y el consuelo que un día busqué. La culpa y el arrepentimiento son mis eternos compañeros, fantasmas que me atormentan sin piedad, siempre anhelando un descanso y una paz que parecen estar eternamente fuera de mi alcance.

«Encerrada en esta tumba, atrapada en este ciclo interminable, anhelo el día en que pueda redimirme y volver a ser Senmontu. Pero eso no es posible. Ya no es posible.

Cuando la bestia de la sombra terminó su relato, permanecí en silencio durante unos momentos, perdido en mis pensamientos. Ojalá pudiera hablar largo rato con ella, convencerla, ayudarla. Pero había prometido a mi padre que regresaría en cinco minutos.

—Entiendo tu dolor, Nicarion —comencé, intentando encontrar las palabras adecuadas—. Pero debemos actuar con rapidez. Mi padre está afuera y no creo que pueda resistir la tentación de entrar por mucho más tiempo. Una vez llegue a esta cámara, no será capaz de verte ni de percibir los sutiles lazos que unen a los vivos con los muertos. Se romperá el encantamiento, no podré seguir conectado

contigo y tu viaje a los infiernos durará para siempre.

Nicarion asintió, aunque su gesto me pareció dubitativo. Una parte de ella seguía siendo la bestia de la sombra. No confiaba en mí.

—Bytan tenía un plan —le expliqué—. Me lo contó cuando nos separamos. Y puede resultar.

Mi adversario, en su fuero interno, seguía amando y respetando a su abuelo. Asintió de nuevo.

—¿Qué plan es ese?

—Tenemos que romper la mitad de la caja, la que conecta con tus años en Alejandría. Dejemos solo el recuerdo de Senmontu. Si logramos destruir la parte de Nicarion, solo quedará la infancia, los días felices. Y podrás pasar toda la eternidad en Harmonía con tu familia.

La bestia retrocedió, su rostro reflejando terror.

—¿Destruir la mitad de la caja? ¿Destruir a Nicarion? ¡Yo soy Nicarion! Eso me destruiría a mí, mi existencia, todo lo que soy...

—Lo mejor de ti, Senmontu, perdurará —afirmé, tratando de ser lo más convincente posible—. Nicarion se odia a sí misma. Tú te odias a ti misma. Lo sabes. Me lo has explicado. Olvidar tus errores es la llave para que encuentres la paz. Tú misma has dicho que anhelabas volver a ser la niña de antaño.

La momia lanzó un alarido.

—No. No. ¡Nunca!

Un sonido amortiguado, lejano, nos interrumpió. Ambos giramos la vista hacia la caja. Alguien estaba intentando girar la llave, manipulando las Puertas del Inframundo.

Aquella era la segunda parte del plan de Bytan. Ahí abajo los enemigos de los magos estaban a punto de vencer y Senmontu sabía lo que debía hacer en ese caso: subir al Cerro de las Ánimas para jugar la última baza que nos quedaba.

La atmósfera en la tumba se cargó de una energía inesperada. Miré con asombro cómo, desde el recipiente de los *ushabtis*, emergía una figura. Era la joven hermana del halcón.

Las dos edades de una misma mujer se encontraron en el centro de la cámara. El silencio que las rodeaba era el reflejo de sus

historias entrelazadas y de los destinos que ambas habían vivido. Se miraron. Se sonrieron.

Fue Senmontu la que rompió el silencio. Había reconocido a su yo futuro y lo había comprendido todo sin necesidad de palabras:

—Debes hacerlo, Nicarion.

La bestia, en tono lastimero, dijo:

—No puedo negar la vida que tuve. Cada paso que di, cada decisión que tomé, me condujo a convertirme en lo que soy ahora. Incluso mis errores, que son innumerables, son también parte de mí.

Senmontu la miró con una expresión compasiva.

—Esos errores de los que hablas no los necesitas en la otra vida.

—Pero siguen siendo parte de mi existencia.

—No viviste existencia alguna tras abandonarme, Nicarion, la padeciste. Yo solo deseo regresar a los días en que era libre, a la inocencia de mi infancia. No quiero vivir atrapada en un tiempo en el que ser mujer no valía nada. Y tú, en tu fuero interno, también lo deseas.

Nicarion bajó la cabeza. En su frente, las vendas dejaban ver signos antiguos, quizás símbolos de poder o rituales del embalsamamiento. Y a pesar de toda la corrupción y descomposición, había algo en la bestia, en aquella momia reanimada, que proyectaba su antigua grandeza y dignidad.

—No se puede volver atrás y tomar un camino diferente —dijo.

—Tienes razón. No se puede. Pero lo que te pido, lo que Bytan y Rafel te proponen, es regresar a mi infancia y permanecer allí ambas para siempre. Sin la muerte de nuestro padre, sin el edicto del faraón, sin un tutor por ser mujeres, sin matrimonios de conveniencia, sin derrotas ni sacrificios. Podemos volver a ser felices. Podemos reunir a toda la familia de nuevo. Y alcanzar el Bello Occidente.

Nicarion no consintió de palabra, no podía decir en voz alta que iba a permitir que desapareciese la mayor parte de su vida y de sus recuerdos. La bestia de la sombra se limitó a contemplar cómo me acercaba a su caja de *ushabtis*. No hizo nada mientras miraba las dos

caras enfrentadas: la efigie de Senmontu y la de ella misma.

Me incliné y tomé una piedra en el suelo. Con un suspiro, levanté la roca y la dejé caer sobre la imagen de Nicarion. El crujido me estremeció. Las grietas comenzaron a aparecer, multiplicándose por toda la superficie. De nuevo, y con más fuerza, golpeé, y los fragmentos de alabastro volaron en todas direcciones.

Hecho pedazos, el segundo compartimento fue arrancado de la caja, hasta que no quedó rastro de su presencia.

Entonces, una bruma plateada comenzó a elevarse de uno de los pedazos de madera, donde se hallaban los restos del rostro tallado de Nicarion. La bestia de la sombra alargó una mano y tocó la bruma, como si quisiera elevarse con ella hacia el infinito. Su figura empezó a cambiar. La dureza de sus rasgos se suavizó y un brillo pacífico iluminó sus ojos.

Senmontu dio un paso al frente y tomó la mano de su alter ego, de la momia que una vez había sido su enemiga. El espíritu de la joven comenzó a converger hacia la figura imponente de la bestia de la sombra. Aunque uno podría esperar un choque violento entre las dos entidades, lo que presencié fue una danza etérea, un ballet de almas que se fusionan.

Poco a poco, comenzó la transformación: la rigidez y las cicatrices de la piel de Nicarion desaparecieron, y los vendajes se volvieron más pálidos, casi translúcidos.

Las dos esencias se entrelazaron en un espectáculo luminoso, una sinfonía de colores y luces en movimiento. Cada movimiento era un paso hacia la reconciliación.

Y entonces, de repente, el espectáculo cesó. Donde antes se encontraba una imponente y temible momia, ahora solo quedaba Senmontu. Pero no era simplemente la jovencita que conocí en Harmonía. Sus ojos brillaban con una sabiduría milenaria, y su postura reflejaba una serenidad que solo se logra después de enfrentar y superar las tormentas más brutales de la vida.

Su piel había adoptado un tono dorado, casi fluorescente, como si estuviera bañada por la luz del mismo sol. Era la imagen de dos almas que han encontrado la paz.

Con una sonrisa amable en el rostro, Senmontu se acercó a mí. Aunque ya no era la misma, reconocí en su mirada la chispa de la joven que anhelaba ser libre.

Ahora lo era, por fin.

Sus ojos, llenos de gratitud, me miraron y supe que habíamos hecho lo correcto.

—Gracias, Rafel.

—Gracias a ti, por todo. Me has enseñado mucho más de lo que puedas imaginar. Sobre mí, sobre lo que soy, sobre mis poderes y sobre mi propia familia. Ojalá pudieses entender a qué me refiero.

Senmontu ensanchó su sonrisa.

—Creo que te entiendo, amigo mío. Sí, te entiendo mejor de lo que piensas.

Los ojos verdes, cristalinos, de Senmontu brillaban con una luz intensa. Se acercó a mí, inclinó su rostro y depositó un beso etéreo en mi mejilla. Fue un gesto tan delicado y fugaz que por un momento dudé de si había sido real. Pero el calor que dejó en mi piel y la sensación reconfortante en mi pecho me confirmaron que sí lo había sido.

Luego, con la misma ligereza con la que había aparecido, comenzó a desvanecerse, como el último rayo de sol al final de un atardecer. Vi cómo se convertía en una silueta llameante que gradualmente se apagaba, se perdía en la inmensidad del espacio de la cámara.

Y desapareció.

Tomé la caja de *ushabtis* con sumo cuidado. Ahora solo tenía un compartimento. Era como si el tiempo hubiera sido reescrito y la historia de Nicarion jamás hubiese sucedido. Con reverencia, cerré la tapa lo mejor que pude y la coloqué junto al sarcófago. Luego, tomé una larga bocanada de aire y me dirigí hacia la salida.

Al atravesar el umbral, encontré a mi padre con las mejillas húmedas, como si hubiese estado llorando.

—Papá —dije— ¿Estás bien? ¿Has visto u oído algo de lo que ha pasado ahí dentro?

Él parpadeó varias veces y luego negó con la cabeza. Su voz

sonó ronca y quebrada cuando respondió:

—No he visto nada, hijo. No he oído nada. Absolutamente nada.

Pero supe de inmediato que estaba mintiendo.

EPÍLOGO



LA AVENTURA NUNCA ACABA

Dicen que el paso del tiempo cura todas las heridas, pero no tengo claro que cure todos los silencios. Porque pasaron unos días, tal vez una semana, y mi padre y yo no habíamos vuelto a hablar del incidente de la tumba.

Ahora teníamos dos excavaciones, la principal al pie del monte Mokkatam y mi descubrimiento en el Cerro de las Ánimas.

Terminadas las excavaciones en el primer complejo de tumbas, descubrimos diversos sepulcros que pronto fueron datados y asignados oficialmente: pertenecían a Filipo y su familia. Sin embargo, una tumba en particular nos interesó, la de Neotera.

Al adentrarnos, se hizo evidente que la tumba también había sido saqueada. Las marcas en las paredes mostraban signos de herramientas rudimentarias que se usaron para romper y extraer objetos. Los frescos que decoraban las paredes estaban parcialmente desfigurados, pero aún se podían discernir escenas que mostraban a Neotera en diversas facetas de su vida, desde su infancia hasta su muerte, muy joven, cuando trataba de dar a luz a su primer hijo.

Nicarion no me había mentido cuando me resumió su vida y su triste final.

En las tumbas adyacentes, que supusimos eran de la familia de Filipo, hallamos restos de ofrendas funerarias: pequeñas figuras, cerámicas y fragmentos de papiros que, lamentablemente, estaban demasiado dañados. Sin embargo, en su conjunto, había sido un descubrimiento notable. Mi padre no tendría problemas para encontrar inversores en su próxima excavación.

—Ha sido un gran éxito —declaró Howard con una sonrisa triunfante, palmeándome la espalda—. Mañana iremos a excavar la tumba del Cerro de las Ánimas.

—Te pido que no lo hagas —le rogué.

Howard apretó los labios, claramente sorprendido por mi inesperada resistencia.

—¿Por qué no? Hemos venido aquí para esto, Rafel. Además, es tu primer hallazgo profesional. Será un apunte increíble en tu

currículo. Cuando vayas a la universidad, los profesores no podrán creer que…

Le interrumpí, eligiendo mis palabras con cuidado.

—Creo que deberíamos respetar el sueño eterno de Senmontu. Ella merece encontrar la paz.

Mi padre me miró intensamente, tratando de descifrar qué pasaba por mi cabeza. No quería hablar de lo que había pasado en la tumba de Nicarion. Pero debía decidir qué hacer con aquel lugar. Debía parecerle algo demasiado grande para olvidarlo sin más.

—No entiendo este apego repentino por alguien que murió hace dos milenios.

—No es un simple apego. Y no es repentino. La siento aquí —me señalé el pecho—. Senmontu y yo estamos unidos. Debo protegerla.

Hubo un breve silencio antes de que Howard se acercara, bajando la voz a un susurro apenas audible.

—Estás conectado con ella. Es igual que cuando tu madre afirmaba que podía comunicarse con los muertos.

—Así es. Papá, sé que fuiste testigo de lo que sucedió en la cámara sepulcral de Nicarion. No tengo claro cuánto viste, qué parte de aquellos sucesos están al alcance de alguien que no tiene… por así decirlo, mi don. Pero ahora sabes que no estoy loco y que mamá nunca lo estuvo. Lo sospechabas hace tiempo, ¿verdad?

Howard decidió que era el momento de ser franco conmigo.

—No sospecho nada. Sé que es verdad, hijo. Lo he sabido siempre. Pero no quiero que vivas las experiencias terribles que vivió Lyla.

Era la primera vez que decía el nombre de mi madre. Nunca, jamás, lo pronunciaba en voz alta.

—Papá, no es lo mismo.

—Sí lo es. Temo por ti, hijo —confesó, acariciando mi mejilla—. No quiero que termines como ella. La sociedad no es amable con aquellos que ven o sienten cosas que los demás no pueden comprender. La locura es la desviación de la norma, como decía el filósofo. Poco importa que lo que ves sea verdad si el resto creen que

no es verdad.

Suspiré.

—Lo sé, papá, pero no puedo ignorar lo que siento. Tendré cuidado. Te lo prometo. Debes confiar en mí. Y te pido por favor, que paralices la excavación de la tumba de Senmontu. No deberíamos perturbar ese lugar. Presiento que es… que sigue siendo peligroso.

Howard parecía estar luchando internamente entre su pasión por la arqueología y su amor por mí.

—Dame tiempo para pensarlo, Rafel —dijo finalmente.

No lo pensó demasiado. Me amaba más que a todas las excavaciones arqueológicas del universo.

Al día siguiente, nuestras dos excavadoras más grandes trabajaban ya sin descanso, echando toneladas de tierra sobre mi improvisada excavación del Cerro de las Ánimas.

Desde una duna cercana contemplé las evoluciones de las máquinas. Cada montón de tierra que depositaban parecía enterrar un poco más los secretos que había descubierto y que ahora quedarían sepultados para siempre.

O eso esperaba.

Bajé los ojos y miré la foto de mi madre. Howard la había dejado sobre mi almohada. La había hallado por la mañana al despertarme. Y allí estaba ella, Lyla, joven, hermosa, posando sonriente junto a un halcón que podría haber sido Azor de la Noche.

¿O tal vez era Azor de la Noche?

—Ya se ha acabado todo —susurré a mi madre, o acaso al viento, con una mezcla de alivio y tristeza.

—No, la aventura nunca acaba —respondió una voz a mi espalda.

Me giré. Formada por las partículas doradas del desierto, distinguí una bruma, una forma que se agitaba y se retorcía. Creí ver (o soñé) que se formaba un espiral de energía en cuyo centro pude ver el rostro de mi madre.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, con un nudo en la garganta.

—Digo que aún te queda mucho por descubrir, querido.

Un coro de voces comenzó entonces a resonar, como ecos

provenientes de diferentes tiempos y lugares del pasado.

—Mucho, mucho, mucho por descubrir —cantaron.

Una de aquellas voces me resultó familiar.

—¿Esa que ha hablado es Senmontu, mamá? —inquirí.

Lyla no respondió. Lentamente, su figura comenzó a disiparse, convirtiéndose en una nube de polvo y arena que el viento elevó hasta que no quedó rastro de ella.

—Mamá, hay cosas que todavía no comprendo —grité—. ¿Quién es Azor de la Noche? ¿Tú también te transformabas en halcón cuando visitabas el pasado? ¿Cómo era posible que yo hablase y entendiese el egipcio antiguo? ¿Por qué Bytan afirmaba que las figuras que tallaba nos salvarían a todos? No sirvieron para nada. No las usó en la batalla final. ¿Esas figuras eran *ushabtis*? ¿O eran otra cosa?

Seguí haciendo preguntas. Pero algunas de las respuestas tardarían mucho en llegar hasta mí. Años, en realidad.

—Esto no ha hecho más que comenzar —proclamaron las voces en un último aliento antes de desvanecerse en el vasto desierto.

Y tenían razón, aún me esperaban muchos misterios que resolver. Senmontu, a la que pronto volvería a ver, me ayudaría a enfrentarlos.

Porque, en efecto, nuestra historia juntos no había hecho más que comenzar.

NOTA DE LOS AUTORES

La mayor parte de las dos primeras novelas de esta saga están inspiradas en hechos reales.

La historia de la pérdida de derechos y libertades de las mujeres durante el reinado de los faraones Ptolomeos es cierta.

Senmontu realmente existió. Aristón le robó las tierras que su padre Dryton le dejó en herencia (y las de sus hermanas, pues tenía dos más aparte de Neotera). Se casó con Eurionupis y se divorció pocos años después. Pero no hay constancia de un segundo matrimonio, aunque, como todas las mujeres en Egipto, necesitó un tutor o un esposo el resto de sus días, hasta su muerte.

La tumba de Senmontu nunca ha sido hallada.

Casi todo lo que se explica sobre la vida como empresaria de Senmontu está basado en su madre, Apolonia.

A la muerte de Dryton, su esposo, Apolonia fue capaz de acrecentar su fortuna. ¿Cómo lo hizo? Valiéndose de falsos tutores y testaferros que firmaban en su nombre ya que ella no podía tener propiedades. Fue una de las últimas grandes empresarias del Egipto Antiguo.

Poco tiempo después, las estrictas leyes contra la propiedad femenina terminaron por ahogar cualquier sueño de independencia de las mujeres: todo el poder y el dinero quedó en manos de los hombres.

**PRÓXIMAMENTE UNA NUEVA NOVELA
DE LA SAGA DE SENMONTU Y RAFEL**

No te la pierdas

MARGARET HACKLENAME

Es el pseudónimo que utiliza el autor Javier Cosnava para las novelas históricas que escribe y que no pertenecen a sus sagas sobre la segunda guerra mundial.

Algunas de estas obras están escritas en colaboración con su pareja Teresa Ortiz-Tagle.

Tratan preferentemente temas del antiguo Egipto y de la historia de España.

Destacan entre sus obras:

- LAS MUJERES DOMINAREMOS LA TIERRA DE EGIPTO.

Una historia real sucedida en el Antiguo Egipto.

Los hombres llevan desde el principio de los tiempos conduciendo a la tierra de Egipto a una guerra tras otra, provocando la ruina y la devastación. Pero las mujeres del palacio están hartas.

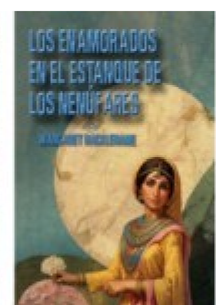
- LOS ENAMORADOS EN EL ESTANQUE DE LOS NENÚFARES.

Ire-ti es un antiguo jardinero real que vive retirado en la ciudad de Ipu. Pero no ha tenido suerte en la vida: su esposa y la menor de sus hijas han muerto de unas fiebres. Además, ha terminado de quedarse ciego hace poco tiempo.

- LAS LÁGRIMAS DE UNA MUJER QUE ESTÁ REZANDO A ISIS.

Meresamun existió realmente y fue una famosa cantora y sacerdotisa del dios Amón.
Pero sus años de fama han pasado. Ya nadie se acuerda de ella y vive lejos de la capital, en Ipu, la misma ciudad donde pasa su jubilación Ire-ti, el detective ciego.


LAS MUJERES DOMINAREMOS LA TIERRA DE EGIPTO


LOS ENAMORADOS EN EL ESTANQUE DE LOS NENÚFARES


LAS LÁGRIMAS DE UNA MUJER QUE ESTÁ REZANDO A ISIS

TERESA ORTIZ-TAGLE

Es un autora asturiana cuyas obras se centran en descubrir mujeres a lo largo de la historia, heroínas que realizaron grandes gestas y han sido olvidadas con el paso del tiempo. Esta es su primera incursión en la novela policíaca.

Destacan entre sus obras:

- LOS CASOS DE AGATHA Y HERACLES:

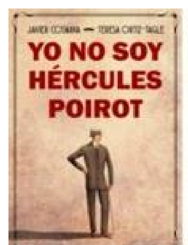
UNA SAGA DE NOVELAS ESCRITAS AL MÁS PURO ESTILO AGATHA CHRISTIE.

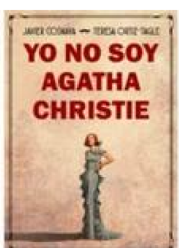
Un maravilloso homenaje a las novelas de misterio con personajes complejos y pistas que debe desvelar el lector

Una saga inspirada en las pesquisas del oficial británico Michael Clapp, que ha investigado una reunión que tuvo lugar en 1914 en casa de su abuela, Alice Graham Clapp, y donde una joven llamada Agatha Christie conoció a un grupo numeroso de refugiados belgas.

Uno de ellos, un gendarme retirado, pudo haber sido el punto de partida para crear años después a Hércules Poirot.

En esta saga podrás conocer la vida y la obra de Agatha Christie.











-MUJERES DE AL-ANDALUS:

Fátima y Asunta, abuela y nieta, buscarán un enigma increíble que las llevará hasta los confines del Islam y los reinos cristianos. Una obra que lleva ya varios meses entre las más vendidas en novela histórica en español en Amazon.com.

-LA DAMA DEL AMAZONAS:

Aventuras, acción, misterio y una mujer que luchó hasta más allá de cualquier límite. La más grande historia de amor del siglo XVIII. Y tal vez la más grande de todos los tiempos

- LAS INDOMABLES.

Una novela adulta, apasionante, que mezcla acción, aventuras y una historia de amistad inquebrantable.